

1

8

8



NOMINATA

RETRATOS
DE
MUJERES

F.A. (C)

860

"18-19"

NOM

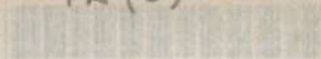
LES



LITERATURA

4408

FA(C)



5904710723

860

11/18/19

NOM

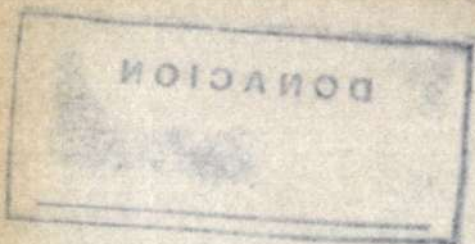


RETRATOS DE MUJERES

SINOPSIS PERSONAJES

LIBRARY

808



UNIVERSIDAD DE ALCALA



59047 10723

RETRATOS DE MUJERES

SÉRIE TERCERA



**Cada série consta de dos ó más novelas
y forma un libro completo.**

JULIO NOMBELA

RETRATOS DE MUJERES

SÉRIE TERCERA

LA DICHA DE UN DESDICHADO
EL VIL METAL

La novela de una joven contada
por cuatro trajes.

R-8909



AGENCIA LITERARIA INTERNACIONAL
CLAUDIO COELLO, 13
MADRID

Es propiedad. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

IMPRESA DE «LA ÚLTIMA MODA.» — 1894

ELENA—ISABEL

(LA DICHA DE UN DESDICHADO)

De esta obra se han hecho varias ediciones en París por la casa editorial de A. Bouret con destino á los Estados de América. Fué escrita el año 1870, y la presente es la primera edición que se ha hecho en España de ella en forma de libro.



Un cuadro de costumbres.

EL coche!... ¡El coche!
Apenas dió esta voz uno de los criados de la fonda de San Cristóbal, en la ciudad de Écija, se pusieron en movimiento todos los mozos de la casa.

El amo dejó oír su bronca voz que pronunciaba *ukases* á la andaluza, los huéspedes se asomaron á los balcones de la calle y del patio, y los numerosos desocupados que murmuraban, sentados en el zócalo de la colosal estatua de San Cristóbal que se levanta en medio de la plaza del mismo nombre, abandonaron sus cómodas posturas y corrieron á rodear el coche que con su llegada produjo el movimiento que acabo de describir.

En la mayor parte de las capitales de Andalucía, cualquier suceso, por insignificante que sea—y la llegada de una Diligencia se contaba en la época en que empieza la acción de esta historia en el número de los sucesos—dá motivo á diversos comentarios y alimenta la pública curiosidad, tan desarrollada en las provincias meridionales de España.

Por esta razón no debe extrañarnos que acudieran muchas personas desocupadas á presenciar el descen-

so de los viajeros que iban á permanecer hora y media á su lado para descansar de las fatigas del camino y reponer su estómago, víctima del desarreglo en que se hallaban en nuestro país las fondas, estaciones de Diligencias, sobre todo en la indicada época, que era el año de gracia 1855.

—Es el número 6.

—¡Y está recién pintado el coche!

—¡Qué atestado de gente viene!

—¡Qué hombre tan gordo aquel!

—¡Qué ojos tan picarillos tiene la señora de la ronda!

—Pues digo, que el oficial que la acompaña...

—¿Y la señora de la berlina?

—Parece un alma en pena.

—Alguien la ha hecho mal de ojo.

—La doncella es más guapa.

—¡Qué lujo lleva!

Estas y otras frases, graciosas muchas de ellas, pero graciosas al estilo de Andalucía; ó lo que es lo mismo, más para dichas que para escritas, salieron á torrentes de los labios de los espectadores, mientras que los viajeros se apeaban del carruaje, sacaban de él los objetos manuable y subían silenciosamente ó en quejumbrosas pláticas las espaciosas escaleras de la fonda que abrían camino al comedor y á los alojamientos del piso principal.

Poco á poco se disolvieron los grupos de la plaza, y puesto que nada puede interesar á los lectores que los siga y escuche, los abandono para internarme con los viajeros en la sala de descanso de la fonda.

Por la ligera fraseología de los curiosos ecijanos, conocen los lectores el personal de aquellos.

No hace pues, falta, que me detenga á describirlos.

Bástenos no perder de vista á la señora de la berlina, que pidió un cuarto, instalándose en él inmediatamente.

Como esta buena señora es uno de los principales personajes de mi historia, no sería justo que la conociéramos únicamente por las satíricas apreciaciones de los desocupados observadores de la plaza de San Cristóbal.

Conozcámosla un poco más á fondo.





La señora de la berlina.

DOÑA Elena de Sampelayo, era la única hija y heredera del barón de la Fé, uno de los más opulentos banqueros de Madrid hace ya muchos años.

Cuando la jóven tenia diez, perdió á su madre; y el autor de sus dias resolvió llevarla al monasterio de las Salesas Reales para que recibiera allí una esmerada educación.

Paso Elena siete años de su vida al lado de las benditas monjas, y cuando iba á cumplir los diez y ocho, llegó un día á la puerta del convento una lujosa carretela.

El barón de la Fé se presentó en el locutorio, pidió permiso á la Superiora para hablar con ella, entró en el estrado, y á poco rato se halló en presencia de la santa madre, con quien sobre poco más ó menos cambió las siguientes palabras:

—¿Qué tal la señorita Elena, se halla en disposición de dejar el colegio para ser presentada en el gran mundo?

—Aún no está muy madura su inteligencia; pero sabe coser, bordar, hacer puntilla, tocar el piano, confeccionar toda clase de dulces; y sobre todo está muy

empapada en los misterios de nuestra santa Religión. Cierto que es una mujer y que puede desempeñar los deberes de tal: pero créame, hermano, se las toma un cariño tan grande en el convento, que causa pena tener que separarse de ellas... ¡y para siempre! Ahora, si es necesario que nos abandone para volver al seno de su familia, aunque con lágrimas en los ojos, la veremos partir resignadas pidiendo á Dios que la colme de venturas.

—Gracias, hermana, por el aprecio que merece á usted mi hija; pero es de todo punto indispensable que abandone esta santa casa. Si como dice usted, su virtud y sus inclinaciones la favorecen, con el cuidado paternal poco debemos temer por su suerte. Tenga usted la bondad de llamarla para decirle que se disponga á acompañarme.

La Superiora dió la órden, y media hora después, al mismo tiempo que se asomaban todas las colegialas á las celosías revelando en el rostro una tristeza envidiosa, Elena subia á la carretela de su padre, fascinada por esa especie de espejismo que producen los deseos cuando parecen próximos á realizarse.

Cuatro días más tarde una silla de posta conducía á París tres viajeros: el barón de la Fe, Elena y Rosalía su doncella, madre de la jóven á quien hemos visto entrar en la fonda con la señora de la berlina.

Como el oro es el idioma universal, y el padre de Elena hablaba este agradable idioma, su nombre era muy conocido y apreciado en la entónces vecina córte; y desde el día de su llegada se abrieron para él y para su hija los más aristocráticos salones.

Elena, á quien no debemos juzgar por los informes de la Superiora, tenia ese talento de sociedad que tambien definen los franceses con la palabra *esprit*; y más que las labores femeniles, sabía las infinitas anécdotas de la historia universal del sentimentalismo en todas sus manifestaciones.

En cuanto á su moralidad, no se había equivocado la Superiora.

París ofreció ancho campo á la imaginación de la jóven, que inspirándose en el espíritu de la época, adelantaba á paso de gigante por la senda del romanticismo para llegar á ser uno de sus tipos más marcados.

Conoció á Alfonso Karr y devoró su *Genoveva*, asistió á los dramas de Victor Hugo y Casimiro Delavigne; y desde los saraos al bosque de Boulogne, desde los Campos Eliseos á Vincennes, desde la Gran Opera al Teatro Francés, no dejó nada por ver, formando á fuerza de impresiones el sentimiento del sentimiento, ó lo que es lo mismo, su exageración.

En casa de la condesa d'Azoulay conoció á un jóven español.

Los ojos de su compatriota eran negros; y su melena negra y rizada, habría inspirado en aquel tiempo un amor volcánico á la más glacial de las inglesas.

Empezaron á tratarse, hablaron de su hermosa España y maldijeron su destierro: él, víctima de la política liberal; ella, víctima de las negociaciones burátiles de su padre.

Se apercibieron de que se amaban, y como en aquella época era indispensable contar con la paternal resistencia; después de algunos meses de un

amor contrariado imaginariamente, convinieron en que debían huir. Así lo hicieron, abandonando el *lugar de su suplicio* el día 7 de Mayo de 1834; y un año después, hija y padre se reconciliaron.

Elena había cambiado de carácter y hasta de fisonomía. Amaba la soledad, y suplicó á su padre que comprase un cortijo en Andalucía para vivir en él apartada del mundo y de sus pompas.

Su amante había muerto, y parecía haberse agotado todo el amor de la jóven después de aquel suceso.

El barón de la Fé habitó en la quinta de su hija hasta su muerte, acaecida un mes ántes del día en que el coche número 6 de las Diligencias Peninsulares se detuvo delante de la fonda de San Cristóbal en la ciudad de Ecija.

¿Por qué Elena, que desde la muerte de su primero y único amante se había retirado del mundo abandonaba un retiro tan grato para ella y se dirigía á la Córte?

A su debido tiempo lo sabremos.





III

El tesoro de un pobre.

DUESTO que conocemos mejor que los curiosos observadores de los viajeros alojados en la fonda á la señora D.^a Elena Sampelayo, entónces baronesa de la Fé, penetremos en la habitación que la han destinado, y oigámosla, por lo que pueda interesarnos su conversación.

—¿Quiere usted tomar algo, señorita?—la dijo la doncella.

—No... prefiero descansar un instante... He pasado una noche muy agitada, los recuerdos me han mortificado.

—¡Pobre señora... siempre tan triste!

—¿Qué quieres que haga?

—Olvidar... distraerse...

—Quizá algún día pueda encontrar la calma, si no la dicha que me abandonó para siempre hace ya muchos años. Tu pobre madre Rosalía, que en paz esté, supo lo desgraciada que fui en los primeros años de mi juventud. Compañera de mi infortunio, llevó al sepulcro el consuelo de dejarme resignada y poseída de dulces esperanzas; pero ¡ay!...

—Vamos, señora, no sca usted así, olvide usted

las penas. ¿Qué se adelanta con recordarlas? Entristecerse y nada más... ¡Anímese usted, por Dios!... ¿no me ha dicho usted que esperaba muy pronto un gran consuelo?

—¡Ah! Sí, Lucía... por conseguirle he abandonado nuestra querida soledad, nuestra casita, nuestras flores, y el sepulcro de mi adorado padre. Si fuera tan dichosa...!

—¿Y por qué no? La desgracia se cansará de perseguirnos. Ningún dolor dura cien años, como dicen los viejos de la aldea.

—Tienes razón—contestó Elena reconcentrándose en el fúnebre pensamiento que sin querer había despertado en su mente la oficiosa doncella.

Lucía respetó su meditación y salió de la estancia. Elena quedó sola.

De pensamiento en pensamiento llegó á fijarse en su presente situación, y como distraída paseó la mirada en torno suyo.

En un rincón vió una maleta que no la pertenecía.

Sobre una mesa encontró una cartera, la cogió, la abrió, y en el libro de Memorias halló algunos versos, algunas notas, y repetido varias veces el nombre de *Isabel*.

—¿De quién serán estos objetos?—se preguntó.

Elena pensó que los habría olvidado algún viajero, y no volvió á acordarse de ellos durante algunos minutos.

Se sentía cansada y se acostó en el lecho.

Su mano se deslizó casualmente debajo de la almohada y encontró un nuevo objeto.



Algunos segundos después leía en un cuaderno este renglón:

HISTORIA DE MIS SUEÑOS.

Y los siguientes versos:

- «La Providencia, que es justa,
- »Me hizo á un tiempo pobre y rico:
- »Rico, en el mundo en que sueño,
- »Pobre, en el mundo en que vivo.
- «Avaro de mis riquezas,
- »Busco á mi pobreza alivio
- »Ocultando en estas páginas
- »Mis ensueños, mis delirios,
- «Que al menos, cuando mi pecho
- »Exhale el postrer suspiro,
- »Muera tranquilo gozando
- »Al recordar mi martirio.»

.....

La baronesa de la Fé leyó con avidez los anteriores renglones.

Después de terminar la lectura, volvió á mirar la letra, se incorporó en el lecho, pasó los índices por sus ojos, tornó á leer los versos, sacó de su cartera un papel arrugado, cotejó aquel escrito con el cuaderno, y abandonando precipitadamente el lecho tiró del cordón de la campanilla.

Un criado se presentó en el dintel de la puerta.

—¿Quién se ha hospedado en esta habitación antes que yo?—preguntó la baronesa.

El criado se turbó, y dirigiendo una mirada á la maleta que estaba en el rincón:

—Señora...—balbuceó...—perdone usted; pero como no van ustedes á detenerse en Écija más que hora y media...

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que este cuarto lo tiene alquilado un jóven que hace cinco ó seis días llegó aquí; pero como se marcha muy temprano y no vuelve hasta la noche, de día hospedamos en él á los viajeros que van de paso.

—¿Cómo se llama el jóven?

—Todos lo ignoran en la casa. Llegó en la Dili-gencia, pidió una habitación; pero hasta ahora no ha comido en la mesa redonda... Como que el amo ha empezado á desconfiar de él, y si no tuviera aquí en prenda su maleta...

—Está bien—dijo la baronesa haciendo una seña al criado para que se retirase.

Apenas se halló sola volvió á leer la primera pá-gina del cuaderno, y asomaron á sus ojos lágrimas de dulcísima emoción.

Cuando Lucía entró en el cuarto encontró á su señora embebida en la lectura del cuaderno.

Antes de que la baronesa acabase de recorrer aque-llas páginas fantásticas, el mayoral llamó á los via-jeros para proseguir el camino.

Habían transcurrido dos horas.

La doncella salió de la habitación para pagar la cuenta del hospedaje, y entre tanto su ama trazó en inglés, en una de las hojas de la cartera que estaba sobre la mesa, las siguientes líneas:

«Buscad el libro de vuestros sueños detrás del cua-dro que representa la entrevista de *Adriana Cardo-ville* con el príncipe *Djalma*.»

Llamó al criado, le dió en voz baja algunas ins-

trucciones, puso en sus manos una onza de oro y se alejó con la doncella para ocupar de nuevo la berlina.

Después de haber subido á la Diligencia todos los viajeros, dijo el oficial de la rotonda á su compañera de viaje y á un exclaustado que iba con ellos:

—Pues señor, de esta hecha vamos los tres solitos hasta Madrid.

—¿Cómo es eso?—preguntó el exclaustado.

—¿Se queda en Écija el dormilón?—añadió la jóven?

—Estas son sus palabras—dijo el oficial:—«Buen viaje, compañeros; yo siento aquí mis reales.»

—Mejor... así iremos más anchos.

La diligencia partió.

La baronesa, después de algunos instantes de silencio, no pudo contener los lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—¿Sufre usted, señora?—le preguntó la doncella,

—No—contestó—mi llanto es de placer... no te aflijas por mí... Voy á ser muy dichosa!





IV

La soledad del alma.

Los que han estado en Écija, aunque sea de paso, recordarán que á la izquierda del puente por donde se entraba á la ciudad llegando de Sevilla cuando no había ferrocarril, hay una espaciosa alameda rodeada de tapias.

Al pié de los frondosos árboles brotan preciosas y variadas flores; hay además fuentes cristalinas y blanquísimos asientos de mármol, á los que sirven de respaldo anchas y cortadas bandas de boj.

El ambiente que allí se respira es balsámico, delicioso.

En Écija, como en las capitales de provincia y en las grandes poblaciones de España, se pasea poco; solo los domingos concurren al paseo algunas familias, en su mayor parte de forasteros.

La *Alameda* de Écija está casi siempre desierta.

El día en que llegó el coche núm. 6 de las Diligencias Peninsulares á la fonda de San Cristóbal, solo un jóven se hallaba en ella.

¡Estaba muy triste!

Sus párpados conservaban esa línea amoratada que dejan las lágrimas.

Había llorado, y su llanto había sido al mismo tiempo de pena y de alegría.

A la simple vista se comprendía que encerraba un secreto doloroso en el fondo de su alma.

Sus negros ojos y su frente espaciosa, dejaban adivinar en él una inteligencia superior.

Sus flexibles facciones daban á su rostro dos expresiones que se sucedían rápidamente: la de la dicha inspirada en la fé, la del pesar producido por la desconfianza.

Su traje era pobre, pero lo llevaba con esa natural elegancia de los que pertenecen á razas distinguidas.

Si hubiérais sido amigos suyos y le hubiérais preguntado qué pensaba, habría respondido:

—Lucho entre la fé y la duda: las esperanzas me hacen creer; los recuerdos me hacen dudar. Soy pobre y soy rico. Comprendo mi primera posición al escuchar la voz de la necesidad que me pide sustento para dar vida á mi inteligencia; pero cuando admiro á Dios en sus obras, cuando el alma domina á la materia, ¡ah! entónces no me cambiaría por nadie.

Esta confesión os haría exclamar:

—¡Cuánto debe sufrir!

En efecto, sufría; y como no hay nada más interesante que el dolor, voy á referir á grandes rasgos la historia del jóven desdichado.

La primera vez que tuvo conciencia de su sér, se halló en un cortijo en el seno de una familia de labradores, y poco después se vió en París en el Liceo Napoleón, entre jóvenes de su edad, españoles como él, franceses y alemanes.

Hasta entónces no había conocido y estimado mas que á un anciano médico, que había cuidado de él en sus primeros años, que le había llevado al colegio de París, que le escribía todos los meses aconsejándole aplicación y buena conducta, y que abonaba religiosamente los gastos de su enseñanza y manutención.

A los dieciseis años abandonó el Liceo y volvió al lado de su protector.

Al regresar á la casa que le destinaron en un pueblo de Andalucía, próximo al sitio donde había pasado sus primeros años, llevaba ya un acerbo pesar en su alma.

Había visto á sus compañeros gozar al recibir las cartas y los regalos de sus padres, los recuerdos de sus hermanas, los agasajos de sus madres, y él nunca había experimentado tan dulces emociones.

Este sentimiento, que no acertaba á explicarse, marcó en su rostro algunas sombras melancólicas, é hizo taciturno su carácter.

Necesitaba consuelo, y lo halló en el estudio de varios idiomas, en el cultivo de las artes, en el de la música sobre todo.

Al regresar á casa de su protector, el hermoso cielo de Andalucía y aquella naturaleza grandiosa, rica en vida y color, contribuyeron á despertar en su alma nobles deseos, inspiración sublime.

Un año estuvo en compañía del doctor, y en este tiempo pintó algunos bocetos, compuso algunas melodías, y escribió versos.

El doctor admiraba el rápido y brillante desarrollo

de la inteligencia de su jóven pupilo, y un dia al escuchar una sentida melodía que había compuesto titulada *Mi madre*, notó que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Luciano, que este era el nombre del jóven, se conmovió también.

Abandonó el piano y dirigiéndose precipitadamente hácia su único amigo.

—¿Ha llorado usted?—le dijo.

—Sí, Luciano, sí—le contestó—esa melodía es muy triste.

—¡Ah! exclamó de pronto el jóven; ¿quiere usted que en lo sucesivo le llame padre?

El doctor no supo qué contestar.

—¿No responde usted? ¿Acaso le ha disgustado mi súplica?

—No, hijo mio, no; me ha hecho recordar tu desgracia, y el pesar ha embargado mi voz.

—¿Por qué no me ha hablado usted nunca de mi origen? Daría toda mi vida por saber á quién debo la existencia.

—¡Luciano... Luciano!

—¡Oh! apiádese usted de mí... ¿Quiénes son mis padres?

—Tú ignoras, hijo mio, que los médicos, como los sacerdotes, tenemos el deber de llevar con nosotros á la tumba los secretos que nos han confiado ó hemos descubierto en esos momentos en que las almas debilitadas ven en nosotros la representación de la Providencia; tú ignoras que el médico ahoga muchos sollozos y oculta muchas lágrimas; por eso me pre-

guntas tu origen. Yo no lo sé, no debo saberlo. ¿Acaso te ha faltado algo desde que estás en el mundo? ¿No he satisfecho todos sus deseos?

—Sí, pero no puede usted mitigar una pena que destroza mi alma. Ha satisfecho usted todos mis deseos, pero no me ha dado usted el beso de una madre.

—Puedo darte una esperanza.

Esta última frase sumió á Luciano en una profunda meditación.

Cuando salió de ella notó que estaba solo.

Aquella escena no se borró jamás de su memoria.

Entónces fué cuando escribió la primera página del libro que han visto los lectores en manos de doña Elena de Sampelayo; porque Luciano era el jóven que habitaba el cuarto de la fonda de San Cristóbal donde hospedaron á la buena señora, al llegar á Écija el coche núm. 6 de las Diligencias Peninsulares.





V

La solución de un problema por medio de
dos billetes de Banco.

Dos años después de la escena que he descrito en el anterior capítulo, murió el doctor, y Luciano quedó solo en el mundo.

Desde entónces, todos los meses le entregaba un amigo de su protector lo suficiente para que atendiese á sus necesidades.

Si hubiera dado impulso á sus deseos; al encontrarse con su esperanza muerta, porque el doctor había llevado al sepulcro su secreto, se habría encaminado á Madrid.

—Tengo ambición—pensaba—y podré conquistar una posición como la que otros hombres disfrutan el mundo.

Pero un secreto temor le detenía.

Su corazón estaba identificado con los recuerdos de su infancia, y no acertaba á apartarse de los parajes en donde había recibido las primeras impresiones.

Al mismo tiempo había otra fuerza superior que paralizaba su deseo.

Su alma, sola y perdida en el mundo, había busca-

do una nueva esperanza, y la había encontrado en el amor.

Un día halló en su camino á una mujer.

Era un alma purísima, bajo la forma más bella que puede figurarse la imaginación de un artista.

Su rostro, con todo el encanto de los dieciocho años, tenía alguna sombra de tristeza.

Había perdido á su madre, y sin comprender este dolor, lo sentía.

Luciano é Isabel se amaron, porque Dios une á las almas que han nacido para confundirse, por más que el mundo las separe.

Pero él era pobre y no tenía familia; ella era rica, y ésto había hecho *meditar* á su padre.

Los cálculos basados sobre el cariño, me parecen las ilusiones más tristes de la vida.

El padre de Isabel había calculado que debía casarla con el hijo de un amigo suyo, que era además muy rico, aunque de origen vulgar.

Al saber el amor que inspiraba á Luciano, á pesar de ser un hombre honrado, le humilló desahuciándole.

—Cuando posea usted una fortuna por lo menos igual á la de mi hija, atrevase usted á amarla— le dijo.

Luciano hubiera podido contestar:

—Cuando con todo el oro que usted tiene pueda comprar un alma como la mía, goce usted, porque habrá conseguido la felicidad de su hija.

Pero no se atrevió á decirle nada, y de la noche á la mañana desadareció del pueblo.

Solo Isabel supo donde se encaminaba.

El amigo del doctor fué á entregarle la mensualidad acostumbrada, y ya había partido.

Al saber esta noticia lloraron amargamente unos ojos que reflejaban un alma amorosa.

—Es preciso buscarle—pensó.

Luciano se olvidó de que para viajar era preciso dinero, y cuando supo esta triste verdad se halló instalado en Ecija en la fonda de San Cristóbal.

Allí pasó seis días sin atreverse á continuar el viaje; porque cuando este impulso le agitaba, recordaba que le presentarían unos guarismos terribles.

Su alma está poseida del sentimiento de su grandeza, del deseo de hallar á sus padres, y del inmenso amor que profesaba á Isabel; pero en su mente había una idea fija que le atormentaba, la de que debía al fondista los días que había vivido en Écija, y no tenía recursos para pagarle.

Esta era su situación al encontrarse solo en la *Alameda*.

Por eso sus miradas revelaban la pesadumbre de su alma.

Por eso sus facciones expresaban sucesivamente hondos pesares y esperanzas dulcísimas.

—Es preciso tomar una resolución—se dijo, y comenzó á caminar buscando la salida de la *Alameda*.—Hablaré francamente al dueño de la fonda, le pediré que espere unos días, y volveré á buscar aquella mano que todos los meses me proporcionaba los medios de olvidar que en el mundo es preciso pagar la habitación del alma.

Llegó á la fonda y entró en su cuarto.

Al subir la escalera sintió que toda la sangre se le agolpaba al rostro.

Tuvo vergüenza de sus proyectos, y se dejó caer desesperadamente sobre la silla que había en su habitación delante de la mesa.

Sus distraídos ojos se fijaron en su mal cerrada cartera.

La abrió, y unos caracteres escritos por una mano desconocida y en idioma extraño, despertaron su curiosidad.

Los leyó, é instantáneamente fué á buscar su cuaderno debajo de la almohada.

No le halló, y corrió hacia el cuadro designado para él misterioso.

En vez de un cuaderno vió una carta.

La abrió y cayeron en la mesa dos billetes de Banco de 500 reales cada uno.

Desdobló la carta y leyó estas palabras en inglés:

«Le dejo á usted, en cambio de sus confesiones, lo suficiente para que realice sus primeros deseos. Ánimo y esperanza.»

—¿Qué es lo que me sucede?—pensó asombrado de tan inesperado acontecimiento.

Inmediatamente tiró de la campanilla, y se presentó en el cuarto el criado á quien ya conocen los lectores.

¿Quien ha entrado aquí mientras yo he estado fuera?—preguntó Luciano con voz agitada.

El sirviente, que estaba aleccionado, fingiendo gran temor, bajó los ojos y calló.

—Responda usted. ¿Quién ha entrado en este cuarto?

—Señorito, voy á decir á usted la verdad—contestó el criado con aire compungido.—Mientras usted estuvo fuera llegó la Diligencia de Sevilla con muchos viajeros, todos pidieron cuarto, y faltándonos uno, dispusimos que descansara en el de usted un inglés que á toda costa quería un buen alojamiento. Aquí pasó hora y media, y después se marchó.

—¿Quién puede ser ese hombre?—pensó Luciano, olvidándose del criado.

—¿Quiere algo más el señorito?—preguntó este con humildad.

Luciano dirigió una mirada á los billetes de banco, y exclamó de pronto:

—Tráigame usted la cuenta.

El criado salió y se fué á su cuarto.

Buscó en su cofre la onza que le había dado la señora de Sampelayo, y acariciándola se dijo:

—Hasta ahora no te había ganado bien: ya eres mia.

Volvió á guardarla, y se dispuso á confeccionar la cuenta que acababan de pedirle.

Entre tanto Luciano sostenía una lucha horrible.

—Me han robado mis secretos—pensaba—y han creído pagármelos con un poco de oro. ¡Oh! sin embargo, me han hecho un beneficio. ¿A quién podrán interesar mis confesiones?

El mozo le presentó la cuenta, la pagó y se dirigió á la Administración de Correos.

Una hora después debía pasar por allí la silla de posta, y tomó un asiento para Madrid.

Al salir él, entró un hombre de alguna edad.

—Un asiento para Madrid—dijo.

—No hay—le contestaron.

—Pues es preciso que yo vaya en el coche. Busque usted el medio y no repare en el precio.

—Como no vaya usted con el conductor...

—Bien está, iré con él.

Aquel mismo día abandonaron la ciudad de Ecija Luciano y el hombre desconocido.





VI

Un personaje oficioso.

L viaje fué felicísimo.

Al siguiente día por la mañana llegó la silla de posta á Madrid, y Luciano se acercó al mayoral para gratificarle.

—No soy rico—le dijo dándole una moneda de dos duros.

—Mil gracias, señorito—contestó el mayoral—si se le ofrece á usted algo.

—Hombre, sí; es la primera vez que piso la Côte, y si usted me indicase...

—¿Una casa de huéspedes?

—Precisamente.

—Si este caballero no lo lleva á mal—dijo terciando en la conversación el hombre de edad que había hecho el viaje con el conductor y á quien llamaremos Bautista—yo sé donde podrá usted hospedarse con economía y comodidad. Figúrese usted que la dueña es una viuda, señora de cincuenta años, de muy buena familia, de una escogida educación; pero á quien la desgracia ha perseguido, obligándola á admitir en su casa uno ó dos huéspedes para que la ayuden á sobrellevar sus gastos. Yo la conozco por-

que ha vivido en su casa un sobrino mío, y al salir de Madrid hace ocho días la encontré y me rogó que no la olvidase. Es una madre para los huéspedes, y luego tiene la ventaja de ocupar un cuartito interior en una de las mejores casas de Madrid. Su esposo fué intendente de la marquesa del Salado, y esta buena señora la dá gratis la habitación. Conque si usted quiere... .

—Con mucho gusto —dijo Luciano.

—Pues voy ántes si usted me lo permite á escribir cuatro letras, y en seguida nos encaminamos á casa de doña Rosario.

Bautista escribió en efecto algunas líneas, y las envió á su destino con un mozo de cuerda.

Acto contínuo se puso á la disposición de Luciano, y buscando otro mozo para que llevara el equipaje, le condujo por el camino más largo á la calle del Barco.

Los dos, como era natural, se hicieron varias preguntas.

—¿Viene usted á Madrid á estudiar—dijo Bautista.

—Vengo á probar fortuna—contestó Luciano—soy músico, compositor; y aunque no ignoro que es difícil triunfar, vengo á buscar el triunfo.

—¿Traerá usted buenas recomendaciones?

—No, señor.

—Pues amigo, en Madrid las recomendaciones ó el dinero son las únicas llaves que abren las puertas cerradas.

—De todos modos estoy resuelto á luchar... Si sucumbo en la lucha, yo solo sufriré la derrota.

—Usted solo, no... Su familia...

—¡Ah!—contestó Luciano con tristeza—vivo solo en el mundo.

—Eso es lo peor... pero ¡qué diantre! usted es joven, simpático, y la fortuna no es siempre injusta. Yo valgo poco, pero ya que ha querido la suerte que seamos compañeros de viaje, tendré el mayor placer en servir á usted cuando se le ofrezca.

—¿Vive usted en Madrid?

—No siempre; soy administrador de un título que reside en la Córte; tiene sus haciendas en la provincia de Sevilla, y paso la mayor parte del año viajando. Pero ya nos veremos, porque á mi marcha avisaré á usted por si tiene algún encargo que darme para Écija.

—No conozco allí á nadie.

—Pues qué... ¿no es usted de Écija?

—No, señor.

—Yo creí...

—He pasado unos días en aquella ciudad y nada más.

—¿Pero usted es de Andalucía?

Luciano pronunció el nombre del pueblo en donde había pasado los primeros años de su vida, y Bautista se hizo de nuevas manifestándole que nunca le había oído nombrar.

En esto llegaron á la calle del Barco, y Bautista guió á Luciano.

Los dos, seguidos del mozo, entraron en una casa, cuya puerta monumental sostenía un pesado escudo de armas.

Luciano notó que el edificio constaba de dos pisos: bajo y principal. El portal era espacioso, y á derecha é izquierda vió dos antiguos bancos negros con escudos pintados en el centro. El portero, que vestía librea, saludó á Bautista; y éste, sin detenerse, subió con Luciano una escalera estrecha. Al final de ella había dos puertas en la meseta.

—Por esa puerta de la derecha—dijo Bautista—entran y salen los criados de la marquesa: esta otra es la del cuarto que ocupa doña Rosario.

Tiró de un llamador de campanilla, se abrió la puerta, y apareció en el dintel una jóven.

—¿Está su ama de usted?—preguntó Bautista.

—No, señor—contestó la doméstica—pero pueden ustedes pasar adelante, no tardará.

Aun no se habían sentado, cuando se oyó un campanillazo, y poco después entró en la sala doña Rosario.





VII

El ama de huéspedes

DOÑA Rosario aparentaba cincuenta años, más por las plateadas hebras que se descubrían entre sus castaños cabellos, que por lo acentuado de sus facciones.

Si Luciano la hubiera visto con una peluca negra bien disimulada, le habría parecido con diez años menos; porque sus ojos brillaban aún con fuerza, sus mejillas estaban tersas y sonrosadas, la importuna patita de gallo no hacía más que dejarse adivinar, y ni su cuerpo se encorvaba, ni había síntoma alguno en toda su figura de la proximidad de la vejez.

La buena señora debía padecer de la vista, porque llevaba anteojos verdes.

Al presentarse á Luciano vestía un traje negro de seda algo usado, y como volvía de la iglesia un manto de merino negro también y un velo, completaban su atavío.

—Mi señor don Bautista—dijo saludando, y después haciendo una ligera inclinación de cabeza—caballero—añadió dirigiéndose á Luciano.

—Apuesto cualquier cosa—dijo Bautista—á que adivina usted el objeto de mi visita.

—No es necesario ser muy lince para ello.

—¿Ha visto usted el baul en la antesala?

—Las mujeres somos muy curiosas y no se nos escapa nada. Así pues, doy á usted gracias por haberse acordado de mí.

—Pues sí, señora, me he acordado. La suerte ha querido que hayamos sido compañeros de viaje este jóven y yo. Al llegar á Madrid manifestó deseos de alojarse en una casa de confianza y económica y pensé en la de usted. No es rico, viene á probar fortuna.

—Repito á usted que estoy agradecida; y este caballero—añadió dirigiéndose á Luciano—creo que podrá acostumbrarse á mi humilde vivienda, que por lo retirada y silenciosa, más parece la celda de un convento que una casa de huéspedes.

—¡Oh! sí, señora—contestó Luciano.—Ha dicho á usted mi bondadoso guía que no soy rico; si añado yo que no soy muy feliz, comprenderá usted que la soledad y la modestia es lo que más conviene al triste estado de mi bolsa y de mi ánimo.

—Pues yo creo, por el contrario, que la animación, el bullicio, serían más eficaces... Bien es verdad que eso depende del carácter de cada cual... ¿Y viene usted á Madrid á estudiar?

—A estudiar, y á utilizar mis estudios.

—¿Es usted abogado?

—No, señora, soy músico.

—¡Artista!

—Y vengo aquí á buscar un nombre y una posición que necesito.

—Confío en que la conseguirá usted.

—¡Quién sabe!

—No le he ocultado que es difícil de realizar lo que desea—interrumpió Bautista—pero ¡qué diantre! pecho al agua.

—Algún premio ha de alcanzar—dijo doña Rosario—el jóven estudioso que abandona su casa, los consejos de un padre y las caricias de una madre para luchar con las contrariedades de la vida.

—¡Ah! señora—exclamó Luciano con profunda tristeza.—Soy huérfano.

—Razón de más—añadió doña Rosario con acento conmovido—para que yo procure, si como espero se queda usted en mi casa, reemplazar ese afecto que ha perdido.

—Gracias, señora, gracias; veo que tiene usted buen corazón, y esto me basta para considerar como una fortuna nuestro encuentro. Pero debo decir á usted la verdad: tengo recursos para un mes, estoy resuelto á trabajar de cualquier modo para sostenerme; pero no extrañe usted que sea franco y que me aleje de su lado si veo oscurecerse el horizonte de mi porvenir.

—Por eso no... No soy rica, pero confiando en la honradez de usted, puedo esperar á que haga usted fortuna.

—Vaya, arréglense ustedes—dijo Bautista—yo me voy, porque me espera mi señor.

Y despidiéndose, dejó solos á Luciano y á doña Rosario.

La buena señora enseñó al jóven el cuarto que se proponía destinarle.

Era una habitación bastante grande, con un balcón al jardín de la casa.

Estaba empapelada, y había en ella además de la cama, limpia y con colgaduras de Persia, una mesita para escribir, algunas sillas y un piano de mesa bastante antiguo, pero de los mejores de su tiempo.

—Ya ve usted—dijo doña Rosario—que aunque modesto todo, tiene usted aquí cuanto puede necesitar.

—¿También piano?

—Es un mal manucordio que conservo como un recuerdo de mi juventud. Ha estado arrinconado, pero tal vez pueda servir á usted.

Luciano le abrió, y después de recorrer el teclado:

—Es magnífico—dijo.—Los pianos que hoy se hacen gritan más, pero no sienten como éstos.

—Celebro que le guste á usted.

—¿Y este balcón?

—Da á un jardín... ¡mire usted qué precioso!

—Con efecto.

—Es el de la marquesa del Salado... una buena señora de mi edad, tan cariñosa, tan compasiva, que no encuentro palabras para elogiarla. Yo la debo la habitación que tengo, y no contenta con dispensarme este beneficio, dispone algunos días que me traigan manjares de los que sirven en su mesa.

—¿Está casada?

—Es viuda... como yo.

—Nunca la he oído nombrar.

—Pues es extraño, porque es de Andalucía, y has-

ta tiene familia en un pueblo que hay próximo á Sevilla.

—¿Sabe usted cuál?

—No recuerdo cómo se llama: pero en él tiene una sobrina, hija de una hermana suya, que murió. Ya se ve, como no tiene madre y es una jóven angelical, siempre está la marquesa con su Isabelita á vueltas.

—¿Isabel, ha dicho usted?

—Así se llama su sobrina; pero creo que su padre es hombre de mal genio, pues por cuestión de intereses ha reñido con la marquesa, y la pobre señora tiene que contentarse con quererla de lejos. El padre de la jóven se llama don Cárlos...

—¿De Albarosa?

—Creo que sí... ¿le conoce usted?—preguntó doña Rosario, mirando con fijeza á Luciano á través de los verdes cristales de sus anteojos.

—Solo de nombre—contestó Luciano dominando la emoción que le había causado el recuerdo de la mujer á quien amaba, y de su padre, que tan despiadadamente le había despreciado.

—Me parece haber oído decir—añadió doña Rosario—que la sobrina de la marquesa no es muy dichosa.

—¡Oh! sí—dijo de pronto Luciano; y comprendiendo su torpeza—creo que sí, añadió. Pero si usted no lo lleva á mal, arreglaremos las condiciones de mi pupilaje.

—Con mucho gusto; usted comerá solo, porque yo, que tengo buenas amigas, me veo precisada á aceptar á menudo sus convites. El desayuno á las ocho, la

comida á las dos, y la cena á las diez... A la antigua española. ¿No es eso?

—Como usted guste.

—Pues bien, por la manutención y la asistencia le llevaré á usted muy barato: seis reales diarios. ¿Le parece á usted caro?

—No, señora.

—Yo no comercio, solo busco un auxilio...

—Y la gratitud de sus huéspedes, ¿no es verdad?

—Hay que ponerse en la razón: ¿con que quedamos?...

—En que estoy contentísimo de mi alojamiento.

—Pues entónces tome usted posesión de su cuarto. Yo tengo que salir un instante á hacer una visita; la muchacha se queda, y le atenderá á usted.

Luciano, con el auxilio de la doméstica llevó su baul al cuarto, y después de asearse fijó instintivamente sus ojos en los cuadros que adornaban las paredes, observó con más detenimiento los muebles, el color del papel de la habitación, y pensó:

—¡Es extraño! parece que al adornar este cuarto han adivinado mis deseos. El papel es azul, el color que más me agrada porque es el favorito de Isabel; en los cuadros el retrato de Bellini, mi maestro, mi musa, y el de Murillo, que ha comprendido el cielo y lo ha expresado en su admirable Concepción. Y ese piano, y esa cama con colgaduras de indiana... ¡Oh! yo he pensado muchas veces en un cuarto como este para estudiar, para vivir y trabajar labrando el porvenir que debe hacerme digno de ella... Sí, no hay duda; hasta recuerdo que hice mención de mis deseos

en mi *Libro de Memorias*... ¡Ah! ¡cuánto daría por recuperarle!... Pero ¿cómo?

Mientras reflexionaba de este modo Luciano, una señora en quien los lectores habrían reconocido á doña Rosario, entraba sin prévio aviso en el gabinete de la marquesa del Salado.

—Aurora, Aurora—dijo al entrar.

—¿Eres tú, Elena? contestó la marquesa.

—He logrado mi deseo.

—¿Es ya tu huésped?

—Sí.

—¿Y eres dichosa?

—¡La más dichosa de las mujeres—exclamó arrojándose en los brazos de su amiga.

—¿De modo que estás resuelta á realizar tu plan?

—¿Puedes dudarlo?

—No, porque te conozco.

—Supongo que tu me ayudarás.

—Cuenta conmigo para todo.

—Gracias, Aurora.

—Pero ya es hora de que almorcemos... Quítate esa peluca, que te envejece.

—Sí, sí... Podría verme alguno de tus criados, y es necesario el mayor misterio.

—Pues en marcha... Pero ¿quieres decirme cuál es la causa de tu interés por ese jóven?

—Respeta mi secreto—contestó Elena quitándose la peluca.

—¿Le amas por ventura?—preguntó la marquesa.

—Sí, le amo; pero no me preguntes más por ahora.

Y Elena, que no era otra que doña Rosario, que

riendo evitar las indagaciones de su amiga, añadió:

—Respete este último capricho de una mujer, que con él se despide del mundo.

Las dos amigas pasaron al comedor.

Los lectores recordarán que conocieron á Elena de Sampelayo en la fonda de Ecija, y que ella fué quien se apoderó del único tesoro que poseía Luciano.

Vamos á ver de qué medios se había valido para desempeñar con tanta propiedad el papel de ama de huéspedes.





VIII

Explicaciones

ELENA había leído muchas veces el *Libro de Memorias* que la Providencia había puesto en sus manos, y una de las primeras cosas que habían llamado su atención fué el nombre de Isabel.

Al salir de Écija llevándose su hallazgo, resolvió habitar en Madrid en compañía de una de sus más íntimas amigas; y poniéndola un telegrama desde Córdoba, al llegar á la Côte encontró en la administración de las Diligencias un carruaje que la condujo al palacio de la calle del Barco, donde la hemos visto convertida en ama de huéspedes.

¿Qué proyecto era el suyo? ¿Cómo en el breve espacio de veinte y cuatro á treinta horas, pudo ofrecer á Luciano una habitación tan á su gusto y transformarse en pobre viuda buscando un huésped para que la ayudase á soportar sus gastos?

Elena había sido compañera de colegio de la marquesa del Salado.

Cuando se separaron, continuaron escribiéndose, y su amistad llegó á ser más íntima que nunca al hallarse las dos jóvenes en Sevilla, después de haber permanecido sin verse dos ó tres años.

Por entónces hacía la corte á la marquesa el pretendiente que más tarde fué su marido, y Elena sirvió á su jóven amiga de confidente y mediadora.

El marqués fué también su amigo, y todas estas circunstancias hicieron que no se aflojase un sólo momento el cariñoso lazo que habían formado los corazones de las dos colegialas.

La marquesa adoraba á su esposo, y era para él un ídolo.

Desgraciadamente la salud del marqués no era muy buena, y aquel amor tan grande no se completó con la suprema dicha de la paternidad.

Pudieron los dos esposos emprender largos viajes, vivir en el gran mundo, disfrutar todos esos placeres que no son compatibles con el cuidado que reclaman los hijos á los padres que saben cumplir sus obligaciones, y no volvían de una expedición, no disfrutaban de su alegría, sin dar parte de ella á Elena.

—¿Por qué no te casas, querida mía?—la preguntaba Aurora.—¿Por qué no haces feliz á alguno de los muchos admiradores y adoradores que te rodean?

—Ya sabes que mi padre es anciano; que pasamos en nuestra hacienda la mayor parte del año; que necesito vivir para él... ¿Cómo quieres que le abandone? ¡Oh! no; yo te aseguro que no me casaré nunca.

Las personas que conocían á Elena, se figuraban que tan firme resolución, más que afecto filial, era la consecuencia de algún desengaño amoroso.

Aurora era la única que creía de buena fé las pala-

bras de su amiga, porque hasta entónces estaba segura de que no la había ocultado ningún secreto.

Sin embargo, Aurora se equivocaba; Elena había guardado un secreto tanto para ella como para las demás personas que la habían preguntado acerca de su resolución de no casarse.

Pasó el tiempo, y los marqueses del Salado tuvieron que retirarse á una hacienda que poseían en Ronda.

El marqués empeoraba; un catarro mal cuidado había desarrollado en él la tisis, y los médicos le aconsejaron que se fuera á vivir en aquella saludable ciudad.

Elena se retiró también definitivamente á la posesión en donde murió su anciano padre, y las amigas se escribían de tarde en tarde; porque las dos estaban en uno de esos períodos de la vida en que se apodera del alma el desaliento.

La marquesa se quedó viuda; sufrió mucho, y unos tios que tenía, para distraer su ánimo, la aconsejaron que viajase prestándose gustosos á acompañarla en sus expediciones.

Un año de distracción templó su pena y enjugó sus lágrimas; pero su corazón quedó profundamente herido.

Compró el palacio en donde la hemos conocido, se formó una sociedad muy limitada y escogida, y la lectura y la música eran sus únicas distracciones.

Viéndose sola y sin hijos, intentó muchas veces llevar á su lado á una sobrina huérfana, á quien amaba en extremo, porque había oido ponderar los

nobles sentimientos de su alma y las admirables dotes de belleza que la adornaban.

Era Isabel.

Pero el padre de la jóven, que todo lo sacrificaba al interés, había tenido varias cuestiones con el apoderado de la marquesa; y aunque ésta escribía de cuando en cuando á Isabel y recibía cartas suyas, no tenía con el padre de la jóven más que unas relaciones frías y ceremoniosas.

Elena había hospedado algún tiempo en su casa de campo á la marquesa; esta la había hablado como siempre con intimidad de sus pesares y alegrías, y al despedirse ofreció Elena á Aurora que iría á Madrid á pasar una temporada en su compañía.

Al dirigirse Elena á la Córte, no pensaba visitar á la marquesa, porque el objeto que la traía á Madrid exigía el más riguroso incógnito; pero el *Libro de Memorias* varió su plan, y Aurora se encontró cuando menos lo esperaba, con el aviso de la próxima llegada de su amiga.

—¿Te trae algún objeto importante á Madrid—la preguntó después de haberla estrechado en sus brazos—ó vienes solamente á cumplir tu palabra?

—Somos amigas—contestó Elena—y debo hablarte con franqueza.

—Eso quiero.

—Pues bien; inmensa es mi alegría al verte, al vivir á tu lado; pero no es este el único motivo que me ha decidido á venir á Madrid.

—Supongo que no me ocultarás el verdadero objeto de tu viaje.

—¿Qué pensarías de mí si te lo ocultase?

—Que eras una mala amiga...

—Y sin embargo...

—No hay excusa que valga; ó tengo ó no tu confianza.

—Hay debilidades que no confiesa sin trabajo una mujer.

—Pero ¿á una amiga... á una hermana?...

—Tengo miedo del efecto que produciría en ti mi revelación.

—¿De qué se trata?

—De un capricho... de una aventura.

—¿Amorosa?

—Sí... pero no puedes comprender lo que este sentimiento significa.

—¡Ay! Elena, te lo he dicho mil veces... El corazón tiene que pagar tributo al amor; y aun cuando se rebele, aun cuando intente faltar á este deber, tarde ó temprano se ve obligado á cumplirle.

—Me parece que te equivocas de medio á medio.

—¡Oh, no!

—Ofrezco revelarte dentro de algunos días el misterio de mi visita... Pero entre tanto prométeme respetar mi silencio, hospedarme en tu casa y acceder á todos mis ruegos.

—Quiero probarte que soy tu amiga; esperaré.

—Ante todo es necesario que me proporciones los medios de aparecer más vieja de lo que soy.

—¿Quieres que valga más tu triunfo?

—Me has ofrecido ser discreta. Además necesito una habitación independiente que comuniqué con tu casa.

—Tengo lo que deseas: un cuartito interior.

—Pues bien, yo viviré en él con mi criada aparentando ser una antigua servidora de tu casa; y una vez instalada allí, consentirás que admita un huésped.

—Pero mujer, ¿has perdido el juicio?

—No temas.

—En fin, sea lo que quieres; pero comprende mi ansiedad, y procura cuanto ántes explicarme el enigma.

—No tardaré... y aún haré más. Te proporcionaré la ocasión de ayudarme á labrar la felicidad de un sér desgraciado.

Curiosa é interesada la marquesa, resolvió complacer á su amiga, y gracias á ésto pudo Elena aparecer á los ojos de Luciano como un ama de huéspedes.





IX

Una conspiración femenina.

LUCIANO necesitaba aprovechar el tiempo, porque el deseo que le había guiado á Madrid era conquistar en breve plazo una reputación y una fortuna, si no bastantes para que el padre de Isabel le admitiese gustoso como yerno, al menos para ofrecer á la jóven, que por su amor estaba resuelta á sacrificar sus deberes filiales, una posición desahogada, el bienestar que es base de la felicidad del alma.

Pero ¿cómo elegir el camino más corto?

Luciano había pensado muchas veces el medio de llegar á la realización de sus deseos, y había trazado en su *Libro de Memoria* estas líneas:

«Si yo encontrase una de esas personas que hay en el mundo, bastantes felices para no ser envidiosas; uno de esos séres que aman lo bello, que se complacen en hacer bien, y que debiendo á su fortuna y á su posición gran influencia, están siempre dispuestas á emplearla en favor de los que luchan con la indiferencia para convertirla en admiración; si con el poderoso auxilio de un protector desinteresado venciese los obstáculos que me asaltan, y lograrse ver interpretada por artistas distinguidos en un esplén-

»dido teatro y ante una concurrencia escogida una
»ópera mía, realizaría mis sueños y acaso mis espe-
»ranzas. Lucharé, sufriré, y al fin y al cabo caeré he-
»rido cuando vislumbre el triunfo, como el soldado
»que al clavat la bandera en la torre que ha tomado
»por asalto, cae herido de muerte en los brazos de la
»gloria»

Desde el pueblo en donde había pasado Luciano parte de su juventud, en donde dejaba el alma de su alma, veía las cosas mucho más fáciles, se sentía con valor para la lucha; pero á medida que se acercaba al palenque sus fuerzas decaían.

—Héme aquí ya—se dijo al hallarse en la habitación que le había destinado doña Rosario—la Providencia me ha deparado una cantidad que me basta para vivir dos ó tres meses, he hallado un hospedaje donde no me faltará nada, esa buena señora será para mí una madre, estoy aquí contento, pero ¿á quién conozco en Madrid? ¿Quién se interesará por mí? ¿Quién me prestará auxilio para realizar mis planes?

Lo que más le atormentaba era el temor de una derrota, que no significaba para él la pobreza solo, sino la mayor desgracia de su vida, porque tendría que renunciar al amor de Isabel.

Por otra parte, también le mortificaba la idea de las persecuciones de que la jóven podía ser objeto.

Su padre quería casarla á toda costa con un hombre de posición: y aunque Luciano estaba seguro de que Isabel no faltaría á sus promesas, el recuerdo de sus padecimientos, el temor de condenarla á una infelicidad eterna, aumentaban su pesadumbre.

Poseida el alma del jóven de profunda melancolía, sintió que se ahogaba y maquinalmente se acercó al piano, le abrió y comenzó, sin saber lo que hacía, á modular.

Los sonidos expresaban de tal manéra sus sentimientos, que dos señoras que paseaban por el jardín se detuvieron á escuchar aquella música sublime, y las dos notaron que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Poco después cesó la música.

Luciano se puso á escribir: en el fondo de su alma había encontrado la melodía que necesitaba para concluir la ópera que constituía toda su fortuna, todas sus esperanzas.

—¿Es él?—preguntó á Elena la marquesa.

—Sí.

—Comprendo entónces el interés que te inspira.

—Aún no puedes comprenderlo.

—Todavía no he visto su rostro, no he leído en sus ojos los sentimientos de su alma, no he oído su voz; y sin embargo, si le viese me parece que le reconocería, porque ha hablado á mi alma con el lenguaje de la música.

—Si le hubieras tratado, si le conocieras á fondo, le amarías como yo.

—¡Dios me librel

—¡Ol Aurora... mi amor no tiene celos.

—No quiero insistir en pedirte explicaciones; pero te agradecería mucho que me contases la historia de ese jóven, porque mi curiosidad aumenta por instantes.

—Eso equivale á pedir que te revele mi secreto, y aunque no todo, voy á decirte parte de él.

—Gracias á Dios que eres humana con mi curiosidad. Ante todo, ¿su nombre?

—Luciano.

—¿Dónde le has conocido?

—Déjame hablar y sabrás todo lo que puedo decirte por ahora. Venía á Madrid á buscar en tu compañía alivio á mi tristeza, cuando la casualidad me deparó en el cuarto que me destinaron en la fonda de Écija, un *Libro de Memorias*. Era una especie de *Diario*, en el que un jóven anotaba sus impresiones y sus deseos. Comencé á leer aquellas páginas, y su lectura me reveló que la mano que había trazado aquellas líneas obedecía á un corazón privilegiado.

—¿Y era ese jóven?

—Sí.

—Pero ¿hablaste con él?

—No; me hospedaron en el cuarto que él ocupaba, y me enteré por el libro de su pobreza.. Estaba detenido en la fonda por carecer completamente de recursos para pagar el hospedaje, y ansiaba venir á Madrid para dar alas á su ambición de gloria. Es un artista que dominará al público, porque el genio brilla en su frente. Enterada de su situación, me propuse auxiliarle en su empresa, realizar todos sus deseos, y para no olvidar ninguno le arrebaté su *Libro de Memorias*.

—¿Sabes que eso parece una novela?

—Le dejé dos billetes de Banco, y sobornando al mozo de la fonda, lo dispuse todo para que creyera

que su *Libro* había caído en manos de un inglés. Además encargué á Bautista, mi leal mayordomo, que no perdiera de vista al jóven y que pusiera en juego todos los recursos de su imaginación para hacerle mi huésped.

—De modo que sin conocerle...

—Créeme, Aurora, no le he visto hasta que ha entrado en casa con Bautista; pero merece la protección que me propongo dispensarle.

—¿Es agraciado?

—¡Oh, sí! Su rostro es digna efigie de su alma; pero ya le verás, porque voy á pedirte un favor en su obsequio.

—Concedido desde luego.

—Mira que voy á cogerte la palabra.

—Tratándose de tí no me duelen prendas.

—Pues en ese caso vámonos á tu gabinete: te leeré un párrafo del *Libro de Memorias* de mi protegido, y estoy segura de que adivinarás mis deseos.

El párrafo que Elena leyó á su amiga la marquesa fué el que han visto los lectores al principio de este capítulo.

En el corazón de todas las mujeres hay siempre un eco más ó menos dormido, que responde á todos esos sentimientos que pueden condensarse en una sola palabra: *Poesía*.

Sorprended á la mujer menos habituada á ejercer la caridad, con la novelesca descripción de una desdicha; pintadle con los colores más poéticos el sacrificio que puede hacer en aras de una buena obra, y veréis cómo su corazón, duro y seco al parecer,

responde á vuestras palabras y siente al pronto un vivo deseo de hacer bien, áun cuando no lo haga porque se extinga en su alma rápidamente la impresión que habeis despertado en ella.

Hablad á una mujer soberbia y orgullosa, de un héroe, de un soldado que acaba de obtener un triunfo, de un hombre que exponiendo su vida ha salvado de la muerte á un niño, por ejemplo; y la vereis deponer su orgullo y su soberbia, y si es preciso, experimentar una agradable sensación al presentarse tímida y modesta al protagonista de la historia que la habeis relatado.

Y ésto consiste en que la mujer, de por sí, es poesía; en que su riqueza principal la constituyen los sentimientos más delicados del alma; en que todo lo grande, todo lo bello, todo lo maravilloso la impresiona fuertemente; en que Dios la ha creado para ser hija, para ser hermana, para ser esposa, para ser madre.

Esta ligera observación bastará para que los lectores comprendan el efecto que produciría en la marquesa del Salado, la lectura del párrafo de las *Memorias* de Luciano que la dió á conocer su amiga Elena.

Aquellas dos señoras acostumbradas á las penalidades de la vida; sin esa fuerza, sin ese vigor de sentimiento que la edad calma y mina poco á poco, no pudieron menos de dejar escapar algunas lágrimas; que si en Elena eran el efecto de una emoción santa y profunda, en la marquesa no podían explicarse más que por ese sentimiento de dulce caridad que

experimenta el alma ante las infinitas escenas que produce en el mundo la desgracia.

Había en las aspiraciones confiadas al papel por Luciano, con tanta espontaneidad, con tanta efusión, algo de grande, algo de sublime; y si su voz en medio de la tempestad del mundo tenía por fuerza que perderse, en la situación en que se hallaban las dos señoras, en la predisposición de su espíritu por efecto de lo extraordinario de su situación, por una multitud de circunstancias que concurrían á dar cierta solemnidad á la escena en que se hallaban, era natural que encontrase eco en aquellos corazones femeniles.

—Vamos á ver—preguntó Elena—dime con toda tu alma qué es lo que harías si la casualidad... no, no quiero decir la casualidad: si la Providencia te hubiese proporcionado ocasión de saber un deseo tan puro, tan noble, ¿no harías lo posible por realizarlo?

—Eres un ángel, Elena mía—contestó la marquesa—cuando se tiene un corazón como el tuyo, la riqueza, que suele ser por regla general un tormento, se convierte en el más poderoso estímulo de una inmensa felicidad.

—¿Luego comprendes la satisfacción de prestar toda clase de auxilios á mi protegido?

—¡Oh! sí.

—¿Y estás resuelta á ayudarme en tan buena obra?

—Así lo haré, querida amiga; pero ya que has empezado á interesarme con la lectura de ese párrafo

de ese libro de *Memorias*, ya que la idea de dispensar un beneficio te es tan grata, debieras confiarme ese manuscrito, y permitir que yo supiera tanto como tú; lo que me animaría más y más á convertir en realidad lo que ha creído que solo podría ser irrealizable sueño, el que ha trazado con febril mano esos renglones.

—Me es imposible complacerte.

—¡Imposible!

—Por ahora al menos, sí.

—¿Quieres poner á prueba mi curiosidad?

—Solo te pido un plazo breve, muy breve.

—¿De un día?

—No, de un mes... dos á lo sumo.

—De ningún modo. Eres una ingrata, y no puedo conformarme con que lo seas; te estimo demasiado para consentir la existencia de un solo defecto en tu corazón.

—¿Y si yo te dijera que tu tenacidad en quitar esa *sombra* que *oscurece* mi alma á tus ojos, aumentaría otras *sombras* que no sospechas siquiera?

—No te comprendo, Elena, explícate por Dios.

—Te ruego, por el afecto que me profesas, que no me pidas más explicaciones, por que es inútil que exijas de mí lo que no puedo hacer. He jurado no revelar á nadie mi secreto, y tú que eres muy religiosa, no querrás que peque jurando en falso.

—Ante esa consideración me resigno. Pero cuenta conmigo para todo.

Conmovida Elena por aquellas demostraciones de bondad, estrechó primero la mano de su amiga, y

después cayó en sus brazos profundamente conmovida.

—¿Sabes—dijo de pronto la marquesa—que si se supiera en la sociedad el pacto que acabamos de hacer, la conspiración que hemos iniciado, tratándose de dos mujeres de nuestra edad y de un jóven bien parecido, daría ocasión á la calumnia de cebarse en nosotras?

—Dios vé nuestras almas.

—Pues adelante.

—¿Encontrará Luciano uno de esos seres que aman lo bello, que se complacen en hacer el bien?

—No uno, sino dos.

—¿Según eso, crees que podrá ver muy pronto en escena su ópera?

—Soy caprichosa y rica, y he de poner en juego todos los medios para oír muy pronto desde mi palco del Teatro Real melodías tan bellas como las que hace poco hemos escuchado.

—¿Si tendremos al fin y al cabo que reñir disputándonos á mi huésped?

—No abuses de mi bondad, Elena mía; el sacrificio que hago renunciando á leer ese *Diario*, á saber los proyectos que acaricias, es inmenso; y si me excitas, no podré contenerme.

—Para que no caigas en la tentación, te dejo.

—¿Donde vas?

—Voy á ver si Luciano quiere algo.

Veo que en efecto te preocupa cuanto con él se relaciona.

—Ya comprendes que el crédito de mi casa me

impone el deber de tener contento al huésped que la honra con su presencia.

Sin dar lugar á que su amiga la detuviese, desapareció; y tomando el *disfraz* con que solía presentarse á Luciano, penetró en su aposento.

El jóven, bajo la influencia de la inspiración, llenaba con las notas arrancadas de su alma las líneas del pentágrama.

Doña Rosario le sacó de su éxtasis.





X

La patrona y el huésped

PERDONE usted si le distraigo de sus quehaceres—
dijo la buena señora—pero deseo complacer á
usted, y aun no conozco sus costumbres; vengo á
saber si se le ofrece algo.

—Muchas gracias, señora.

—Empieza á anoecer y no verá usted ya; además,
debe usted estar cansado del viaje. Desea usted acostarse temprano?

—Me preocupan tan poco las cosas materiales de la vida, que mi mayor gusto es dejarme guiar. Ya que es usted tan bondadosa, disponga usted por completo de mí.

—En ese caso, voy á mandar que le traigan la cena, y en seguida se acuesta usted.

—Haré lo que usted quiera.

—Lucía, Lucía—exclamó la supuesta doña Rosario—trae la cena al señorito. Y entre paréntesis—añadió dirigiéndose al jóven—aún no he preguntado á usted cómo se llama.

—Luciano Andrade.

—Pues bien, señor don Luciano; si á usted no le molesta que le haga compañía mientras cena...

—Al contrario, me dispensará usted un gran favor. El placer más dulce de cuantos he sentido en toda mi vida, es encontrar una persona que, tan amable como usted, me escuche y me consuele. ¿Ve usted este sencillo cuarto, estos muebles, esta vista al jardín, este piano?... Pues me encantan: en mis sueños nunca aspiraba yo á otra cosa que á lo que me ha proporcionado usted.

—Bien se ve que es usted muy modesto. Limpio está todo, porque me gusta la limpieza; pero nada de cuanto puedo ofrecer á usted merece la pena de ser tomado en cuenta. Si á usted le satisface, tanto mejor.

Lucía puso sobre el velador un mantel, y sirvió la cena al huésped.

—¿Conque me ha dicho usted—añadió D.^a Elena—que le trae á Madrid el deseo de adelantar en su carrera?

—Sí, señora; vengo á dar una batalla decisiva. O triunfo y alcanzo el porvenir que me sonríe, ó soy vencido y me retiro á mi aldea á llorar, á pedir á Dios que me lleve cuanto ántes á su lado.

—Quiera Dios que suceda lo primero.

—Al pedirle esa gracia para mí—repuso el huésped—le pide usted mi felicidad.

—¿Tiene usted afición á su carrera?

—Mucha; la música ha sido para mí una segunda madre; ella me ha hablado el lenguaje dulcísimo del sentimiento que se alberga en el corazón de la mujer que nos da la vida; ella ha abierto á mis ojos los más risueños horizontes; ella con encantadoras esperanzas ha arraigado la fé en mi alma; ella, por último, ofreciéndome una carrera de las más brillantes, me

promete los medios de realizar todos los sueños de mi vida.

—Si no recuerdo mal, me ha dicho usted que es huérfano.

—Tanta confianza me inspira usted señora, que no debo engañarla. No he conocido á mis padres.

—¡Oh! qué desgracia tan inmensa—dijo Elena profundamente conmovida y enjugando las lágrimas que asomaron á sus ojos.

—¡No lo sabe usted bien! Es verdad que ha velado por mí desde mi niñez una mano misteriosa.

—¿No ha podido usted averiguar?...

—¡Oh! no, señora. Cuantos pasos he dado han sido inútiles. Ignoro si viven mis padres ó si han muerto. Presumo que pertenecen á una clase distinguida de la sociedad, que tienen fortuna; y presumo también que me quieren, puesto que no me olvidan. Cuanto más pienso en los motivos que pueden impulsarles á vivir lejos de mí, ó quizás al lado mío, sin que yo los conozca, sin que yo pueda descubrirlos, menos comprendo la causa de esa determinación, que si es una desgracia para mí, debe ser un martirio para ellos.

—¿Quién lo duda?—exclamó Elena—deben sufrir muchísimo. Pero en ese caso ¿cuenta usted con recursos para vivir?

—He renunciado á un socorro que me han estado dando hasta hace poco. Sugeto á la pensión con que me han favorecido, sin tener que cuidarme para nada en buscar el sustento, he perdido algunos años. Yo creía que el mundo era mío; pero un triste desenga-

ño me ha obligado á pensar que necesito hacer fortuna, y al mismo tiempo adquirir un nombre glorioso para que nadie me pregunte de dónde vengo ni quién soy. Pero ya iré contando á usted poco á poco mi historia, que es bien triste por cierto. Usted me inspira confianza, cariño. No lo extrañe usted, los que no hemos conocido á una madre, creemos hallar algo de ella en las personas que se interesan por nosotros. Yo bendigo mi suerte, porque me ha traído al lado de usted.

—Pobre de mí, nada puedo hacer que sirva á la realización de sus planes; y en cuanto á mi interés, á mi afecto, hay en ellos algo de egoísmo. Yo he tenido un hijo que sería de la edad de usted si viviera.

—¡Ah señora!—exclamó Luciano—esa confesión que acaba usted de hacer, me explica el cariño que la inspiro. Ya verá usted como los dos nos comprendemos. Usted me hablará siempre de su hijo y yo de mi madre. ¡Quién sabe si con el tiempo llegará usted á figurarse que yo soy algo, una sombra siquiera del hijo amado á quien nunca olvida su corazón, y yo que es usted algo, una sombra siquiera de esa adorada madre á quien no he conocido!

—Me agrada el pacto—dijo Elena haciendo los mayores esfuerzos para ocultar la emoción que experimentaba.—Pero hablando, me olvido de que necesita usted descansar. Ya tiene usted la cama bien arreglada. Lo que es esta noche dormirá usted en ella perfectamente, porque estará usted rendido. Si así no fuese ó si notase usted cualquiera falta, se remediará hasta donde sea posible. Créame usted Lu-

ciano, mi mayor placer será hacer por usted lo que haría por mi hijo.

—Así me gusta, señora—dijo Luciano—y para que vea usted que la trato desde luego con confianza, voy á hacerla una súplica.

—Diga usted lo que quiera.

—¿Ve usted á menudo á la marquesa de quien recibe tan bondadosa hospitalidad?

—Esta misma tarde la he visto. He ido á decirle que abusando de su permiso, y para ayudarme, le he admitido á usted en calidad de huésped. Por cierto que la señora me ha recibido en el jardín y hasta me ha permitido pasear á su lado, al mismo tiempo que usted tocaba el piano. Es una señora muy entusiasta, y apasionada de la música. No puede usted imaginar cómo se ha conmovido al oírle; estoy segura de que me preguntará por usted y no me estrañará que como nunca sale, me ruegue alguna noche que esté sola que le lleve á usted á su casa.

—Eso sería una fortuna para mí.

—¡Ya lo creo! Tiene muy buenas relaciones, y podrá valerle á usted de mucho.

—Agradeceré á usted que me proporcione la honra de verla. Y entre tanto, ya que usted me protege... la confiaré que he conocido á su sobrina... á esa jóven de quien me habló usted ántes...

—¿Isabel?

—Sí, señora; y por curiosidad... solo por curiosidad, desearía saber que es de su familia.

—Nada más fácil para mí que averiguarlo.

Luciano estrechó la mano de doña Elena.

—Algún día sabrá usted todos los secretos de mi alma—añadió conmovido.

Después de una breve pausa, prosiguió:

—Desde hoy, señora, me acordaré en mis oraciones de su hijo de usted.

—Y yo pediré á Dios—dijo casi sollozando Elena—que pueda usted algún día verse en los brazos de su madre.





XI

Uu buen eicerone.

LUCIANO madrugó al día siguiente.

Apenas se levantó, miró de nuevo todos los objetos que le rodeaban para convencerse de que no había soñado, de que eran realidad los recuerdos que conservaba de sus emociones del día anterior.

Era una hermosa mañana de Primavera, y abrió el balcón para respirar el ambiente balsámico del jardín.

Todo estaba en silencio: solo los pajarillos, revoloteando ó suspendidos en las ramas de los frondosos árboles, alteraban el silencio con sus melódicos gorgoros.

Respirando aquel aire purísimo, sentía Luciano que se dilataban sus pulmones; recreando sus ojos en aquel cuadro de la Naturaleza, olvidaba sus pesares, sintiendo en su sangre ese vigor, en su espíritu esa animación que en los primeros días de la Primavera nos agitan, nos reconstituyen. Solo experimentaba un deseo: el de dar gracias á Dios con toda su alma por los inmensos beneficios que le dispensaba.

La Providencia le protegía visiblemente.

A costa de sus secretos, había alcanzado el medio de llegar á Madrid.

Una vez en la Corte, no solo había encontrado el hospedaje que más podía agradarle, sino una madre en la señora que le hospedaba, y quizás una protectora en la marquesa del Salado.

Pero aún había más. La marquesa era tía de Isabel; podía con este motivo tener á menudo noticias de su amada, ocasiones de verla si como deseaba, su padre la llevaba á Madrid; y todo ésto, unido al bellissimo cuadro que contemplaban sus ojos, al perfumado ambiente que respiraba, á los trinos de los alegres pajarillos que recreaban su oído, constituía para Luciano una felicidad inmensa. Elevando los ojos al cielo, rezó para dar gracias á Dios, y más animoso que nunca, estimulado por sus esperanzas, repasó las notas que el día anterior había trazado en el pentágono, mostrándose muy satisfecho de su inspiración.

—¡Oh!—pensaba—este final ha de producir mucho efecto. Una grandiosa orquesta, cantantes de verdadero mérito; luego la decoración, el aparato escénico, el público, un público elegante, distinguido... No hay duda, todo ésto me proporcionaría un triunfo. Pero ¿cómo reunir tantos elementos, cómo su-peditarlos al capricho de un pobre huérfano sin fortuna, sin relaciones, sin más poder que su voluntad?

Un golpecito dado en la puerta le sacó de sus meditaciones.

—Adelante—dijo Luciano.

La puerta se abrió, y apareció su compañero de viaje.

—¡Hola!—exclamó desde el dintel—¿ya estamos trabajando?

—Sí, señor.

—¡Voto al draque! Y yo que no he venido ántes creyendo que el cansancio del viaje le obligaría á usted á ser hoy perezoso.

—Me gusta mucho madrugar, y he pasado un buen rato contemplando el hermoso jardín cuya vista me ofrece ese balcón.

—Eso quiere decir que está usted contento con su cuarto.

—Contentísimo. Nunca podré agradecer á usted bastante el beneficio que me ha dispensado trayéndome aquí.

—Me alegro, hombre, me alegro.

—No me ha proporcionado usted solo un hospedaje, sino una familia.

—¿Le agrada á usted doña Rosario, eh?...

—¡Oh! mucho. Esa señora es un ángel.

—Se parece á usted en lo madrugadora. A las seis ha salido á San Ildefonso á oír su misa: no hay quien se la quite todos los días. Pero, en fin, yo he venido á tomar chocolate con usted y á ponerme á sus órdenes. Doña Rosario, que todo lo prevé, me dijo ayer: «El jóven huésped deseará dar un vistazo á Madrid. Como es nuevo en la Córte, convendrá que venga usted temprano, y si quiere salir le acompañe.» «No tengo inconveniente—respondí—pero ha de ser con la condición de que me dé usted una jícara de chocolate del que suele regalarla de cuando en cuando la marquesa del Salado.»—Ha de saber

usted, amigo mío, que hay pocos que me ganen á apreciar el valor del chocolate. Tuve un tío fraile, gran entusiasta del soconusco. Me enseñaba la doctrina siendo yo muy pequeño, y el premio que me daba cuando me sabía la lección, era una onza de chocolate. En Madrid hay pocas personas que le tomen tan bueno como la marquesa del Salado. Todos los meses manda hacer una tarea, y regala á su antigua servidora dos ó tres libras de las que participo cuando vengo á Madrid.

Y sin notar que Luciano apenas hacía caso de aquella apología del chocolate:

—Lucía, Lucía—gritó Bautista.—Tráiganos usted el desayuno, que hoy me convido.

La jóven doméstica sirvió el chocolate, y Bautista, mostrando el más perfecto buen humor, procuró á toda costa distraer á Luciano. Los dos empezaron á tomar el chocolate, y Bautista dirigiéndose al jóven:

—Siento en el alma—dijo—no poder disponer de mucho tiempo. Mañana ó pasado ó más tardar me vuelvo á Sevilla; pero entre tanto, ya que hemos simpatizado y somos buenos amigos, quiero servir á usted de mentor y de guía en Madrid.

—Lo agradezco infinito.

—Hay que andar con mucho tiento en la Córte—prosiguió Bautista.—Dice el refrán que la ocasión hace el ladrón, y lo que más se encuentra en Madrid son ocasiones de perderse. Yo he sido militar en mis mocedades; llegué á sargento y estuve de guarnición en Madrid. Pues que lo quiera usted creer ó no, si no hubiera sido por un antiguo amigo de mi padre,

un sacerdote á quien veía á menudo, me hubiera perdido irremisiblemente. Por su influencia, al salir del servicio, entré de meritorio en las oficinas del marqués á quien debo cuanto soy. Poco á poco gané su confianza, y hoy administro sus bienes; pero si no hubiera sido por el eclesiástico primero, y por mis muchas ocupaciones después, lo reconozco, he sido y soy aún algo alegre de cascos, y en Madrid no me habría faltado ocasión de dar que hacer al diablo. Por lo mismo que conozco los escollos, siendo usted jóven y jóven de talento y agraciado, deseo ser para usted lo que fué para mí aquel santo varón, de quien le he hablado.

—Agradezco mucho las rectas intenciones de usted, y me aprovecharé de ellas.

—Todos los años llegan á Madrid, bien á estudiar, bien á buscar los medios de ganarse la vida, una porción de jóvenes de toda España. Por cada uno que logra ser hombre de bien, noventa y nueve se convierten en holgazanes, en viciosos, tienen que retirarse enfermos á sus casas ó perecer lejos de su familia, y no pocas veces en el hospital. Y no bastan los buenos principios inculcados por padres cariñosos, no bastan los avisos de la experiencia; el mal se ofrece aquí á la vista con ropaje tan deslumbrador, que no es extraño que los incautos caigan en la red que les tiende. Sobre todo voy á dar á usted un consejo: No tenga usted amigos jóvenes.

—Ya ve usted que la Providencia se ha anticipado á su deseo proporcionándome la amistad de usted —respondió Luciano.

—Dice usted bien, y verdaderamente le aseguro que soy su amigo; tanto, que sentiré y me daré por ofendido si no acude usted á mí en sus necesidades. No soy rico, pero nunca me faltan un par de onzas; y como soy soltero y no tengo ni siquiera un mal sobrino, puedo perfectamente hacer favores á personas que al menos sepan agradecerlos.

—Yo estimo mucho sus sinceras ofertas, señor Bautista, y le ofrezco en cualquier apuro, en cualquier necesidad, recurrir á usted.

—Si no lo hace usted así, reñiremos. Por lo demás, aunque pocas, tengo algunas relaciones que también podremos utilizar. ¿Me ha dicho usted que es músico?

—Sí, señor.

—Pues bien; yo puedo proporcionar á usted la amistad de un hombre muy insignificante en la apariencia, pero que puede prestar á usted grandes servicios.

—¿Algún compositor?

—No lo crea usted, ni siquiera es músico; pero tiene un empleo en el Teatro Real. Es primer avisador de la Compañía; conoce á todos los profesores, á todos los cantantes, y los conoce á fondo; sabe sus flacos, está enterado de sus secretos, y aunque no lo parece, el tal Estéban, que así se llama, es una verdadera potencia. El le enterará á usted de los misterios de la vida teatral, y como le tome á usted cariño y se empeñe en sacarle adelante, es un aragonés más testarudo que el mismo Calomarde. Créame usted; el tal Estéban puede hacerle á usted hombre. Vaya, póngase usted el sombrero, y vámonos á dar

una vuelta por Madrid. Quiero ser el primero que le presente á usted el Prado, el Palacio, el Teatro Real, el Museo... en fin, lo más notable de la Côte.

Luciano obedecía maquinalmente á aquel hombre á quien tan desinteresado afecto merecía, y después de haber encargado á la criada que saludase á doña Rosario en su nombre cuando volviera de misa, se fué con Bautista á dar el primer vistazo á Madrid.

El *cicerone* desempeñó su papel á las mil maravillas. Le condujo á la Puerta del Sol; desde allí por la calle de Alcalá le llevó al Prado y le entretuvo tres ó cuatro horas contemplando las obras maestras del Museo de Pinturas.

Después, por la Carrera de San Jerónimo y la calle del Arenal le llevó al palacio de la plaza de Oriente, y por último entró con él en el Teatro Real, y buscando al famoso Estéban logró por su mediación que penetrase Luciano en el escenario del regio coliseo en ocasión en que se celebraba el ensayo general de una ópera que debía cantarse aquella noche.

No es fácil describir la emoción que sintió Luciano en presencia de aquel espectáculo.

La imágen de la gloria que tantas veces le había sonreído en sus sueños de artista, se presentaba á sus ojos de una manera fascinadora.

Todo lo que deseaba era posible.

A las veinte y cuatro horas de llegar á Madrid veía un magnífico teatro, una grandiosa orquesta, una multitud de cantantes que interpretaban una ópera con la mayor perfección.

Veía reunidos todos los elementos que necesitaba.

No eran para él, no estaban á su servicio; pero serían á un compositor, y andando el tiempo, á fuerza de sacrificios, el oscuro jóven que apenas se atrevía á moverse, que al compararse con el último corista se creía inferior á él, podía llegar hasta el sillón del director de orquesta, y con su batuta ser el general en jefe de aquel numeroso ejército, que guiado por él, podía ganar las más gloriosas batallas.

—¡Ah! ¡gracias, amigo mio!—dijo estrechando con efusión la mano de Bautista.—No sabe usted el bien que me ha hecho hoy, trayéndome aquí. Todo esto que veo, todo esto que toco, me parecía un imposible, creía que solo podría hallarlo en mi imaginación. ¡Ah! si algún día logro que una de mis obras sea interpretada por todas estas gentes que obedecen á una sola voz, que reciben el sello de una sola inspiración, á usted deberé una gran parte de mi triunfo; porque al proporcionarme la impresión que estoy recibiendo, me da usted ánimo para arrostrar los sacrificios, para desafiar los peligros, para luchar con todos los obstáculos que se opongan á la realización de mis esperanzas.

—Aún haré más—dijo Bautista.—¿Quiere usted que vengamos esta noche al estreno de la ópera?

—¡Oh!... sí, con mucho gusto.

—Pues ya verá usted, ya verá usted, cómo Estéban nos proporciona dos butacas de las mejores.

Bautista y Luciano fueron á buscar al avisador, y después de encargarle que comprase dos butacas, el primero dijo á su antiguo amigo:

—Aquí tienes á un jóven que ha de llegar un día á

ser el amo de esta casa. Te advierto que le quiero como si fuera hijo mío. Si vale ó no, tú lo conocerás. Lo que te pido por nuestra antigua amistad, es que le ayudes en todo y por todo, que evites los escollos en que puede caer, que abrevies su camino... En una palabra, que hagas por él lo que hicimos en el regimiento por ti, cuando al presentarte á nosotros sin familia y sin nombre, te declaramos hijo de la primera compañía.

—No tienes que hablar más. Cuando usted quiera, jóven—añadió dirigiéndose á Luciano—viene usted y pregunta por Estéban. En esta casa hasta las ratas me conocen. He nacido en Aragón, y dicho se está con ésto que para mí el pan se llama pan y el vino vino. Por la tarde, de seis á siete, me tiene usted clavado en el café de enfrente; es mi única hora de descanso. Cuanto soy, cuanto tengo, está á la disposición de usted.

Luciano estrechó su mano con verdadero afecto; no solo porque estimaba la sinceridad de sus ofertas, sino porque, como él, no había conocido á sus padres, y este era un lazo de simpatía y de consideración entre aquellos dos hombres.

Bautista y el jóven salieron á la calle.

—¿Qué tal, está usted contento de mí?—preguntó el primero.

—¡Oh! sí, señor, mucho. Nunca podré pagar á usted el favor que me ha dispensado.

—No hablemos de eso. Venga usted á ver á Estéban cuando quiera, que él le enseñará á usted las triquiñuelas del arte; y ahí donde le ve usted, su voto es

estimado por los más inteligentes. Los mismos empresarios, cuando viene un cantante nuevo, y cuando se ensaya por la primera vez una ópera, le preguntan su opinión, y no falla. El no sabe por qué le agrada ó le disgusta una cosa. El pobre no ha recibido una educación como la que su talento merecía; dice sí ó no, y no hay quien le saque de sus trece; pero jamás se equivoca. Es verdad que cuando empieza á hablar de sus campañas y de los trabajos que ha pasado en el mundo, es insoportable; pero es preciso dispensar algo á las personas. Sin ir más lejos, ahora tiene usted que dispensarme que me haya olvidado de su estómago. Son las cuatro y aún no ha comido usted. Buena se vá á poner doña Rosario conmigo.

Sin detenerse más se encaminaron á la calle del Barco.

Bautista se despidió de Luciano hasta las ocho de la noche.

—Suba usted á comer conmigo—dijo el jóven.

—No, no, señor; doña Rosario debe estar muy enfadada, y va á echarme la culpa de todo. Apacígüela usted, y hasta después.

—Deseo vivamente que llegue la hora de volver al teatro.

—Calme usted su impaciencia, y lo dicho.

Los dos amigos se despidieron, y Luciano, satisfecho de las impresiones que había recibido aquel día entró en su aposento preguntando por doña Rosario.

—Le ha esperado á usted hasta hace poco—contestó la doméstica—pero la señora marquesa la ha llamado.

Lucía sirvió la comida; y si el huésped hubiera sido observador, habría notado que la jóven estaba muy agitada.

Para explicar su agitación, tengo que referir la escena que había pasado en el aposento de Luciano, mientras que éste con su *cicerone* había dado el primer paseo por la Côte.





XII

Curiosidad femenil.

MPENAS salió Luciano con su nuevo amigo, Elena que había estado escondida en su aposento, penetró en el cuarto del huésped y su primer cuidado fué ver si había dejado puesta la llave de su baul.

Estaba cerrado, y aunque buscó la llave en el cajón de la mesa de noche y entre los papeles que había dejado sobre el piano, sus pesquisas fueron inútiles.

—Lucía, Lucía—llamó.

—¿Qué manda usted, señora?—preguntó la doncella presentándose.

—Nuestro gozo en un pozo.

—¿No ha dejado la llave?

—No, y es preciso á toda costa que abramos el baul.

—¿Quiere usted que traiga la llave del mío?

—Sí, y al mismo tiempo busca mi llavero en la cómoda.

—¿Sabe usted, señorita, que tengo miedo? Parece, así, como que vamos á hacer alguna cosa mala.

—No tengas cuidado, Lucía. Ya sabes el motivo que me impulsa á favorecer á ese jóven. Si tu pobre madre viviera, no habría sacrificio que no arrostrase

para contribuir á su ventura. Ya te lo he dicho: el día en que logre realizar todos los proyectos de nuestro huésped, será el más feliz de mi vida. Entre tanto me halaga y entretiene la idea de reemplazar cerca de él de una manera misteriosa á la que le dió el sér, á mi buena amiga, que cuando sepa que tú me ayudas, extenderá hacia ti su gratitud.

—Yo señora, no necesito más que saber que la complazco á usted. Además, noto con gusto que desde el momento en que salimos de Écija esta usted animada, contenta, y este cambio me llena de alegría. Antes á todas horas la encontraba á usted triste, llorosa, no había nada que la alegrase, nada que ofreciera consuelo á su corazón. Hoy, por el contrario, se entretiene usted, goza, sonríe... ¿Qué más puedo desear?

—Anda, corre á buscar las llaves para ver si podemos realizar mi propósito.

Lucía abandonó la estancia y volvió poco después con un manojo de llaves.

—A ver si puedes abrir el baul—dijo Elena.

Lucía fué probando una por una todas las llaves, y llegó á la última sin conseguir lo que se proponía.

—Vamos á ver la de mi cofre—añadió la doncella.

Pero esta nueva prueba dió los mismos resultados; no pudo abrir con ella el baul de Luciano.

Ya empezaba á pintarse en el rostro de Elena la tristeza, cuando de pronto dirigiéndose á ella Lucía:

—Espere usted, señorita—dijo.—En la despensa hay un arca que no la usamos para nada, y me parece que la llave que tiene ha de servirnos.

En breves segundos volvió con la llave del arca.

Era bastante pequeña, y no debía haberse usado hacía mucho tiempo, porque estaba oxidada.

La doncella probó y en efecto, parecía hecha para el baul de Luciano.

—¡Victoria!—exclamó la jóven alzando la tapa.— Ya está abierto.

—Pues no perdamos tiempo. Vé sacando todas las prendas con cuidado y ponlas sobre la cama.

—Poco trabajo ha de costarme. Se conoce que el pobre debe hallarse muy mal de recursos.

Lucía sacó tres ó cuatro piezas de ropa blanca, media docena de pañuelos, un traje de Invierno bastante deteriorado, algunos libros, un legajo muy grande de papeles de música, una caja de madera atada con una cinta, varios dibujos y una cajita de cartón redonda.

—Si viniera de pronto—exclamó Lucía.—¡Ay! yo no sirvo para estas cosas; creo que me caería muerta de repente.

—No tengas cuidado. Bautista es nuestro cómplice y hasta las tres ó las cuatro no volverán.

—¿Y si necesitara algo? ¿Y si se sintiera indispuerto?

—Vamos, no seas miedosa; coge ese traje y llévalo inmediatamente al sastre para que tome las medidas y siga las instrucciones que le tengo dadas.

—¿Le dejo el traje?

—No; lo traes en seguida, porque es preciso que ignore el huésped que hemos escudriñado sus secretos.

—¡Dios quiera que salgamos con bien de esta empresa!

—No lo dudes, mujer.

—Voy, voy corriendo.

—Llévate de paso una camisa, y que te escojan una docena de las mejores y á la medida; haz que las marquen con una L y una A, y dí que mañana sin falta las espero.

—No tenga usted cuidado, que así lo haré.

Lucía partió, y Elena quedó sola en la estancia de su huésped, rodeada de aquellos objetos que constituían todo el patrimonio del jóven.

Cualquier prendero habría dado por todo de cuatro á cinco duros, y sin embargo el legajo de los papeles de música podía llegar á valer no solo muchos miles de duros, sino la felicidad de un corazón apasionado.

—Aprovechemos el tiempo—pensó Elena.—Esta caja que sujeta una cinta debe contener papeles importantes.

Procurando observar minuciosamente cómo estaba atada para volver á hacer el lazo, abrió la caja y encontró en ella unas cuantas flores marchitas, una cruz de oro, un paquete de cartas en el que se leía este rótulo: *Cartas de Isabel*; otro paquete de *Recuerdos*, y cuidadosamente envuelto en un papel un medallón de dos caras.

En una de ellas había un retrato en miniatura de una jóven de dieciseis á dieciocho años, tipo de angelical belleza, que debía ser sin duda la autora de las cartas del primer paquete.

En la otra cara del medallón había un papel blanco con esta inscripción: *Para el retrato de mi madre cuando la encuentre.*

Cada objeto que hallaba producía una emoción dolorosa y agradable á la vez en el alma de Elena.

Abrió el paquete de los *Recuerdos*, y encontró algunas cartas de las que había recibido Luciano del único protector á quien había conocido en su niñez mientras estuvo en el colegio de Francia.

Al lado de aquellas cartas había algunos apuntes acerca de las conversaciones que había tenido con él, deseoso de averiguar su origen.

Completaban el paquete dos ó tres cartas más de otros tantos compañeros de colegio.

—Hé aquí en estos objetos explicados los sentimientos de su alma—pensó Elena.—Vivos deseos de conocer á su familia; gratitud inmensa al encargado de representar cerca de él á sus misteriosos padres; amistad sincera para los compañeros de su niñez; amor purísimo y entusiasta hacia un ángel; esperanza de encontrar algún día á su madre y colocarla al lado de lo que más ama... de esa Isabel, que es sin duda la sobrina de mi buena amiga la marquesa. ¿Será digna de su cariño? ¿Será, como él presume, uno de esos ángeles que envía Dios al mundo para hacer la felicidad de un alma privilegiada? Su tía apenas la conoce; ha vivido lejos de ella. ¿Merecerá los sacrificios que por labrar su ventura está dispuesto á hacer Luciano?

Y cogiendo el paquete que contenía las *Cartas de Isabel*, prosiguió:

—¡Ah! Temo leer estas cartas. En ellas sin duda alguna revelará sus sentimientos. Miedo me dá descubrir ese secreto.

Una vez con ellas en la mano, no era fácil que las dejase sin averiguar lo que pretendía saber.

—Sin embargo—pensó—no hay remedio. Es necesario que yo conozca el alma de esa jóven, y quiera Dios que sea tan hermosa como lo es su rostro.

Y diciendo ésto desató una cinta de seda azul que sugetaba el paquete de cartas, y con vivo interés, sintiendo de cuando en cuando inundarse sus ojos de lágrimas de felicidad, leyó sin dejar una sola aquellas cartas que valían un tesoro, que eran el fiel retrato de un alma angelical.

Sobre todo llamaron su atención tres de ellas, que dejó aparte y volvió á leer dos veces.

Hé aquí lo que decía la primera:

«¡Cuánto me ha hecho sufrir tu carta de ayer, Luciano mío!

»Yo no comprendo lo que quieres decirme. En la »revelación que me haces, solo veo que eres más digno de ser amado; que necesitas más cariño, mucho »más que esos séres felices á quienes envidias, porque han tenido una madre para enseñarles á rezar »y á amar, un padre para protegerlos y allanarles el »camino de la vida.

»Dices que el mundo te desprecia. ¿Por qué? ¿Acaso »no mereces la protección del mundo por lo mismo »que te falta lo que otros tienen: una familia, una »fortuna? De seguro no negarás la verdad de estas »razones.

»Eres muy injusto cuando piensas que los obstáculos que opondrá mi padre á nuestro amor, que lo que oiré decir de tu triste posición, borrará poco á poco el sentimiento que has inspirado á mi alma. »No, Luciano, no. Ya sabes que he tardado mucho tiempo en decirte que te amo; te he hecho sufrir y he sufrido tanto ó más que tú, porque he querido convencerme de que tu amor es mi felicidad; pero después me ha sido imposible callar.

»Siendo muy niña perdí á mi madre; pero no por eso dejé de comprender las últimas palabras que me dijo al despedirse de mí para siempre: «No tengas más que un amor en la vida.» Y siguiendo el consejo de mi madre, estoy resuelta á no amar á nadie en el mundo más que á ti.

»Si vacilas seré muy desgraciada; si me abandonas lloraré toda mi vida; pero solo con la muerte podrá acabar el amor que te profesa tu

ISABEL.»

En otra de las cartas se expresaba en estos términos:

«Vamos, Luciano, no me incomodes; parece que te complaces en mortificarme. Ya no volveré á ponerme el vestido con que creí agradarte y que tanto te ha hecho sufrir.

»Después de leer tu carta he pasado toda la noche llorando, y si por mí hubiera sido habría cogido unas tijeras y hecho pedazos el vestido.

»Cuando pienso que al mirarme en el espejo antes de salir, acordándome de ti decía: «Es su color favorito, le voy á agradecer...» Pues no, señor; en vez

»de decirme que me sentaba bien, que te había gustado mucho, que lo único que sentías era no poder llevarme del brazo... en fin, alguna otra cosa por el estilo, de esas que á todas las mujeres nos gustan, y sobre todo cuando las dice el hombre á quien amamos con toda nuestra alma, te pones á filosofar sobre tu posición y tu pobreza, y desmayas porque crees que no podrás comprarme trajes como el que me ha regalado mi padre para el día de mi santo, y crees que no podré acostumbrarme á vivir modestamente contigo, á tener por todo lujo un vestido de percal ó de muselina.

»Pues no, no, no... te lo digo, y al decírtelo se me saltan las lágrimas.

»Yo lo desprecio todo: la fortuna, el lujo, por otra fortuna y otro lujo que es lo único que deseo: por la fortuna de amarte con toda mi alma, de vivir en tu corazón.

»Te prometo que aunque se empeñe quien se empeñe, no vuelvo á ponerme nada que valga, ni iré á paseo, ni saldré de casa, y al contrario, desde hoy voy á acostumbrarme á trabajar, aunque mi padre diga que no quiere que me ocupe en las faenas de la casa; voy á ser hacendosa, casera, voy á coser y á planchar...

»En fin... daría no sé qué, por que mi padre perdiera su fortuna, por llegar á ser una pobre. Lo que yo quiero es que tú no sufras, que no dudes nunca de mí.»

En la última de las cartas separadas por Elena, decía:

«Luciano, Luciano mío, perdona á mi padre. El
»cree proporcionarme con eso un bien inefable. Yo
»te juro una vez más, y te lo juro por la memoria
»de mi madre, por la de la tuya á quien tanto amas
»sin conocerla, que cualquiera que sea la resolución
»que mi padre adopte, no me uniré jamás con el
»hombre á quien desea dar mi mano.

»No; seré tuya, solo tuya, y si es preciso lo sacrifi-
»caré todo, seré mala hija, abandonaré la casa de mi
»padre; pero en cambio de estas promesas, te suplico
»que le perdones, que no te desesperes, y que me
»digas sobre todo qué es lo que piensas hacer, por-
»que me dá miedo la idea de tu desesperación.

»¡Has sufrido tanto en este mundo! Y sin embar-
»go, Luciano, piensa en Dios, piensa en la Virgen
»nuestra protectora. Ella ha acogido nuestros jura-
»mentos, y ella nos salvará.

»Si es necesario que pongas en práctica tu proyec-
»to de ir á Madrid á realizar tus planes de alcanzar
»esa gloria que tanto anhelas y que yo temo tanto,
»vé, no pienses que la ausencia entibiará mi fé ni
»mi amor; al contrario, no sabes de lo que soy capaz.

»Si resuelves partir, antes de separarnos iré á casa
»de mi nodriza, y como ella es buena y sabe que tú
»eres mi felicidad, consentirá que nos veamos y que
»hablemos, y por conducto suyo podremos escri-
»birnos.

»Sobre todo no me abandones. En los días que
»han pasado, me parece que estoy sola en el mundo,
»que me voy á morir si no me dan aliento tus pa-
»labras.»

—No hay duda; esta mujer ha nacido para labrar su felicidad—pensó Elena.—Yo contribuiré á unir esas dos almas que el mundo trata de separar. Por fortuna mi buena amiga Aurora puede ayudarme en esta empresa, y como quiere á su sobrima tanto, se complacerá en hacerla venturosa. Su padre es rico, Luciano puede serlo también; pero los secretos de su alma que he descubierto hasta ahora, me prueban que aunque yo le diera toda mi fortuna no la admitiría. Desea adquirirla por sí, y ésto es muy noble. Adelante en mi empresa. ¡Dios mío, tú que ves mis intenciones, ampárame!

Volvió á guardar los objetos que había escudriñado, registró la cajita de cartón, y vió en ella una sortija que arrancó de nuevo lágrimas á sus ojos.

Habían transcurrido más de dos horas cuando llegó Lucía muy satisfecha de la comisión que había desempeñado.

—Todo está ya arreglado, señora—dijo.—Las camisas las traerán esta noche; el traje estará mañana al mediodía; las demás prendas que ha encargado usted vendrán pasado mañana.

—Pues arregla inmediatamente toda la ropa en el baul, del mismo modo que estaba, y pon en orden el cuarto para que no se aperciba de los efectos de nuestra curiosidad.

Lucía obedeció á su ama, y Elena se retiró á su habitación, sacó de un *secretaire* el *Libro de Memorias* que tanto estimaba, y con nuevo interés leyó las páginas que acerca de sus proyectos para labrar la felicidad de Isabel había trazado el jóven.

En esta ocupación la sorprendió un recado de la marquesa.

—Mi señora—la dijo la doncella—ruega á usted que vaya á verla lo más pronto que pueda.

—¿Ocurre alguna novedad?

—No sé; pero ha venido el cartero, ha traído dos cartas, y después he visto agitada á la señora: debe haber recibido alguna mala noticia. Como usted la quiere tanto, se lo digo; pero no se dé usted por entendida.

—Voy, voy á ver lo que es.

Elena siguió á la doncella de su amiga, y no tardó en encontrarse á solas con la marquesa del Salado.





XIII

Noticias imprevistas

Aquí me tienes. ¿Qué te pasa que pareces asustada? Me has llamado tan de prisa... ¿Has recibido alguna noticia mala?

—Al contrario, mujer, una noticia satisfactoria, una sorpresa muy agradable.

—Explícate que ya me tienes impaciente.

—Muchas veces te he hablado de mi hermano político y de su hija.

—¿De Albarosa?

—Sí. Ya sabes que nuestros caracteres son opuestos, y por lo tanto que nuestras relaciones son superficiales.

—En efecto; pero quieres mucho á tu sobrina.

—¿No he de quererla, si es el retrato de mi hermana que esté en gloria? Muchas veces he querido traerla á mi lado; pero su padre no ha sido gustoso. Es muy interesado; quiso sacar el mejor partido de la testamentaria de mi padre y su suegro, se creyó perjudicado; y tanto por ésto como por pretender que yo no soy una mujer práctica, que vivo más de ilusiones que de realidades, no ha querido proporcionarme el placer de servir de madre á su hija.

—Todo eso ya lo sé—respondió Elena, que deseaba averiguar pronto lo que tenía que decirle su amiga—pero veamos la sorpresa.

—Pues la sorpresa es esta larga carta de Albarosa que acabo de recibir, y esta otra de mi sobrina Isabel, que por lo visto me ha escrito sin la anuencia de su padre; pero una y otra están contestes, y me comunican la fausta noticia de que se disponen á venir á Madrid á pasar una temporada á mi lado.

—Elena no pudo disimular su alegría.

—¿También te alegras tú?—exclamó Aurora.

—¿No he de alegrarme? ¿Acaso no participas de mis satisfacciones, de mis alegrías? ¿Tiene algo de particular que la idea del goce que vas á disfrutar me complazca?

—No; pero francamente, veo algo extraordinario, algo incomprensible en la conducta de mi cuñado, y hasta en la de su hija. La carta es larga, y te haré gracia de ella; pero te diré al menos su contenido.

—Vamos á ver qué es lo que tanto te preocupa.

—En primer lugar, mi buen hermano político manifiesta deseos de que olvidemos nuestras pasadas disidencias y seamos lo que debemos ser: buenos hermanos. Acto continuo me confía que se ha presentado un excelente partido para su hija.

—¡Cómo!—preguntó Elena vivamente agitada—¿quiere casar á su hija, que es tan jóven?

—Tiene diez y ocho años, y por otra parte, como la ha faltado desde niña su madre, la necesidad la ha obligado á ser mujer antes que á otras.

—Prosigue...—dijo Elena con impaciencia.

—Pues bien, el partido excelente que como te digo se ha presentado —continuó Aurora— es un jóven poseedor de una inmensa fortuna, la cual, unida á la de mi cuñado, puede hacer millonaria á su hija.

—Bien; pero esa jóven —interrumpió Elena sin poder contenerse— comprenderá que el dinero no es todo en este mundo...

—Alguna dificultad ha debido oponer al proyecto de su padre, porque según me dice le ha costado mucho trabajo convencerla. Debe haber tenido alguno de esos amores novelescos y tan vehementes como imposibles. Oye el párrafo de la carta que se refiere á ese particular.

Y estendiendo la mano, tomó de un velador que tenía á su derecha el papel que buscaba, y leyó las siguientes líneas:

«Mi Isabel, como todas las muchachas de su edad, tenía la cabeza llena de ilusiones. Nunca he sentido tanto como ahora la falta de su madre; porque, como usted comprende, hay cosas que nosotros no sabemos explicar, ó por lo menos carecemos de la habilidad, de la dulzura que tienen las señoras para convencer á una jóven.

«Es verdad que el negocio lo he tratado ántes con el pretendiente que con ella, que yo he fijado su atención sobre él, y que las muchachas desconfían siempre al principio de las proposiciones que les busca sus padres.

«Es natural: no tienen mundo: y creen que sólo ellas pueden acertar.

«Por otra parte, estaba impresionada. Un jóven, »buen chico; pero que no tienes sobre qué caerse muer- »to, había cambiado con ella algunas miradas, y qui- »zás alguna que otra carta sin mi permiso. Ya sabe »usted que estas cosas suceden por mucho que uno »vigile y crea estar sobre aviso. Pero afortunadamen- »te pude echar con cajas destempladas al tal mozo, y »ha desaparecido, circunstancia que ha venido como »de molde á mis proyectos; porque, francamente, es- »toy convencido de que el enlace que ahora me preo- »cupa es el que más conviene á mi Isabel, el que ha »de conseguirla mayor ventura.

«El resultado es, que después de resistir y de aplazar »su respuesta, al fin y al cabo me ha prometido de- »jarse guiar por mí; y en cambio de esta promesa »solo ha impuesto una condición, y me ha parecido »tan natural, tan justa, que accedo á ella desde lue- »go. «Ya ve usted, papá—me ha dicho—yo no co- »nozco el mundo, nunca he salido de este pueblo, no »he visto á mi tía Aurora á quien quiero tanto; igno- »ro porque no he tenido una madre que me aconse- »je, cuáles son los deberes que voy á contraer. Llève- »me usted á Madrid, que yo viva al lado de mi bue- »na tía algún tiempo, y esté usted seguro de que en- »tónces le dejaré completamente satisfecho.»

Aurora volvió á doblar la carta, y guardándola.

—Ya ves—dijo á Elena—que mi sobrina es muy juiciosa y tiene mucha penetración.

Elena no contestó: estaba muy preocupada.

—Puedes continuar—es lo único que dijo después de una breve pausa.

—No, no te cansaré con la lectura. Mi cuñado me anuncia que se dispone á venir, me ruega encarecidamente que sirva de mentora á su hija para que se afirme más y más en la palabra que ha dado á su padre de casarse con el hombre que la ha elegido, y me indica además que el pretendiente llegará á Madrid pronto y se hará presentar en mi casa, con cuyo motivo espera que le reciba y le trate como á futuro sobrino.

—Pero ¿no sacrificará á esa niña?—dijo Elena.

—Así lo creí al principio—contestó Aurora—pero mira, mira como se explica Isabelita.

—Deseo leer su carta—exclamó Elena, cogiendo de manos de la marquesa la epístola, que estaba concebida en éstos terminos:

«Querida tía: escribo á usted sin que papá se entere, para que sepa que todo lo que le dice en su carta es verdad.

«Estoy resuelta á complacerle, porque veo en efecto que las ilusiones son muy bonitas; pero que una buena posición vale más que todos los sueños y todas las esperanzas del mundo.

«No crea usted que me obligan á aceptar la mano de mi pretendiente.

«Es cierto que apenas he hablado con él; pero sé que tiene y dirige muy bien una fábrica de fundición que le produce grandes ganancias. Los informes que ha adquirido mi padre aseguran que su firma está muy acreditada en todas las plazas.

«Y luego es muy cumplido, muy amable: apenas se atreve á hablar en mi presencia.

«En una palabra: no crea usted que me sacrifican.
»Acceda usted á los ruegos de mi papá, y ya habla-
»remos. Yo aseguro á usted que quedará contenta de
»su sobrina

«ISABEL.»

Elena estrujó la carta de la jóven.

—No puede ser — exclamó poseida de indignación—no puede ser, esto es mentira.

—¡Cómo! ¿Qué?—preguntó asustada la marquesa.

—Digo que es imposible que una jóven de diez y ocho años se exprese de este modo.

—¡Ay! amiga mia, ahora las jóvenes nó son como éramos nosotras. Hoy, poder viajar, tener un hotel en Madrid, un palco en el Teatro Real, un landó para pasear por la Castellana, un espléndido guardaropa con que engalanarse; en una palabra, todos los perfiles del lujo, constituyen la dicha de las muchachas, que no comprenden como comprendíamos nosotras toda la grandeza de aquella frase tan ridícula como sublime: *Contigo pan y cebolla*. ¿Crees tú que hay muchos jóvenes como tu huésped?

Elena permaneció silenciosa. Luchaban en su mente multitud de ideas, y no respondió.

—Y á propósito, me alegro de que venga mi sobrina—continuó la marquesa—porque con ese motivo recibiré á algunas personas, y me gustará mucho que tu pupilo venga á tocar el piano.

—¿Qué es lo que dices?—exclamó Elena.

—Que tendré un placer en que tu huésped amenice mis reuniones.

—No, no—respondió Elena próxima á descubrir su secreto. — Estimo demasiado á Luciano para consentir que conozca á una joven... no te ofendas conmigo, Aurora, pero no lo puedo remediar... á una joven cuyo lenguaje parece el de una mujer gastada, el de una mujer sin corazón... No; ni yo misma quiero verla.

—Siempre has de ser exagerada.

—No hay nada de exageración en ello; no quiero y no vendrá Luciano.

—Pero mujer—añadió la marquesa tratando de apaciguar á su amiga—no la juzguemos sin oirla. Una carta no es bastante para conocerla, para calificarla.

—Tienes razón—interrumpió Elena con amargura y coraje al mismo tiempo.—No una carta, muchas cartas no son suficientes para formarse una idea del corazón que las dicta.

—No creas que por eso me olvide de nuestra conspiración—contestó la marquesa—y si te he llamado para darte una noticia que me llena de alegría, también deseo que me cuentes si has adelantado algo en tus proyectos.

—No me hables ahora de eso. Me he puesto de mal humor con la noticia que me has dado.

—Dentro de tres días llegan mis huéspedes.

—¿Pero tú accederás sin meditar ántes á todo lo que exija tu cuñado?—preguntó Elena con ansiedad.

—Yo te prometo—repuso Aurora—que si el marido que destinan á mi sobrina no es digno de ella, y no puede por tanto hacerla feliz, evitaré su casamiento á toda costa.

—¡Ah!—exclamó Elena estrechando su mano y procurando disimular la intención de sus palabras—no por otra causa más que por el bien de esa jóven que al fin y al cabo es sobrina tuya, y su suerte me interesa en extremo, me ofrezco á auxiliarte en tu empresa.

—Así me agrada... favor por favor. Yo te prestaré auxilio para que saques adelante á tu protegido, y tú á mí para labrar la ventura de mi sobrina.

—Nos hemos comprendido —dijo Elena—pero hasta que conozca á fondo á tu sobrina; mejor aún, hasta que se marchen los huéspedes que esperas, no quiero presentarte á Luciano.

—Sea ya que te empeñas.

—De todos modos necesito mañana á más tardar una carta de recomendación para ver cómo le facilitamos el medio de realizar sus esperanzas.

—Precisamente tengo mucha amistad con el subsecretario de Fomento. ¿Te acuerdas de Narcisa, nuestra compañera de colegio?

—Vaya si me acuerdo. Tenía unas ocurrencias muy felices y un carácter angelical.

—Pues es la esposa de ese alto funcionario y nos tratamos con mucha intimidad. Su marido tiene muy buenas relaciones, y estoy segura de que hará mucho caso de una carta mía.

—Pues mañana la espero; hasta mañana.

—¿Te retiras así... tan de improviso?...

—Dispénsame; pero ya es algo tarde. Hablaremos despacio otro día que no tenga el humor tan malo como hoy.

—Adiós, y que la Providencia nos ayude.

Cuando Elena llegó á su casa, sumamente agitada y luchando con mil encontradas ideas, la esperaba impaciente Luciano para comunicarla las dulces impresiones que había recibido durante su paseo por Madrid.





XIV.

Armonías del alma.

LA imaginación es al alma lo que los nervios al cuerpo; y si fuera posible, hasta diría con perdón de los sabios fisiólogos, que la imaginación es el sistema nervioso del alma.

Así como hay enfermedades que se presentan con todo el aparato de la muerte y que se calman con cualquier álcali volátil, con cualquier elixir, así también hay situaciones en la vida de ciertos seres que parecen la desesperación, el último desengaño, al aniquilamiento de un alma, y sin embargo la más leve impresión agradable, que en este caso hace el papel de elixir, borra las nubes que se amontonan sobre nuestra cabeza, y ofrece á nuestros ojos un cielo diáfano y á nuestro corazón una dulzura sin igual.

Cuestión de nervios, físicos ó morales.

Una noticia, ó mejor dicho el contenido de dos cartas, había desesperado á Elena hasta el punto de hacerla ver todas las cosas del color más tristemente oscuro.

Consideraba el efecto que el desengaño produciría en su protegido, y la sola idea del martirio de su jóven huésped la aterrorizaba. ¡Contrastes del mundo!

La cosa más insignificante, lo que puede lograr el más tosco gallego recién venido de la tierra para prestar los más humildes servicios; lo que todos los días conseguían los operarios del Teatro Real, esto es entrar en el escenario, presenciar los ensayos, ver de cerca á los artistas, oír al director de orquesta llenar de improperios á los músicos; ésto que desde la aldea parecía á Luciano una de las más grandes conquistas que podía realizar en Madrid, una de las dificultades más insuperables; vencida á las veinte y cuatro horas de hallarse en la córte, constituía á sus ojos un triunfo. Era un paso, y paso grande en sus aspiraciones; era el principio de su felicidad; podía decir que había seguido el camino más corto, y créanlo ó no los lectores prosáicos, no habría cambiado la amistad del famoso Esteban, del avisador del regio coliseo, por la de un banquero, por la de un ministro, por la del mismo jefe del Estado.

Por eso, mientras Elena estaba triste, Luciano experimentaba, olvidando un momento todas sus penas, una gran alegría.

La alegría es más audaz que el dolor, así es que habló primero.

Cuando entró Elena en el comedor, Luciano que se había hecho servir la comida, saboreaba los postres; con el cual dicho se está que tenía alegre el corazón y alegre el estómago.

—¡Ah, señora!—exclamó levantándose para estrechar la mano de su patrona.—No puede usted imaginar qué bien he pasado la mañana.

—No me extraña—contestó Elena procurando di-

simular su pesadumbre—el amigo Bautista conoce los rincones de Madrid, y en poco tiempo le habrá llevado á usted á muchas partes.

—La Providencia me ha favorecido haciéndome su compañero de viaje; y ya, no solo por haberme traído á esta casa, sino por los inmensos beneficios que me ha prestado, puedo decir y lo digo con júbilo, que he adelantado la mitad del camino.

—Pláceme ver á usted tan satisfecho.

—Sí; lo estoy. ¿Qué quiere usted? yo soy así. La más insignificante contrariedad me abate; pero en cambio la más humilde fortuna me enardece.

—Lo que ocurre—añadió Elena—es que Madrid se ve muy pronto; es decir, el Madrid exterior. Le habrá llevado á usted á la Puerta del Sol, á la calle de Alcalá...

—Sí, señora. Además me ha llevado al Museo; he admirado las grandes obras, los tesoros artísticos que encierra, y después hemos ido á la plaza de Oriente.

—Y al Teatro Real; ¿no es eso?

—En efecto, allí nos dirigimos.

—Pero no habrán ustedes podido entrar.

—El amigo Bautista me ha conducido hasta el escenario, y allí he visto el campo del honor, el palenque donde yo deseo dar la batalla que ha de decidir de mi suerte. He estado tan cerca como ahora de usted, de esa cantante á quien he oído celebrar: la Gazániga; he visto al tenor Malvezzi. Además, yo no conservaba idea de lo que era un teatro. Siendo muy niño, cuando estuve en París, me llevaron á la Gran Opera. Entónces no me fijé. Sin embargo, tenía un

vago recuerdo de lo que podía ser, y con su ayuda y mi imaginación, me forjé en la soledad de mi aldea el campo de batalla donde mis notas debían ganar el triunfo ó ser completamente derrotadas. La realidad ha superado á la imaginación. ¡Qué escenario tan ámplio, qué núcleo de cantantes, y qué orquesta!... Sobre todo, qué orquesta! ¡Ah!... ¡si yo logro algún día que una orquesta como la del Teatro Real interprete mis obras, mi felicidad será inmensa!... Quizás no realizaré nunca este afán; pero al menos ya conozco el terreno donde he de combatir; y como el señor Bautista me ha presentado á un amigo suyo que es avisador del teatro, y podrá darme cuantos datos le pida, voy á allanar muchas dificultades antes de que lo suponía. Créalo usted, señora, aunque solo hace horas que nos conocemos; después de nuestra conversación de ayer, no quiero tener ningun secreto para usted. Cuando pienso que algun día mi pobre música puede ser interpretada por artistas de primer orden, en un escenario como el del Teatro Real, ante un público tan numeroso, tan escogido como el que sin duda alguna debe asistir á ese espectáculo, el temor de sufrir una derrota, me hace conformarme con la orfandad en que he vivido y vivo. ¿Para qué hacer sufrir á los séres queridos de mi corazón? Pero si por el contrario alcanzo un triunfo, si resuenan en mi oído los aplausos, si mi humilde inspiración despierta algun día entusiasmo, si soy feliz y esa felicidad ha de llenar mi alma... ¡Oh! entónces, créalo usted, señora, siento no tener padres, siento no conocerlos, sobre todo siento no tener á mi madre á

mi lado... Yo partiría con ella mi felicidad... ó mejor dicho, su felicidad sería mayor que la mía, por grande que esta fuese.

Luciano observó que los ojos de Elena se llenaron de lágrimas.

—Válgame Dios, señora—añadió—soy un torpe. Estoy enterneciendo á usted. Apuesto cualquier cosa á que piensa usted en su hijo.

—Eso es... sí—contestó Elena sollozando.—¡Pobre hijo miol

—¿No hemos convenido en que yo le he de reemplazar, aunque indignamente? Vaya... cálmese usted y... como cuando yo logre ese deseo nos conoceremos muy á fondo, como habrá pasado mucho tiempo, vendrá usted conmigo á la primera representación, y... ¿qué más he de decirle? reemplazará usted á mi adorada madre, la cual bien puede ser que se encuentre también en el teatro y sea dichosa y desgraciada; porque aunque nunca la he visto, aunque nada ha hecho por acercarse á mí, estoy seguro de que si vive me quiere mucho, mucho.

Elena, para evitar que su emoción obligase á Luciano á ocultarla en lo sucesivo sus secretos, recordó algunas de las aspiraciones que el jóven había confiado á su *Libro de Memorias*, y al referírselas acabó de conquistar su corazón.

—No crea usted que las lágrimas que vierto son de pena—le dijo—al contrario. Soy muy nerviosa, ó lo que es lo mismo, muy mujer, y siempre tengo el llanto á la puerta.

—Lo comprendo señora—contestó Luciano.

—Y no crea usted; aunque soy una pobre viuda, aunque hace muchos años que vivo retirada del mundo, me identifico perfectamente con usted. Hija de una familia acomodada, recibí en mis primeros años una excelente educación; también estudié música, toqué el piano, leí muchas novelas, y casi casi estoy segura de que sobre poco más ó menos adivino todos los deseos de usted. ¿No es verdad que por la misma razón de que se ha visto usted solo, abandonado; de que le falta una familia, todo el cariño que hubiera dado á sus padres, á sus hermanos, lo ha reconcentrado usted en su corazón, y ese cariño convertido en un verdadero tesoro anhela un alma á quien hacer feliz con él?

—¡Ah!.. sí—exclamó Luciano—adivina usted mis sentimientos.

—La gloria, la fortuna que usted ambiciona no son para usted solo. Hace poco acaba usted de decir que las ofrecería gustoso á su madre; pero al lado del noble afecto que le inspira hay también un poquito de vanidad, confíeselo usted Luciano. A usted le alegraría que todo el mundo le admirase, que las obras de usted llegasen á adquirir popularidad, que en todos los salones, en los grandes bailes, se ejecutasen con preferencia las composiciones de usted, que las bandas de música al cruzar las calles al frente de los regimientos, llenasen el aire con las marchas y pasos dobles que usted escribiera. ¿Me equivoco?...

—No por cierto, señora—contestó Luciano.

—Yo me figuro—prosiguió Elena—el inmenso

placer que sería para usted, por ejemplo, encontrar á su madre, poseer el cariño de una esposa como un artista puede imaginarla; y un día, acompañado de esas dos mujeres, que son los dos polos de un corazón vehemente, la esposa y la madre, ir al campo, llegar á una aldea y oír á una madre arrullar á su hijo con algún aire, con alguna melodía de usted.

—Cualquiera diría—exclamó Luciano admirado—que yo había confiado á usted todas mis esperanzas, todos mis deseos; ó por lo menos, que había caído en sus manos un *Libro de Memorias* en el que yo, durante mucho tiempo, he escrito mis aspiraciones, y entre ellas hallaría usted muchas de las que acaba de exponer.

—¿Es posible?—preguntó Elena fingiendo admiración.—¿Tiene usted ese libro? Soy muy curiosa y me gustaría leerle.

—¡Ay!—suspiró Luciano—me lo han arrebatado, y ¡cosa extraña! gracias á ese escamoteo he podido llegar á Madrid.

—No comprendo...

—No es fácil comprender lo que me ha sucedido: parece una novela.

—La oiré con mucho gusto.

—Es muy sencilla. Salí del pueblo en donde he pasado los últimos años, y me detuve en Écija. Tomé habitación en una de las principales fondas, se me acabaron los recursos, y tuve que quedarme allí. Mi situación era triste en extremo. En el momento en que me presentasen la cuenta, no tenía más remedio que descubrir mi paradero á la persona que



me facilitaba los recursos mensuales, y ésto no me convenía, ó pasar por un miserable estafador. En esto llegan varios viajeros á la fonda, entre ellos un inglés. La codicia del fondista le estimula á utilizar mi cuarto; hospeda en él al hijo de la Gran Bretaña, y al volver yo me encuentro con que me han arrebatado mi *Libro de Memorias*, y me han dejado en cambio cincuenta duros. Gracias á estos recursos he podido llegar á Madrid; pero ¡si viera usted cuánto siento haber perdido el libro!

—¡Qué cosas tan extrañas tienen los ingleses!— dijo Elena disimulando perfectamente.—¿Y sin duda vendría á la Córte...?

—Sí por cierto.

—Sería cosa de buscarle.

—¿Y como? ¡Es tan difícil!...

—Oh no; encargaremos de eso á Bautista. Es tan servicial y conoce á tanta gente... ¿Cuánto tiempo hace que ha perdido usted ese libro?

—Cinco ó seis días nada más.

—¡Oh! en ese caso estará el inglés en Madrid, y buscándole en las fondas... ¡Pero habrá tantos...! Si al menos usted le hubiera visto...

—No se canse usted, señora. El día menos pensado aparecerá mi Diario en un periódico norte americano. De cualquier modo, yo bendigo al autor de esa sustracción, puesto que me ha proporcionado los medios de venir á Madrid, de conocer á usted, y ¿quién sabe si tendré que agradecerle todavía mi fortuna y mi felicidad?

—¡Qué cosa tan extraña!—dijo Elena.—No; pues á

mí me gustaría averiguar... Si viniera Bautista...

—*Hecce-Homo*—dijo el compañero de viaje de Luciano, presentándose en la puerta de la habitación.

—Bien dice el refrán, que cuando se nombra al ruín de Roma en seguida asoma—prosiguió Elena al ver á Bautista.

—Aquí me tiene usted, mi señora doña Rosario—dijo el recién llegado.—¿En qué puedo servirla?

—Veo que se aficiona usted á mi huésped—contestó Elena.

—En efecto, aunque el es jóven y yo ya paso de los cincuenta, creo que nos entendemos á las mil maravillas.

—Le estoy á usted sumamente agradecido—dijo Luciano—y deseo poder demostrar á usted mi gratitud.

—Cuando se cante la opera. ¡Oh!... lo que es entónces, no se me escapa usted sin darme una butaca para la primera representación, y después un abrazo.

Empezaba á anoecer, y Bautista anunció á Luciano que antes de ir al teatro quería llevarle al café de los *Espejos*, que por este nombre vulgar se conocía entónces al del *Iris*.

Luciano se arregló de la mejor manera que pudo, aunque bien modestamente por cierto.

Todo en él revelaba al provinciano ántes de pasar por la tijera de Utrilla, por la horma de Reinaldo y por el peine de Douguet.

Pero Luciano no comprendía aún la importancia de una levita, de una leontina de oro, de un sombrero de Aimable y de unos guantes de Dubos; así es

que se puso un pantalon y un chaleco negro de Invierno, que era lo mejor que tenía, limpió dos ó tres veces su levita sin conseguir por esto que brotase de nuevo el pelo que la faltaba, hizo lo mismo con su sombrero hongo, porque aun no tenía otro, y con una camisa muy limpia y una corbata azul completó su *toilette*.

No podía figurarse que su traje disonaría con el de las demás personas que aquella noche debían acudir al Teatro Real; porque el señor Bautista, como una muestra de deferencia, se encasquetó también su sombrero hongo y se vistió con todo el colorido de un aldeano.

El jóven huésped admiró los espejos del café, gozó al ver tanta animación; pero lo que deseaba vivamente era llegar al Teatro Real.





XV

El pícaro mundo.

HAY algo más fantástico que la representación de una ópera en un teatro como el *Real* de Madrid, la *Scala* de Milan, *Covent-Garden* de Lóndres, ó la *Gran Opera* de Paris?

Estos templos del arte, en las solemnidades á que me refiero, son el conjunto de todas las bellezas que ha creado la inspiración divina, que ha sabido reunir y armonizar la inspiración humana.

La poesía busca en la historia las figuras más sublimes, las hace aparecer en interesantes escenas engalanadas con sus más vivos colores, con sus más encantadores atractivos: la música las presta nuevos encantos y la pintura completa la ilusión.

Lujosos palcos, cómodas butacas contienen la más bello, lo más aristocrático, lo más ilustrado, lo más distinguido de la sociedad.

Hay pocos que no recuerden la impresión que recibieron al penetrar en un teatro por la primera vez y al asistir á una representación como la que describo.

Los que se han criado en las grandes ciudades, han ido acostumbrándose desde niños á este espectáculo, y no les ha conmovido tan profundamente.

Pero figuraos por un momento á un jóven de imaginación, lleno de fé, lleno de esperanzas, que llega desde el fondo de una aldea á la Côte, y que á las pocas horas de estar en ella, traspasa las doradas puertas del templo de la ilusión y se encuentra de pronto ante un cuadro tan maravilloso.

Solo de esta manera puede comprender el lector el efecto que produjo en Luciano el Teatro Real de Madrid.

Aquel vestíbulo, aquellos lacayos que levantaban el *portier* para dar paso á los espectadores, aquellas mujeres con ricos vestidos, llenas de encajes y de pederería, con vistosos abrigos que al pasar por el vestíbulo dejaban caer perezosamente de sus hombros, aquellos saludos que oía sin cesar:

—Adiós, marquesa.

—Muy buenas noches, conde.

Aquel inesperado cuadro, produjo en él sorpresa y admiración.

Su amigo, el bueno de Bautista, tuvo que animarle, porque se detenía sin atreverse á andar, temeroso de cometer alguna torpeza,

Si le hubiérais preguntado en aquellos momentos qué era lo que le pasaba, habría respondido:

—Yo creía al menos saber andar, pero desde que he penetrado en este edificio veo que ni aún á andar acierto.

Tal era el encogimiento, el temor que se había apoderado de su espíritu.

—Hemos hecho mal en tomar butacas—dijo Bautista—ó por lo menos nos hemos olvidado de buscar

en nuestro guardaropa otros trajes mejores que los que traemos; pero en fin, nuestro dinero nos han costado y el que no nos quiera ver así que ciérre los ojos.

Esta última observación, no pareció justa á Luciano y se avergonzó de su traje.

—Cambiamos de localidad si es posible—exclamó.

—No faltaba otra cosa. Desde las butacas oiremos bien y veremos mejor. Venga usted, venga usted conmigo, que yo le guiaré.

Casi á empellones, como suele decirse, hizo subir Bautista á su jóven amigo los pocos escalones que desde el vestíbulo conducen á la entrada central de las butacas.

La vista del salon del teatro, iluminado *á giorno*, deslumbró al jóven.

Sin embargo, empujó la mampára forrada de terciopelo que hay en la puerta, y no tardaron los acomodadores, lujosamente ataviados con el uniforme de paño azul y boton dorado, en acudir á ofrecerles sus servicios.

Luciano creía soñar.

Su primera mirada se dirigió al proscenio.

En aquellos momentos llegaba Skodopole y se disponía á ocupar el sillón destinado al director de la orquesta.

Aquel era el trono que Luciano deseaba conquistar.

Los demás músicos estaban en su puesto.

—¡Qué orquesta, señor Bautista, qué orquesta!—exclamó.—Con ejércitos como ese, no es difícil ganar batallas.

—Pues mire usted al enemigo—dijo su *cicerone* señalando los palcos en donde comenzaban á colocarse las mujeres más distinguidas y aristocráticas de la Córte. ¿Qué le parecen á usted esas damas?

—Son encantadoras.

—Pues ellas dan ó quitan la reputación; por eso decía que eran el enemigo de músicos y cantantes.

Hasta que comenzó la sinfonía no hizo Luciano otra cosa que escudriñar los palcos, las butacas, el magnífico techo del teatro, y al mismo tiempo oír con avidez las conversaciones de los que estaban á su lado.

En medio del asombro y de la felicidad que experimentaba, pensaba más que nunca en su amada Isabel.

—¡Oh!—se decía—¡cuánto daría por haber recibido esta impresión á su lado! Pero Dios querrá que algún día pueda conseguir esta ventura, y entónces vendremos los dos, habré conseguido gloria, tendré fortuna, ocuparemos uno de los mejores palcos, su belleza deslumbrará... ¡Dios mio, Dios mio, qué goces tan supremos me proporcionas, y cuán grandes son los que todavía me reservas!

Los primeros acordes de la sinfonía absorbieron por completo su atención, y desde aquel instante hasta que terminó el primer acto de la ópera, se olvidó de que era hombre para ser solo artista.

—¿Qué tal, amigo, está usted satisfecho?—le preguntó su acompañante.

—Nunca podré agradecer á usted bastante las dulces emociones que me proporciona.

—Usted ve la cuestión como músico, yo la veo como filósofo.

—Y qué, ¿no le satisface á usted?

—¿Ve usted todo este lujo?

—Sí por cierto—exclamó Luciano.

—Pues si viera usted bajo esa capa dorada cuántas miserias hay, cuántas maldades!

—No es posible.

—Más vale que no lo crea usted. Hoy le sucede lo que al viajero que desde el camino descubre en un risueño valle una bonita aldea. ¡Oh, qué felices deben ser, exclama, los que viven ahí, en esas blancas casas! Y estimulado por esta creencia, baja al valle, se estaciona en el pueblo y se decide á disfrutar de la felicidad que ha presentido. Si á los ocho ó diez días le encontráramos otra vez en medio del camino, ya vería usted, amigo, qué cosas nos contaba.

—Si quiere usted que le estime, le suplico que no sea pesimista, al menos conmigo—dijo Luciano.

—¿No quiere usted que lo sea, viendo como veo á cada instante la injusticia del mundo? Sin ir más lejos, tenemos á nuestro alrededor una porción de caballeros con su frac, su corbata blanca, su magnífica cadena, y muchos de ellos, créalo usted, no están descritos en la Historia natural, por la misericordia de los sabios. En cambio usted, jóven de talento, gran músico, una gloria del porvenir, está usted pobremente vestido, sin una mala joya... Pero no hablemos de eso. Vámonos á fumar un cigarro en paz y en gracia de Dios, porque si pretendemos regenerar las costumbres, tenemos para rato.

Las observaciones de Bautista impresionaron fuertemente á Luciano, y digámoslo, por más que fuera indigno de él, hasta llegó á avergonzarse del humilde traje que llevaba.

Conoció su *cicerone* que le había disgustado, y no tardó en devolverle parte de la dicha que momentáneamente le había arrebatado, con solo recordarle la emoción que experimentaría cuando se representase una ópera suya.

Discurrían los dos por el ancho pasillo que abre paso á los palcos de platea, y allí había algunos grupos de elegantes caballeros.

En uno de ellos estaban varios jóvenes, y Luciano se fijó en el más alto, que iba de rigurosa etiqueta, y de pronto, obedeciendo á un impulso de su corazón, se acercó á él y le tendió la mano con el mayor afecto, exclamando al mismo tiempo:

—¡Adolfo, Adolfo, qué venturoso encuentro!

El joven á quién se dirigía, retrocedió un paso, miró de arriba abajo á su interlocutor, se caló los quevedos, y después de esta operación:

—Caballero—dijo—me parece que se equivoca usted... No tengo el gusto de conocerle...

—¡Cómo! ¿Es posible que te hayas olvidado de mí?

—Insisto en que está usted equivocado.

—¿No se llama usted Adolfo Martínez?—preguntó Luciano.

Como el joven no podía negar su nombre.

—Sí, señor—exclamó—así me llamo.

Y separándose un poco del grupo añadió:

—Pero no recuerdo quién es usted.

—Mentira parece; pero vamos, yo haré que me reconozca usted muy pronto. ¿No ha estado usted en Francia?

—Muchas veces; casi todos los veranos los paso allí —añadió el presumido.

—¿Pero no ha estado usted en el colegio Napoleón?

—Sí, por cierto.

—¿Y no se acuerda usted de su antiguo amigo, de su inseparable compañero Luciano Andrade?

—¡Luciano... Luciano! Sí, sí, creo que sí... Me parece que yo tuve un amigo que se llamaba Luciano...

—Pues ese soy yo—dijo el joven tendiéndole los brazos para estrecharle en ellos.

—Lo celebro mucho—dijo con ceremonia Adolfo Martínez.—Y ¿hace mucho que está usted en Madrid?

Esta pregunta desconcertó á Luciano.

—Dos días nada más.

—Lo celebro infinito, y si en algo puedo ser á usted útil...

—Gracias, gracias—dijo Luciano sintiendo una mortal herida en su corazón.

—Tengo muy buenas relaciones—añadió el petimetre haciéndose el interesante—y como, á juzgar por el aspecto de usted, no es su posición muy ventajosa, si me necesita haré en su obsequio lo que pueda.

Todavía desconcertaron más al joven estas palabras que las anteriores; pero obedeciendo á su esmerada educación:

—Lo agradezco infinito—añadió comprendiendo que la causa de la frialdad de su amigo, era el humilde traje que llevaba.—Que usted lo pase bien.

—Beso á usted la mano.

Adolfo se acercó de nuevo al grupo de donde había salido.

Luciano permaneció algunos momentos sin saber qué hacer, porque le había llenado de ira la conducta de su antiguo camarada.

En este intervalo tuvo nuevos motivos de pedirle una explicación.

—¿Quién es ese quidan? —preguntaron los del grupo.

—Un pobre muchacho—contestó Adolfo en tono despreciativo.—Es hijo de un antiguo criado de mis padres, y como le conocieron de niño, le han tomado algún afecto y le protegemos.

Al oír ésto, hizo Luciano un movimiento como para volverse hácia el que de aquella manera le insultaba; pero Bautista, comprendiendo en seguida lo que podía suceder, cogiéndole del brazo:

—Venga usted conmigo—le dijo—y no haga caso de ese individuo, que es de los no comprendidos por misericordia en la Historia natural de que le hablé hace poco.

—¡Nunca lo hubiera creído!—exclamó Luciano poseído de profunda pena.

—Ya irá usted viendo el mundo poco á poco; es decir la aldea. Ya verá usted cómo en las casitas blancas, hay mujeres avaras y niños sucios y pasiones y miserias.

En aquel momento comenzaba el prelude del segundo acto.

—Tiene usted razón—dijo Luciano.—Vamos, vamos adentro. Poco me importa que mi traje me haga pasar por un individuo de la más ínfima clase de la sociedad: si Dios me ha dado inspiración... si realizo mis propósitos, el pobre diablo á quien hoy desprecian, se resarcirá mañana con creces.

—¡Bravo, así me gusta! Venga esa mano y adelante. Me declaro su aliado, y la fé de usted y mi fría experiencia nos harán obtener los más grandiosos triunfos.

Al terminar el espectáculo, la duda y la fé, el valor y el desaliento, combatían en el alma de Luciano.

Bautista le acompañó hasta su casa y se despidió de él, anunciándole que iba á hacer un viaje de tres ó cuatro días, al cabo de los cuales volvería á verle.





XVI

El hábito del monje

AL día siguiente, una de las primeras cosas que hizo Luciano, fué examinar el estado de su bolsa para echar cuentas, y ver si podía mejorar un poco su guardaropa.

—No olvidaré la lección que me ha dado anoche mi antiguo amigo—se decía.—En Madrid, por lo visto, se juzga á las personas por el traje. Veamos si es posible presentarme á Madrid como lo exige su calidad de Córte, para que su juicio me sea favorable.

El arqueo produjo en él una triste impresión. De los mil reales, le quedaban seiscientos; pero para vivir un mes necesitaba guardar diez duros, importe de su hospedaje, razón por la cual solo podía disponer de veinte.

—¿Y si en un mes no consigo realizar alguno de mis proyectos?—pensaba—¿No es mejor que conserve esta cantidad para poder proporcionarme tres meses de permanencia en Madrid? Sí, pero... la pobreza de mi traje, no me permitirá presentarme en parte alguna, y en ese caso perderé tal vez más... Si yo encontrase al menos un medio de ganar la vida, pintando, escribiendo, dando lecciones... Esta idea es

buena, pero hasta realizarla no debo disponer de mi escasa fortuna... Un traje, por modesto que sea, ha de costarme veinte duros lo menos... pero si le comprara de lance, con la mitad tendría bastante.

En esta série de meditaciones se acordó de Elena.

Lo mejor es hablar con franqueza á doña Rosario.

Ella es muy buena, me ha prometido ser una madre para mí, y me aconsejará.

Al terminar este soliloquio llamó á la puerta Elena, y entró con una bandeja para servirle el chocolate.

—Por ahora tiene usted que conformarse con que yo le sirva—le dijo.—Hoy es el aniversario de la muerte de la pobre madre de mi criada, y me ha pedido permiso para oír una misa por su alma.

—¿Y se ha molestado usted señora?

—Al contrario, tenía deseo de ver á usted, para preguntarle si se divirtió anoche en el teatro.

—Gocé mucho, pero también sufrí.

—¡Cómo! ¿Oyendo música, usted, un artista, puede pasar mal rato?

—Recibí un desengaño horrible.

—¿En el teatro?

—Sí, señora.

—Dispense usted que sea curiosa y me atreva á suplicarle que me cuente lo que ha motivado su disgusto. Desearía saberlo, porque me interesan sus alegrías, al par que sus penas me entristecen.

—No sé cómo pagar á usted tanta amabilidad

—Enterándome de lo que le ha ocurrido, si en ello no hay inconveniente.

—Ninguno, y voy á complacer á usted. Un amigo de la infancia, un compañero de colegio, á quien presté muchos servicios, me ha tratado anoche, al verme después de algunos años de ausencia, con un despego, con una frialdad, que me ha causado profunda pena.

—No se acordaría de usted.

—¡Ay señora! —añadió Luciano suspirando con amargura.—Anoche comprendí una triste verdad. Si en vez de presentarme á sus ojos con el humilde traje que llevaba, me hubiera visto bien vestido, con un alfiler de brillantes en el pecho, una magnífica cadena de oro, un traje elegante, me habría abrazado, me habría presentado á sus amigos, me habría preguntado las señas de mi casa para visitarme y se habría complacido en recordarme nuestros juegos, nuestras riñas, los episodios de nuestra vida en el colegio; pero no fué así. Me despreció, me trató como á un lacayo, y oí que al preguntarle sus amigos quién era yo, contestó que era hijo de un antiguo criado de sus padres, faltándome entonces poco para hacerle comprender que estaba muy equivocado; pero me contuvo el bueno de Bautista, y me resigné á sufrir en silencio aquel ultraje.

—Despréciele usted Luciano. Ese hombre no es digno del cariño que usted le profesa.

—No le desprecio, porque me ha dispensado un beneficio. Bien dicen que «la letra con sangre entra.» Su conducta de anoche equivale para mí á un año de experiencia. Pero me hallo en un conflicto, y ya que usted es tan buena, que se ha ofrecido á ser una se-

gunda madre para mí, deseo enterarla de mi situación y pedirla consejo.

—Hable usted, mi querido amigo.

—Ya sabe usted que desde el principio la he dicho la verdad. Cuento con muy escasos recursos; vengo á jugar el todo por el todo; tengo los fondos necesario para abonar á usted la escasa cantidad que me interesa...

—Bien sabe Dios—le interrumpió Elena—que siento necesitar algunos auxilios; de lo contrario, después de haber simpatizado tanto con usted, no solo no le interesaría nada, sino que le daría cuanto tuviera.

—Gracias, señora; pero la verdad es que si yo adquiero un traje para presentarme de una manera decente, mi capital se agota, y si no lo adquiero...

—¡Oh! si no es más que esa la pesadumbre que usted tiene—volvió á interrumpirle Elena—yo tengo el medio de complacerle en todo y por todo.

—¿Usted, señora?—preguntó Luciano asombrado.

—Sí; ya le he dicho á usted que he tenido un hijo, un idolotrado hijo que murió a la edad que usted tiene ahora, sobre poco más ó menos. ¡Ay, Dios mío! —suspiró doña Elena elevando sus ojos al cielo. ¡Pobre hijo! Pues bien—continuó, enjugándose una lágrima rebelde—en aquella época contaba yo con algunos medios y podía vestirlé hasta con lujo. Aún conservo bastantes prendas tuyas, nuevecitas, intactas, como que algunas ni siquiera pudo llegar á ponérselas... Ya ve usted, eso no me cuesta dinero... Hagamos un trato. Si le sientan á usted bien, se queda con ellas y con las demás prendas de vestir de mi

hijo; y cuando usted sea rico, cuando logre realizar sus proyectos, entónces ajustaremos cuentas. De esta manera puede usted presentarse como es justo y como usted quiere, y conservar esos fondos para atender á sus obligaciones más perentorias.

—¡Ah, señora, es usted mi Providencial!

—No hablemos de ello. Voy, voy á buscar esos trajes; verá usted como están nuevos, flamantes, porque yo los cuido mucho, y para que no se apolillen los sáco al aire muy á menudo, y al guardarlos les pongo mucho alcanfor.

Elena se alejó por algunos instantes.

Luciano observó que en un florecito había puesto su patrona un ramo de violetas.

—¡Ah!—exclamó acercándose, cogiendo las flores y aspirando su aroma.—Hé aquí mi flor favorita. Me acuerdo que la primera prenda de amor que recibí de manos de Isabel, fué una violeta. ¡La gustan tanto! ¡Nos hemos prometido tantas veces cultivar con esmero esa flor en el jardín de la casita que hemos soñado para pasar nuestra dichosa vida! ¡Cuánto daría por tener aquí mi *Libro de Memorias*; recuerdo que dediqué algunas líneas á explicar la emoción que producen en mi alma la belleza y el perfume de esta modesta flor.

—Aquí tiene usted la ropa—dijo Elena entrando. Y al verle con el ramo en la mano:

—¿Qué es eso, no le agrada á usted el aroma de esas flores? Las he traído, pero me las llevaré si no le gustan.

—Al contrario, la violeta es mi flor favorita.

—¿De veras?

—¡Oh, sí!

—Pues nada más fácil que ponerle á usted todos los días un ramito. En el jardín de la marquesa hay muchas, y como me permite coger todas las flores que me agradan... Pero ahora vamos á lo que importa. ¿Qué le parece á usted este pantalón?

—Elegantísimo, y ha adivinado usted el color que más me complace. Es un tórtola precioso.

—También tiene usted aquí otro negro.

—¡Pero si están nuevos!

—Mi pobrecito hijo no llegó á ponerse nunca estas prendas.

—¡Qué chaleco tan lindo! Es un escocés severo y distinguido.

—¿Le gusta á usted?

—Mucho.

—Sentiría que no le estuviera bien la ropa.

—¡Pero todo esto es mucho lujo para mí!

—En aquellos tiempos tenía yo más fortuna que hoy y todo me parecía poco para mi hijo. ¡Qué dichosa sería! ¡Ay!—suspiró Elena.—¡He sufrido tanto desde que no está á mi lado! Aquí está la levita.

—¡Es de un paño finísimo!

—Le traigo á usted cuatro corbatas, y aunque parezca una imprudencia y suponga usted que quiero hacer negocio, mi hijo dejó intacta una docena de camisas, y como yo no le obligo á usted á que me las pague en el acto, sino cuando mejore de fortuna...

—Oh, señora, eso es ya demasiado. Renuncio desde luego á adquirir estas prendas. ¿Y si todos mis

planes salen fallidos, y si no triunfo de la pobreza que me agobia?

—¡Cómo ha de ser, tendremos paciencia!

—No, no, señora, de ninguna manera.

—¿Quiere usted que riñamos?

—Eso sería imposible.

—Pues, entónces, ya que se complace usted en llamarme madre, obedézcame. Pruébese usted esa ropa y hasta luego.

—Señora, señora.

—Nada, nada, hasta luego.

Elena volvió á desaparecer y Luciano permaneció algunos instantes indeciso. ¡Qué lucha tan terrible sostuvo en aquellos momentos! Comprendía la precisión de presentarse á las personas á quienes debía ver con el decoro necesario para ser bien recibido; pero al mismo tiempo se avergonzaba de tener que engalanarse con trajes que no le pertenecían.

. Un rayo de esperanza brilló en su mente.

—No hay duda, tendré valor para luchar, y venceré. Yo pagaré con creces este beneficio. Por otra parte, esa buena señora nunca me echará en cara los favores que me dispensa. ¡Adelante!

Y con presteza se desalojó de su humilde traje, engalanándose con el que acababa de presentarle su patrona.

Todas las prendas le sentaban admirablemente.

—Parece que han sido hechas para mí—pensaba.

Y mirándose con cierta coquetería en el espejo:

—De este modo—se decía—podré alternar en sociedad. No habrá nadie que diga que soy el hijo de

un antiguo criado de su casa, y hasta habrá muchos que me creerán rico. ¡Ah! ¡qué miserable es el mundo! Cualquiera diría que unas cuantas varas de paño, valen más que un alma inspirada por el sentimiento de lo bello.

Elena, que había calculado el tiempo que tardaría en vestirse, volvió á llamar.

—¡Luciano, Luciano!—dijo.

—Pase usted, señora.

—¡Bravo, bien! Le sienta á usted el traje perfectamente.

—Pienso que la vergüenza cubre mi rostro, y sin embargo, no es vergüenza, es soberbia, es orgullo. Quiero castigarme; sí, acepto esta limosna que usted me hace.

—Me había olvidado de lo mejor. ¿Qué le parece á usted este sombrero?

Y el que le mostraba era un magnífico sombrero de copa.

—Póngaselo usted á ver. ¿Ve usted cómo no me he equivocado? Tiene usted la misma cabeza que mi hijo, el mismo cuerpo, todo.

—¡Ea! ya me tiene usted disfrazado de caballero.

—Esta vez no es disfraz.

—Me costará algún tiempo acostumbrarme á estas galas ajenas; pero al fin y al cabo me venceré. Se trata de mi porvenir; necesito á toda costa ser rico y ser dichoso para compartir mi fortuna y mi felicidad con las almas caritativas que se apiadan de mí.

—Pues ya que está usted vestido y son las diez y media ó las once, tenga usted esta carta—añadió Ele-

na sacando del bolsillo un pliego encerrado en un elegante sobre.

—¡Una carta! ¿Quién puede escribirme?

—¿No ha venido usted con ánimos de hacer fortuna?

—Sí, señora.

—¿No hemos quedado en que yo alcanzaría para usted una carta de la marquesa, recomendándole á alguna persona importante que pueda ayudarle en su empresa?

—¡Ah, señora, es usted mi ángel tutelar!

—La marquesa, á quien he hablado de usted con el interés que se merece, ha escrito una carta muy expresiva al subsecretario del ministerio de Fomento. Es muy amigo suyo, y le atenderá á usted. Ahora bien; como de ese ministerio dependen el Conservatorio de música, la instrucción pública, las artes, nada más natural que recomendar á usted á uno de los funcionarios que pueda hacer más en su obsequio. Según mis noticias, es muy buena persona y recibe con mucha amabilidad á los jóvenes de talento. Si sale usted ahora mismo, llegará á las doce sobre poco más ó menos, y le encontrará usted allí seguramente.

—Voy, voy:

Después de dar algunos pasos por la sala, volviéndose de pronto y tendiendo la mano á Elena.

—¿Con qué pagaré á usted tanto como la debo?— exclamó.

—¿Acaso no cree usted que me paga bastante despertando en mi alma la ilusión de ver á mi hijo reproducido en usted?

—Adiós, mi buena madre—dijo el jóven besando con efusión la mano de doña Elena, que estrechaba entre las suyas.

—¡Vaya usted, vaya usted pronto!—añadió la supuesta doña Rosario.

Y apenas salió Luciano, se echó á llorar como una Magdalena.





XVII

El desquite

EL corazón es siempre niño.

El más insignificante juguete convierte su pesar en alegría.

Si los lectores hubieran encontrado á Luciano atravesando la calle de la Montera, con su rica camisa de batista, su magnífica corbata de raso azul, su pantalón color de tórtola, su chaleco escocés azul y negro, su magnífica levita de Sedan, su sombrero de Aimable; y por añadidura con las manos envueltas en finísimos guantes de cabritilla que había encontrado en los bolsillos de la levita; si le hubieran hallado, repito, mirándose de soslayo en los escaparates y en los espejos de las tiendas, andando de prisa, con el rostro alegre, con la mirada viva y brillante, habrían pensado que era un hombre feliz.

Fiense ustedes en las apariencias.

Pero de todos modos, no se habrían equivocado mucho.

En aquellos instantes era Luciano muy feliz. Estaba seguro de que el subsecretario, por la recomendación de la marquesa y por la recomendación de su traje, iba á dispensarle una buena acogida.

Avanzaba al logro de su felicidad, y con las ideas que esta esperanza despertaba en su mente, alternaba otra que formulaba en estos términos:

—¡Ah! ¡cómo gozaría Isabel al verme!

De cuando en cuando sentía que tomaba parte en aquella tempestad de ideas el pícaro amor propio.

—¡Cuánto daría—pensaba—por encontrar ahora á mi querido amigo Adolfo Martínez!

En la Puerta del Sol, como no conocía las calles de Madrid, preguntó el camino más corto para ir al ministerio de Fomento, y le indicaron la calle de Carretas.

No tardó en llegar al ex-convento de la Trinidad, penetró en el espacioso vestíbulo de aquel edificio, subió la escalera y dándose bastante tono, dicho sea ésto en honor de la verdad, preguntó á un portero por el subsecretario.

—Dígame usted su nombre para ver si puede recibirle—indicó el portero.

—Sírvasse usted manifestarle que le traigo una carta de la marquesa del Salado.

A poco volvió el portero

—El señor subsecretario—le dijo—ruega á usted que pase á su despacho y le espere un momento. Está ocupado con S. E., y en cuanto termine tendrá el mayor gusto en ponerse á las órdenes de usted.

Luciano siguió al portero hasta el despacho, y no tardó en hallarse en un salón ricamente amueblado.

El portero le indicó que tomara asiento, y cerrando al marcharse una mampara forrada de damasco encarnado, le dejó solo.

—Decididamente me es propicia la suerte—pensó Luciano.—Pocos consiguen en tan poco tiempo lo que yo.

Trascurrieron quince minutos, y el subsecretario no se presentaba.

De cuando en cuando abrían algunas personas la puerta, asomaban la cabeza, y al ver que no estaba el subsecretario, se retiraban.

Veinte minutos habrían pasado, cuando apareció un jóven en el dintel de la puerta.

Antes había preguntado al portero si estaba el subsecretario.

—No, señor; ha salido. Se halla con el ministro—oyó decir Luciano.

—No importa—contestó el jóven—le esperaré. Tiene que despachar conmigo.

Sin más penetró en la estancia, y al ver al protegido de Elena le saludó ligeramente.

Luciano se sorprendió.

El recién llegado era Adolfo, su antiguo camarada.

Este dejó el légajo sobre la mesa, miró de nuevo á Luciano, y asombrado del cambio que se había operado en él:

—Si no recuerdo mal—le dijo—no es la primera vez que veo á usted.

—Bien puede ser—dijo Luciano—pero no caigo.

—¿No es usted don Luciano de Andrade?

—Servidor de usted.

—¿No recuerda usted que nos vimos anoche en el teatro Real? Además, somos antiguos compañeros de colegio.

—En efecto... recuerdo. Y ¿lo pasa usted bien?

—Perfectamente; gracias.

Adolfo comprendió que le devolvía los desaires de la noche anterior, y deseoso de quedar triunfante:

—Veo con gusto—le dijo—que no ha olvidado usted mis ofertas. Habrá usted sabido que ocupó uno de los puestos más importantes en el negociado del personal en este ministerio, y tal vez deseará usted que emplee mi influencia en su favor.

—No, señor, no he venido á ver á usted. Ignoraba que tendría el honor de saludarle. Vengo á hablar con el subsecretario.

—¿Con el subsecretario?

—Sí; traigo para él una recomendación muy importante.

—Y ¿de quién? ¿puede saberse?

—De la marquesa del Salado.

—¿Conoce usted á la señora marquesa?

—Es muy amiga mía—dijo el huésped de Elena, que gracias á su talento natural, se hizo cortesano en cinco minutos.

—¡Cuánto lo celebro! Pues con esa recomendación no hay duda de que será usted atendido. Además, yo me interesaré.

Y queriendo dar otro giro á la conversación:

—Pero ¿es posible—añadió—que dos amigos de la infancia, que dos compañeros de colegio, al verse después de tantos años de ausencia, se hablen tan friamente, tratándose de *usted*? Yo rompo el fuego. Venga esa mano, y hablémonos como en aquella época tan feliz en que estábamos juntos á todas horas.

—Agradezco á usted mucho su deferencia; pero mi humilde condición, sobre todo la condición á que usted cree que pertenezco, me impide ofenderle, y sobre todo faltarle al respeto hablándole de *tú*.

—¡De ninguna manera! me incomodaré contigo si no me *tuteas*.

La llegada del subsecretario interrumpió aquel diálogo.

Dirigiéndose á Luciano le dió mil excusas.

Adolfo le interrumpió:

—Mi amado jefe —dijo— yo uno mi recomendación, aunque vale poco, á la que trae á usted este antiguo camarada mío. Es un muchacho de talento, de gran porvenir... pero veo que estorbo y los dejo á ustedes.

Luego dirigiéndose á Luciano:

—Adios chico —le dijo.— Ya sabes cuánto te quiero. Toma mi tarjeta, y no dejes de ir á verme. Tendré el mayor placer en que almorcemos juntos mañana.

—¡Miserable mundo! —pensó Luciano guardando la tarjeta.

El subsecretario le hizo sentar, y tomando la carta la leyó, despues de pedirle el competente permiso.

El jóven aguardaba con cierto temor el resultado de aquel paso.

—Según me escribe la marquesa —dijo el subsecretario— acaba usted de llegar de una provincia y viene á hacer carrera en Madrid.

—Así es en efecto.

—Ese deseo le honra á usted, y por mi parte me pongo á su disposición.

—Mil gracias, caballero.

—La marquesa me pide que le oiga á usted, y ya le escucho. Como ella no me indica cuál es la pretensión de usted, le suplico que me la manifieste.

—Con mucho gusto. Soy artista; pinto algo, pero mi verdadera profesión es la de músico. He compuesto una ópera, y como es natural, deseo verla representada, porque de su éxito depende mi porvenir. Hé aquí el objeto que me ha traído á la Côte.

—Amigo mio, debo hablar á usted con franqueza. Me parece que trae usted algunas ilusiones. Empleado del gobierno y dedicado á la carrera administrativa, poco entiendo de música; pero he oído hablar de las dificultades con que tropiezan los artistas al tratar de realizar sus esperanzas. Lo que usted quiere, es casi un imposible. En el Teatro Real, que es donde puede usted aspirar á ver su ópera en escena, no se cantan más que las italianas.

—El libro que he escogido es italiano.

—No importa, tropezará usted con sérias dificultades, y en todo caso, lo que más convendría es que empezase usted á darse á conocer.

—Los consejos con que usted me favorece demuestran el interés que le inspiro, y se lo agradezco; pero voy á hablar á usted con más confianza. Me urge mucho salir de la triste situación en que me encuentro.

—Pues bien; en ese caso deseo demostrar á la señora marquesa que no soy sordo á sus indicaciones. ¿Carece usted de medios para vivir con algún desahogo, no es eso?

—Sí, señor.

—Pues déjese usted por ahora de aspirar á ver representada su ópera, y acepte usted un empleo en el ministerio. Poco le puedo dar á usted; pero un destino de cuatro ó cinco mil reales creo obtenerlo con facilidad. Si en efecto posee usted un talento musical y compone con maestría é inspiración, le será fácil hacerse presentar en algunos salones; esa habilidad, esa maestría le granjearán el aprecio de muchas personas importantes, ascenderá usted en su carrera con rapidez y ¡quién sabe! podrá usted hallar en los salones alguna jóven elegante, rica, que se enamore de su talento, y esa es la mejor ópera que puede usted desear ver en escena, al menos por ahora.

Las palabras del subsecretario, dichas con la mejor buena fé, pero con un sentido práctico desgarrador, laceraban el corazón de Luciano.

—¿Acepta usted mi ofrecimiento?

—Jamás olvidaré las atenciones que he merecido á usted—dijo el jóven.—No atribuya á soberbia mi negativa; pero necesito triunfar ó morir: mi vida, sujeta á un trabajo y á un método como el que usted me propone, no me daría lo que deseo. Prefiero mil veces la miseria y la muerte á renunciar á mis esperanzas. Ahora bien; si usted tiene verdadero interés en ayudarme... si conoce á algún profesor del Conservatorio, á alguna notabilidad musical ó al empresario del Teatro Real, recomiéndeme usted á cualquiera de esas personas, para que oigan mi ópera, para que puedan juzgarla, para que me digan con sinceridad si sirvo ó no, si tengo condiciones para

realizar mis sueños. Ya ve usted que le pido mucho menos que lo que usted me ofrece; pero aunque el favor sea más pequeño mi gratitud será inmensa.

El subsecretario escribió una carta á uno de los compositores más distinguidos y más en boga por entónces, á quien nombraremos el maestro Martorell para ocultar su verdadero nombre.

La carta era expresiva, y Luciano al estrechar la mano de su protector, estaba conmovido.

El subsecretario notó su emoción, y trató de animarle:

—Venga usted á verme cuando guste—le dijo.—Si al fin y al cabo necesita usted mi apoyo para obtener el modesto empleo que le he ofrecido, no le faltará ese último recurso.

—¡Gracias! ¡Adios, amigo mio!—dijo Luciano.

Y se alejó del ministerio muy abatido, muy descorazonado.

Poco después entró Adolfo á ver al subsecretario.

—Su amigo de usted—le dijo el jefe—es un excelente muchacho, pero está lleno de ilusiones, y ó tendrá que venir á pedirme un empleo de escribiente, ó morirá en un hospital ó en una casa de huéspedes sin un real y sin un amigo.

—¿Sí, eh?—preguntó Adolfo.—Me alegro saberlo.

Y en su fuero interno añadió:

—Me proponía obsequiarle; pero si está tronado y aún ha de estarlo más, me pedirá dinero, y lo que conviene es mantenerle á cierta distancia. Le escribiré una carta pretextando una ocupación urgente é imprevista, y así saldré del paso.

El resto del día estuvo Luciano completamente desanimado: después de tantas alegrías, era natural aquella reacción.

Elena le animó con la esperanza de que el maestro á quien al día siguiente debía presentarse, le apadrinaría y le llevaría al puerto salvador.

Hay seres que no pueden vivir sin alguna esperanza. Luciano era uno de ellos, y se consoló repasando sus papeles y escogiendo piezas para darlas á conocer al día siguiente al célebre músico.

—Ese al menos me comprenderá —se decía.— Sentirá la gloria como yo la siento; tendrá buen corazón y le confiaré mis esperanzas.

Después escribió á Isabel comunicándola sus impresiones; y dejó la carta sin concluir, prometiendo darla cuenta en una postdata de su entrevista con el maestro Martorell.





XVIII

Una celebridad musical

EL subsecretario de Fomento no había dado á Luciano las señas del domicilio del músico; pero el jóven recordó que podría salvar esta omisión su amigo Estéban, el famoso avisador del Teatro Real.

Sabía que el mejor sitio y la mejor hora para hablar á sus anchas con él, eran el Café Español y la caída de la tarde.

Pero perder cerca de seis horas teniendo tanta prisa por convertir en presente el porvenir, era un gran sacrificio.

En dos minutos podía informarle, y aún á riesgo de ser indiscreto se encaminó al Teatro Real.

Cuando se disponía á penetrar donde estaba el avisador, el portero le detuvo.

—¿Dónde va usted?—le dijo.

—A buscar al señor Estéban.

—No se le puede ver. El director lo ha prohibido.

—Pero si usted tiene la amabilidad de pasarle recado...

—Eso no es de mi incumbencia—contestó el portero empezando á pasearse.—Si usted quiere aguardarle, no tardará en pasar. Siempre está entrando y saliendo.

—En ese caso esperaré—dijo el jóven; y se sentó en uno de los bancos de madera que rodeaban el portal del teatro.

Observador por naturaleza, se fijó en todas las personas que entraban y salían; oyó las conversaciones de los que se detenían en el vestíbulo, y bien puede decirse que recibió algunos alfilerazos en sus ilusiones.

A lo mejor entraban las coristas, solas unas, acompañadas otras de sus tías ó madres: y al pasar bromeaban con el portero ó con los empleados, y el juego de las manos andaba listo.

Después pasaban los tramoyistas conduciendo los trastos correspondientes á las decoraciones, y no pudo menos de disgustarle ver de cerca, convertido en chafarrinones, el efecto de una cascada, los jarrones de flores; en una palabra, los adornos que la noche anterior tanto le habían fascinado en el escenario con la luz del gas y á bastante distancia.

Los que estaban sentados en torno suyo, se entregaban al placer de la murmuración.

—Pues el gallo que dió anoche el tenor—decía uno—bien vale tres pesetas.

—Siempre está resfriado—añadió otro.

—¡Y con qué poca gracia se vistel—continuó un tercero.

Los tres eran coristas.

Otros, que parecían pertenecer á la sastrería, murmuraban del mal genio de la tiple, de sus caprichos, de sus extravagancias.

Otros, en fin, se lamentaban de que aún no les ha-

bían pagado la quincena, se hacían eco de las intrigas, de las envidias, de los cabildeos de entre bastidores; y todó ésto, como es muy natural, disgustaba á Luciano, porque le recordaba las palabras del señor Bautista: la casita del valle, y el viajero que á los ocho días abandonaba aquel bello paisaje aburrido y hastiado.

Por fin pasó el señor Estéban, y reconociendo á Luciano le saludó con el mayor afecto.

—¿Usted por aquí, amigo mio?

—Sí, señor.

—¿Qué tenemos?

—He venido á buscar á usted.

—Estoy muy ocupado en este instante.

—Pero ¿no podrá usted decirme siquiera dos palabras?

—Venga usted conmigo, que voy de prisa. Ha pedido el *bajo* una copa de coñac, y como tiene un genio insoportable, si ántes de cinco minutos no lo está saboreando, grita, se desespera, le da un berrinche, se pone ronco, y ¡adiós función de esta noche!

Los dos se dirigieron al café, y Luciano le preguntó por el camino;

—¿Conoce usted al señor Martorell?

—¡Pues no he de conocerle! ¿Quién no le conoce en Madrid?

—¿Sabe usted dónde vive?

—Cerca de aquí. ¿Le necesita usted para algo?

—Me han dado una carta de recomendación para él.

—¡En buenas manos va usted á ponerse!

—¿Pues qué?...

—No tengo tiempo ahora para entrar en pormenores; pero mi amigo Bautista me encargó que le auxiliase á usted en todo y por todo; venga usted á la caída de la tarde al Café, y hablaremos. Le conviene á usted mucho que le dé á conocer á ese famoso músico, que en muchas ocasiones, más que un compositor parece un maestro de obra prima de los de la antigua usanza.

Este breve diálogo les obligó á detenerse á la puerta del Café.

—¡Estéban, Estában!—gritó uno de los dependientes desde la puerta del teatro. Que traigas pronto el coñac.

—¿Ve usted? Hasta luego. No me dejan parar. Adiós—añadió dándole la mano.—De cinco á seis le aguardo á usted.

Luciano se marchó muy afligido.

—Decididamente—pensó—desde que he cambiado de traje todo me sale mal. ¿Es posible que este célebre maestro sea un hombre vulgar, un cualquiera, como me ha dado á entender Estában? ¿Será que no hay ningún hombre célebre para su ayuda de cámara, como dice el refrán? Conviene en efecto que me informe ántes de hablarle.

Y prometiéndose asistir á la cita de Estában, se dirigió á su casa, en donde encontró una carta.

La abrió, y cayeron dos billetes de banco.

Leyó la carta que, en inglés y con el mismo carácter de letra que la que había hallado en la fonda de San Cristóbal de Écija, decía lo siguiente:

«Le he visto á usted ántes de anoche en el Teatro Real; le he seguido, me he informado de su situación, y como cada día comprendo más el inmenso valor del *Libro de Memorias* que le he arrebatado, continúo resarciéndole.»

—¿Quién ha traído esta carta?—preguntó á Elena.

—Ya lo ve usted; tiene un sello del correo interior... ¿Es alguna mala noticia?

—Al contrario, señora. Ya he hablado á usted de un inglés que me arrebató mis confianzas. Pues bien; ese hombre desconocido, misterioso, me envía dos mil reales.

—Y qué, ¿lo siente usted?

—No .. pero no puedo explicarme lo que esto significa.

—Significa que los ingleses son muy extravagantes, muy aficionados á hacer novelas, y no me extrañará que toda vez que sabe dónde reside usted y conoce sus proyectos, le ayude, le proteja y repita la escena que le preocupa á usted en este instante.

El dinero animó á Luciano.

—Ya puedo pagar á usted lo que la debo—dijo.

—No piense usted ahora en eso.

—Pues si quiere usted que no piense, tenga usted—añadió dándola un billete de mil reales. De lo contrario, no vuelvo á ponerme las prendas que tan generosamente me ha dado usted.

—Si usted se obstina—contestó Elena—aceptaré, aunque con pena. Pero, en fin, muchas gracias, siento ser pobre, siento necesitar...

No hablemos de eso nunca.

Elena guardó el billete, y Luciano se mostró muy contento por haber podido pagar materialmente los beneficios que le había dispensado; y digo materialmente, porque su alma quedó reconocida para siempre á las bondades de aquella buena señora.

Por la tarde fué á la cita que le había dado Estéban.

En una de las mesas próximas á la puerta del Café, encontró al avisador rodeado de unos cuantos amigos.

Todos formaban parte del personal del regio coliseo.

Estéban le presentó á ellos, y aunque el que más era *capo di coro*, se entusiasmó Luciano con la sociedad de aquellos *artistas*.

—¿Conque qué hay de bueno?—le preguntó Estéban.

—¡Qué! ¿Ignora usted á lo que vengo?

—¡Ya caigo! Se me había olvidado; pero no lo extrañe usted. ¡Tengo tantas cosas en la cabeza!

—Lo creo—respondió Luciano.

—A propósito; me alegro de que estén aquí estos señores—dijo el avisador señalando á sus amigos—ellos mejor que yo, podrán contar á usted lo que desea saber. Vaya, digan ustedes á este jóven qué clase de persona es el maestro Martorell.

—Como músico—dijo uno de ellos—es sin disputa el primero de España; pero como hombre...

—Que se lo pregunten al empresario.

—Todo el dinero del mundo no es bastante para él.

—Es más enamorado que Cupido.

—Y más voluble que una veleta.

—Cada dos ó tres días tiene una nueva amante.

—Y no se anda en chiquitas; lo mismo pone varas á una duquesa que á una maritornés.

—Por eso sufre tanto su pobre mujer; ya hace más de seis años que viven separados.

—Si no tuviera hijos, menos mal; pero mientras él triunfa y gasta, sus vástagos andan por las calles poco menos que desnudos, y su mujer pidiendo prestado á todos los antiguos amigos.

—Luego, mira con un desdén á todo el mundo... ¡Tiene un orgullo!

—Si no le hubiéramos conocido con una capa raida y sin tener sobre qué caerse muerto... Pero todavía hay coristas que se acuerdan de cuando se ganaba doce ó catorce reales copiando *particellas*.

—¿Eh, qué tal?—preguntó Estéban á Luciano.—Ya ha visto usted las honras fúnebres que acaban de hacer al ilustre maestro.

—¿Pero es verdad todo eso?—preguntó el jóven, dudando de lo que acababan de decirle los camaradas del avisador.

—Si usted le trata, ya se convencerá de que no hemos exagerado.

—Tiene más vanidad que don Rodrigo en la horca.

—Y luego, es tan vulgar, tan... Nadie diría al verle, después de haber oído alguna de sus composiciones que son muy buenas, muy inspiradas, eso sí; pero, lo repito, nadie diría que tiene talento. Es tan chocarrero...

—Pero ¿siente siquiera amor al arte?

—Mucho. En cuanto á eso no hay nadie que le gane; pero se tiene más amor á sí mismo que á sus obras.

—Me han recomendado á él y voy á presentarme mañana mismo á hacerle una visita.

—Andese usted con tiento, porque corre el rumor de que todos los jóvenes que le llevan obras para que las examine, suelen oirlas cuando menos lo piensan, convertidas en polkas, rigodones ó romanzas; y cuando preguntan quién es el autor de ellas, les responden que el maestro Martorell.

—Sin embargo—dijo uno—no se puede negar que ha protegido á alguno que otro.

—Con su cuenta y razón.

Luciano no podía permanecer más tiempo en aquel sitio; la atmósfera que respiraba en el Café le ahogaba, y pretextando una ocupación perentoria, se separó de aquellos hombres después de apuntar las señas de la casa de la víctima de sus murmuraciones.

Como no era hora de hacer una visita, y mucho menos de aquel género, volvió á su casa.

—Mañana sin falta saldré de dudas—pensó.—Veré al maestro, me escuchará, y no tendrá más remedio que ser franco conmigo.

Al día siguiente se presentó en casa del maestro Martorell.

Apenas anunció que iba de parte del subsecretario de Fomento, fué guiado por la doméstica á un salón espléndidamente adornado.

En la pared llamaba la atención un cuadro-urna dorado, detrás de cuyo cristal se veían tres coronas de laurel con capullos de oro y preciosas cintas.

Poco después se presentó á su vista un caballero como de unos cincuenta años, envuelto en una rica bata.

La fisonomía del músico era en extremo simpática.

Se veía en él á un hombre cuidado con el mayor esmero y protegido por la diosa de la perfumería.

Luciano le presentó la carta, y después de leerla:

—Según me escribe mi amigo—dijo á Luciano—es usted un aspirante á los favores de la gloria.

—Soy músico. Conozco y admiro las obras de usted, le considero como el juez más competente, y ántes de dar paso alguno he querido tener el honor de presentarme á usted y de obtener su fallo.

—Con mucho gusto—dijo dándose tono el maestro Martorell.—Pase usted á mi estudio.

Y levantando un magnífico *portier* le guió á un gabinete contiguo, en el que había un piano de Erard, un órgano expresivo de Alexandre, algunos instrumentos, una preciosa pintura representando una Vénus, un retrato al óleo de Rossini, un estante con libros, y multitud de retratos, fotografías y grabados de varias celebridades artísticas con expresivas dedicatorias.

—¿Ha estudiado usted composición?—le preguntó el maestro.

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En mi aldea.

El maestro hizo un gesto de desagrado.

—¡Oh!—dijo Luciano; hay allí un gran músico; desconocido, pero que vale.

—Sacaremos por el hilo el ovillo; es decir, oyendo al discípulo juzgaremos al maestro. ¿Sabe usted de memoria alguna de sus composiciones?

—Sí, señor; y si usted me lo permite le daré á conocer algunos fragmentos de una ópera que he escrito.

—¿Una ópera?—preguntó admirado el maestro.

—Sí, señor, una ópera.

—¿Todas esas pretensioncillas tenemos?

—Usted me juzgará.

—¡Estos muchachos, estos muchachos!—dijo el maestro—siempre empiezan por lo último. Desde luego le digo á usted que es un atrevimiento hacer una ópera sin haber viajado ántes por Italia, por Francia y Alemania.

—He estudiado la música de los mejores maestros.

—Eso no basta. Llevo yo muchos años, tengo un nombre, me han aplaudido en muchos teatros y solo me he atrevido á hacer zarzuelas. Pero en fin, toque usted y veremos.

Luciano ejecutó las piezas más inspiradas de su ópera, y de cuando en cuando dirigía escudriñadoras miradas á su juez.

Más de una hora permaneció al piano, y en este tiempo solo oyó del maestro la frase:

—Siga usted.

Al terminar, permaneció silencioso esperando el fallo.

El maestro Martorell buscaba la fórmula de un juicio benévolo; pero que no manifestase que daba su brazo á torcer, como suele decirse.

—No me parece mal—le dijo sacando del bolsillo una caja de oro que contenía rapé y absorbiendo parte de su contenido.—Hay frescura... naturalidad... Se ve que tiene usted disposiciones... No faltan defectos... Se nota cierta inexperiencia... en fin, que necesita usted lo que dan los años... lo que dá el estudio continuo... Pero, francamente, es usted un jóven que promete.

—¿Nada más?—preguntó Luciano, necesitando hacer un supremo esfuerzo para mostrarse arrogante.

—Y ¿qué más quiere usted? ¿Le parece á usted poco que un hombre como yo, de mis antecedentes, de mis reputación, de mi nombre, le estimule y le aliente?

Luciano, que no se satisfizo con aquella respuesta, iba á responder; pero el maestro Martorell prosiguió:

—Aún haré más; porque ese rasgo de soberbia me ha agradado. Sí, señor; los artistas somos así. Traiga usted la ópera y la leeré toda. Yo le indicaré á usted los defectos que tenga, y basta que le recomiende á usted mi amigo el subsecretario y que me diga que tiene usted muy buenas relaciones con la marquesa del Salado, á quien estimo mucho, para que me declare desde ahora su protector. ¿Puede usted aspirar á más?

—Doy á usted gracias por sus bondades, y solo le pido que al ver mi obra me diga con lealtad si vale,

si puede representarse; y si así lo cree usted, por lo que más estime en este mundo, le suplico que me proteja, que me ampare, que me facilite los medios de que vea realizado el sueño de toda mi vida.

—No se haga usted ilusiones. Desde luego le anuncio que su ópera no se representará.

—¿Aun cuando tenga condiciones?

—Aun cuando sea una obra maestra.

—¡No comprendo!...

—Busca usted una triste verdad, y va á encontrarla. ¿Cómo se llama usted?

—Luciano Andrade para servirle—contestó.

—Si se llamara usted Andreini, Andrew ó Andra-roff; si hubiera usted nacido en Nápoles, en Viena ó en San Petersburgo; si hubiera usted conquistado el amor de alguna *prima donna* ó hubiera usted vendido el derecho de propiedad de su obra á un empresario hábil é influyente... ó estuviera usted protegido por algún embajador... ó hubiera usted merecido ser escuchado y aplaudido en Palacio, no habría duda: la ópera se representaría, aunque, no reuniese las mejores condiciones. Pero llamándose usted Luciano Andrade á secas, acabando usted de llegar á Madrid, careciendo de fortuna y de nombre... en fin, siendo español, no se canse usted, porque no conseguirá su objeto, por más que su obra supere á cuanto se pudiera desear.

Estas palabras abatieron al jóven hasta el extremo de no permitirle pronunciar una sola palabra en demanda de justicia.

Pero el maestro Martorell, que no quería desilusionarle por completo prosiguió:

—Si la ópera me gusta, lo más que podré hacer será conseguir que algún almacenista de pianos ó editor de música le compre á usted algunas piezas, y allá... dentro de algunos años, emplearé mi influencia para que le den á usted en el teatro de la Zarzuela algún libreto en un acto; y si todo ésto lo consigue usted, puede darse por muy satisfecho, porque hay pocos que en el espacio de uno ó dos años, que es todo lo más que tardará usted en alcanzar lo que le ofrezco, hayan logrado tanto.

—¡Oh!... ¡Por el amor de Dios!—dijo Luciano.— ¡No me hable usted así! ¡Mire usted que sus palabras destruyen las ilusiones, las esperanzas de mi vida!...

—¡Bah, bah! Todos hemos dicho eso á la edad de usted. Yo también hice una ópera al principio, y ahí está la infeliz descuartizada. De ella he sacado valeses, romanzas, polkas, coros de zarzuela... en fin, la he destrozado.

Luciano recordaba cuanto había oído decir en el Café Español á los amigos del famoso Estéban; pero debía callar, y siguió escuchando al maestro Martorell.

—Yo también—continuó este—me decía: «Si no consigo ver representada mi ópera me pegaré un tiro, renegaré del nombre de español...» En una palabra, no sé cuántas locuras pensaba; pero ya lo ve usted, mi ópera sigue desconocida, y yo gozo de muy buena salud, tengo una reputación casi europea, y he hecho fortuna. De todos modos, prometo á usted ha-

cer en su obsequio cuanto me sea posible. Traiga usted la partitura; y ahora dispéñseme, porque tengo quehaceres urgentes.

Luciano se despidió, y poco después salía de casa del maestro Martorell.

Si en aquellos momentos la imagen de Isabel no le hubiera sonreído iluminando la oscuridad de su mente con un rayo de luz divina, habría ido á su casa, habría hecho pedazos su ópera, y dirigiéndose inmediatamente al ministerio de Fomento, habría pedido el humilde empleo de escribiente que le había brindado el día anterior el amable subsecretario.

Pero el recuerdo de Isabel le alentaba, y buscando por el momento consuelo á su pesar, acudió á refugiarse en el cariño de la que para él era doña Rosario.





XIX

Una confianza y una sorpresa

MIENTRAS Luciano recibía las punzadas de las espigas de la flor que á toda costa quería poseer, Elena sufría también y ocultaba á su huésped la causa de su sufrimiento.

Por de pronto estaba intranquila, sin saber que partido tomar.

Unas veces resolvía decir la verdad á su amiga Aurora para que la ayudase desde luego, y apartando á su sobrina Isabel del porvenir que la preparaba su padre, contribuyese á su felicidad uniéndola á Luciano; pero otras juzgaba necesario guardar el secreto, porque conociendo el carácter del jóven, comprendía que por nada del mundo había de aceptar las dádivas de una persona desconocida, sacrificando su ventura, renunciando á Isabel y á todas sus esperanzas en el mundo, si por sí propio no conquistaba una posición.

En esta alternativa, se limitaba á explorar el ánimo de la marquesa del Salado; hablaba con ella del carácter, de las costumbres del padre de Isabel, y recogía todos los antecedentes que tenía Aurora acerca de las cualidades de su sobrina.

Leía y releía de las cartas que habían transmitido la noticia del precipitado viaje; y por último, combinaba sus planes y lo preparaba todo para cuando llegasen el señor de Albarosa y su hija.

Los negocios del primero habían retrasado algunos días el viaje.

Este retraso mortificaba á Elena.

La impaciencia la devoraba.

Deseaba y temía conocer á Isabel, escudriñar sus más íntimos sentimientos, convencerse de que era una mujer vulgar, indigna de ser amada; y si esto sucedía, la preocupaba en extremo el medio que debería adoptar para extinguir en el corazón de Luciano la pasión que sentía por aquella jóven.

Después de su entrevista con el maestro Martorell, llegó Luciano á su casa desesperado.

Cuanto más meditaba en las palabras que acababa de oír, más insuperables le parecían los obstáculos que tenía que vencer; y aunque el recuerdo de Isabel le estimulaba y fortalecía las esperanzas de su alma, había en su corazón una nota triste, una nota fúnebre: era el grito que le arrancaba el dolor de los desengaños que en aquellos días estaba sufriendo.

Elena adivinó su profunda melancolía, y le exhortó á que la confiase sus penas.

La buena señora agotó todos los recursos para reanimarle.

Después de haberle oído:

—No abrigue usted temor—le dijo.—Ya sabemos que el camino de la gloria es difícil, que no hay un triunfo que no cueste mucho trabajo; pero usted ven-

cerá todas las dificultades. ¿Se ha olvidado usted de su misterioso protector? Que tarde usted un año, dos ó tres, más si es preciso, en conseguir el triunfo; que necesite usted renunciar por ahora á ver representada su ópera; que se vea usted obligado á darse á conocer por medio de composiciones ligeras, ¿qué importa? ¿No está ahí ese anónimo, ese extraordinario amigo de usted, que sin exigirle recibo, que sin mostrarse á usted, que sin pedirle gratitud le favorece en sus apuros, y después de facilitarle el modo de venir desde Écija á Madrid le otorga en la Córte los recursos necesarios para vivir dos ó tres meses, y le ofrece ayudarle en lo sucesivo? ¿Tiene usted verdadero motivo para desesperarse? ¿No es una injusticia la que usted comete, quejándose de su suerte y considerando su situación como la más aflictiva del mundo!

Estos argumentos parecían lógicos á Luciano; pero su tristeza persistía.

—¿Quiere usted que la diga—exclamó de pronto—por qué me urge adquirir cuánto ántes fortuna y posición?

A una señal afirmativa de Elena, prosiguió Luciano hablando con vehemencia:

—Pues bien, señora; yo no he vivido solo, sin afeciones, sin cariño, sin más horizonte que la duda; he guardado todos los latidos de mi corazón, he condensado mis emociones en una sola; he puesto los ojos de mi alma en una mujer á quien amo más que á mi vida, sin cuyo amor la existencia sería para mí un suplicio.

—¡Pobre Luciano!—dijo Elena.—No siga usted.

Tal vez esa jóven á quien usted ama tendrá una posición brillante, será rica, y sus padres, como es costumbre, la habrán prohibido que le corresponda. Más diré: si se ha atrevido usted á pedir su mano le habrán despreciado. ¿No es así?

—Sí, señora. Pero esa jóven, he de decírselo á usted todo, porque una casualidad providencial quiere que si usted no la conoce, pueda tener noticias de ella. esa jóven merece la adoración que la profeso: es verdaderamente un ángel.

—Explíquese usted... No comprendo.

—No quiero tener para usted secreto alguno. Es Isabel, la sobrina de la marquesa.

—¿Isabel de Albarosa?—preguntó Elena fingiendo asombro.

—Sí, señora.

—Su padre ocupa una brillante posición.

—Cuando fijé en ella mis ojos, cuando sentí el amor que la profeso, ignoraba qué era tener posición en el mundo; desconocía el valor del dinero; sólo sabía que necesitaba amar, y que aquella mujer era digna de todo mi amor.

—¿Y ha sido usted correspondido?

—¡Oh! sí señora, estoy seguro de que Isabel me ama! Me lo ha confesado mil veces, me lo ha jurado... Yo mismo me he separado de ella después de prometerla que muy en breve lograría presentarme á su padre con títulos bastantes para ser bien acogido.

—No quisiera aumentar la tristeza de usted; pero esos amores tan vehementes no suelen ser dichosos por regla general.

—¿Por qué lo dice usted? ¿Teme usted que Isabel cambie de sentimientos? ¡Ah! Yo daré á usted sus cartas; de esa manera podrá usted conocer su alma, y estoy seguro de que sentirá usted hacia ella una inmensa simpatía. Pero por lo mismo, seguro yo de su idelidad, de su amor, necesito á toda costa merecer su mano. Deseo pronto, muy pronto, dar la batalla en que ha de resolverse mi porvenir. Si triunfo, seré rico, adquiriré nombre... ¿Podrá negarme entónces su padre, por elevada que sea su posición, la dicha de hacerla feliz?

—No, de ningun modo.

—Pues ya comprende usted la causa de mi ansiedad, de mi sufrimiento. Si en la lucha fuese vencido, pediría á Dios conformidad para resistir tanta desgracia; pero mientras no sepa la verdad, ¿puedo resignarme á esperar un año, dos, tres ¡quién sabe cuantos! el resultado de esta lucha?

—Créame usted, Luciano—dijo Elena de pronto obedeciendo á un sentimiento caritativo que germinaba en su pecho—en España no conseguirá usted lo que desea: vaya usted á Francia, vaya usted á Italia. Estoy dispuesta á ayudarle en todo. En una de sus conversaciones me ha dicho usted que cree que viven sus padres, que sospecha usted que disfrutan de una buena posición. Mis relaciones con la marquesa y con algunas otras personas de la aristocracia me facilitarán el medio de saber algo acerca del origen de usted. Si me hace usted algunas indicaciones, si me proporciona algunos datos para poder descubrir ese secreto, lo descubriré. Por otra parte, Bau-

tista, que le estima á usted tanto, me ayudará. Un año pasa pronto, y si usted confía en la fidelidad de esa jóven, no pierda tiempo. Nadie es profeta en su patria. En Francia, en Italia, en cualquiera otra parte, con los recursos que su protector de usted le proporcionará... con los pocos que yo pueda ofrecerle... con una pensión que se obtenga del gobierno por medio de las relaciones de la marquesa... en fin, de cualquier modo, se pondrá usted en camino del triunfo, realizará todos sus sueños. Pero aquí... temo que vea usted convertidas en tristes desengaños sus dulces esperanzas.

—Antes haré la última prueba—dijo Luciano.— Voy ahora mismo á llevar mi ópera al maestro Martorell, aguardaré su fallo, y ofrezco á usted si me desahucia revelarla cuanto sé acerca de mi familia y valerme de su protección, de su amparo, para encontrar los medios de lograr lo que no pueda conseguir en mi patria.

Luciano sacó de su baúl la partitura, la envolvió en un periódico, se la colocó debajo del brazo, y despidiéndose de Elena salió precipitadamente de la estancia.

Apenas llegaba al final de la escalera, oyó el ruido de un coche que se detenía en la puerta de la casa.

Siguió sin hacer caso, y vió bajar del carruaje á un jóven que se apresuraba á dar la mano, para que descendiese, á una señorita vestida con elegancia pero como si llegara de un viaje.

Al ver á aquella jóven se detuvo tembloroso, y pasó los índices por sus ojos creyendo que soñaba.

Maquinalmente se colocó detrás del carruaje, pero muy cerca; y poco después vió también apearse á un caballero de bastante edad, en quien reconoció á Albarrosa.

—No hay duda—pensó—es Isabel.

Eran en efecto Isabel y su padre, los viajeros á quienes aguardaba la marquesa del Salado.

Al oír el ruido del coche acudieron algunos criados y recogieron los equipajes para conducirlos á la casa.

Luciano se aproximó más y oyó la conversación de aquellas tres personas que acababan de llegar.

—Los dejo á ustedes—dijo el jóven que había dado la mano á Isabel para bajar del carruaje.—Celebraré infinito que descansen, y mañana vendré á informarme de su salud. Isabelita, adios—añadió estrechando su mano.

—Adios, Enrique—dijo la jóven con familiaridad.

—Venga usted con confianza cuando guste—añadió el señor Albarrosa.—Mi hermana política sabe ya quien es usted, y no extrañará que quien ha de formar parte de la familia dentro de breve tiempo, nos visite á menudo.

Estas palabras cayeron como plomo derretido en el corazón de Luciano.

Isabel y su padre entraron en la casa.

El jóven subió de nuevo al carruaje, y dijo en alta voz:

—A la Fonda Peninsular.

Luciano se quedó solo en medio de la calle.

No sabía qué partido tomar.

—¿Qué me pasa... Dios mio?—pensaba tembloroso, convulso—¿qué me pasa... qué es esto?

Por fin, al cabo de algunos minutos de crueles vacilaciones, dominando la multitud de ideas que se agolpaban en su imaginación:

—¡Adelantel—se dijo.

Y con paso rápido, se dirigió por segunda vez en aquel día á casa del maestro Martorell.





XX

El mundo por dentro y por fuera.

No es necesario gran penetración ni profundo conocimiento del corazón humano, para adivinar cuál sería la situación de ánimo de nuestro joven músico, después de haber sido testigo de aquella inesperada escena.

Al pronto se quedó como quien recibe un golpe sin saber de dónde procede.

La alegría de haber visto á Isabel se confundía con el dolor que habían producido en su alma las últimas palabras que había oído al señor Albarosa.

Corrió á casa del maestro Martorell, y no encontrándole dejó al criado la partitura.

Su primer pensamiento, después de dar el paso llamado á resolver en breve el problema de su vida, fué tornar á su hospedaje, ansioso de informar á doña Rosario de lo que había visto.

Pero no tardó en apoderarse de su ánimo un profundo temor.

¿No os ha pasado alguna vez tener pendiente de una resolución vuestro porvenir, vuestra suerte?

Y cuando esto ha sucedido, ¿no habeis temblado ante la idea de saber la verdad?

Hay situaciones en la vida en que la duda es un consuelo; y el desgraciado que sabe que depende su felicidad ó su eterna desdicha de una resolución, prefiere los efectos del combate interior de su alma á la realidad, cualquiera que sea.

Esto acontecía á Luciano.

—¿Qué significa ese viaje?—pensaba.—¿Cómo llega sin avisarme, sin advertir á su familia; porque en este caso doña Rosario habría sabido su llegada? ¿Cómo su padre, que tiene ocupaciones perentorias en el punto donde reside, ha venido á Madrid? ¿Y ese jóven á quien con tanta intimidad han tratado? ¿Qué quieren decir aquellas palabras de: «venga usted cuando guste, porque al fin y al cabo ha de formar parte muy pronto de la familia?»

¿Aspirará á la mano de Isabel? Si no es así, ¿por qué le ha hablado ella con tanta familiaridad? Aquel «Adios, Enrique» resuena en mi corazón como un grito de dolor arrancado á mis esperanzas.

Fácilmente podría lograr que doña Rosario visitase á la marquesa, se informara del motivo del viaje de Isabel y averiguase quién era el desconocido.

Pero ¿y si se realizaban sus temores? ¿Y si la dicha de aquella venturosa sorpresa se trocaba en un nuevo tormento para su corazón?

¡Cuántas veces habrán visto pasar los lectores al lado suyo á un jóven ó á un anciano taciturnos, gesticulando, hablando solos, y cuántas se habrán reído de ellos tomándolos por locos!

Hay momentos en que el hombre se olvida de que está unido á la tierra, de que se halla amoldado á una

sociedad, en la que no puede prescindir de las fórmulas prescritas por las costumbres.

El cuerpo duerme entónces: el alma vela.

La idea que preocupa absorbe los sentidos; y como de lo sublime á lo ridículo no hay más que un solo paso, el hombre lo dá, y siendo sublime á los ojos de los que le comprenden, es á la par ridículo ante aquellos que solo juzgan por la exterioridad.

—¡Dios mio, Dios mio!—pensaba Luciano.—¿Qué habré hecho yo para sufrir de esta manera? ¿No me he resignado ante la desgracia de vivir sin familia? ¿He buscado á mis padres, les he pedido cuenta de su conducta? Y viéndome solo y desheredado, ¿he sentido odio hacia la humanidad? ¿No me he refugiado en el arte, cultivándolo con esmero? ¿No he procurado adquirir con mi trabajo una posición? ¿No he cumplido todos los preceptos de la moral y de la educación? ¿A qué aspiro? ¿Es tan grande mi ambición que merezca ser castigado?

Mientras marchaba maquinalmente, sin rumbo fijo, iba preocupado por las ideas que acusaban sus palabras mentales.

—Antes de dar un solo paso—añadió siguiendo el curso de sus reflexiones—debo meditar muy detenidamente la conducta que me conviene seguir.

Y tratando de hallar consuelo, rebuscó en el fondo de sus ilusiones algunos argumentos que hicieran aumentar, ó mejor dicho, renacer su fé en Isabel.

No podía resignarse á confesar la verdad de las apariencias; pero la duda le mortificaba.

—¿Por qué ha de haber faltado Isabel á sus juramentos?—se decía—¿Está reñido el amor con la educación, con la amabilidad? Bien puede ser ese jóven un pariente suyo. Su padre tiene sobrinas, y puede muy bien estar á punto ese Enrique de casarse con alguna de ellas. De todos modos, debe alegrarme que haya venido Isabel, y debo dar gracias á la Providencia porque la ha traído á mi lado, porque va á vivir algunos días bajo el mismo techo que yo. La marquesa del Salado es mi protectora, es su tía, la hablará de mí... quizás tendré ocasión de conversar con ella. Si no es así, doña Rosario, que tanto interés muestra por mí, que conoce mi secreto, no tendrá inconveniente en auxiliarnos, podrá llegar á ser nuestra confidente. Soy muy injusto, me quejo sin razón... Hoy nada puedo saber, es ya tarde y se retirarán temprano. Doña Rosario no verá hasta mañana á la marquesa... Demos tregua á la duda, que para sufrir hay tiempo. ¿Por qué he de abandonar las ilusiones, si soy tan dichoso con ellas?

Más animado por la impresión que dejaban en su alma aquellas esperanzas, se dirigió por la calle del Arenal á la Puerta del Sol; y por hacer algo, recordando lo que había hablado aquella tarde con su patrona, torció hacia la derecha, se encaminó á la calle de Correos, donde se hallaba entónces la administración de las diligencias del Norte que recorrían el trayecto de Madrid á Bayona, y se informó de los precios, para tener algo adelantado si se veía obligado á emprender el viaje.

Mucho dinero necesitaba; pero si obtenía una pen-

sión de su misterioso protector, si no le engañaba y acudía en su socorro, podría ir á París en busca de la gloria que le negaba su patria.

Al salir de la administración, se detuvo atraído por la gente que acudía á despedir á los viajeros que iban en silla de posta, ó por el espectáculo de la salida de los coches-correos, que en aquella época constituía una de las diversiones menos costosas de los desocupados.

Un magnífico escaparate en el que había multitud de piezas de música llamó su atención.

Era el acreditado almacén de Casimiro Martín.

Por entónces comenzaba á desarrollarse la afición al piano, ese gusto que ha degenerado en pasión, y hasta en manía.

Gozaban de boga las portentosas obras de Rawina y de Herz; de Thalberg y Souloff; de Gorla y Listz.

Se hallaban en su apogeo las fantásticas variaciones sobre los motivos más bellos de las óperas más acreditadas, y Luciano que era un excelente pianista y conocía muchas de aquellas piezas, porque Isabel que también amaba la música y tocaba el piano con maestría, se las había prestado para que las estudiase, pensó que mientras no llegaba para él el momento decisivo podía darse á conocer ó podía conseguir utilizar su inspiración, componiendo fantasías como aquellas.

Entró en el almacén, y dirigiéndose á un dependiente le dijo.

—Haga usted el favor de darme de cada uno de

los pianistas más en boga, la fantasía más difícil que haya compuesto.

Esta manera arrogante y pretenciosa de pedir música, llamó la atención de algunos profesores que hacían la tertulia al dueño del establecimiento.

—Este caballero—dijo el dependiente dirigiéndose á uno de los que allí estaban, puede indicar á usted cuáles son esas obras.

—¿Es usted pianista?—preguntó el aludido.

—Soy aficionado.

El profesor eligió varias piezas.

—¿Cree usted poder ejecutar obras de Thalberg ó de Souloff?

—Conozco algunas.

Entonces repasando los títulos de las que tenía en la mano, vió la magnífica fantasía sobre motivo de *los Hugonotes*, del primero de dichos autores, y la entregó á nuestro jóven músico.

Luciano se acercó á uno de los pianos que estaba abierto:

—Voy á intentar—dijo—si ustedes me lo permiten descifrar esta obra.

Todos le otorgaron el permiso, y Luciano comenzó á ejecutarla.

Un cuarto de hora después daba fin á la pieza en medio de la admiración de cuantos le habían escuchado.

—Amigo mio, es usted un pianista de primera fuerza—dijo el dueño del establecimiento.

—¿Quién le ha enseñado á usted?—preguntó el profesor que había elegido la fantasía.

—Un músico de aldea—contestó Luciano.

—Algo se conoce—indicó el profesor tomando aire de juez—pero en fin, si usted estudia y pierde los resabios que ha podido adquirir al lado de ese maestro, llegará á ser con el tiempo una notabilidad.

—Y ¿hace mucho tiempo que ha venido usted á Madrid?—preguntó uno de los circunstantes que hasta entónces había permanecido silencioso.

—Muy pocos días.

—¿Se propone usted dar lecciones?

—Tal vez.

—Hará usted mal; porque somos muchos y las pocas que salen se pagan mal.

—Cincuenta años voy á cumplir; pero si empezase mi carrera no daría una lección por un ojo de la cara.

—Cómo mira don Lesmes por sus intereses—exclamó otro.

—Usted lo que debe hacer—añadió el profesor primero con quien se había entendido—es buscar un café donde tocar.

—Calle usted, hombre—dijo el de las lecciones.—No hay un pianista que no se resabie con esos ejercicios nocturnos.

—Sin embargo, diez y seis ó veinte reales no hay quien se los quite á un pianista, y luego dos ó tres sorbetes en Verano, pagados por los amigos que se entusiasman al oírle; el café á primera hora, la cena al final, costada por el dueño del establecimiento, y alguno que otro gajecillo...

—Doy á ustedes gracias por sus indicaciones; pero me he propuesto ser un *gran músico* ó pasar inadvertido á los ojos de todo el mundo.

Pagó el importe de la música que había comprado y se retiró, dejando asombrados y disgustados á los que le habían oído.

No hay para qué decir que acto continuo empezaron á murmurar de sus humos y de sus pretensiones.

Pero abandonemos estos bastidores del arte para seguir á Luciano á su casa, á donde llegó ya entrada la noche muy agitado por las emociones que había experimentado durante aquel día.



Donde vuelve á aparecer el inglés.

DOÑA Rosario no estaba en casa.

Lucía dijo al jóven que había salido á visitar á una conocida que estaba enferma, pero que volvería á cosa de las nueve.

Devorado por la fiebre, abrió el manucordio, estudió las piezas que había comprado, se puso á modular, y agolpándose en su imaginación los más bellos motivos de la *Sonnámbula*, en breve tiempo compuso una fantasía digna compañera de las que reposaban sobre el pupitre del piano.

Apuntó los principales pensamientos, y en esta operación le sorprendió su ama de huéspedes.

—Gracias á Dios que le veo á usted tranquilo y animado—dijo Elena al entrar.

—¡Ay amiga mía! las apariencias engañan. Pero no perdamos tiempo; tengo que hablar á usted.

—¿Ocurre algo nuevo?

—¿Ha visto usted á la marquesa esta tarde?—preguntó Luciano antes de responder á Elena.

—No, no he ido á su casa: el portero me ha dicho que han llegado forasteros.

—¿Sabe usted quiénes son?

—No he indagado.

—Pues bien, doña Rosario; los viajeros son la sobrina de la marquesa y su padre.

—¿Qué me cuenta usted?—exclamó Elena.—Estará usted contento.

—¡Ay, señora! he gozado mucho; pero he sufrido más.

Luciano la refirió en breves palabras todos los pormenores de la escena que había presenciado.

Mucho más sabía Elena; pero aparentó extrañeza y trató de animar á Luciano, ofreciéndole informarse al día siguiente de los motivos que habían impulsado al Sr. Albarosa á venir á Madrid.

—Aún haré más—le dijo—que por usted estoy dispuesta á todo. Escriba usted una carta á esa jóven, y yo se la daré con el mayor sigilo ó si no me es posible, procuraré de todos modos que llegue á sus manos.

Satisfecho con esta promesa, refirió á Elena cuanto le había pasado en el almacén de música, y tocó la fantasía que acababa de componer.

—Mañana mismo—dijo después de oír los aplausos de su patrona—voy á llevarla á un editor cualquiera, y si le gusta y me la compra, no solo podré darme á conocer, sino que hallaré los medios de aumentar mis ingresos.

—Es una idea excelente; pero no hay que olvidar por eso el primer proyecto.

—Al contrario, señora; él puede ser mi salvación.

—Pues nada, escriba usted, escriba usted esa carta y hasta mañana, que ya es hora de descansar.

—Muchas gracias, señora.

—Ah, se me olvidaba. Esta tarde, poco después de que usted se marchase, ha estado un caballero, ha preguntado por usted, y ha dicho que volvería mañana.

—¿No ha dejado tarjeta?

—No.

—¿Y ha dicho su nombre?

—Tampoco; pero á juzgar por sus palabras, tiene gran interés en ver á usted. No sé por qué se me ha figurado que viene á darle una buena noticia. Yo le he recibido, y como las mujeres somos así, el más leve indicio nos hace presentir las cosas... Pero en fin, no se preocupe usted de eso, y á ver si mañana puedo ofrecer una alegría á su corazón.

Luciano quedó solo; escribió á Isabel pidiéndola explicación de su silencio desde que se habían separado, de su venida sin avisarle, y de las palabras que había oído pronunciar á su padre en el momento de entrar en casa de la marquesa.

Después de cerrar la epístola, desarrolló y repasó la fantasía que había compuesto aquella noche, y ya serían las tres ó tres y media de la mañana, cuando, fatigado, se dejó caer en el lecho para descansar.

A pesar de haberse dormido tan tarde, se levantó muy temprano, trabajó de nuevo, dió la carta á Elena, y recibió una agradable sorpresa.

La persona que había estado el día anterior fué á verle, y después de saludarle y de hacer grandes elogios de su talento, le anunció que debía darse un baile en uno de los palacios más aristocráticos de

Madrid, que él era el mayordomo del duque de H... en cuya casa debía tener lugar la fiesta, y que por orden de su amo iba á suplicarle que escribiera una tanda de valsés para estrenarlos en aquella solemnidad, pudiendo, al enviarlos, remitir el recibo de su importe.

Luciano trató de averiguar cómo se había sabido su presencia en la córte, y cómo siendo un oscuro y pobre artista, confiaban en él.

—Es un secreto—contestó el mayordomo.

—¿Pero no puede usted decirme algo, seguro de mi reserva?

—Lo único que puedo indicar á usted—añadió su interlocutor fingiendo que hacía un gran sacrificio—es que ayer fué á ver á mi amo un caballero inglés ó alemán, no lo sé á punto fijo; permaneció en el gabinete con el señor duque, quien me llamó, dándome la comisión que acabo de desempeñar. Si usted conoce á algún extranjero, á él debe atribuir el ser solicitado, aunque bien puede ser que no haya intervenido para nada en el asunto de que se trata.

—¿Sabe usted el nombre de ese extranjero?—preguntó Luciano con avidez.

—Oí decir que se llamaba Lace ó Walace... ó algo así.

—¿Dónde vive?

—Lo ignoro.

—¿Pero visita al señor duque?

—Ayer ha sido la primera vez que le ha visto.

—Está bien. Diga usted á su amo, que pasado mañana le llevaré la tanda de valsés.

Este inesperado suceso le reanimó. Por otra parte, iba á tener noticias de Isabel; pero ¡cosa extraña! en todo el día no se asomó al balcón, temeroso de verla en el jardín acompañada de aquel amigo «que podía ir con tanta confianza, porque había de formar parte de la familia.»

En cambio Elena sufría muchísimo. Aunque había pedido á Luciano con tanta insistencia la carta para la jóven, lo hizo solo con el objeto de ganar tiempo y dársela, si merecía el amor de que era objeto ó de decir al jóven que no había querido recibirla, para separarle por completo de aquella mujer, que hasta entónces, y juzgada por las apariencias, era á sus ojos indigna del afecto de su protegido.

Veamos, antes de proseguir, qué es lo que había producido el cambio en Isabel, y por qué sentimientos se hallaba dominada.





XXII

La felicidad según los hombres prácticos

BUEN chasco se llevarían los lectores si creyeran que el padre de Isabel pretendía sacrificar á su hija. Con decir que era su padre, basta.

No hay padre que no aspire á labrar la ventura de sus hijos; lo único que sucede es que no todos saben en qué consiste esa felicidad.

Isabel había perdido á su madre siendo muy niña; pero contando su padre con una inmensa fortuna, había podido darle ayas de inteligencia, de esmerada educación, de buenos sentimientos, y además había podido tenerla un par de años en un magnífico colegio francés que había en Cádiz.

Isabel que deseaba instruirse, que poseía una inteligencia clara y viva y una imaginación ansiosa de vivir siempre en el cielo; que necesitaba amar y había amado al recuerdo de su madre, á las personas que habían cuidado de su niñez, á las flores de su jardín, á los pájaros que ella misma criaba, no podía vivir lejos de la casa en donde había nacido, lejos de su padre, lejos de los objetos unidos con lazos estrechos á su corazón, y no tardó en conseguir del autor de sus días que la llevase de nuevo á su lado.

Precisamente hacía muy pocos días que Luciano había llegado del Colegio de Francia al pueblo en donde, por orden de las personas desconocidas que velaban por él, debía dirigirse.

Cómo se vieron y cómo se amaron no hace el caso decirlo: el hecho es que se vieron y se amaron.

Las amorosas cartas que gracias á la indiscreción de Elena hemos leído, nos revelan el alma de Isabel...

Pero ¿por qué razón había escrito á su tía la marquesa aquella helada carta? ¿Por qué razón no había contestado á las cariñosas epístolas que desde Ecija y desde Madrid por el medio convenido ántes de su separación la había escrito Luciano?

Bien dicen los escépticos que no hay que fiarse mucho en las mujeres.

Don Carlos de Albarosa, deseaba, como era natural y estaba muy en el orden, casar á su hija, á quien podía dar desde luego cien mil duros de dote, y cuando él muriera tres ó cuatrocientos mil más, con un hombre que en primer lugar contase, por lo ménos, con un capital algo mayor que el suyo, y que por añadidura fuese honrado, fino, amable, etc., etc., como se dice en el comercio.

Cierto es que se había olvidado de que su hija tenía lo que suelen llamar los poetas corazón; pero para un hombre de negocios el corazón, es un detalle insignificante, un accesorio, un estorbo á veces.

—¡El corazón, el corazón!...—solía decir don Carlos de Albarosa á sus contertulios.—Déjense ustedes de tonterías. El corazón es el mayor enemigo del di-

nero; es, como si dijéramos, la riqueza de los pobres. Y yo apuesto—añadía—á que ninguno de ustedes descontaría una letra por insignificante que fuera, firmada por el corazón.

En resúmen, don Cárlos de Albarosa deseaba hacer feliz á su hija, y para conseguirlo pensó desde luego en Enrique de Alcaráz, hijo de un hombre diez veces millonario.

Era el mejor partido que podía proporcionarla.

También es cierto que el padre de Enrique había sidó en sus mocedades *pastor*; que había descubierto una mina, que había tenido habilidad para explotarla, y que la fortuna le había sonreido, poniendo á su disposición algunos miles de duros, con los que empezó á prestar dinero á sus convecinos, consiguiendo después de treinta y tantos años laboriosamente empleados, reunir un capital, establecerse en Málaga emprender el comercio en grande escala, fletar embarcaciones, obtener una gran cruz, educar á sus hijos en el extranjero, y ser todo lo que se llama un personaje.

No por eso dejaban de llamarle el *pastor*; á Enrique y á su hermana María, los *hijos del pastor*; á la magnífica casa que habitaba en Málaga, la *casa del pastor*; y á los lacayos con librea que le servían, los *lacayos del pastor*. Pero el padre de Enrique, que no se paraba en barras, decía á todos los que querían oírle que había sido *pastor y á mucha honra*, procurando con sus maneras y con sus palabras, demostrar que en efecto había sido pastor.

Pues bien, siendo Enrique heredero forzoso de su

padre, y siendo la hermana de Enrique una jóven de muy pobre salud, ¿tenía algo de particular que después de haber preguntado don Cárlos al médico de la *casa del pastor*, qué pensaba acerca del estado de la jóven, y que al saber que la ciencia auguraba su próximo fin, porque había entrado en el segundo grado de tisis; tenía algo de particular, repito, que después de tan *brillantes informes* se decidiese á casar á su hija con el hermano de aquella desgraciada?

¿Qué era lo que podía suceder, que dijesen las gentes que su hija se había casado con el *hijo del pastor*?

Poco le importaba, y convencido de que el dinero podía labrar la felicidad de Isabel, se decidió á casarla con el dinero.

Enrique fué á visitar al señor de Albarosa de parte de su padre para tratar con él un negocio.

Como buen comerciante, le hospedó el padre de Isabel en su casa, y durante algunos días tuvo ocasión de conocer que era un excelente muchacho, muy dócil, muy entendido en el arte de sacar el mejor partido de los negocios, motivo por el cual empezó á pensar que si le casaba con su hija, hacía un negocio redondo.

Por fortuna suya Enrique se mostraba muy galante con Isabel.

En los pascos que daban por el jardín, durante la comida, en todos los momentos oportunos, hacía Enrique alarde de un juicio y una seriedad prematuros.

Censuraba á los que perdían los mejores años de

la juventud en ocupaciones ligeras y fútiles, en pasatiempos agradables pero de tristes consecuencias para el porvenir; y todo esto encantaba al señor de Albarosa, quien procuraba decir á su huésped muy á menudo:

—Un hombre que piensa como usted debe casarse.

—Ya se vé que lo haré—contestaba Enrique.

Y miraba á Isabel, como diciéndola:

—Me convendría que fuese usted mi esposa.

Isabel conoció desde luego las intenciones de su padre y del jóven huésped, y temiendo que Luciano se desesperase si se enteraba de los propósitos que uno y otro abrigaban, consintió en el viaje á Madrid, porque al mismo tiempo la halagaba la esperanza de que su amado haría fortuna, y de que entónces podría vencer los obstáculos que se oponían á su felicidad.

Enrique volvió á Málaga, y desde allí en todas las cartas comerciales que dirigía al señor de Albarosa ponía una postdata para Isabelita.

Al fin y al cabo recibió un día el señor de Albarosa una carta en la que la postdata se había convertido en texto, y el texto en postdata.

Enrique confiaba al capitalista la admiración que le inspiraban las prendas de su hija, y le anunciaba la inmensa satisfacción con que, tanto su padre como él, verían que accediese á otorgarle su mano.

Como era natural, tratándose de negociantes, Enrique daba minuciosa cuenta de su fortuna al señor de Albarosa, y le pedía que, obrando con la misma

franqueza si aceptaba su pretensión, le comunicase qué era lo que se proponía dar á su hija, á fin de que noticiándosele á su señor padre, pudiera llevarse á feliz término el asunto.

Lleno de alegría, trasmitió la fausta nueva á su hija, y ésta se echó á llorar al oírle.

—Vean ustedes lo que es el mundo—exclamó su papá.—La fortuna se la viene á las manos, y en vez de alegrarse derrama lágrimas. Reflexiónalo bien, y avísame mañana cuál es el resultado de tus meditaciones; porque á la hora de despachar el correo necesito saberlo. Tratándose de una carta de interés, es necesario que la respuesta quede en el copiador.

En vez de reflexionar, lloró Isabel toda la noche.

Al día siguiente, temerosa, pero decidida, alegó todas las razones que había dado para librarse de aquella unión.

Su padre, con argumentos de gran peso para un tribunal de comercio, la demostró que estaba equivocada, se incomodó con ella, y prorrogó el plazo para la contestación definitiva.

—Hoy es viernes—la dijo.—El domingo espero tu respuesta.

En aquellas cuarenta y ocho horas se operó el cambio que han visto los lectores.

Isabel aceptó con condiciones; el papá escribió á Enrique y el jóven prometió trasladarse á Madrid y salir á recibirlos en un carruaje.

Así lo efectuó, y como hemos visto, no parecía Isabel muy disgustada.

Antes de abandonar el pueblo y durante el viaje,

había procurado el señor de Albarosa instruir á su hija con el mayor celo acerca de la conducta que debía observar respecto de su tía.

—Ya ves que te doy gusto, hija mía—la dijo.—Has deseado, ántes de tomar una resolución, pero dejándome adivinar que al fin accederás á mi ruego, venir á Madrid, conocer el mundo y darme una respuesta definitiva. Esto me agrada; porque así no dirá la gente que te he sacrificado, ni tú tampoco podrás atribuir mi deseo á otro móvil que el de labrar tu dicha.

Hasta el momento de emprender el viaje, Isabel afirmaba. Durante el camino vinieron solos en la berlina de la diligencia, y el papá prosiguió realizando su propósito.

Entónces Isabel ya no afirmaba tanto.

—Bien, papá—le decía.—Yo hablaré con mi tía, la consultaré, oiré sus consejos, la suplicaré que reemplace á mi madre, y si como espero y usted desea, me convence de que puedo ser feliz uniéndome con el hijo de su amigo de usted, accederé gustosa.

—¡Oh! no lo dudes. Tu tía que te quiere y que es mujer de mundo, te aconsejará lo mismo que yo; pero bueno es que conozcas su carácter.

—¡Ah! sí. Hábleme usted de ella; es el mejor modo de que pueda obtener en seguida su confianza y conseguir que sus consejos sean más espontáneos, más cariñosos...

—Pues bien, ya sabes que hemos permanecido algún tiempo sin escribirnos: reñidos, como se dice en el pueblo.

—Sí, lo sé.

—Harto comprenderás que la culpa no ha sido mía. La marquesa es muy interesada, es de esas personas que le dan cien vueltas al bolsillo antes de soltar una moneda. Hubo una testamentaria en que ella por una parte, y yo en representación de tu madre por otra, teníamos que defender nuestros intereses, y de aquí nuestro disgusto.

—¡Válgame Dios qué cosas tan tristes!

—Cosas del mundo, hija mía; ya le irás conociendo poco á poco. Tu tía, muy amable, mujer de experiencia, no aparenta lo que es, y se paga muy poco de todas esas cosas que á ti te han agradado tanto. La poesía la ha suprimido por artículo de lujo; es muy prosáica, muy natural, muy práctica, y si quieres ganar su afecto suspira poco al lado suyo, preséntate económica, avara si es necesario; dile desde el principio en confianza que toda vez que no estaría bien que la abonase yo tu gasto en su casa mientras estemos al lado suyo, me propongo hacerla un buen regalo: ésto la complacerá en extremo, te aconsejará bien y no tardarás en comprender cuánto te quiere tu padre, aunque yo sé que me guardas algún rencor porque te he arrebatado algunas ilusiones, flores sin fruto, tiempo perdido en la vida de los seres humanos.

—Está muy bien, papá. Procuraré no olvidar ninguna de las instrucciones que acaba usted de darme.

—Mucho celebraré que acceda á ser madrina de tu boda.

—Yo conseguiré que lo sea.

—Bien podrás decir entónces que has puesto una pica en Flandes.

De cuando en cuando, en presencia de los paisajes que se desarrollaban ante su vista, prorrumplía Isabel en exclamaciones de entusiasmo.

—Mire usted, mire usted—decía—qué hermosa vista aquella.

—Calla mujer; esa gente del campo no sabe lo que tiene entre las manos. Figúrate para qué necesitan jardines delante de sus casas. La tierra es buena, y en vez de flores podrían sembrar legumbres y hortalizas.

Por fin llegaron á Madrid, y al subir la escalera para arrojarse en brazos de su tía que la esperaba en la antesala, enjugó Isabel algunas lágrimas que brotaron de sus ojos.

La marquesa la estrechó en sus brazos con efusión; saludó con afabilidad á su padre, y á través de los corredores y de las habitaciones elegantemente amuebladas de su palacio, llevó á Isabel á un cuarto contiguo el suyo que la había destinado, y después guió á Albarosa á otra en el extremo opuesto de la casa.

—Enseguida comeremos — dijo Aurora—ven á arreglarte un poco, hija mia, y usted pida todo cuanto necesite; yo me llevo á Isabel para empezar á servirle de madre desde este instante.

—Doy á usted gracias—exclamó don Cárlos—y espero firmemente que será usted una verdadera madre para ella.

Al mismo tiempo la hizo una seña como para re-

cordarla las instrucciones que la había dado en la carta.

—Fíe usted en mí—contestó la marquesa.

Al retirarse aquella noche á su aposento para dormir, la jóven viajera después de haber hablado largo rato con su tía:

—Pues señor—pensó—me parece que mi papá ha exagerado. La marquesa tiene buen corazón, buen gusto, y un talento muy claro. Bien es verdad que hoy ha sido nuestra primera entrevista.

Después se acostó, porque estaba muy cansada, y ántes de dormirse pensó...

Pero no seamos indiscretos, sorprendiendo los pensamientos de una jóven en el instante en que se deja caer suavemente en los brazos del ángel del sueño.





XXIII

Prosa y poesía.

LAS nueve de la mañana del día siguiente preguntó la marquesa por su sobrina.

—Hace más de una hora que ha bajado al jardín— contestó una doncella.

Aurora se puso un peinador y fué en busca de Isabel.

La jóven estaba en un cenador, y tenía en la mano un papel y un lápiz.

—¡Isabel, Isabell!—dijo la marquesa.

La jóven guardó acto continuo el papel en el seno, el lápiz en el bolsillo, y saliendo al encuentro de su tía:

—¿Me perdonará usted la libertad que me he tomado?—dijo.

—Al contrario, has hecho bien. Estás en tu casa.

—Soy muy madrugadora. En el pueblo, á las siete ya estaba de pié, y como el tiempo es oro, después de disponer lo que habían de hacer los criados, me ponía á coser. No puede usted imaginar lo que se ahorra haciendo lo que yo hago en el pueblo.

—Bien, hija mía, bien; me gusta mucho todo eso que me dices.

—¿Sabe usted lo que he estado pensando, tía?

—Tú dirás.

—Que es una lástima que tenga usted todo el jardín dedicado á las flores. Podría usted sembrar lechugas, tomates, otra porción de hortalizas y hasta legumbres. Estoy segura de que todos los días gasta usted un dineral en esas cosas, y teniéndolas aquí ahorraría usted dinero.

La conversación de tía y sobrina giró poco más ó menos en el sentido que acabo de indicar.

A cosa de las once la marquesa envió un recado á Elena.

—Querida mía—la dijo cuando la vió—no puedes imaginar lo apesadumbrada que estoy.

—¿Has podido juzgar ya á tu sobrina?

—Sí, la he juzgado.

—¿Y corresponde el retrato que vás á hacerme de ella, á la carta que te ha escrito hace poco?

—La carta me dejó algunas esperanzas; pero mi sobrina las ha disipado por completo.

—¡Habla, por Dios!—dijo Elena intranquila.

—Es el vivo retrato de su padre. No piensa más que en especulaciones, en economías... Figúrate que en pocas horas se ha declarado enemiga de las flores y partidaria de las hortalizas; me ha asegurado que la mitad de los criados que tengo me bastarían para el servicio; me ha enseñado media docena de vestidos arreglados por ella, y no me ha hablado más que de dinero.

—¡Desgraciada!—dijo Elena con acento de profunda tristeza.

—Si mi hermana viviera se moriría otra vez por no tener una hija tan metalizada, tan práctica, tan prosáica...

—¿Y no crees con tus consejos poder despertar en ella otra clase de sentimientos?

—Lo dificulto mucho; pero no me atrevo á afirmar ni á negar hasta que tú hayas hablado con ella. La he anunciado tu visita. Ven, ven á su cuarto, y mientras tanto yo iré á ver su padre, porque me ha indicado que desea hablar conmigo.

La marquesa presentó á Elena á su sobrina, y no tardaron en quedarse solas, en tanto que Aurora se dirigió á su gabinete para recibir en él á su cuñado.

La belleza de Isabel cautivó á la protectora de Luciano, y procuró llegar á su corazón. Isabel se defendía, pero en algunos momentos dejaba adivinar el triunfo.

Elena tenía una excelente ocasión para hablarla de Luciano, para entregarla la carta que había ofrecido hacer llegar á sus manos; pero después de una hora de conversación resolvió no entregársela y hacer todo lo posible para que su jóven protegido la olvidase, segura como estaba de que se había equivocado al presumir que estaba su felicidad en el amor de aquella mujer.

La marquesa interrumpió su coloquio.

—Acabo de hablar con tu papá—la dijo—y me ha anunciado que se encuentra en Madrid el hombre á quien te destina por esposo. Dice que tú le aceptas con entusiasmo, que desees que le conozca yo, y me ha rogado que le convide mañana á comer.

—Supongo que usted ha accedido á sus ruegos, querida tía.

—¿Qué había de hacer sino dar gusto á tu papá y á ti?

—Lo agradezco infinito.

—Pues nada; mañana conoceremos á ese jóven. Y tú, querida amiga—añadió dirigiéndose á Elena—nos acompañarás también á la mesa.

—¡Oh!... No...

—Te lo suplico.

—Nos dispensará usted un inmenso favor, señora—añadió Isabel.

—En ese caso, acepto.

Elena se despidió de la marquesa, y en tanto que Albarosa fué á ver á algunos personajes políticos y á algunos banqueros amigos suyos, tía y sobrina en un magnífico landó fueron á dar un paseo para que la jóven conociera lo más notable de Madrid.

Después se dirigieron al Prado y á la Castellana, y regresando á casa para comer, cambiaron de traje y fueron al Teatro Real, acompañadas de Albarosa.

La marquesa observó atentamente á Isabel, y sorprendió más de una vez lágrimas en sus ojos.

Apenas se encontraban las miradas de Aurora con las suyas, hacía un esfuerzo para serenarse, decía algunas frases chistosas, llamaba la atención sobre los trajes, los prendidos ó las flores de algunas de las señoras que había en los palcos, y de este modo procuraba desorientarla.

—¿Qué tal, hija mía, te has divertido mucho?—preguntó don Carlos á su hija.

—Mucho, papá.

—Esta es la vida que te espera casándote con Enrique de Alcaráz.

—Ya lo creo; voy á ser muy dichosa—dijo con cierto retintín.

—¿Y cuándo piensa usted que se celebre la boda?
—preguntó la marquesa.

—Cuando ella quiera. El novio está dispuesto; así es que si, como espero, se decide pronto, dentro de un mes ó mes y medio podrá recibir la bendición nupcial. Como por entónces será la época de veranear, podrá ir con su marido á Biarritz, á París, á Suiza. ¿No es verdad que eso te alegrará?

—Mucho... ¡oh!... mucho, papá.

Aurora descubrió un fondo de tristeza en la alegría que simulaban las palabras de su sobrina.

Aquella noche no volvieron á hablar más del asunto.

Después de terminada la función se retiraron.

Como la habitación de Isabel estaba próxima á la de la marquesa, vió ésta luz en el cuarto de la jóven después de una ó dos horas de haberse acostado, y la llamó.

Recogiendo y guardando el mismo papel que aquella mañana había empezado á escribir en el jardín, acudió sobresaltada á la habitación de su tía.

—¿Qué quiere usted?

—¿No duermes?

—He hallado un libro muy interesante y estaba leyendo.

—Acuéstate, que es tarde. Hasta mañana.

Isabel se acostó, y poco después de amanecer estaba ya levantada y escribiendo con el lápiz consabido.

Deseosa la marquesa de que pudieran disfrutar sus huéspedes del jardín, dispuso la comida para las seis y un poco antes, casi al mismo tiempo, llegaron Enrique y Elena.

Albarosa salió al encuentro del jóven, y le presentó á su cuñada la marquesa.

Esta presentó á Elena á su hermano político.

—Tengo el gusto—le dijo—de que nos acompañe á comer mi buena amiga la baronesa de la Fé, paisana de usted.

—En efecto—contestó Albarosa. Me parece que alguna vez he tenido ocasión de estrechar la mano de su esposo de usted.

Elena se puso muy encarnada.

—Querrá usted decir de su padre—exclamó la marquesa—porque Elena es soltera.

—Lo mismo da—dijo Elena procurando poner término á aquella indiscreta conversación.

—Pues entónces, como si estuviéramos en familia; á la mesa.

Pasaron al comedor, y durante el festín habló Isabel muy poco.

Elena no hacía más que observarla, y comprendió que no estaba á su gusto en presencia de aquel hombre que la destinaban por esposo.

Los caballeros hicieron el gasto, como suele decirse; pero engolfándose en los negocios.

La marquesa tuvo que llamarlos al órden algunas

veces, y entónces fué un poco más agradable su conversación.

—Tomaremos el café en el jardín—dijo la marquesa.

Enrique dió el brazo á la señora de la casa, y don Cárlos á Elena.

Isabel los siguió al jardín, y como se quedó atrás, pudo lanzar un suspiro que desahogó su oprimido corazón.

Al pié de la escalera de mármol que abría paso al jardín, había un emparrado, bajo el cual tomaron el café.

—Ustedes querrán fumar y hablar—dijo la marquesa á los caballeros.—Ahí se quedan ustedes á sus anchas. Nosotras vamos á pasear un poco.

Cruzando una calle de tilos llegaron al cenador en donde la mañana anterior se había refugiado Isabel para escribir.

La marquesa hizo una seña á Elena.

—Mira Isabel—exclamó de pronto Aurora. Desde muy niña te quedaste sin madre; pero en este momento puedes creer que te hallas al lado de dos personas que te quieren como te querría aquella santa que te dió el sér, y están dispuestas á aconsejarte como ella te aconsejaría si viviera. Elena es para mí más que una hermana; sabe lo que me interesa tu suerte; como yo, ha observado que ocultas algún secreto. Dí la verdad; ¿qué es lo que tienes?

—Nada, tía... Nada, señora... Estoy muy satisfecha... muy contenta.

—¿No nos engañas?

—Les aseguro á ustedes...

—Hay cosas que no pueden ocultarse. Tu silencio, tu afán de rehuir las miradas de ese jóven que pretende tu mano... todo demuestra que no te lisonjea mucho la idea de ser su esposa; y si es así, antes de labrar tu eterna desgracia, antes de aceptar sacrificios que pueden acibarar tu existencia, es necesario que seas franca.

—Sí, hija mía, sí—dijo Elena.—Yo he observado lo mismo que mi amiga la marquesa. Usted, al parecer, no siente hacia ese jóven todo el afecto que necesita el alma para aceptar un compromiso que puede ser un continuo tormento.

—Pero... si ustedes se equivocan... Si... yo no tengo nada... Si voy á ser feliz... muy feliz dando mi mano á ese jóven.

—No quieres confiarte á nosotras, y haces mal. Tu padre es bueno, pero muy interesado. Sin embargo, hija mía, aunque te haya dicho que la verdadera felicidad en el mundo es el dinero, te ha engañado.

—No lo crea usted; tiene razón. Con la fortuna se alcanza todo, se tiene una casa elegante y lujosa en Madrid; se viaja por el extranjero en el Verano; se vá á la ópera como usted fué anoche conmigo; se lucen magníficos trajes desde un palco, en los paseos, en las visitas, y ¿qué más dicha que esa puede haber en el mundo?

—¡Ay señorita! ¡Con qué pena la escucho á usted!
—exclamó Elena.

—¿Crees que si viviera tu madre—prosiguió la marquesa—no sufriría oyéndote hablar así?

—¿Pues digo yo algo malo?

—No; pero no sabes lo que dices, ó para evitar un disgusto quieres sacrificarte y hacernos creer que aceptas de buen grado la boda que te prepara tu padre.

—¿Está usted bien segura de amar á ese hombre?
—preguntó Elena.

—Sí, señora. Mi padre le estima... y yo le amaré también, vaya si le amaré...

—Perdone usted que sea indiscreta—añadió Elena
—¿No ha amado usted á ningún otro?

—No señora—contestó Isabel poniéndose muy encarnada.

—¿No se ha visto usted nunca sorprendida por la mirada apasionada de algún jóven, no ha rondado su calle ningún galán, no ha recibido usted ninguna de esas cartas llenas de fé y de entusiasmo que contienen los latidos de un corazón vehemente?

—Y aunque así fuera, como dice mi padre muy bien... todo eso no significa nada; son pasatiempos, devaneos, y con un amor así no se vive, no se sostiene el lujo.

—¿Pero usted ha podido apreciar la verdad de esas palabras?

—¿Por qué me preguntan ustedes esas cosas? ¿Puedo hacer más que confesar que me considero muy dichosa con la elección que ha hecho mi padre?

—Aurora—dijo Elena—esta jóven sufre mucho, yo te lo aseguro. Si quieres salvarla, evita el proyectado casamiento.

—¡Oh... no... no!...—se apresuró á decir Isabel.
—Conozco á mi padre: me aborrecería. No se obsti-

nen ustedes. Ya es una cosa acordada... Dentro de un mes ó mes y medio recibiré la bendición nupcial... iré á Biarritz... á París... y me divertiré mucho... A cada instante me pondré un nuevo traje... y tendré muchos caprichos... Y si lloro alguna vez... será de alegría... no lo duden ustedes... de alegría... porque espero ser muy feliz.

Al decir ésto sus ojos se inundaron de lágrimas.

Casi al mismo tiempo llegó al oído de aquellas tres personas que estaban en el cenador, una musica que parecía resonar en el cielo.

En una habitación cuyo balcón estaba próximo al sitio en donde se hallaban Elena, la marquesa y su sobrina, sonaba una melodía tan dulce, tan apasionada, tan pura, que yendo á herir las fibras más delicadas de su corazón, hizo enmudecer á las tres.

Olvidándose la prometida de Enrique de la comedia que representaba, profundamente conmovida acercó el pañuelo á sus ojos para enjugar las lágrimas que los inundaban, y al sacarle del bolsillo se le cayó un papel muy doblado y escrito con lápiz.

La jóven no lo notó; pero Elena que estaba á su lado, se incorporó, cogió el papel sin ser vista, y re-
catándose, sin decir nada á la marquesa, lo leyó con
avidez.

Cinco minutos la bastaron para leer aquellas líneas febrilmente trazadas.

Casi al mismo tiempo cesó la música.

Isabel estaba completamente abstraída.

—Vamos, vamos—dijo la marquesa.—Ya que tanto estimas á tu prometido, no le abandonemos.

—Aurora—dijo Elena.—Insisto en lo que te he rogado: tu sobrina ama á otro hombre.

—¡Yo!... No... no lo crea usted.

—Tenga usted este papel, señorita—dijo Elena dándola el que un momento antes se había caído de su bolsillo.

Isabel se quedó inmóvil después de cogerlo.

—He cometido la indiscreción de leerle—prosiguió Elena.—¿Se atreverá usted á negar lo que digo?

La jóven no respondió, y cayendo en los brazos de su tía:

—¡En nombre de mi madre—exclamó sollozando—sálveme usted, sálveme usted!

—No sólo la marquesa, sino yo, libraremos á usted del peligro que la amenaza. Déjanos solas un momento, Aurora—prosiguió Elena dirigiéndose á la marquesa.—Enseguida iremos á buscarte.

La marquesa, comprendiendo la intención de su amiga, accedió á su ruego.

—Conozco su secreto de usted—dijo Elena á Isabel cuando estuvieron solas.—Luciano vive allí—añadió señalando el balcón de donde había emanado la música.—La vió á usted llegar antes de ayer, y desde entónces sufre. El ignora quién soy, pero vive á mi lado. Ya sabrá usted el misterio que mis palabras encierran. No finja usted más, al menos con nosotras. La marquesa está decidida á proteger á usted por más que ignora los lazos que la unen con Luciano. Deme usted esa carta que acabo de sorprender, para devolverle la alegría, y tenga usted en cambio esta otra que él me ha dado.

—Pero ¿quién es usted, señora, que tanto se interesa por mí?

—Luciano llora también como usted á su madre, y desde que me conoce me da ese dulce nombre. ¿Quiere usted llamarme como él?

—¡Oh!... ¡señora!

—Pues bien; silencio y valor. Yo uniré dos corazones que han nacido para amarse, para ser felices; pero ya que me ha hecho usted sufrir engañándome, presentándose á mis ojos como una jóven vulgar, sufra usted el castigo que la impongo. Es necesario que me prometa usted dejarse guiar por mí en todo y por todo, y no hablar ni escribir á Luciano hasta que yo la avise.

—Déjeme usted que la estreche en mis brazos— exclamó Isabel, experimentando una inmensa alegría porque se la había quitado de encima el enorme peso con que el fingimiento la agobiaba.

Poco después se reunieron en el salón las cinco personas, y mientras jugaban al tresillo Albarosa, la marquesa y Enrique, Isabel se sentó al piano, y Elena aprovechó la ocasión refiriéndola cómo había conocido á Luciano, y sus proyectos para realizar los deseos del jóven y hacerle dichoso.

A las doce de la noche se retiraron todos, y á las cuatro de la mañana todavía conversaban la marquesa y su sobrina.

Isabel era la personificación de la felicidad.

Mientras tanto también velaba Luciano.

Acabó á toda prisa la tanda de valsés que al día siguiente se proponía llevar al duque de H... siguien-

do el consejo que le había dado Doña Rosario al decirle:

—Tengo noticia de que ese señor es muy aficionado á proteger á los artistas, y además muy inteligente.

Cuando al día siguiente, á cosa de las once, salía á llevar su obra al duque de H..., estuvo Elena á punto de darle un gran alegrón entregándole la carta de Isabel.

—No, no—pensó—sería capaz de hacer una locura. Antes destruyamos los obstáculos.

Luciano la preguntó con mucha timidez si había tenido ocasión de entregar su carta á Isabel.

—No me ha sido posible—contestó Elena; pero hoy ó á más tardar mañana, llegará á su destino.





XXIV

Receta para deshacerse de un pretendiente enojoso.

DEJEMOS transcurrir quince días, durante los cuales ensayó una excelente orquesta los vales de Luciano, imprimió un editor de musica tres ó cuatro fantasías para piano que escribió el jóven, y además por encargo del mismo editor, un *paso doble* para la banda de un regimiento que se hallaba de guarnición en Madrid.

Mientras tanto Elena reveló á la marquesa con anuencia de Isabel, el secreto de la jóven, con lo cual entró Aurora á formar parte de la conspiración que habían traguado para hacer feliz á Luciano.

Convinieron en que sería muy oportuno que se asentase el señor de Albarosa; pero era muy difícil, y fué preciso que Bautista, á quien para este y otros varios asuntos llamó Elena, venciese la dificultad.

Enterado el administrador de la baronesa de la Fé de todos los bienes que poseía su ama, la recordó que había heredado de su padre una fábrica de fundición de metales, la cual, dotada de todos los útiles necesarios, permanecía ociosa y cerrada, conviniéndola en extremo deshacerse de ella.

Elena, que había oído hablar de minas á don Carlos y á su futuro yerno, les propuso la adquisición de la fábrica, y fué tan poco exigente, que Albarosa creyó oportuno entrar en tratos con ella.

Convencido por lo que le decía Isabel, cometiendo el pecado de engañarle, de que la boda se verificaría á principios del Verano, anunció por fin su propósito de ir á su casa á arreglar varios asuntos para poder estar libre un par de meses, y de paso prometió que vería la fábrica y formularía sus proposiciones.

A los quince días de su llegada, emprendió el viaje encargando á la marquesa que comprase para su hija todo lo necesario, á fin de presentarla al que debía ser su marido, con la esplendidez que su fortuna requería.

En este tiempo pasaron juntos largas horas Bautista y Elena en una habitación retirada de la casa de la marquesa. Ocupábanse ambos en formar un inventario de todos los bienes de Elena, á fin de conocer con exactitud el verdadero estado de su fortuna.

La protectora de Luciano experimentó una viva satisfacción al saber que entre las fincas que poseía, las acciones del Banco, y el papel del Estado, reunía seis millones de reales, lo que la proporcionaba una saneada renta anual de doce mil duros lo menos.

Después de saber ésto, dió algunas instrucciones á Bautista; el administrador perfectamente penetrado de los deseos de su ama, se puso en relaciones con un escribano muy listo, y los dos celebraron

frecuentes entrevistas durante algunos días, arreglando el negocio que llevaba entre manos doña Elena á su satisfacción.

Costaba gran trabajo á Luciano no ver á Isabel, no escribirla al ménos; sobre todo después de haber leído la carta que con lápiz le había escrito la jóven y que Elena le entregó á los dos días de haberla recibido de sus manos.

—Yo me propongo —le dijo al dársela— vencer todos los obstáculos que puedan oponerse al amor que usted profesa á esa jóven. Solo exijo una condición: la de que mientras esté su padre en Madrid, ni la hable usted, ni la vea, ni la escriba. Yo le diré á usted todos los días cómo se halla, hablaré con ella de usted y con usted de ella; pero la menor indiscreción podría destruir mis planes.

Luciano prometió cumplir los deseos de su protectora y permanecer silencioso consagrado á sus tareas escribiendo música para los editores, haciendo visitas al maestro Martorell que no le servían más que para proporcionarle desengaños, enterándose de las miserias de entre bastidores gracias á la locuacidad del bueno de Estéban, y paseando con Bautista para conocer á fondo la vida y las costumbres de Madrid.

Por fin llegó el día de la marcha de Albarosa.

—Te ruego, hija mía—dijo á Isabel, que sigas en todo y por todo los consejos de tu tía. Ya ves que cuanto más tratamos á Enrique, mejor es el concepto que formamos de él. Mi mayor satisfacción será volver en breve á efectuar tu boda.

—Vaya usted tranquilo, papá—contestó.—Le ase-

guro que por mi parte no se malograrán los planes de usted.

Apenas partió el señor de Albarosa, comunicó Elena la noticia á su huésped.

—¿Es decir—preguntó Luciano—que me deja usted en libertad de escribir á Isabel?

—No, amigo mio. Es necesario que me ofrezca usted permanecer en la misma actitud que hasta ahora, durante diez días más.

—Pero, ¿por qué, señora?

—¿Está usted seguro de que me intereso por su suerte?

—Me ha dado usted infinitas pruebas de su bondad.

—Pues en ese caso obedézcame usted; de lo contrario desisto de mi plan. Prometo á usted que dentro de diez días, le llamaré á usted la marquesa del Salado para perfeccionar en el piano á su sobrina Isabel.

Luciano estrechó con efusión la mano de Elena y ofreció *ser bueno*, para imitarla.

El mismo día en que recibió la noticia de la partida del señor de Albarosa, supo por una carta del duque de H, á quien hasta entónces no había podido encontrar en su casa, que en la noche del 20 de Mayo se ejecutarían los vales en el baile que en su quinta de Chamartin se proponía dar á lo más escogido de la aristocrática sociedad madrileña.

El duque convidó á la marquesa y á su amiga.

Elena mostró á Luciano un periódico en el que al anunciarse la *soirée* del duque de H... se indicaba

que se ejecutaría una tanda de valeses, composición de un joven músico recién llegado á Madrid en busca de gloria.

—Esto—añadió la protectora—basta para que todas las personas que asistan al sarao, se fijen en la composición, y si á todos les gusta como á mí, puede usted dar por hecha su reputación. Le llamarán de todas partes, los periódicos repetirán con aplauso el nombre de usted, y la primera y más costosa dificultad quedará vencida.

—¡Ah!... ¡todo se lo debo á usted!

—A mí, no—se apresuró á decir Elena.—Al inglés.

—Es verdad; pero si usted no me hubiera acogido en su casa, si usted no me hubiera auxiliado, ¿qué habría sido de mí?

—No hablemos de eso; piense usted en que á esa fiesta irá la marquesa del Salado acompañada de su sobrina.

—¿Lo sabe usted de cierto?

—¿No he de saberlo? La señora marquesa me ha rogado que la noche del 20 la pase en su casa, para que durante su ausencia no cometan los criados alguna indiscreción. Como soy de toda su confianza, y la función durará hasta la madrugada...

—¿Es decir, que verá usted á Isabel cuando vuelva del baile?

—¡Ya lo creo! y podré saber inmediatamente el efecto que han producido los valeses, no solo en el auditorio, sino en ella.

—Soy un niño—exclamó Luciano.—Al oír á us-

ted hablar de ese modo, me olvido de mis penas, siento rebosar la alegría en mi corazón, y todas las esperanzas me sonrien. Solo hay un pesar para el que no hallo alivio.

—Sé lo que va usted á decirme, ¿tiene usted celos del pretendiente de Isabel? ¿No le he dicho á usted que ni ella ni su tía están dispuestas á cumplir los deseos del señor de Albarosa?

—Bien... sí, lo sé...; pero á pesar de todo, él viene á verla á menudo... habla con ella.

—Amigo mio, es rico y usted debe disculpar á su padre. En su edad solo se piensa en el dinero. Y á propósito, entra en mis planes descubrir el origen de la familia de usted. ¡Quién sabe si puede usted algún día llegar también á ser millonario? Si tal sucede, Albarosa le aceptará á usted como un buen negocio primero y más tarde, cuando se convenza de que hace usted la felicidad de su hija, le querrá mucho y le bendecirá. Me ha dicho usted que tiene algunas cartas, algunos documentos de las personas que han cuidado de usted en su infancia y en su juventud.

—Sí, señora.

—Pues bien; deme usted esos papeles. Yo me enteraré de ellos, pondré en juego mis relaciones, y malo ha de ser que no encontremos algún indicio.

Luciano, calificando á Elena de ángel de su guarda, ofreció ponerse por completo en sus manos, seguro de que con su cariño y su buen talento, le llevaría al puerto de salvación.

La protectora del joven cumplió la orfeta que le había hecho.

Al mismo tiempo sus negociaciones con la marquesa é Isabel eran muy activas.

El día en que partió el señor de Albarosa, celebraron las tres una larga conferencia.

—Hasta ahora—dijo lo marquesa—tu pretendiente ha tenido que hacer el amor, como suele decirse, á tu padre. Ha jugado con él y conmigo al tresillo por las noches; y cuando ha venido de día, ó ha salido con nosotros á paseo, se han ocupado de sus negocios y apenas han hecho caso de tí. Pero ahora va á ser otra cosa; tendrás que hablar con él, ó por lo menos como no habrá tresillo y pasaremos la noche oyendo tocar el piano ó hablando, no tendrá más remedio que tomar parte en la conversación. Yo no puedo ponerme mal con tu padre; pero tampoco te aconsejo que te cases con un hombre á quien no quieres. Elena, que es muy buena amiga mía, pretende que uniéndote á su protegido, con quien estás en relaciones desde hace tiempo, serás feliz. Puestas las cosas en esta situación, necesito ser neutral. Por un lado te pretende un jóven rico, á quien miras con la mayor indiferencia; por otro un jóven pobre á quien amas con toda tu alma. Sé que el dinero sin amor no da la dicha; sé que el amor sin dinero tampoco puede ofrecerla: mi posición es crítica en extremo. ¿Qué he de hacer?

—Confíame la dirección de todo—dijo Elena.—Yo te aseguro que mi protegido hará feliz á tu querida sobrina. Lo más urgente es romper ese lazo que ha intentado fraguar el interés. Isabel ha prometido á su padre que por culpa suya no se desbaratará la boda;

luego es preciso que se desbarate por culpa él, y para conseguirlo nadie tiene más medios que tu sobrina.

—La aversión que profeso á mi pretendiente me inspirará—indicó la jóven.—Aseguro á usted que poco he de poder ó he de conseguir que antes de quince dias se convenza de que no le conviene casarse conmigo.

Animada por este deseo, desde aquella misma noche empezó á poner en práctica su plan.

No solo acudió Enrique á las reuniones nocturnas; también formaron parte de la reunión algunos amigos de la marquesa. Isabel tocó el piano y Enrique se acercó á ella para volver las hojas del libro de música.

Al terminar, se formaron varios grupos y Enrique é Isabel pudieron hablar algunos momentos á solas.

—No sé por qué—dijo el primero—me parece que esquiva usted todas las ocasiones de hablar conmigo.

—No, señor; al contrario, tengo mucho gusto.

—Sé por su señor padre que accede usted á mis deseos, que se resuelve usted á ser mi esposa, y todavía no me ha sido posible oír esa declaración de sus labios.

—Ya se lo ha dicho á usted mi papá...

—Pero, ¿cree usted que yo puedo hacerla feliz?

—Sí por cierto. Mi papá me ha dicho que es usted muy rico, que me consentirá usted hacer en todo y por todo mi voluntad; y cuando él me ha hablado de esa manera, es porque usted se lo habrá prometido.

—En efecto, señorita; yo la amaré á usted siempre

y me consideraré el más feliz de los hombres con su cariño.

—Si he de ser franca, la verdad, al casarme deseo mejorar de posición. Es cierto que al lado de mi papá no me falta nada, porque gracias á Dios como usted sabe, nuestra fortuna nos permite vivir con holgura; pero tengo muchas aspiraciones. He leído muchas novelas, muchas; y me agrada como algunas de las heroínas de esos libros, tener un magnífico palacio en Madrid, dar bailes, ir á los teatros, poseer una preciosa quinta en los alrededores de la Corte, otra en Biarritz para pasar un mes, viajar por toda Europa con mucha servidumbre. Luego.. también creo tener buen gusto... y si de soltera no me ha sido posible gastar un lujo impropio de mi estado... de casada... ya es otra cosa. Usted, que como comerciante tendrá muy buenas relaciones en París, procurará que una ó dos modistas de las mejores estén siempre dispuestas á enviarme cuanto las pida. Todo esto me ha ofrecido papá en nombre de usted, y le estoy muy agradecida.

—Mi mayor gusto será proporcionar á usted toda clase de satisfacciones.

—Como perdí á mi madre muy niña y he vivido entre amas de gobierno y criados, soy algo caprichosa... bastante caprichosa... lo conozco...; pero usted me perdonará ¿no es verdad? Habrá ocasiones en las que se me antoje emprender un viaje... comprar un mueble que me guste... hacerme un vestido.. adquirir un aderezo, una joya cualquiera que sepa yo que alguna amiga mía desea lucir; sin embargo, to-

dos estos defectillos se me irán corrigiendo y usted me dará gusto, ¿no es así?

—¡Ya lo creo! Pero cuanto usted me dice no revela el cariño hacia mí.

—¿Qué quiere usted que le diga? Ya iré queriendo á usted, á medida que vaya usted haciendo méritos.

—¿A juzgar por esas francas manifestaciones, todavía no ha logrado interesarla?

—Sí... sí, señor, le quiero á usted por los deseos que mi felicidad le inspira.

—¿Nada más?—preguntó Enrique, que seguramente no esperaba aquella respuesta de la jóven.

—¿Qué más desea usted?

—Es decir que si yo fuera un pobre, que si no contase con los recursos que debo á la fortuna y me hubiera dirigido á usted?...

—Mi papá se habría opuesto. ¡Vaya si se habría opuesto! No me habría dejado ni siquiera que saludase á usted. Pero no debe causarle sorpresa lo que le digo. También usted es hombre de negocios.

Enrique no insistió: la primera conversación que á solas había celebrado con su futura esposa, no le dejó satisfecho.

Isabel comprendió que había emprendido un buen camino, y continuó por él en las conversaciones sucesivas.

Inútilmente trataba Enrique de hablarla de su amor con la poesía que inspira á un jóven á quien una mujer agrada, aunque sea comerciante; en vano la hablaba de sus hermosos ojos, de su expresión

angelical; en vano quería atraerla al terreno de las confidencias amorosas.

La sobrina de la marquesa del Salado, se defendía con una candidez que desesperaba á su adorador.

—Esta mujer—pensaba—no tiene corazón. No piensa más que en trajes, en palacios y en bailes.

Pero á pesar de todo, la belleza de Isabel le fascinaba; el compromiso formal que había contraído con su padre le detenía, y la sobrina de la marquesa empezaba á desesperarse al ver que perdía el tiempo.

Llamó entónces en su auxilio á Elena después de confiarla su plan, y la protectora de Luciano prometió ayudarla.

Elena acompañó á la marquesa y á Isabel á la *soirée* del duque de H. También Enrique fué invitado, y todos se encontraron en los magníficos salones de la quinta de Chamartin.





Un baile bien aprovechado.

NECESITARÉ describir los salones iluminados á *giorno*, los jardines lindamente adornados con farolillos de colores, las mujeres lujosamente engalanadas y los caballeros con el aristocrático frac negro? De ninguna manera.

Baste decir que el duque y la duquesa sabían hacer los honores perfectamente, que eran muy ricos, que gastaban el dinero con el mayor placer para obsequiar á sus amigos; y después de esto que el lector se figure á su antojo todos los detalles del escenario en donde acaecieron los sucesos que voy á referir.

Elena iba al lado de Isabel cuando penetraron en el salón principal.

—¿No la maravilla á usted este lujo, este esplendor?—preguntó á la joven.

—Va usted á reirse de mí; pero cambiaría estando al lado de usted la modesta casita de huéspedes que usted dirige, por todo este esplendor y este lujo.

—¿Aunque no viviera en ella Luciano?

—He de ser franca? Entónces... ya puede usted figurarse...

Como no hace al caso describir los detalles de la fiesta, sólo referiré unas cuantas escenas.

Enrique, como todos los amantes vulgares, exigió á Isabel que no se comprometiese á bailar el primer rigodón, porque deseaba ser su pareja.

La joven ofreció complacerle.

Al poco tiempo se anunció un rigodón y Enrique fué á buscarla para bailar con ella.

—¡Ay, qué cabeza!—exclamó la joven. Se me había olvidado, y el caso es que ya me he comprometido; pero á bien que como usted es de casa...

Enrique se retiró enfadado y Elena fué á su encuentro.

—¿Cómo es eso, señor de Alcaráz, no se baila?—le preguntó.

—No, señora.

—¿Parece que está usted de mal humor?

—No me falta motivo.

—¿Hay celillos?

—Creo que usted, señora, sabe las relaciones que median entre Isabel y yo.

—Es natural, siendo como soy tan buena amiga de la marquesa.

—Pues bién; ¿qué quiere usted que la diga? Por más que hago, no acabo de comprender á esa joven. Es angelical, inocente, lo confieso; pero tiene unas ideas... y tan poco juicio.

—No debo hablar, porque al fin y al cabo es sobrina de una amiga á quien quiero mucho; pero... la verdad... se resiente de la falta de una madre. Es tan positivista.

—Sí, señora, mucho. Nunca habla más que de dinero, de palacios, de coches...

—Lo que oye á su padre. Albarosa es muy bueno; pero está tan metido en los negocios, y como desde muy niña viene anunciándola que no la casará más que con un hombre muy rico... ahí tiene usted...!

—Santo y bueno que abrigue ese deseo; pero á su edad debe latir el corazón por algo más que por el dinero.

—Las muchachas de hoy no son como éramos nosotras. Están metalizadas. No nos hagamos ilusiones, amigo mio. La sociedad, no diré yo que sea malo ó bueno; pero la sociedad se agita al impulso del interés, y si usted no se enfada conmigo, le diré que lo mismo los hombres que las mujeres, aspiran al casarse á mejorar de posición. El señor de Albarosa se dá por muy contento con que entre usted á formar parte de su familia. Sus negocios, según he oído, no andan muy bien desde hace algún tiempo. Es muy emprendedor, va más allá de donde puede.

—¿Usted sabe algo?

—¡Dios me libre de cometer una indiscreción! Pero volviendo á nuestro asunto; es decir, al asunto de usted. ¿Está usted quejoso de Isabel?

—Sí, señora, muchísimo. La he pedido que me concediera el rigodón, me ha prometido complacerme, y ya la ve usted: está bailando con otro.

—Y ¿no se le ocurre á usted nada?

—Desesperarme.

—Pues señor, dirá usted que soy entrometida; pero si yo estuviera en su caso...

--¿Qué haría usted, señora?

—La cosa más sencilla del mundo. Hagamos abstracción de Isabel. Entre todas las jóvenes que está usted viendo, ¿cuál le agrada más?

—Aquella rubia.

—Ya se conoce que tiene usted buen gusto, y además buen olfato. ¿Sabe usted quién es esa rubia?

—No, señora.

—Pues es una habanera á quien según dicen, da su padre por la circunstancia de ser hija única, un dote nada menos que de un millón de duros.

—¿Hace mucho que está en Madrid?

—Cosa de un año. Luego conocerá usted á su padre. Sáquela usted á bailar, y como entre tanto Isabel sabrá á estas fechas no solo que es guapa, sino que es millonaria, mucho más rica que ella, sufrirá sin duda alguna los tormentos que acaba usted de sufrir.

—¿Pero esa joven tendrá algún compromiso?

—No lo crea usted. La duquesa me ha hablado de ella hace cinco minutos. Está libre; pero yo sentiría hacer una mala obra á la sobrina de mi amiga.

—Voy á seguir el consejo de usted.

—Y yo á preparar á usted el terreno—dijo Elena.

En efecto, al separarse de Enrique se acercó á la joven rubia.

—Me parece que la gustan á usted demasiado los pollos—dijo la habanera.

—Vea usted lo que son las apariencias. Ha de saber usted que el joven con quien estaba hablando, me preguntaba quién era usted.

—¿Es posible?

—Me ha asegurado que no ha visto en su vida una hermosura más peregrina que la de usted.

—Ha exagerado—respondió la rubia sonriéndose.

—¡Oh!... no. Participo á usted que ese joven es uno de los más juiciosos y discretos que frecuentan los salones de Madrid. Además, es muy rico; su familia pertenece al alto comercio de Málaga, y él es un hombre de talento, activo, emprendedor... Observe usted cómo la mira. ¿No ve usted que en aquellos ojos hay algo más que curiosidad?

—¡Qué cosas tiene usted señora!—dijo la habanera ruborizándose.

—Sería muy grande mi placer si pudiera contribuir á la unión de dos corazones que han nacido para comprenderse.

Elena no dijo más: sembró la semilla y desapareció.

Al rigodón siguieron los vales de Luciano.

Isabel no bailó; buscó á Elena, y las dos juntas escucharon con religioso silencio aquella música que había brotado del corazón del hombre á quien por tan diferentes conceptos querían con toda su alma.

Enrique bailó con la habanera.

De cuando en cuando miraba á Isabel.

—¡No me hace caso!—pensaba.—¡No la importa que baile con otra!

Los vales terminaron, siendo acogidos con una entusiasta salva de aplausos.

Los convidados del duque hicieron repetir aquella composición; pero entónces no bailaron, y escuchan-

do con la mayor atención la inspirada tanda, aplaudieron de nuevo.

El nombre de Luciano comenzó á circular de boca en boca, acompañado de entusiastas elogios.

En aquellos momentos se acercó Enrique á Isabel, y al sorprender en sus ojos algunas lágrimas, creyó que eran de celos.

—Tranquilícese, usted—la dijo.—No he querido ofenderla.

—¿Por qué me dice usted eso?—preguntó Isabel, no comprendiendo el sentido de las palabras de su pretendiente,

—Porque la veo á usted llorar—contestó éste—y me figuro que es por culpa mía.

—No lo crea usted. Es que me han dado un pisotón.

—Venga usted, venga usted—dijo Elena dirigiéndose á Enrique. Acabo de conocer á un caballero, al padre de esa jóven con quien ha bailado, y como se propone pasar en Málaga una temporada, le he dicho que usted puede informarle.

Enrique se fué con Elena, y esta, que valiéndose de su amistad con el duque, se había hecho presentar al padre de la jóven habanera, presentó á su vez á Enrique.

A las cinco de la mañana se bailó el cotillón.

Llegó para los convidados la hora de abandonar aquella casa donde tan deliciosas horas habían pasado.

—Mi joven protegido irá á ver á usted en Madrid—dijo Elena al duque.—Espero que no olvidará us-

ted mis ruegos, y me proporcionará la satisfacción de estarle eternamente agradecida.

—Confíe usted en mí, señora—contestó el duque.

—He tenido mucho gusto en conocer á usted—dijo el papá de la habanera á Enrique—y celebraré infinito que honre usted nuestra casa.

—Tendré el mayor placer en ponerme á sus órdenes—contestó el jóven.

Estrechando la mano de su nuevo amigo, y después la de la bella habanera con más efusión, se despidió de los dos.

—Es muy simpático ese jóven—dijo la rubia á su padre.

—En efecto, me ha agradado en extremo.

Isabel estaba satisfecha, y Elena también.

La marquesa ignoraba lo que aquella noche habían hecho para destruir el mayor obstáculo de su felicidad.

Lo único que dijo á su sobrina, fué:

—Me parece que se ha despedido Enrique de nosotras con bastante frialdad.

—Alégrese usted, tía; eso consiste en que empiece á aburrirse, y bien sabe Dios que deseo vivamente que continúe avanzando por esa senda.

Muy cerca de las siete de la mañana serían cuando las dos amigas é Isabel llegaron á su casa.

Elena vistió su traje de ama de huespedes, y fué á su habitación.

Luciano la esperaba con impaciencia.

—No me atrevo á interrogar á usted, por temor de que me dé una mala noticia—dijo.

— Ni yo tampoco quiero quitar á Isabel la dicha de comunicar á usted sus impresiones. A escape ha escrito algunas líneas en este papel—añadió entregándole una carta.

Luciano leyó lo siguiénte:

«No ha podido apartarse de mi corazón un solo instante tu recuerdo, Luciano mio.

«Cuanto más lejos estoy de tí, cuanto más conozco el mundo, cuanto más contemplo los esplendores del lujo y de la vida aristocrática, más pienso en tí, más te amo.

«Acabo de presenciar tu primer triunfo. Lo más escogido de Madrid, damas elegantes, caballeros distinguidos, todos aplaudían con frenesí tu música, esa música que ha brotado de tu corazón. Yo recibía aquellos aplausos para trasmitírtelos íntegros. ¡Cuánto he gozado y cuanto lloré al mismo tiempo! Pero pensaba que tú, pobre, oscuro artista, lograbas con tu inspiración conmover á una sociedad entera. Tú valías más que todos los que estaban allí.

«¿No quieres que esté orgullosa de tu amor?»

«Desde hoy en adelante podemos escribirnos; pronto conseguiremos vernos. No dudes nunca de tu

«ISABEL»

Aquel día fué día de emociones.

Los periódicos dieron cuenta del baile, y elogiaron los valeses, publicando el nombre de su autor.

El maestro Martorell envió una carta muy afec-

tuosa á Luciano, dándole la más cordial enhorabuena.

El éditor de música, que había vendido muchos ejemplares de sus Fantasías, le escribió otra carta rogándole que no le olvidase.

El duque, con el mismo mayordomo, le envió en un precioso estuche de terciopelo azul un reloj de oro que agradó mucho á Luciano, no por su valor, sino por la circunstancia de ser completamente igual y hasta tener las mismas iniciales de otro reloj que le habían regalado en nombre de su madre hacía algunos años, y que había visto desaparecer de sus manos sin saber nunca cómo.

En sus Memorias se había lamentado mucho de aquella pérdida, y al explicar su sorpresa á Elena, oyó decir á esta:

—Pues no hay duda, cuando el duque le ha complacido á usted de esa manera, es que el inglés le ha hablado.

—¡El inglés... el inglés!...—exclamó.—Es necesario que yo averigüe quien es ese misterioso protector.

—Nada más fácil. Ha recibido usted un obsequio del duque, en atención á que se ha negado usted á aceptar dádivas en dinero. Pues muy natural es que vaya usted á verle, á darle las gracias, y entónces con habilidad puede usted descifrar el enigma.

—Sí... sí... tiene usted razón. Mañana mismo iré.

—Mañana debe regresar á Madrid, según me ha dicho la marquesa.

Poco después de esta agradable nueva, tuvo otra sorpresa no menos grata.

Un regimiento pasaba por la calle de la Puebla, y la banda ejecutaba un paso doble, compuesto por Luciano.

Era otro de sus mayores deseos: oír por todas partes su música.

Si le hubieran dicho momentos antes de acostarse, dominado como estaba por las impresiones de aquel día, que había seres desgraciados en el mundo; él, que tan desgraciado era, habría negado la desgracia.

El corazón humano es así; pero ¿no es verdad que aún siendo así, vale mucho cuando se llama Luciano, Elena ó Isabel?





XXVI

Revelaciones bienhechoras.

LUCIANO no vaciló en seguir el consejo de su bondadosa ama de huéspedes.

No hay necesidad de indicar al lector que todos los días escribía una carta á Isabel y recibía otra de su amada.

Lo que se dirían en ellas, fácil es de presumir.

Hagamos caso omiso de todo esto, y acompañemos á Luciano á casa del duque.

Era este buen señor un anciano que había pasado de los sesenta, pero que se conservaba muy bien.

En sus facciones, en su porte, en su trato, se reflejaba la nobleza de la estirpe á que pertenecía.

Luciano hizo que le pasasen una tarjeta, y el duque, que tenía deseo de conocerle y que se había prestado con el mayor gusto á desempeñar un papel importante en la cariñosa intriga de que estaba siendo objeto el joven, le recibió inmediatamente, haciéndole pasar á su despacho.

Luciano manifestó su inmensa gratitud, no ya por el obsequio que le había hecho, sino por el gran favor que le había dispensado acordándose de él y acogiendo bajo su protección una de sus composi-

ciones, para darle á conocer á lo más escogido de Madrid.

Hubo piropos por una y otra parte en abundancia, y ya había trascurrido un cuarto de hora, habían agotado todo el repertorio de los cumplidos, cuando Luciano, que no hallaba modo de llegar al verdadero objeto de su visita, renunciando á la habilidad pidió á la franqueza satisfacción de su deseo.

—Señor duque—dijo de pronto—usted ha de permitirme una indiscreción que voy á cometer. No tengo derecho para abusar de su bondad; pero sé que además de bondadoso es usted caritativo, y lo que voy á suplicarle es una verdadera obra de caridad.

—Tendré una gran satisfacción en poder complacerle.

—No es sólo por curiosidad, sino impulsado por otro afecto más digno de un corazón honrado, por lo que deseo saber á que feliz casualidad he debido que una persona tan distinguida como usted, se haya acordado de un pobre artista tan oscuro como yo.

—El mérito se abre paso siempre.

—Suplico á usted por lo que más quiera en el mundo, que no evite con su talento, que me complazco en reconocer, una respuesta que necesita mi alma. Para dar á usted una prueba de mi lealtad, empezaré diciéndole con breves palabras quién soy y cuál es el verdadero objeto de mi venida, después de dar á usted las gracias por sus atenciones.

—Escucho á usted con gusto.

—Pues bien, señor duque. Yo ignoro quiénes son

mis padres. Durante los primeros años de mi existencia viví con una pobre familia en un cortijo de Andalucía. De esto apenas me acuerdo. A los ocho años me llevaron á un colegio, y allí estuve hasta que una persona, un médico, á quien he debido señalados favores, después de revelarme la imposibilidad que había de que yo conociera á mis padres, me llevó por orden suya á un colegio francés. Nacido más para cultivar las artes que las ciencias, estudié con afán el dibujo, y aun adelanté algo en la pintura; pero mi pasión favorita fué la música, y al tornar al pueblo en donde he vivido algunos años, por orden siempre de las personas á quienes debo el ser, continué dedicándome á ese arte, que es mi profesión y del que espero mi porvenir y mi felicidad. Circunstancias que no pueden interesar á usted me decidieron á venir á Madrid. Me puse en camino con escasos recursos; tuve que detenerme en Ecija, y de allí no habría podido salir sin confesar mi derrota, á no haber ocurrido un suceso providencial. Acostumbraba á escribir mis impresiones, á consignar mis deseos en un libro de Memorias, único compañero de mis infortunios. Ese libro desapareció, y en cambio de él hallé dos billetes de Banco y unas cuantas líneas escritas en inglés, anunciándome que me le arrebatában; pero facilitándome los medios de llevar á cabo mis planes. Todos los indicios me hacen creer que un inglés, que pasó algunas horas en la fonda donde me hospedaba, se apoderó del libro. Desde entónces casi todos los deseos que en aquellos apuntes consigné, todas las esperanzas que con-

fiaba al papel, han ido realizándose poco á poco. Dígame usted por el amor de Dios... ¿Conoce usted á ese hombre, á ese misterioso protector que me ampara, que abre el camino de mi felicidad con mano generosa? ¿Es él quien ha rogado á usted que me busque, quien me ha proporcionado la dicha de estrechar la mano de usted y considerarme favorecido con su protección?

El duque, después de vacilar algunos instantes:

—Amigo mío—exclamó—voy á faltar á una palabra; pero me ha conmovido el relato de usted. Prefero sufrir el remordimiento á ocultar la verdad. En efecto, un inglés, persona distinguida, de una inmensa fortuna, llegó de Andalucía hará cosa de un mes, trajo cartas de recomendación para mí, y él es quien después de ganar mi voluntad con su fino trato, con su clara inteligencia, sobre todo con su excelente corazón, me ha referido, sin duda por haber leído las confidencias de usted, lo que acabo de oír de sus labios.

—¿Con que no me he equivocado?—preguntó Luciano lleno de alegría.

—No, señor; aun hay más. Ese hombre generoso no se apoderó del libro de Memorias de usted por un simple capricho, por una manía á *la inglesa*, como habrá usted podido imaginar. Tiene, sí, una manía, la de hacer todo el bien que puede á sus semejantes. Y es natural que esto suceda; posee un noble corazón, y en su primera edad cometió una falta que procura á toda costa hacerse perdonar labrando la felicidad de cuantas personas halla en su camino. No

estoy autorizado para revelar á usted los planes que abriga; pero puedo anunciarle que desea que realice usted todos sus sueños, todas sus esperanzas.

—¿Es posible?—exclamó Luciano poseido de febril ansiedad.

—Cuando usted le conozca, le estimará mucho más de lo que ahora le estima.

—¡Ah!... yo suplico á usted encarecidamente que me diga su nombre, que me facilite los medios de llegar á su presencia. No puedo ya vivir sin darle gracias con toda mi alma, sin ofrecerle mi vida, sin buscar todas las ocasiones de demostrarle, aun á costa de los mayores sacrificios, la gratitud que siento.

—Me es imposible de todo punto, sin su autorización, decir á usted su nombre.

—¡Oh! Yo le pido á usted que rompa ese silencio, que falte á esa palabra.

—Imposible—repitió el duque.—Ya le conocerá usted. Aun es pronto. Vuelva usted por aquí dentro de cuatro días. Quizás entonces me sea posible revelarle cosas muy importantes y satisfactorias para usted.

Luciano no insistió.

Estrechando la mano que le tendió el duque:

—Mientras no conozca á ese hombre generoso que es mi Providencia—le dijo—permítame usted, señor duque, que vea en usted su personificación.

Luciano volvió á su casa, y refirió á doña Rosario todo lo que le había sucedido. Su curiosidad invencible por conocer á aquel hombre, se convirtió en una verdadero pasión.

Todas sus esperanzas se reanimaron. Le parecía tener en sus manos un talismán con el que podía conseguir cuanto anhelaba.

Aun no había podido destruirse el proyecto de enlace de Isabel y Enrique; aún no había sido presentado á la marquesa; aún no había podido hablar á solas con Isabel; aún no sabía si su ópera sería ó no aceptada por el empresario del Regio Coliseo; y sin embargo, después de haber hablado con el duque, después de haber oído sus revelaciones, se consideraba el hombre más feliz de la tierra.

Los cuatro días que transcurrieron, fueron eternos para él.

El anterior al señalado para su entrevista con el duque, recibió una esquila muy atenta del mismo, en la que le rogaba que no olvidase la cita del siguiente día.

—¡Oh!... no...—pensó Luciano.—¿Como podría olvidarla?

Forjándose todo género de ilusiones, llegó á casa del duque.

—Su Excelencia—le dijo un lacayo—ruega á usted que le espere. Ha tenido que salir; pero volverá pronto.

El doméstico le condujo á un salón ricamente amueblado.

Sobre un velador había algunas tarjetas que demostraban por el dobléz de una de sus esquinas, que eran de personas que habían ido á visitar al duque.

Las leyó todas, y una de ellas fijó poderosamente su atención.

Sobre la blanca cortulina aparecía grabado este nombre.

Williams Wallace.

Como es natural, pensó que aquel era el nombre de su protector, y sintiendo por consideración al duque haber sorprendido el secreto, se sentó á bastante distancia del velador.

Aún no habían transcurrido veinte minutos, cuando se presentó el duque.

—Ruego á usted que me dispense—le dijo—pero he tenido que salir. A fin de que pudiéramos hablar, he dispuesto no recibir hoy á nadie, y siento que esta orden me haya privado de ver á nuestro *lord*. Mi criado acaba de decirme que ha estado aquí hace poco.

Desde aquel momento no dudó Luciano de que su protector se llamaba Williams Wallace.

—Aquí me tiene usted á sus órdenes—añadió el duque—comprendo que estará usted impaciente.

—Sí, señor; ¿para qué ocultarlo?

—Pues bien, tengo muy buenas noticias que dar á usted.

—Las espero con ansia.

—Nuestro inglés ha podido, á fuerza de trabajo y de inducción en inducción, no sin verse obligado á emprender un viaje á Andalucía, averiguar los pormenores más preciosos acerca del origen de usted.

—Confiemelos usted sin temor, señor duque. Hijo de una desgracia ó de un crimen; si al crimen debo la

vida, tendré valor para resignarme con mi suerte y para bendecir á los que me han dado el ser.

—No se trata de eso, amigo mío. No hay crimen de por medio; pero desgracia, sí.

—No me á trevo á preguntar á usted.

—Yo satisfaré su ansiedad. Desde luego puedo asegurar á usted que á los ojos del mundo puede usted pasar siempre como hijo legítimo de los pobres campesinos; á cuyo lado vivió usted los primeros años. En su casa nació usted, y la primera mujer á quien conoció en el mundo le dió su pecho al mismo tiempo que á otro niño, que perdió más tarde. Usted y él fueron bautizados como hermanos gemelos, y en mi poder está la fé de bautismo, para que pueda usted convencerse de que el inglés ha ejecutado los trabajos en toda regla,

Al decir esto le presentó el documento á que se refería, y que Luciano leyó con avidez.

—¿Y dice usted—preguntó conmovido—que no soy hijo de aquellos infelices? ¿Cree usted que me avergonzaría de serlo? ¡Oh... no! Lo que lamento es no haber conocido hasta ahora su abnegación; pero los buscaré, les pediré perdón por mi abandono...

—Es tarde ya, amigo Luciano. Aquella mujer y su esposo han muerto.

—¿Y mis padres también?

—Oiga usted la verdad acerca de su origen, y así comprenderá la desgracia que le ha impedido llamar madre á una mujer que era una santa.

El duque refirió á Luciano una historia que arrancó lágrimas á sus ojos.

Por ella supo que su madre pertenecía á una familia distinguida; que á punto de casarse con el hombre á quien amaba y á quien había dado su vida, murió éste, motivo por el cual al dar á laz el fruto de su amor tuvo que renunciar á llamarle hijo, viéndose en la precisión de entregarle á una antigua criada, casada y al cuidado con su esposo, de una de las haciendas de sus padres.

Interrumpiéndole el joven.

—No quiero saber más— dijo.—Lo único que suplico á usted, es que me diga si vive mi madre, si podré verla. Bien sé que soy á sus ojos la imagen del remordimiento. Jamás la llamaré madre delante de la gente; pero sí cuando estamos solos... Necesito conocerla, demostrarla que la he amado desde el primer momento, que á mi amor se une el más profundo respeto, y que al respeto acompañan mi veneración y mi obediencia! Habiendo observado la conducta que usted me indica, habiéndose sacrificado por una falta, que Dios seguramente perdonó, no hay mujer que la iguale.

—Ignoro—contestó el duque—si al conocer el proyecto de usted tendrá valor para recibirle en sus brazos; lo que sí sé, es que ha cuidado de usted desde el primer momento, que á fin de estimularle á seguir una senda que condujera á usted al bien, le ha permitido consagrarse al trabajo y esperar de su profesión el porvenir. Hoy, sin embargo, enterada también, sin duda por el inglés á quien ha revelado todos los secretos de usted el libro de Memorias, sabe que ama usted á una joven, que es usted corres

pondido por ella; pero que se opone á su felicidad la mísera posición que usted ocupa en el mundo. «No - ha dicho.—Mi hijo, el hijo de mi alma es digno de esa joven.» Y me ha confiado seis millones de reales que en este talón del Banco—añadió sacando un papel de su cartera—le entrego á usted. Me dará usted un recibo, y eso me basta. Desde este instante posee usted, y como donativo de su madre no puede negarse á recibirlo, lo necesario para pedir la mano de la señorita doña Isabel de Albarosa.

—¡Ah, señor duque!—exclamó Luciano fuera de sí—no sé lo que me pasa. Todo esto me parece un sueño.

—Tranquilícese usted, amigo mío; no es sueño, es realidad.

—No me atrevó á aceptar esa cantidad... ¿Qué puedo hacer con ella? ¿Cómo privo á mi madre de sus bienes sin conocerla, sin abrazarla...? Cómo sin mostrar mi gratitud á ese misterioso protector, á usted y al mundo entero, puedo disfrutar de esa felicidad que me sonrío? No... no... Voy á volverme loco... Es necesario que me revele usted el nombre de esas dos personas á quienes la Providencia ha confiado la misión de labrar mi ventura.

—Luciano, si en algo estima usted lo que estoy haciendo en su obsequio, prométame seguir mis consejos al pié de la letra. Tome usted esta cantidad, que es de su madre; preséntese usted al señor de Albarosa y pídale la mano de su hija, dándole cuenta de la fortuna que posee. Arregle usted su boda, y yo me ofrezco á ser padrino. Al mismo tiempo prometo á

usted presentarle al día siguiente de su boda al misterioso y noble protector á quien con tanto afán desea conocer.

—¿Como podré pagar tantas bondades?

—Quiero hacer más aún. ¿Me autoriza usted para pedir en su nombre al señor de Albarosa la mano de su hija?

—¡Señor duque!—exclamó Luciano—permítame usted que le abrace como abrazaría á mi madre si la conociera!

El buen señor no pudo contener las lágrimas.

Al salir Luciano de casa del duque, le pareció que se ahogaba. Andaba maquinalmente, y al pasar por delante de un templo resonaron en su oído los acordes del órgano.

Penetró en la casa de Dios, y postrándose de hi-
nojos desahogó la emoción de su pecho en oraciones, que elevó al Altísimo con el más profundo fervor.





XXVII

Un negocio en el que todos salen ganando.

POR fuerza se ha amoscado tu futuro—decía la marquesa.—¿No notas con qué tacto va haciendo su retirada?

—¿Cree usted que pienso en él?

—No se puede negar que es un muchacho muy fino, muy cortés; pero me parece que la rubia habanera te ha quitado el novio.

—Si la conociera, iría á darla un abrazo.

—¿No sufre nada tu amor propio?

—Oh, no señora. Ya ha visto usted cuánto me ha gustado el *trousseau* que ha mandado usted hacer para mí; pues bien, á pesar de que vale mucho dinero, con tal de que se casase pronto con mi futuro, como usted le llama, se lo regalaría, y mi dote también.

—¿Te has vuelto loca?

—No me mortifique usted, querida tia, puesto que conoce mi secreto.

—Por lo que voy viendo, sabes hacer los negocios mejor que tu padre los suyos. ¿Qué cosas habrás dicho á Enrique para que se vaya alejando de tí?

—Yo, nada. La habanera es quien le habrá contado cosas más agradables que yo.

—Poco á poco ha ido retirándose. Venía todas las noches y dejó una en claro; luego volvió dos noches seguidas y dejó otras dos; luego vino una noche sí y otra no y ya hace cuatro que no viene.

—Cualquiera diría que era usted su prometida. Lleva usted bien la cuenta.

—No lo creas, hija mía; pero siento que pases las noches aquí sola conmigo y con Elena. Ya se vé, como el hombre feliz que debe ser tu esposo no podrá venir á darte lecciones, ni ser presentado por su patrona, tenemos que pasar las noches solas las tres, hasta que regrese tu papá. Entónces el duque de H... se presentará á pedir tu mano, y Dios mediante todo se arreglará á nuestra satisfacción.

—Con tal de ver realizado mi deseo, créalo usted querida tia, esperaríá...

—¿Un año?

—Tanto no...; pero el tiempo que tarde en volver papá, sí.

—¿Y si se niega?

—Bien sabe Dios que yo he amado á Luciano cuando era pobre. Si hoy estoy satisfecha de que sea rico, es por no dar un disgusto á papá. Por lo demás, se lo aseguro á usted, aunque hubiera pasado por una mala hija...

—¿Te habrías casado con él?

—Sí, señora.

Aquella noche, como todas las demás, se retiró muy temprano Isabel para escribir á Luciano.

El joven hacía lo mismo en aquellos instantes. Entre tanto, Elena y la marquesa conversaban, y la

segunda procuraba á toda costa lograr que aquella la revelase todo su secreto y la descubriese por qué medios habían llegado Luciano á obtener la fortuna de que ya disfrutaba y la amistad del duque.

—Todavía es temprano—contestaba Elena—todavía puede necesitar Luciano nuestro auxilio. Figúrate que tu cuñado se obstina por amor propio en no darle la mano de su hija.

Estas razones, aunque no lo eran en buena ley, convencían á la marquesa y esperaba; pero esperaba con impaciencia.

Al día siguiente de la conversación entre tía y sobrina, que he reproducido antes, recibía la primera una carta de Albarosa.

«Agradeceré á usted mucho—la decía—que me explique lo que sucede. Casi todos los días me escribe Alcaráz; pero noto que pasa á sus cartas lo contrario que á la temperatura: el calor crece y su afecto hacia mí se enfría. La carta de ayer es más ceremoniosa que la de antes de ayer; deja traslucir su deseo de escaparse por la tangente; hace unas alusiones á mi hija que no comprendo...

«Explíqueme usted por Dios lo que pasa, y si es preciso anticiparé mi viaje de vuelta.»

La marquesa leyó á su sobrina y á Elena la carta de Albarosa.

—Es necesario que mi papá venga enseguida—dijo Isabel.

Entre las tres combinaron una carta muy lacónica.

«Me parece que es urgente que vuelva usted á Madrid» es lo que en sustancia contestaron á D. Carlos.

Cuatro días después llegó el señor de Albarosa y celebró inmediatamente una conferencia con Aurora.

Lo primero que hizo esta fué enseñarle *la Epoca* de la noche anterior.

En una de las famosas revistas que por entónces escribía Pedro Fernández, se leía este párrafo:

«Entre los casamientos próximos á verificarse, se cita el del hijo y opulento comerciante malagueño Don J. Alcaráz y compañía, con una encantadora señorita habanera que ha brillado mucho este Invierno en los salones más aristocráticos de Madrid.

«La boda debe verificarse en Málaga, y desde allí partirán los novios, con el papá de la desposada, á América, en donde trascurridos los primeros meses de la luna de miel, establecerá el jóven Alcaráz una casa de Banca que llegará á ser sin duda alguna de las más respetables del Nuevo Mundo.»

—¿Comprende usted ahora lo que pasa?—dijo Aurora al padre de Isabel.

—¿Pero mi hija ha dado motivo...?

—Su hija de usted, amigo mío, ha llegado á tener confianza en mí y me ha revelado toda la verdad. Desde hace algún tiempo ama á un joven á quien usted ha despreciado; pero obediente y sumisa, estaba resuelta á cumplir los deseos de usted. Asistimos á un baile y en él conoció Alcaráz á una rica habanera. Entre los cien mil duros que dá usted á Isabel y los millones que dá su padre á esa joven, la elección no era dudosa, tratándose de un comerciante.

—Pero, ¿y el compromiso... y la palabra?... Eso

es horrible... ¡Despreciar á mi hija! No puedo consentirlo. Voy á salir inmediatamente... le buscaré... le diré lo que hace el caso... le pediré una satisfacción, y si es preciso, me batiré con él.

—Tranquilícese usted—dijo Aurora.

—No es posible que yo deje esto así, porque todo puede tolerarse menos quedar burlado. Y ¿por quién? Por una familia salida de la nada que se ha enriquecido... como Dios sabe... y que á pesar de sus millones es conocida por todos con el mote de la primera profesión del padre de ese muñeco. Sí, señora, ha de saber usted que en Málaga y en toda Andalucía á él le llaman *el pastor* y á su hijo *el hijo del pastor*.

—Y á su hija de usted, si se hubiera casado con él la habrían llamado *la hija del pastor*—añadió la marquesa sonriéndose.

—¡Calle usted, señora, que estoy desesperado!

Albarosa comenzó á pasearse precipitadamente por la estancia mostrando la exasperación que se había apoderado de su espíritu.

—¿Con qué cara me presento —decía mientras se paseaba—á todos mis amigos después de haberles anunciado la boda de mi hija, después de haber sido envidiado por más de cuatro, después de haber concebido los mejores planes para llevar á cabo con su fortuna y con la mía, empresas gigantescas?... Vamos; la digo á usted, señora, que otros con menos motivos harían una barbaridad. Y ¿qué recurso me queda?... ¿Voy á llevar á mi hija al pueblo para que sea la mofa y el escarnio de todas las muchachas?... Por otra parte, usted me ha dicho que ya ha

encargado el *trousseau*; que de un momento á otro le traerán; que es muy lindo, muy costoso... ¿Qué vamos ha hacer con él?... Porque lo que es yo, todo menos casarla con ese joven de quien usted me ha hablado. Ya sé quién es. Un pobre diablo, sin fortuna, sin nombre, sin familia... Muy bueno... sí...; todos aseguraban en el pueblo que es un ángel... Pero no, de ninguna manera.

—¿Y si hubiera hecho fortuna?—prosiguió Aurora con mucha calma. ¿Y si ese joven fuese ya rico y nada menos que un personaje tan importante, que el duque de H. viniera á suplicar á usted que le concediera para él la mano de su hija?...

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?—preguntó Albarosa deteniéndose.—Si eso fuera cierto...; pero no puede ser.

—Cosas se ven en este mundo—continuó la tía de Isabel—que maravillan.

—En las novelas, no digo que no.

—Y lo que acaba de pasarle á usted, ¿no es extraño, no es maravilloso?

—Tiene usted razón, señora. No solo es maravilloso, sino que es indigno... infame... Yo la prometo á usted que me las ha de pagar, porque conozco ciertos secretos... ciertos agios del padre de ese chiquillo, del señor de Alcaráz, y le aseguro...

—Perdónele usted y entréguese á la felicidad que le depara la suerte. Tengo encargo de avisar al duque de H. la llegada de usted. Voy á escribirle en este instante para que mañana, si es posible, venga á formular su pretensión.

—¿Pero habla usted de veras?

—Al traer á mi lado á su hija Isabel, me pidió usted que contribuyera á labrar su ventura, que fuese para ella una segunda madre. Creo haber conseguido realizar sus deseos.

—Pero, ¿acaso está en Madrid ese muchacho de quien usted me ha hablado?

—Vino á buscar fortuna y la ha encontrado.

—Según decían allí en el pueblo, creo que es músico. ¿Qué es lo que ha conseguido, tener elecciones?

—Algo más. Vamos á ver; si ese pobre diablo poseyera un capitalito de seis millones—dijo la marquesa recalcando las últimas palabras,—¿le aceptaría usted para yerno?

—En esas circunstancias.. sólo porque mi hija no quedase desairada, soy capaz de hacer cualquier sacrificio.

—Y para usted sería un sacrificio inmenso casar á su hija con un hombre poseedor de seis millones de reales... que en cambio no le pide á usted nada... no quiere nada, absolutamente nada...

Albarosa se sentó en una silla próxima á la butaca que ocupaba la marquesa.

—Pero todo eso—añadió—¿no lo dice usted para tranquilizarme?

—Amigo mío, no sea usted curioso. Vaya usted á dar un abrazo á su hija; trátela usted con cariño, que bien lo merece, porque es un ángel, y aguarde usted á mañana.

En efecto, al día siguiente se presentó el duque de H., y después de conferenciar con la marquesa, se encerró en un gabinete con el señor de Albarosa.

Dos horas estuvieron conversando, y al cabo de este tiempo llamó don Cárlos á su hija.

Isabel se presentó muy conmovida: presumía el interrogatorio de que iba á ser objeto.

—Supongo que te figuras—dijo á Isabel su padre—el motivo de la visita del señor duque?

—Sí, señor—contestó tímidamente Isabel.

—Viene á pedirme tu mano para su amigo Don Luciano Andrade; y como yo no quiero ni debo disponer de tu voluntad, te he llamado para que tu resuelvas.

—Pues bien, si quiere usted que sea feliz, acceda á los deseos de Luciano—contestó Isabel.

—Ya lo oye usted—dijo el señor de Albarosa al duque.

—¿Con que cantamos victoria?—añadió éste.—En ese caso me permitirá usted, señor de Albarosa, que mañana le presente á su futuro hijo.

—Yo mismo iré á visitarle.

—De ningún modo, él es quien debe venir á ver á usted, y tendré el mayor gusto en acompañarle.

Todo se arregló á medida de los deseos de Isabel y de Luciano, y un mes después se celebró la boda de los jóvenes en el Oratorio de la marquesa.

Sólo una pena turbó la felicidad de los recién casados: que no asistiera á la ceremonia la que era doña Rosario para Luciano y Elena para Isabel.

Podría escribir un libro y otros muchos, si refiriese

la dicha que experimentaron aquellos dos jóvenes, y el poco caso que hicieron de la confirmación de la noticia que dió la misma *Epoca*; pero prescindamos de estos detalles, y pensemos que lo mismo Luciano que Isabel deseaban con ansia que llegara el día siguiente para tener el gusto de conocer al misterioso protector, al inglés, á quien el duque había ofrecido llevar á su casa para que almorzase en su compañía.





XXVIII

La explicación del enigma.

LA única nube que empañaba el hermoso cielo de la felicidad de Luciano era no poder estrechar en sus brazos á la que con su amor había velado desde lejos por su infancia y por su porvenir, y en los momentos en que el dolor iba á cebarse en él, había acudido en su auxilio otorgándole el medio de ser á un tiempo rico y dichoso.

Desde luego convino con Isabel en hacer una vida modesta.

—Para tu padre—la había dicho—soy millonario: para tí, artista.

Contando con Isabel, había alquilado una casa en la calle del Barquillo, que tenía un pequeño pero agradable jardín. Con ella y con su tía adquirió el mobiliario; y todos estos quehaceres, todos estos preparativos de su dicha, aumentaban su ventura.

Por las noches, al retirarse á su hospedaje, refería todas sus impresiones á su buena doña Rosario, y aunque le oía con mucha satisfacción y parecía participar de su alegría, notaba Luciano un profundo pesar en su alma.

Cuando el joven la interrogaba:

—Pienso en mi hijo—decía unas veces.—Si yo hubiera podido verle tan dichoso como á usted...—contestaba otras; y por último exclamaba:—No puedo remediarlo, le he tomado á usted afecto y la idea de nuestra separación me entristece.

Luciano habló á Isabel y los dos convinieron en manifestar á Elena que ya que estaba sola y les había prestado tan afectuosos servicios, se complacerían en que fuese á vivir á su lado para que, como mujer de gobierno, cuidase de su casa y participase de su ventura.

—Es imposible—contestó Elena.—Andando el tiempo sería un estorbo en su casa de usted. Iré á ver á ustedes á menudo, les prestaré cuantos servicios necesiten de mí; si alguna vez tengo apuros recurriré á su bondad... Al pronto me causará gran pena nuestra separación; pero volveré á vivir como antes y ya me consolaré.

Los dos insistieron, y conociendo que la marquesa podría tener influencia sobre aquella señora á quien hospedaba gratuitamente en su casa, la hablaron para que decidiese á doña Rosario á aceptar su proposición.

—Ya no puedo engañaros por mas tiempo—dijo á los jóvenes.—Esa señora á quien Isabel conoce, pero cuyo verdadero nombre ha ocultado hasta ahora, porque así se lo hemos exigido, no es, querido Luciano, lo que te has figurado. Es una íntima amiga mía, pertenece á una familia noble y distinguida, es rica, es buena y te ha tendido un lazo.

Sorprendido Luciano, pidió á la marquesa nuevas

explicaciones, y la amiga de Elena se limitó á decirle que habiendo venido á pasar en Madrid una temporada, la pidió la habitación que ocupaba, y sabiendo que podía hacer una obra de caridad, representó con gusto el papel de ama de huéspedes, y fué poco á poco, con sus relaciones, venciendo las dificultades que hallaba Luciano y abriéndole el camino de la dicha.

Isabel confirmó las palabras de su tía; y deseando Luciano descifrar aquel enigma corrió á buscar á Elena para conferenciar con ella; pero no la encontró.

Según dijo Lucía y á juzgar por las órdenes que la había dado, no volvería hasta el anochecer.

Poco después de haberse separado el joven de la marquesa, entró Elena.

—Querida mía—la dijo Aurora—he sido débil. No he podido callar más tiempo, y he revelado á Luciano tu secreto..

—¡Cómo!...—¿Qué dices?—exclamó Elena asustada.

—Es inútil que en lo sucesivo te presentes á sus ojos con el disfraz de ama de huéspedes. Sabe que eres mi amiga, que has sido la verdadera autora de la conspiración á que debe su felicidad y en la que te hemos ayudado con tanto celo y buen acierto, á juzgar por las consecuencias, y entusiasmado ha corrido á buscarte.

—Aurora, me has hecho mucho daño sin saberlo.

—¿Qué más te da? Dentro de pocos días ha de celebrarse la boda; asistirás á ella, y como no que-

rrás presentarte en esa solemnidad con el traje de la señora doña Rosario, te he denunciado. Tiempo es ya por lo tanto de que á tu vez nos expliques á Isabel y á mí los motivos que te han impulsado á favorecer á ese joven desconocido para tí.

—Mereccs un castigo por tu indiscreción y voy á dártelo negándome á complacerte.

—Pero si mi tía ha sido culpable—dijo Isabel—yo no.

—Usted, hija mía, quizás llegue á saber la verdadera causa de mi afecto al que va á ser su esposo. Cualesquiera que sean los motivos que me hayan impulsado á obrar de esa manera, ¿me estimará usted siempre, habrá un latido en su corazón de usted para mí?

A esta pregunta contestó Isabel abriendo los brazos y estrechando con efusión á Elena.

—Puede venir Luciano—dijo ésta—y no quiero que me vea ahora, estoy muy conmovida. Voy á tu gabinete, querida Aurora, tengo que escribir una carta; después voy á salir á hacer una visita, y ya que has sido tan imprudente, añadió con acento cariñoso, soportaré á la noche las investigaciones de Luciano.

Elena fué al gabinete de la marquesa, escribió una carta, la cerró y con un lacayo la envió á su criada Lucía.

Permaneció algunos momentos meditando; las lágrimas inundaron sus ojos, tiró del llamador de una campanilla y se presentó un criado.

—¿Dónde está la señora marquesa?

—En el jardín, con la señorita.

—Pues dígale usted que me he marchado y que á la noche volveré.

Mientras el criado cumplía aquella orden, Elena salió de la casa precipitadamente, subió al primer coche que encontró desalquilado, indicó el paraje donde debían conducirla y desapareció de la calle del Barco.

Al recibir la carta, Lucía se sorprendió, y como estaba sola, aprovechando aquella circunstancia, siguió al pié de la letra las instrucciones que la daba su ama.

Tomó algunos objetos de un armario, sacó de un *secretaire* unos cuantos estuches de joyas y una cajita que contenía dinero; lo guardó todo en un saco de noche, cerró la puerta, dió la llave á la portera encargando que se la entregase al señorito Luciano si por casualidad llegaba antes que ella, y desapareció también.

Por la noche, á cosa de las nueve, avisó la portera que la doncella de doña Elena se había marchado dejándola la llave y que aun no había vuelto.

Media hora después recibía la marquesa una carta de Elena.

«Soy muy desgraciada—la decía—y no quiero que mi tristeza turbe la alegría de los séres á quienes más amo en el mundo.

»No me busqueis, porque serían inútiles vuestras pesquisas.»

El contenido de aquella carta consternó á los dos amantes y á la marquesa.

—¡Oh!... yo la buscaré—dijo Luciano.—Yo averiguaré la misteriosa causa de su protección.

Al día siguiente se instaló el joven en la casa que había alquilado y amueblado para recibir á su esposa:

La felicidad es egoísta.

Si no olvidaba á Elena, por lo menos aplazaba su plan de buscarla para mostrarle su gratitud hasta después de haber recibido la bendición nupcial y de que el duque cumpliera la palabra que le había dado de presentarse al día siguiente de su boda en su casa con el inglés, su protector, para révelarle el nombre de su madre.

Se verificó por fin la boda como ya he dicho en el capítulo anterior; pero sin aparato, con un modesto *lunch*, en familia, y sin más convidados que el padre de Isabel, el duque y la marquesa.

Al retirarse Luciano con su esposa para dirigirse á su casa, estrechó la mano del duque.

—No olvide usted su promesa—le dijo.—Mañana á las doce, le espero á usted con la persona á quien tanto tengo que agradecer.

—No faltaré.

A cosa de las once del día siguiente el timbre de la puerta de la calle hizo estremecer á Luciano y á su esposa.

—Ahí están—exclamaron á un tiempo.

—No olvidemos—dijo Luciano—que á ellos debemos nuestra felicidad.

En aquellos momentos ofrecían los dos un cuadro encantador.

Se hallaban en el gabinete de Isabel, preciosa habitación octógona tapizada de papel azul aterciopelado y adornada con un gusto maravilloso.

Isabel estaba radiante de hermosura.

Una bata de muselina blanca, sencilla y elegante, realzaba su belleza dándole un aspecto de modestia digno del pincel de Murillo.

Su hermoso cabello partido por la mitad y cayendo por los dos lados en dos trenzas que se perdían por detrás, no tenía más adorno que una sencilla guirnalda de oro y perlas que formaba juego con los pendientes y el broche que sujetaba en el pecho la abertura superior de la bata.

Impaciente la joven al ver que tardaban las personas á quienes esperaba, salió á la sala, y al mismo tiempo entró el criado y la entregó una carta y una tarjeta.

Volvió al gabinete, y leyendo en la tarjeta *Williams Wallace*, se apresuraron á abrir la carta y á enterarse de su contenido.

—¿Qué significa esto?—preguntó Isabel muy alarmada.—La carta es del duque. Lee, lee en seguida.

Luciano leyó lo siguiente:

«Me es de todo punto imposible ir hoy á ver á usted, como le prometí; pero si me privo del inmenso placer de almorzar en su compañía, no quiero faltar del todo á mi palabra. Debía presentar hoy á usted al misterioso protector que puede revelarles todos los secretos que desea averiguar, y se lo presento: es el portador de esta carta.»

—Que pase, que pase inmediatamente ese caba-

llero—dijo Luciano apenas terminó la lectura, y al mismo tiempo tiró de un llamador para que un criado cumpliera sus deseos.

Antes de que el doméstico pudiera llegar, penetró en el gabinete una señora, cuya presencia sorprendió á los dos jóvenes.

—¡Elena!—exclamaron á un tiempo asombrados.

El lacayo que se presentó abandonó la estancia por orden de sus amos, y Luciano cerrando la puerta dijo:

—¿Qué significa esto, señora?

—Esto significa—contestó Elena conmovida también—que soy más débil de lo que creía, que vengo á confesar una culpa.

—Esta carta...

—Yo la he traído.

—Luego el misterioso protector...?

—Vive en mi pecho.

—¿Usted fué quien en Écija?...

—Yo soy quien robó á usted el tesoro de sus ensueños y sus esperanzas; yo quien, valiéndome del buen Bautista, le traje á usted á mi lado; yo quien he procurado realizar todos sus deseos; yo por último, quien ha vencido los obstáculos que se han opuesto á su ventura, quien con auxilio de la marquesa y del duque he logrado que sea esposo de Isabel, que pueda usted recibirme en su casa y ofrecerme en ella el espectáculo más puro y más bello de la felicidad.

—¡Ah, señora! ¿Con qué podré pagar á usted tantos beneficios?—exclamó Luciano.

Mientras el joven hablaba así, Isabel estrechaba la mano de Elena y la besaba con efusión.

—¡Pagarme! ¡oh! ¿ve usted todo lo que he hecho por su bien? Pues todavía no he hecho nada de lo que debo. Después de saber que es usted dichoso, he debido desaparecer para siempre de España, he debido apartarme para siempre de ustedes y no turbar con mi presencia, ni con mi recuerdo siquiera, la ventura que han alcanzado.

—¿Pero por qué? Es necesario que usted nos explique ese enigma que mi corazón adivina—dijo Luciano.

—A eso he venido, y por eso soy débil...; pero usted, y también Isabel, me perdonarán que en este instante en que esperaban una alegría más, tenga yo que afligirlos...

—¡Oh! no... usted es nuestro ángel tutelar.

—Luciano—añadió Elena con acento solemne, mostrando al joven un cuaderno que sacó del bolsillo—hé aquí las Confidencias que arrebaté á usted y que me han servido para realizar casi todos sus deseos. Al final hallará usted una página que ha trazado mi mano.

El joven se apresuró á coger el cuaderno, buscó la última hoja, y leyó lo siguiente:

«Desea usted conocer su origen: es la desgracia. Una joven amó con toda su alma al hombre que debió ser su esposo. Estaban unidos ante Dios; pero circunstancias dolorosas aplazaron su unión ante la sociedad. Cuando iba á verificarse, murió su amante; y la pobre joven, después de haber llorado su

pérdida, dió á luz un niño. Desde entónces ocultó su vergüenza y su desgracia en una quinta retirada, viviendo al lado de su padre y velando siempre desde lejos por su hijo. Un día desapareció este del pueblo en donde habitaba; su madre abandonó su retiro en cuanto lo supo, y conociendo sus aspiraciones creyó hallarle en Madrid. Empezó el viaje, y la Providencia puso en sus manos...»

Luciano no prosiguió. Abandonando el cuaderno y corriendo deshecho en lágrimas á arrojarse en los brazos de Elena;

—¡Madre, mía, querida madre!... ¡todo lo comprendo!...—exclamó—¡Bendita sea mi dicha que me ha otorgado la ventura de haber nacido del corazón más generoso de la tierra!

La escena fué conmovedora.

Unidos aquellos tres séres en un estrecho abrazo, la emoción los ahogaba: querían hablar y no podían.

Al fin consiguió Elena articular algunas palabras.

—Perdonadme, hijos míos—exclamó.—¿No es verdad que me perdonais todo el mal que os he hecho? Yo os aseguro que no os afligiré: he sido débil al no poder partir sin daros un abrazo; seré fuerte para sufrir el castigo de mi culpa. Hoy mismo salgo de Madrid: nadie más que vosotros conoce este secreto; el mismo duque cree que no he hecho más que favorecer á una amiga mía, nadie sabrá que yo soy vuestra madre; pero me escribireis á menudo, me amareis mucho, os acordareis de mí en vuestras oraciones.

—Madre mía, usted no puede separarse de nosotros.

—Sé que deseais sinceramente que viva á vuestro lado, pero no es posible.

—¡Oh! sí—exclamaron los dos jóvenes con acento suplicante.

—No es posible: la sociedad solo vería en tí y en mí, hijo mío, una vergüenza y una desgracia. Nuestra entrevista de hoy será un secreto para todos. Sois felices y vuestra felicidad refleja en mí: juntos, yo turbaría vuestra ventura. No insistais: dadme otro abrazo, y adios... ¡adios para siempre!

—Isabel—dijo Luciano;—ya has oído á mi madre; cree que ha cometido una falta.

—¡Oh! sí, una falta que solo Dios con su inmensa bondad puede perdonar.

—Seamos sus jueces... y démosla el castigo que merece.

Isabel se acercó á Elena después de tirar del llamador de la campanilla, y comenzó á quitarle el sombrero con que adornaba su cabeza.

El lacayo se presentó.

—Que sirvan el almuerzo—dijo Isabel—y usted preparará luego el cuarto del jardín para esta señora, que es la mamá del señorito, y á quien usted y todos en la casa respetarán más que á mí misma.

Apenas desapareció el doméstico, estrechó Luciano la mano de su esposa:

—Isabel—dijo—has completado mi felicidad.

Elena quiso decir algo; pero las lágrimas que llenaron sus ojos se encargaron de expresar que era la mujer más venturosa del mundo.

.....

Luciano reside en Niza con su esposa, su madre y dos hermosos hijos, que son el encanto y la esperanza de aquella familia.

El artista no ha renunciado á la música. Sus óperas se han representado con gran éxito en Italia y en Alemania.

Las firma con un seudónimo.

Bautista administra sus intereses.

Lucía sirve á Isabel con tanta lealtad y cariño como á Elena.

En la casita de Niza podría ponerse este letrero:


Aquí vive la verdadera felicidad.

FIN

CASILDA

EL VIL METAL

**Cuatro ediciones se han hecho de esta
novelita, escrita y publicada por primera
vez en el año 1879.**



GRAN número de tejados de Madrid dominaba la
ventana de su modesto sotabanco.

Sólo los ángeles podían contemplar el interesante cuadro que ofrecía Casilda, aprovechando los últimos fulgores del crepúsculo vespertino para acabar la tarea que se había señalado.

Sus ojos, naturalmente grandes, se dilataban como para recoger la escasa claridad que iba disipándose; y aunque su cabeza estaba inclinada sobre la costura, todavía podían los ángeles percibir algo de aquel rostro, hermoso por la pureza y corrección de las facciones, bello por la expresión de ingenuidad que revelaba; todavía podían percibir lo bastante para envidiarle.

Quería acabar la última prenda del rico *trousseau* para una novia que la había encargado el comerciante, que utilizando su habilidad, proporcionaba á la joven el medio de ir ahorrando para su equipo.

Porque ella también era novia, aunque con número muy bajo en el escalafón; y su buen padre y su santa madre, el primero modesto empleado, la segunda muy mujer de su casa, podían mantenerla y

vestirla con decoro; pero carecían de recursos para proporcionarla el ajuar cuando se casara, y la hermosa niña gozaba al ir formándolo poco á poco con el producto de su trabajo.

—Vas á perder la vista, hija mía—la dijo doña Encarnación.

—No lo creas, aún se ve—contestó la niña dando á escape las últimas puntadas.

—Por un día más...

—¡Un día más! ¿Sabes lo que es un día para un alma impaciente? Seis meses he tardado en la obra que estoy concluyendo, y con los dos mil reales que me producirá y mis anteriores economías, reuniré cuatro mil. Estamos á principios del Invierno, la Primavera y el Verano los emplearé en coser para mí; Sebastián se examinará en Junio, tomará el título en Septiembre, y si Dios quiere, para el Otoño...

El rostro de la niña se asemejó un momento al fulgor de una nube que había en el horizonte. Un segundo después cesó el crepúsculo, y Casilda dió la última puntada.

—Ea, dijo... ya está. Encenderé la luz, me pondré el velo y volaré á la tienda con la criada, á entregar la labor. Estoy contenta, muy contenta, mamá de mi alma.

—Eso es; cuanto más se acerca el momento de huir de mi lado, mayor es tu alegría.

—Bien sabes que no nos separaremos nunca: es la primera condición que he impuesto á Sebastián. Pero con estas cosas me he olvidado del jilguero, que estará el pobre muertecito de frío. Ven, compañero

mío; mientras yo coso tú cantas, y me haces olvidar las penas que me inspiran los temores. ¡Temores insensatos! ¿No es verdad, mamá? ¿Acaso puedo yo quejarme? ¡Qué somos pobres! Con eso nadie nos envidia, y al contrario, todo el mundo nos quiere. ¡Qué trabajo! ¿Hay mayor dicha que trabajar? Se pasan malos ratos, son tantas las puntadas que hay que dar, duele el cuello, falta á veces la respiración; pero ¿y el goce que se siente al acabar? ¡Oh! entónces se respira una vez por ciento, por mil, como ahora, y se ensancha el pecho, sobre todo teniendo una á su lado á su madrecita de su alma y pudiendo abrazarla como te abrazo, y decirla: Sin tí, sin mi padre, no podría ser feliz del todo, y quiero serlo.

—¡Anda, anda.. besuquera!... Ya sabes que te adoramos y que no deseamos más que verte dichosa.

—Lo seré... ¡vaya si lo seré!... Sebastián es bueno.

—Eso sí.

—Ustedes conocen á sus padres desde hace muchos años... Aseguran que son honrados...

—Sí por cierto; él es administrador de un condado, en la provincia de Guadalajara; goza de toda la confianza de su principal, y sin embargo, ya leíste su carta al pedirnos tu mano para su hijo. «No puedo darle más que un nombre limpio de toda mancha, decía, y una carrera, la de médico, que acabará este año, Dios sabe á costa de cuántos sacrificios.»

—Es un bendito don Ginés; pero es tarde, y me voy. Serapia...

—Señorita...

—Póngase usted el mantón, que va usted á acompañarme. Antes de media hora estoy de vuelta. ¡Ah! Si viene Sebastián...

—Demasiado sabes que no vendrá... ¿Quieres pegármela? ¿Crees que no sé que estará esperandote, que te acompañará y que al llegar direis los dos: «Casualmente nos hemos encontrado en la escalera?»

—Eres muy mal pensada... y lo que es esta vez te equivocas. Precisamente á estas horas se hallará Sebastián muy ocupado... ha debido leer su comedia á los actores del Teatro de Apolo, y si la admiten... vendrá volando... Me alegraré infinito de que seas tú quién reciba la noticia antes que nadie, sobre todo si es buena.

II

En efecto, Sebastián, aunque estudiaba el último año de Medicina, como buen español, hacía comedias; y aunque se conformaba con ser médico titular de alguna villa ó aldea, ambicionaba los aplausos del público.

Era un buen muchacho de veintitres á veinticuatro años, de rostro agraciado, de regulares proporciones y muy vivo de genio.

Sus ojos negros y grandes giraban incesantemente, y con ellos hablaba y con ellos se enfadaba; en una

palabra, eran inseparables compañeros de todos los movimientos de su alma y de sus músculos.

Esto basta para comprender que dominaba en él el sistema nervioso.

Educado en el santo temor de Dios por su piadosa madre; en el estricto cumplimiento del deber por su honrado padre, tenía lo que se llama un buen fondo, y de cosecha propia una gran vehemencia de carácter.

Un nada le alegraba hasta la locura, y un nada le entristecía hasta la misantropía. Pero si era pobre de monedas, era rico de ilusiones; y luego, lo que él pensaba frecuentemente:

—¿Acaso pido gollerías? No he perdido un solo año de carrera y al fin y al cabo seré médico. No tengo gran vocación y habré de conformarme con operar en una aldea. Si esta es mi suerte, la acepto de buen grado. Mi Casilda convertirá para mí en un Edén el más olvidado pueblo de España. Que gane yo para mis atenciones; que pueda auxiliar á mis padres, si lo necesitan; que me quieran pobres y ricos, altos y bajos; que Dios me dé unos cuantos rapaces para llenar mi vida con los cuidados que de mí exijan, y no pido más. Es decir, yo bien quisiera más: me gustaría, por ejemplo, que las comedias que escribo para entretenerme, fueran tan buenas como las de Ramos Carrión ó Vital Aza: de ese modo podría quedarme en Madrid, ganar mucho dinero, mucha honra, figurar un poco y hacer feliz á la que va á ser mi mujer y á toda su familia. ¿No ha de concederme Dios algo de lo poco que le pido?

Estas reflexiones que se hacía á menudo, le retratan mejor que yo pudiera retratarle.

Fáltame, sin embargo, añadir que completaba su carácter la más ingénuu generosidad. No tenía nada suyo, se quedaba sin un céntimo por sacar de un apuro á cualquier camarada, prestaba de buen grado los libros y la ropa... Había en él más de ángel que de hombre.

Casilda le inspiraba un amor entrañable; no sólo por ser bella, que lo era, sino porque ante todo y sobre todo era buena.

Pobres los dos, en sus ensueños de porvenir limitaban sus aspiraciones; y ella se conformaba con ser lo que había sido y era su madre, que se había resignado á hacerlo todo en casa, desde *hacer* la comida hasta *hacer* la felicidad de su esposo; y él no aspiraba ni á lujos ni á perfiles, y hasta se prometía renunciar á la media docena de pitillos que se fumaba al día, con tal de no distraer un solo céntimo del presupuesto indispensable á las necesidades de la familia que aspiraba á crear.

Parecían formados el uno para el otro, y no es extraño que los padres de Casilda bendijeran su proyectada unión.

III

La niña no había engañado á su madre. A poco de haber salido, oyó doña Encarnación ruido en la escalera.

—Mi Fulgencio no es—pensó.—El pobre hasta las ocho ú ocho y media trabaja como un negro arreglando los libros á un tendero para ganarse un sobresueldo, y además ya no puede tragarse con tanta rapidez los escalones.

Sonó un campanillazo.

—¿Quién?

—Abra usted, señora, soy yo...

—¡Usted!

—Yo, sí, un abrazo.

—¿Pues qué pasa?

—Que soy el hombre más feliz de la tierra.

—¿La comedia?

—Qué... ¿sabía usted?

—Mi hija me ha dicho...

—Pues sí, señora, la comedia ha gustado.

—¡Cuánto me alegro!

—Y el primer galán, que es muy simpático y sobre todo un artista de verdad, me ha asegurado que alcanzará gran éxito.

—Según eso, ¿podremos ir á verla?

—¡Ya lo creo, y á palco!... ¡Con que ahí tiene usted... esto nos abre nuevos horizontes!... Un abrazo... un abrazo... y con toda mi alma.

A este momento de expansión siguió un animado diálogo. Sebastián hablaba de su próximo triunfo, y doña Encarnación preguntaba y repreguntaba; porque no podía comprender que una comedia, lo que divierte al público después de bien comido, sirviera para dar de comer á una familia.

Casilda los sorprendió en aquel animado coloquio;

se entusiasmó al saber el resultado de la lectura; mostró á su vez las monedillas de oro que acababa de recibir en premio de su labor, y al volver á su casa don Fulgencio, muy cerca de las nueve, halló á toda su gente, como él decía, en el colmo de la felicidad.

—Voy á dar un vistazo por la cocina—dijo doña Encarnación.

—Vaya usted sin cuidado—indicó Sebastián.

—Y yo—añadió don Fulgencio—voy á quitarme estas pícaras botas que me aprietan, y á ponerme á mis anchas.

—Sí, papá... ve en seguida para que se te queden descansados los piés—dijo Casilda.

Los dejaron solos.

IV.

—Conque ya ves... hoy hemos ganado lo menos medio año—exclamó Sebastián.

—¡Qué dicha!

—Se pondrá mi comedia en escena, me darán cada noche ochenta reales, escribiré otra y otra... no cesaré de hacer comedias. Sólo un temor me asalta.

—¿Cuál?

—Si me silban.

—¡Bah!

—Todo pudiera ser.

—¿Aun siendo buena la comedia?

—La envidia.

- ¿De quién?
- De los otros autores.
- ¿Los poetas tienen envidia?
- ¡Vaya! Más que los otros hombres... No puedes figurarte...
- No lo hubiera creído.
- Si me silbaran... Nuestros planes...
- ¿Se aplazarían?
- ¡Pues! ¿pero tú me querías aún cuando me ocurriera esa desdicha?
- Más aún.
- ¡Bendita sea tu boca!
- Cuanto más sufras, más he de quererte.
- Pero tardaríamos en casarnos.
- Esperaría con pena; pero esperaría.
- Lo peor del caso es que tendría que resignarme á ser médico.
- Mejor; de este modo serías mío solo.
- Nos relegarían á un pueblo...
- Mira, Sebastián, yo te quiero á ti por ti, y pobre ó rico, de cualquier modo que sea, mi única dicha es ser tu esposa.
- Te daría un abrazo.
- Guárdalo con los otros que no has podido darme todavía.
- Juro que con tu amor no deseo ni deseare nada más en el mundo; pero por lo mismo que eres un ángel, has de saber que se ha apoderado de mí una ambición.
- ¿Cuál?
- La de tener dinero... Sí: el dinero es la base de

la felicidad; puede existir sin él, pero en peligro siempre. El dinero es á la dicha, lo que la Guardia civil al dinero. De médico, puedo ganar para vivir; pero yo quiero más, mucho más para proporcionar una buena vejez á tus padres y á los míos.

—Esas ideas te honran.

—Y has de saber que hoy he echado la casa por la ventana. Toma.

—¿Qué es eso?

—Medio billete, nada menos que medio billete de la Lotería Nacional.

—¡Qué locura!

—Al saber que admitían mi comedia: «Hoy estoy de vena, he pensado.» En esto oigo gritar: «Mañana es el último día de billetes jugadores...» miro mi bolsa, veo que poseía sesenta reales, compro cinco décimos; y sin ver el número, te los doy para que los guardes.

—Pero...

—Nada, nada... he reflexionado mucho, y me he convencido... ¡Necesitamos dinero! ¡El premio gordo! ¡Mi triunfo escénico!

—Calla, que viene papá.

—¡Los haremos felices!... ¡muy felices!

V

Aquella noche tardaron mucho en dormirse los dos jóvenes. Ella... sentía que Sebastián pensase en el dinero y no la agradaba mucho lo de la comedia... Si

gustaba, le llamarían al palco escénico, le verían otras mujeres y... ¡vamos! que no se acostumbraba á esta idea.

Médico de partido, ya era otra cosa.

Sebastián, por su parte, con los dos cabos sueltos que poseía su imaginación: el dinero de la lotería y el éxito de su comedia, había formado un enredijo; y por más que se devanaba los sesos, no lograba poner en orden sus ideas, ni dormir.

Al día siguiente los dos estaban tristes; ella más que él, porque sentía el torcedor de los celos.

—No, no—pensaba—hasta que estemos casados no quiero que se represente la comedia.

Sebastián fué poco á poco animándose; pensaba lo que haría si le tocaban 40.000 pesetas, ó sea la mitad del premio grande, y como estaba solo en el modesto cuarto de la casa de huéspedes en donde se alojaba, hasta se permitió trazar guarismos sobre el papel.

No le seguiré en sus cálculos. Los modificó, los borró, los restableció, y cuando le llamaron á comer, tenía la cabeza hecha un bombo.

—No tengo gana—dijo—me siento mal, voy á tomar el aire.

Como seguía preocupado, dejó á sus piés en libertad; y estos, acostumbrados á ir al colegio de San Carlos, le llevaron maquinalmente al final de la calle de Atocha.

Allí encontró á algunos compañeros.

—¡Qué mala suerte tienes!—le dijo uno.

—¿Porque?—le preguntó.

—No ibas á leer una comedia á la empresa del teatro de Apolo?

—Ya la he leído... Ayer, sin ir más lejos, y por cierto que la admitieron.

—Pues, chico, no te entusiasmes... La empresa ha tronado.

—¿Qué dices?

—Míralo.—Y le enseñó *La Correspondencia*.

Corrió á la calle de Alcalá, y en efecto, ya no había actores ni empresa.

—¿Y mi comedia?—preguntó al representante que había dejado el empresario para oír las reclamaciones.

—Aquí la tiene usted—le contestó.

—¡Qué lástima!...—dijo—después de haber gustado tanto.

—No sea usted tonto: se divirtieron un rato con usted. Sabían que iba á tronar la empresa.

—¿Usted cree?...

—Lo que creo, es que debe usted guardarse el manuscrito y no enseñarlo á nadie, á no ser que quiera que se rían á su costa.

Este desengaño anonadó al pobre Sebastián.

Al salir del teatro encontró al barba, hombre serio, y oyó de sus labios el consejo de que puesto que iba á ser médico, se dejase de ser autor dramático.

Con tan mortal herida, no vió más esperanza que el medio billete comprado por efecto de una coronada.

Dos días después, un nuevo desengaño acabó de anonadarle.

Por dos números se había quedado sin el premio. Su primera derrota la ocultó á Casilda; la segunda, fué ella quien se la anunció.

—¡Qué desgraciado soy!—exclamó el jóven.

—¡Ingrato! ¿Tienes valor para pensarlo?

—Es que no es eso sólo...

Y la contó el resultado de la comedia.

—Respiro—exclamó ella al oírle...—Eso me quita un enorme peso de encima... Me alegro con toda el alma.

—¿De veras?

—Estaba celosa.

—¿Luego me quieres?

—Más que á mi vida.

—¿Sin dinero?

—Cuanto más pobre seas, te quiero más.

—¿Darás tu mano á un pobre médico de aldea?

—Mira, Sebastián, yo soy muy ignorante; pero sé algo que tú ignoras.

—¿Que sabes?

—Que el cariño es la única riqueza que dura y labra la ventura de los que la poseen.

VI

No se conformó Sebastián con esta teoría.

Dos ideas que había abrigado en su corazón, como los viboreznos de la fábula, le habían mordido, inculándole su veneno.

La felicidad... ya la tenía: amandole Casilda era feliz. Lo que anhelaba era conservar esta felicidad, y se había persuadido de que sin dinero no era posible.

El triunfo escénico le habría ofrecido una fortuna lenta; el medio billete de la lotería una fortuna rápida.

Los desengaños habían dejado en su alma el deseo, después de matar la esperanza.

Unos cuantos días bastaron para desmejorarle.

¡Ya se ve! Pensaba mucho y dormía poco... Estaba febril.

—¡Si al menos esperase alguna herencial—se decía—pero no es posible, no tengo ningún pariente rico...

—A ti te pasa algo—le dijo un compañero.

—Con efecto, estoy de un humor endiablado.

—Conozco tu enfermedad... *sin dineritis*.

—No te equivocas.

—Es la que mejor conocemos los estudiantes de medicina, y eso que no la explican los profesores; pero yo voy á curarte.

—¡Tú!

—Sí... tienes mala memoria. Hace dos años, me prestaste un día en que estaba como tú, treinta y seis reales.

—No me acordaba.

—Pues bien, oye, y que no se entere el gobernador: hoy he jugado...: una sota salió á mi encuentro y me echó una mirada... «Dos duros á la sota,» dije, y me gané cuatro. Sale otra compañera, doblo y ga-

no también. En resumen; di cinco golpes, y he ganado sesenta y cuatro duros, que pongo á tu disposición.

—¿Y para que los quiero?

—¡Toma! para jugar... Te aseguro que las sotas son propicias á los estudiantes.

—Ya me conoces; yo nunca tomo más que lo que puedo pagar.

—Pues yo te pago con interés, y así descargo mi conciencia. Vamos á ver tú me prestaste hace dos años nueve pesetas. No has de ser menos que un usurero; 5 por 100 al mes: en dos años, 10 pesetas 80 céntimos, ó sean 20 pesetas entre todo: toma cuatro *machitos*, y quedamos en paz.

—Ni soy prestamista, ni usurero.

—Pero eres mi amigo.

—Eso sí.

—Pues toma 80 reales, y ya me los darás cuando puedas.

Sebastián los tomó, y aunque se los guardó en el bolsillo del chaleco, no tardaron en producir efecto en su cerebro.

Tras una lucha horrible, entró en una casa de juego.

Una hora después tenía en su poder 50 duros.

—Con este dinero—pensó—puedo anticipar mi boda. ¡Oh! Pero si Casilda supiera su origen, se horrorizaría. Además, 50 duros es muy poco... Mañana volveré.

Volvió, y ganó hasta 6.000 reales.

—¡Mi título! ¡Mi boda! La suerte me favorece—

pensó... Pero ¿qué son 300 duros? Como he adquirido éstos, puedo adquirir otros tantos, triplicar, centuplicar mi capital.

Casilda notaba su agitación.

—Pero ¿que tienes?—le decía.

—Nada.

—Tú me engañas.

—¡Es que estoy muy nervioso!... La impaciencia..

—Ten calma... ¿No sabes que yo te esperaré? ¿No sabes que la esperanza es la mitad de la dicha?

Pero Sebastián tenía en su cerebro una baraja, y los naipes y las monedas de oro bailaban en su mente una danza macabra.

Dos días después, ganaba ya mil duros.

Pagó á su amigo, y se dijo:

—Es preciso tener juicio... Guardaré la mitad y sólo arriesgaré el resto.

Un mes de emociones violentas minó su salud, y cayó enfermo.

Con una fiebre abrasadora fué á jugar y perdió, no sólo el resto, sino la mitad que pensaba guardar.

Sus compañeros le cuidaron; el padre de Casilda fué á verle todos los días. Doña Encarnación pasaba horas enteras junto al lecho del enfermo. Casilda se moría de pena.

Pero Sebastián era robusto, y se restableció.

Al librarse de las garras de la muerte, había dejado entre ellas parte de su memoria. El infeliz, que no se daba cuenta de lo que había ocurrido el día en que cayó en cama, pensaba que aún tenía los 10,000 reales que se había propuesto guardar.

Cuando pudo levantarse y se halló solo, buscó el dinero que creía poseer en un escondrijo que antes le había servido para ocultarlo.

Como era natural, no halló nada, y pensó que le habían robado.

No podía revelar su sospecha, porque entonces Casilda y sus padres primero, y después los suyos, sabrían que había jugado, y esta noticia les llenaría de desconsuelo.

¿Pero quién había sido el autor del robo? Esta idea se fijó en su mente, y cogiéndole débil, retardó su convalecencia.

Por de pronto, comenzó á mirar con recelo á su patrona, á los huéspedes, á la infeliz maritornes, y se mudó de casa.

—¡Usurpar lo ajeno!—pensaba.—¡Qué iniquidad! ¡qué infamia!

Casilda devolvió la alegría á su corazón. Pero no una alegría franca y completa; no fué una resurrección como la que la Primavera ofrece, sino un recuerdo de su pasada dicha, un día de sol en el Otoño, lo que podría llamarse una nostalgia del dinero.

VII

Llegó Junio, y Sebastián se examinó.

Casilda le enseñó una docena de sábanas que había dobladillado y marcado con sus iniciales, dos mantelès, doce servilletas, doce toallas.

—Ahora falta mi ropa—le dijo—y me la arreglaré en este Verano. En Septiembre tomarás el título, te darán una plaza en algún pueblo, nos casaremos, y no acabará el año sin que seamos felices.

—¡Y ricos!—añadió maquinalmente Sebastián.
Esta exclamación entisteció á Casilda.

VIII

Sebastián fué á ver á su familia; y lo que nunca le había pasado, tuvo curiosidad por saber cuánto representaba la fortuna del principal de su padre. ¡Seis millones de reales nada menos! ¡Doce mil duros de renta al 4 por 100!

¡Y esto para una sola familia.

Su padre trabajaba como un negro y no ganaba más que 150 al año, aunque le daban casa, leña, aceite... Aquello era para nuestro jóven una iniquidad.

El envidiado conde le dijo un día:

—¿Conque ya has terminado la carrera, muchacho?

—Sí, señor.

—Pues bien, le dirás á tu padre que en premio de sus buenos servicios, he decidido darte lo necesario para pagar el título.

—Muchas gracias, señor.

—Y mi mujer, que ha sabido por tu madre que proyectas casarte con una jóven digna de ser dichosa,

desea ser madrina y poneros la casa en el pueblo á donde vayas á ensayarte.

—¡Tanta bondad!

—Has de saber que tus padres merecen eso y mucho más. Mientras yo viva, no les faltará nada, y lo mismo te digo si logras imitarlos.

La impresión que produjeron en su ánimo estas palabras, fué gratisima. Le faltó tiempo para comunicársela á Casilda.

Sus padres, que estaban en el secreto, se lo conocieron en la cara, y la felicidad rebosó en el seno de aquella buena familia.

IX

Sebastián durmió aquella noche como un bendito, y soñó.

Antes de dormirse, había pensado como siempre, porque esta idea era ya una manía en él, que era una gran cosa tener dinero. Además de servir para conservar la dicha propia, podía utilizarse en crear la ajena.

Bajo esta impresión, soñó que un labrador de la comarca, muy viejo y muy bueno, le había hallado en el campo recostado junto á una encina.

—Muchacho—le había dicho—por mucho que desees, tienes ya cuanto puedes necesitar.

—¿Se burla usted, tío Roque?

—No, hijo mío; te quiero demasiado para burlarme de ti.

—¿Y usted sabe lo que yo necesito?

—Mejor que tú.

—¿A que no?

—Mirando al cielo, sé el tiempo que va á hacer; mirando á los hombres, comprendo lo que piensan.

—Eso es mucho decir.

—Pues lo digo; y más ahora que se acerca el momento de mi muerte, y así como la veo venir, veo también más claro lo que piensas y lo que deseas.

—Pues hable usted, que si es verdad lo que usted diga, prometo confesarlo.

—Deseas dinero.

—Es cierto.

—Mucho dinero... mucho.

—Lo acertó usted.

—Ya ves como no te engaño.

—Me engaña usted al decirme que tengo lo que quiero.

—Pues insisto.

—Eso es burla.

—No, hijo mío... Junto á esa encina en que estás recostado, hay un tesoro.

—¿Qué dice usted?

—Hace ya muchos años que lo sé, y nunca he querido buscarlo, porque me daba miedo la idea de ser rico.

—¡Qué cosas tiene usted, tío Roque!

—No, hijo mío, no... El dinero es, en los tiempos que alcanzamos, lo que antes era el diablo. Pero ya

próximo á morir, he creído deber confiar mi secreto á otro hombre; y puesto que te he hallado y vives dominado por el deseo de ser rico... nadie mejor que tú. Cuando me muera, que será pronto, vuelve á este sitio, cava la tierra, y entre esas dos raíces, á cosa de una vara de profundidad, hallarás una olla muy grande llena de onzas de oro. Medita mucho antes de apoderarte de ellas; piensa que yo he podido ser rico y he renunciado á la riqueza para ser feliz... Si te decides y eres desgraciado, no me culpes.

Al día siguiente, doblaba la campana del pueblo.

—¿Quién ha muerto?—preguntó Sebastián.

—El pobrecito Roque—le contestaron.

—El hombre más bueno del mundo.

—Un santo, que se habrá ido al cielo derechito.

Todos le elogiaban y le bendecían.

No había hecho daño á nadie, y había hecho mucho bien á todo el mundo.

Sebastián se fué al campo provisto de una pequeña azada, buscó la encina, aguardó á que cerrara la noche, y se puso á cavar para buscar el tesoro.

De pronto se detuvo.

Le pareció ver al lado suyo la sombra del tío Roque y oír sus palabras: «El dinero es ahora lo que antes era el diablo.»

—¡Bah!—se dijo...—Hoy, aunque quiera hacer una obra de caridad, no puedo. Si es verdad que aquí dentro hay una olla llena de onzas de oro, con ellas podré dispensar á los desgraciados beneficios como los que quieren hacerme los amos de mi padre.

Y siguió cavando.

El cielo estaba encapotado; pero de pronto asomó la luna entre dos nubes que parecían jirones de un manto flotante.

Instintivamente miró Sebastián al cielo, y le pareció ver en la luna la mirada de su hermosa Casilda.

—Vuelve á mí—le decía—vuelve á mí, ó ¡adiós para siempre!

La luna desapareció.

Sebastián sintió correr por sus venas un frío glacial.

Prosiguió cavando, y un ruido seco le estremeció de nuevo.

Había roto la olla.

Se echó sobre la tierra, introdujo el brazo en el hoyo, y al contacto de su mano chocaron las monedas, produciendo ese sonido mágico del oro.

—¡Era verdad!—balbuceó;—¡era verdad!

Y en medio de la oscuridad, le pareció un relámpago el brillo de unas cuantas onzas que contenía su mano.

Se llenó los bolsillos, y todavía quedaban otras tantas monedas; sacó la olla, la vació en un pañuelo, y volviendo á enterrarla, tapó el hoyo con tierra, le apisonó y emprendió la caminata para volver á su albergue.

El peso le oprimía y paralizaba sus fuerzas. ¡Lo menos llevaba encima cuatro arrobas de oro!...

—Si me asaltasen ahora—pensaba—no podría correr. ¿Qué número de onzas habrá? A juzgar por lo

que pesan, lo menos hay dos mil... Más de treinta mil duros. Por fortuna en esta comarca no hay ladrones; todos son gente honrada... y luego es de noche. Entraré en mi casa por la puerta del corral, llegaré á mi cuarto sin que me vean, guardaré este dinero en mi baul, y cuando todos duerman... ¡oh! entonces contaré las monedas.

Todo salió á medida de su deseo; guardó las onzas sin hacer ruido, cerró el baul, fué á cenar en compañía de sus padres, y pretextando necesidad de estudiar, se retiró temprano.

Cuando todos se acostaron, tapó con un papel el ojo de la cerradura de la puerta de su habitación, y comenzó á contar los onzas, haciendo cartuchos de cincuenta.

Con tal cuidado movía aquellas monedas, que no tocaban las unas á las otras.

Reunió los cartuchos en la cama y contó hasta treinta mil duros. Un papel muy dobladito que halló en uno de sus bolsillos, le reveló que en otra olla pequeña enterrada en el mismo sitio había veinte mil más. ¡El tesoro ascendía á un millón de reales!

Ocultó entre sus ropas los cartuchos, cerró de nuevo el baul, ató la llave á un escapulario que le había regalado Casilda, y se durmió pensando en la felicidad que iba á dispensar á todos sus allegados, sintiendo viva gratitud hacia el tío Roque y bendiciendo á Dios por las mercedes de que le colmaba.

Al día siguiente, su rostro rebosaba alegría; escribió una larga y cariñosa carta á Casilda contándola todo lo que había pasado.

Por la noche fué al campo, buscó la nueva olla, la encontró, reunió el milloncejo consabido, y en vez de encerrarse en su cuarto, llamó á sus padres, les refirió todos los pormenores de su hallazgo, les mostró los cartuchos, los abrazó con efusión y les aseguró que desde aquel momento no tenía otra aspiración que labrar su ventura y la de su adorada Casilda.

Su buena madre lo veía y no lo creía; su honrado padre no sabía si alegrarse ó entristecerse: tenía escrúpulos de conciencia. Aquella fortuna pertenecía á alguien... Pero en fin, como él dijo: ¡cuando Dios había querido otorgársela á su hijo, bien hecho estaba!

Por de pronto, convinieron en pedir licencia al conde para irse todos á Madrid á las bodas del chico.

Se fueron, y al llegar á casa de Casilda... ya pueden figurarse los lectores la escena que allí habría.

La boda se celebró con gran solemnidad; los novios dieron muchas limosnas y se fueron á París á pasar el primer cuarto de la luna de miel.

Doñ Fulgencio dejó su destino: ya era tiempo de que descansase; y con doña Encarnación fué á habitar el piso principal de una casa del barrio de Salamanca, donde debía esperar á sus hijos, alhajándola á su gusto.

Los padres de Sebastián volvieron al pueblo de la provincia de Guadalajara, con órden de su hijo para comprar una casa con huerto y jardín, que era lo que más deseaban.

Soñando se va de prisa.

Casilda y Sebastián vieron nacer de su entrañable amor el primer hijo, un hermoso niño que los embesaba con sus gracias.

El pobrecito cayó enfermo, y los médicos [no entendían su mal. Sebastián se acordó de que había estudiado medicina, evocó su ciencia, curó al niño y comprendiendo que podía dispensar á otros séres el beneficio que él se había dispensado, aprovechó su fortuna para adquirir libros, para estudiar, para viajar, y llegó á ser una lumbrera de la ciencia.

Su especialidad era las enfermedades de los niños: los curaba á todos, y las madres... ¡oh! las madres le adoraban sin inspirar sombra de celos á su Casilda.

Los padres de su esposa eran felices; los suyos le bendecían por haberles proporcionado cuanto podían desear.

Lo que el grano de trigo de la parábola, era el di- en las manos de Sebastián: se multiplicaba hasta lo infinito, esparciendo el bien y la prosperidad.

No olvidaba sus instintos poéticos, y escribió una comedia tan magnífica, que todos los poetas, sin asomo siquiera de envidia, aseguraban que iba á ser la obra maestra del teatro moderno.

Los empresarios la solicitaban.

Los actores más eminentes pedían como señalada honra representar el último papel de la comedia.

La obra se representó.

Sebastián unió la gloria á la fortuna.

Esto no le bastaba: tanto él como su Casilda necesitaban hacer obras de caridad, y buscaban las desdichas para consolarlas.

—¡Pobre tío Roque!—pensaba Sebastián á cada instante.—¡Decir que el dinero es hoy lo que antes era el diablo! No, y mil veces no. Sin aquel tesoro, habría sido yo toda mi vida un desgraciado, mientras que con él, no sólo he sido feliz sino que he podido hacer felices á cuantos he hallado en mi camino. El dinero es un don del cielo, digan lo que quieran todos los tíos Roques de la tierra.

Esto pensaba por la milésima vez, cuando se despertó sobresaltado.

—Hijo mío, ¿estás malo?—le preguntó su madre. Ya son las nueve, he entrado varias veces, y dormías intranquilo...

Entonces comprendió que todo había sido un sueño, y quedó anonadado.

X

Ocultó como pudo su desaliento, y para justificar su tristeza, dijo que había pasado muy mal la noche.

—Yo te traigo la mejor medicina—añadió su madre mostrándole una carta.

—¿De quién es?—preguntó.

—¿No lo adivinas? De la que será pronto mi querida hija, de tu Casilda.

—Déjemela usted, madre, que voy á levantarme.

Se vistió, y como amaba á su novia, pensó que aquella carta le consolaría de la pérdida de su soñado millón.

También Casilda había soñado, pero su sueño había sido muy triste.

«¡He sufrido tanto, si vieras!—le decía.—Soñaba que ya no me querías, que me habías abandonado, y me puse tan triste, que caí enferma... muy enferma. Sin tí no podía vivir, me iba muriendo lentamente. ¡Ah! ¿No es verdad, Sebastián mío, que eso no sucederá? Me amarás siempre, ¿no es cierto? Una mujer buena no puede amar más que una vez, y á un solo hombre. Si éste la abandona, la mata. Ha dado su corazón, y se queda sin él. Puede andar por el mundo; pero no vive. ¡Es un cuerpo sin alma! ¡Es una sombra!»

XI

Llegó Septiembre; Sebastián volvió á Madrid, tomó el grado de licenciado en Medicina, y obtuvo la plaza de médico titular de un pueblo próximo á la Côte.

Cerca de Madrid, en un buen pueblo y muy recomendado á los vecinos, no podía comenzar su carrera bajo mejores auspicios.

Los padres de Casilda se alegraron mucho, y la joven, que hubiera ido con su adorado á habitar una choza en medio del campo, se entusiasmó.

Sus labores estaban terminadas.

El conde y la condesa, que debían trasladarse á Madrid, se disponían á emprender el viaje y á cumplir sus ofertas.

Los papeles estaban ya en la Vicaría, corrían las amonestaciones, los amantes contaban los días que los esperaban de la felicidad, el traje blanco y el frac negro esperaban el momento solemne.

Sin embargo, Sebastián no podía ocultar una sombra de tristeza que envolvía los horizontes de su alma; la nostalgia minaba su existencia.

—¡Haber sido rico!—pensaba... ¡Haber poseído un millón!

XII

A primeros de Octubre, el conde que ya estaba en Madrid, llamó á Sebastián, y dándole un talón contra el Banco de España, le dijo:

—Ahí tienes mil pesetas; vé á cambiarlas, y saca el título con ellas.

Sebastián fué al Banco, que por entónces estaba todavía en la calle de Atocha.

Había mucha gente, y tomó vez.

Allí recordó de nuevo sus sueños de ambición.

Al cabo de media hora le tocó el turno, cobró, y salió del Banco por la puerta que daba á la calle de la Bolsa.

No había nadie en aquel estrecho portal; ni siquiera el portero.

Sebastián que iba de prisa, sintió bajo sus piés un bulto que recorrió un corto espacio de terreno ante su vista.

Era un paquete precintado.

—¡Billetes!— balbuceó.

Instintivamente miró con recelo en torno suyo.

La misma soledad.

Entonces lo cogió, y ocultándolo bajo la capa, salió precipitadamente sin ver por dónde iba, por que cubrió sus ojos una venda de fuego.

—¡Animal— oyó decir...—¿No ve usted por dónde anda?

Había pisado á un caballero; pero no hizo caso y siguió su marcha, dirigiéndose maquinalmente á casa de su novia.

—Son billetes del Banco—pensaba—y por el bulto hay lo ménos un ciento... Alguien los ha perdido. ¿De cuánto serán? Yo los he hallado, nadie había allí... nadie los reclamaba... ¿Será verdad? ¿Soñaré una vez más? No... Los toco... y me abrasan... Lo ménos llevo aquí diez mil duros... más... ¡ya lo creo!... Por el tamaño son de quinientas pesetas... ¿y por qué no de mil? los de ciento son estrechos, y éstos son anchos... los toco... ¡vaya si los toco!... ¡Una fortuna!... ¡Cuando sepa Casilda!... ¡Cuando llegue á noticia de mis padres!...

En aquel momento entró en el portal de la casa de su amada...

—No... no subo—pensó—Estoy muy agitado... Y luego que ella... yo la conozco... «Eso no es tuyo, me dirá; devuélvelo en seguida.» Sus padres me aconsejarán lo mismo... Los míos me maldecirían si conservase esta fortuna que no me pertenece... ¡Dios mío! ¡Se me saltan las sienes! Y es ver-

dad...—añadió mirando al paquete y volviendo á ocultarlo: —¡son billetes!... No sueño, estoy despierto, veo claro, este es el portal... esta la calle... Pero me va á dar algo.

Haciendo un esfuerzo, salió precipitadamente, y se dirigió á la casa de huéspedes donde habitaba.

—¿Viene usted malo?—le preguntó la criada.

—Sí, creo que sí.

—Se ha puesto usted más blanco que la cera.

—Voy á acostarme.

—Llamaré al médico.

—No... no... yo avisaré... esto se pasará.

—¡Pobre señorito!... Sería una lástima que le ocurriera una desgracia, ahora que va usted á casarse.

Sebastián se encerró en su habitación, tapó los intersticios de la puerta y poseído de una agitación nerviosa, de un temblor incesante, desató el paquete...

—¡De cuatro mil! ¡de cuatro mil!—se dijo... Uno dos, cuatro, ocho... No, me he equivocado... ¡Volveré á contar!... ¡Maldito pulso!... Diez... doce... veinte... ¡Se me hiela la sangre!... Treinta... cuarenta... ¡Ah! ¡Arde mi sangre!... Cincuenta... sesenta... ¡cientos!... ¡Y apenas llegan á la mitad!... ¡Doscientos cincuenta!... ¡Un millón!... ¡Un millón!... Pero no sueño; esta vez es verdad... Todo da vueltas en torno mío... Al fin soy rico... ¡rico!...

Y cayó desvanecido, permaneciendo en aquel estado algunos minutos.

Al volver en sí vió los billetes por el suelo; los recogió trabajosamente; los precintó de nuevo y se acos-

tó para buscar una reacción; pero guardando su tesoro debajo de la almohada.

Sus dientes rechinaban al chocar por efecto del temblor nervioso que le dominaba... Su cabeza ardía. Su corazón palpitaba con violencia.

.....

.....

XIII

—Ésta vez es verdad—murmuraba muy callandito —soy rico... millonario y no se me escapará la felicidad de las manos. Pero estos billetes no me pertenecen... tienen dueño, los buscará... Si constituían toda su fortuna, se habrá quedado pobre... ¡Pobre!... Yo también lo he sido. A cada cual su turno... ¡Quién sabe como los habrá adquirido su poseedor! Por la usura tal vez... ¡El trabajo no basta en la vida de un hombre á procurarle tanto dinero!... La suerte acaso... Y que, ¿no ha sido la suerte la que los ha traído á mi poder? Además, no le conozco... Pero anunciará la pérdida en los periódicos, sabré quién es su dueño. Si es por acaso un dependiente, ¿como justificará la pérdida?... No le creerán... Pasará por ladrón... Irá á la cárcel, quedará deshonorado; su mujer y sus hijos caerán en la miseria... en la abyección. ¿Y por qué ha de ser esposo y padre? No... los billetes son sin duda de un banquero... Ellos manejan los millones como yo los céntimos. Un golpe de for-

tuna se los ha dado... y otro se los quita! Para mí... ¡oh! ¡para mí es la felicidad! Con no leer jamás periódicos, con no inquirir...

Sintiéndose mejor, fué al día siguiente á casa de Casilda; allí explicó su indisposición; engañó á su amada, y habló de su título, de sus esperanzas.

De cuando en cuando se tocaba sucesivamente los bolsillos del pecho de la americana, en los que guardaba en dos paquetes su tesoro.

Casilda no pensaba más que en su próxima ventura, y á punto estaba Sebastián de revelarla su secreto, cuando el bueno de don Fulgencio que leía *La Correspondencia*, exclamó de pronto:

—¡Qué desgracia tan grandel

—¿Algún crimen?—le preguntó su esposa.

—Una pérdida... Oid lo que dice el periódico:

«Ha perdido esta tarde el cajero de una casa de Banca un paquete que contenía 250.000 pesetas en billetes de 4.000 reales. Los llevaba en el pecho sujetos por la americana, para depositarlos en el Banco, y al ir á entregarlos notó su falta. Es imposible pintar la emoción que se apoderó del infeliz, anciano ya, y de una honradez intachable. Al comprender lo horrible de su situación, quedó privado de sentido y fué preciso llamar á un médico para que le auxiliase. Trasladado á su domicilio, su estado es en extremo alarmante. Su desconsolada familia, una esposa y dos hijas, nos ruegan que anunciemos la pérdida, esperando que quién haya encontrado los billetes se apresurará á devolverlos, para salvar la vida y la honra á un desgraciado.

«Por nuestra parte creemos que no habrá quien se atreva á aprovecharse de un hallazgo que representa las lágrimas de una familia honrada; tanto más cuanto que está dispuesta á dar al que devuelva los billetes todo lo que posee como resultado de una larga vida de trabajo y economía.»

—¡Un millón!—exclamó la madre de Casilda.

—Yo me muero en el acto si me sucede eso—añadió Don Fulgencio.

—¿Y pone el nombre de ese infeliz?—preguntó Casilda.

—El nombre, las señas de su casa, y hasta el nombre y las señas del banquero á quien sirve.

—Pues yo no dudo—añadió la jóven—de que el que haya encontrado ese dinero, se apresurará á devolverlo.

—¡Ó será un miserable!—concluye el modesto empleado.

—Según... ¡la suerte!...—balbuceó Sebastián.

—No hoy suerte que valga—añadió don Fulgencio.—Yo creo también, como mi hija, que el y que haya encontrado esos billetes, correrá á devolverlos; pero si no lo hiciera, sería mil veces más criminal que un ladrón. Estos se arriesgan, se exponen y él... él, ya sé yo que guardando el secreto se escapa de la justicia humana; pero de la divina ¡oh! de esa no podrá librarse por nada del mundo.

—Tienes razón, papá—dijo Casilda—pienso que á estas horas será feliz esa familia. ¿Puede haber mayor goce que devolver la vida y la honra á un anciano pundonoroso? Hubiera deseado encontrar esa for-

tuna, para gozar devolviéndola á esas hijas y á esa esposa que lloran... ¡Oh! Y no tomaría nada aunque se empeñasen... «Pídanos usted lo que quiera, la vida,» dirán ellas; y yo... ¿saben ustedes lo que les pediría? Pues un abrazo muy apretado. Y al decir esto se inundaron de lágrimas los ojos de Casilda.

Poco después se retiró Sebastián.

—No—pensó—yo no cedo, yo no devuelvo esto... Los billetes son de un banquero, tendrá otros muchos millones, y en cuanto al cajero, su honradez pasada responde... ¿quién va á sospechar de él? Ha tenido una desgracia, y el tiempo... ¡oh! el tiempo le devolverá la salud y la honra... Pero don Fulgencio ha dicho... ¡bah! si yo guardo el secreto... Verdad es que Casilda... ¡pobrecita, como lloraba! También la ocultaré por ahora... Después que estemos casados, cuando vea los billetes.. será otra cosa... ¡No y mil veces no; no devuelvo el millón!...

Al día siguiente por la mañana fué á ver al conde, y como Sebastián había estado en el Banco, le preguntó si había presenciado la escena que referían los periódicos.

—Será un infame el que haya encontrado esos billetes, si no los devuelve—dijo después de oír que su protegido no había visto nada.

Por la noche, Casilda y su madre aguardaban con ansiedad á don Fulgencio, que debía llevarse *La Correspondencia*. Mientras llegaba, hablaron del suceso que las tenía preocupadas.

—Qué habrías hecho tú si hubieras encontrado esa fortuna?—preguntó Casilda á Sebastián.

—No digas tonterías, mujer—interrumpió su madre—¿qué había de haber hecho, sino volar á devolverla?

—Eso es...—balbuceó el joven turbándose.

—¿Qué tienes?—le preguntó en voz baja Casilda.

—Nada.

—No me lo niegues.

—Te aseguro que nada.

—¿Te preocupa, como á mí, la desgracia de esa familia?

—¡Sí... pero... yo!...

Afortunadamente llegó D. Fulgencio.

La Correspondencia decía que aún no habían sido devueltos los billetes; pero que el banquero, convencido de la honradez de su empleado, había tomado una resolución nobilísima. Había ido á la casa del enfermo y le había dicho que los billetes habían parecido, que estaban en su poder, y que debía, por tanto, tranquilizarse. «Este rasgo, añadía el periódico, honra tanto al banquero como condena al miserable que aún vacila y no hace devolución de lo que ya constituye un verdadero robo.» «Por fortuna hay indicios, añadía el periódico; un caballero vió salir del Banco muy azorado á un joven, iba tan de prisa, que le dió un pisotón, y aunque le denostó, se fué corriendo sin dar excusas. Ha indicado sus señas, la policía le busca, al fin y al cabo se descubrirá su paradero, y pudiendo ser un héroe de abnegación quedará convertido en un mísero criminal.»

La noticia se comentó.

Sebastián no pronunció una sola palabra.

Casilda le observaba, y en un momento en que quedaron solos—le dijo:

—Sebastián, tú estas agitado: ¿qué te pasa?

—Nada.

—Me engañas.

—No.

—¡Veo que no me quieres!...

—¡Esa dudal

—¿Por qué has sufrido tanto mientras mi padre leía el periódico?

—No es verdad.

—Tú me ocultas un secreto. ¿Por qué te avergüenza el confesarlo?

—Pues bien—dijo Sebastián;—mañana sabrás lo que me pasa.

Pretextando que tenía que ver al conde, se retiró más temprano que de costumbre.

—A pesar de todo—pensó,—no lo devuelvo, no... Si Casilda lo sabe, me condenará; pues bien, lo ignorará siempre, y sus padres y los míos... Yo sólo guardaré el secreto... Yo sólo disfrutaré de esta fortuna. ¿El caballero á quien dí el pisotón se acuerda de mis señas? ¡Una capa!... ¡Un jóven! ¿Quién puede reconocerme? Esta misma noche me quitaré el bigote... mañana me mudaré de casa... pasado me iré de Madrid, de España, ¿pero con qué dinero? Cambiaré un billete en el mismo Banco... No, allí no voy... En casa de un cambiante... pero sospecharán... Cuatro mil reales en poder de un jóven, es caso raro... ¿Y por qué no? Pero ¿y los otros?... Me iré á París... allí convertiré poco á poco en billetes

franceses los españoles... Por de pronto, lo he resuelto, rompo mis relaciones con Casilda; sus palabras de esta noche son el pretexto; la diré que desesperado de su desvío, de sus dudas, voy á darme la muerte... ¿Y mis padres? ¡oh! no resistirán á esta emoción. ¡Nada de muerte!... He comprendido que no podemos ser felices, y renuncio á casarme... ¿Pero el conde y su esposa?... ¡Todo está preparado! Me acusarán de informal! ¡Qué me importa, siendo yo rico! En el primer momento todos condenarán mi conducta... después se olvidarán de mí. ¡Pobre Casilda, cuanto va á padecer! De seguro, la mata, mi desvío... ¡Me ama tanto y es tan buena! ¡Necia! Ella tiene la culpa: los dos unidos podríamos engañar al mundo entero y ser felices... ¿Felices, mientras sufren esas dos hijas y esa madre? Porque el banquero sólo ha engañado al anciano... ¡Qué generosidad! ¡Otra le quedaría dentro!... Ese acto es un reclamo... Yo los conozco, no tienen alma. La gente creerá en su honradez, le confiará sus fondos, y cuando tenga el arca llena, quebrará. ¡Oh, sí; un banquero no se conforma con perder un millón!... Si yo fuera á pedirle una limosna, me la negaría... No, no devuelvo el dinero!...

Al llegar á su casa escribió tres cartas: una á Casilda despidiéndose de ella para siempre; otra al conde explicándole su conducta y devolviéndole las mil pesetas que le había dado para sacar el título; y otra á sus padres anunciándoles que renunciaba á casarse y que se embarcaba para América.

Después dividió en pequeños grupos los billetes,

los colocó bajo el forro de una americana, cerrando con hilvanes los espacios; se guardó dos en la cartera, y llamando á su patrona y anunciándola que al día siguiente muy temprano iba á partir, pagó su hospedaje.

Al quedarse sólo se afeitó el bigote, preparó su maleta; y como había indicado, se fué al día siguiente poco después del amanecer, cubierto hasta los ojos con una bufanda para que la criáda no notase la alteración que había sufrido su rostro.

Echó al correo las tres cartas, se dirigió en un carruaje á la estación del Norte, pidió un billete de primera hasta París, cambió para pagar, y poco después partió el tren.

Al llegar á la frontera le pidió un inspector de vigilancia el pasaporte.

—No tengo más que cedula de vecindad—contestó.

—No es bastante.

—Sin embargo.

—Además usted no puede pasar al extranjero sin mostrar la licencia absoluta por haberse librado del servicio de las armas.

Tuvo que suspender su marcha y detenerse en una fonda de Irún. Si traspasaba la frontera era considerado como desertor; si permanecía en España podía ser descubierto.

Llamó al inspector y trató de sobornarle para que le proporcionase un pasaporte. Á fin de conquistarse su cooperación, le ofreció un billete de cuatromil reales. Esta proposición despertó sospechas en el delegado de la autoridad.

—No se desprende de esa cantidad más que un criminal que desea huir—le dijo.—Por de pronto, voy á llevarle á usted á la cárcel.

Viéndose perdido, fuera de sí se avalanzó sobre el inspector, le arrojó al suelo, y le estranguló.

Al ruido que produjo la lucha, acudieron los mozos de la fonda, detuvieron y sujetaron á Sebastián, llamaron á los guardias civiles, y éstos le trasladaron á la cárcel dejándole incommunicado.

¡Era un asesino! Esta idea le horrorizaba.

Conducido á San Sebastián bajo el nombre supuesto que declaró, para que no alcanzase su deshónra á su familia, no negó su crimen; pero manifestó que había luchado con el inspector para defenderse, porque quería robarle.

¡Era asesino y calumniador!

Permaneció detenido algunos meses, y juzgada su causa fué condenado á cadena perpetua. Pero poseía un tesoro, y con él compraría la libertad.

De cárcel en cárcel y con esposas en las manos, fué conducido al presidio de Ceuta.

Al llegar, le mandó el alcaide que se quitara la ropa que llevaba, para ponerse el traje de los penados.

Esta orden le consternó.

—Yo no me quito la americana—dijo:

—Se la quitarán á usted á la fuerza.

—Pues bien... oiga usted antes dos palabras á solas.

—Eso es otra cosa; pero después...

—Haré lo que usted me mande.

Los dos quedaron solos.

—En esta americana—le dijo Sebastián—guardo una fortuna; vamos á partirla, y déjeme usted en libertad.

—¿Cuanto tiene usted ahí?

—Solo faltan cuatro mil reales para un millón.

—¿Me engaña usted?

—Hé aquí la prueba—dijo Sebastián quitándose la americana y sacando un paquete...—Toque usted el forro... ¿Lo ve usted? Está lleno de billetes.

El alcaide cogió la prenda y llamó.

—A ver—dijo—llevad á este tunante á un calabozo, y dejadle incomunicado.

—¿A mí?

—Sí.

—Déme usted esa americana.

—Llévadle.

—¡Antes morirá usted á mis manos—exclamó—lanzándose sobre el alcaide.

Los cabos le sujetaron.

—Soltadme—gritaba—soltadme: ¡ladrones! ¡ladrones!

.....

XIV

—¡Sebastián, Sebastián! despierta; ¿qué te pasa?

—¡Vamos, hijo mío, cálmate!

Estas dos frases fueron pronunciadas por Casilda y su madre.

Sebastián abrió los ojos, se incorporó en el lecho, miró á las personas que le habían hablado, y cayó desvanecido.

En aquel momento entraba el médico en el cuarto.

—Eso no es nada—dijo—Ha tenido una fiebre muy alta, y le ha quedado el desfallecimiento natural.

—¿No cree usted que corre peligro?

—¡Oh! No tal, señorita, esto no vale nada...

—¿El desmayo?

—Aspirando un poco de éter recobrará el sentido. Le daremos un buen caldo después, dormirá luego un poco, y á la tarde podrá usted verle, si no re-
puesto del todo, por lo menos muy aliviado.

—Dios le oiga á usted.

—¡Si viera usted que noche ha pasado!

—¡Con qué fuerza respiraba!

—¡Qué agitación!

—Habría tenido algún disgusto...

—No sabemos... Su patrona, que estaba muy asustada, nos avisó; vinimos, y al verle así, decidimos pasar la noche al lado suyo. Ya se vé, mi esposo, con su oficina, no puede trasnochar... De otro modo, él se habría quedado á velarle.

—Ya está aquí el éter... ¿Eh? ¿Qué tal? Abre los ojos... Ánimo, amigo: ¡eso no es nada!... Aquí tiene usted á su futura esposa y á su mamá, que se creen próximas á llevar luto por usted.

Sebastián miraba á los circunstantes con asombro, con terror, con curiosidad...

—¿Cómo te encuentras—le preguntó Casilda.

La voz de la joven llegó á su alma, y prorrumpió en llanto.

—Mejor que mejor—dijo el médico—esto acelerará su curación. Vaya... ya no me necesitan ustedes para nada.

XV

La madre y la hija permanecieron al lado de Sebastián, que lloraba sin hablar.

La crisis terminó favorablemente.

—Casilda, madre mía—dijo de pronto Sebastián estrechando las manos de aquellas dos mujeres...— ¡He sido un miserable!...

—Pues ¿qué ha pasado?

—Habla.

—Miren ustedes—dijo, sacando de debajo de la almohada los billetes.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? Un millón... Un millón que encontré en el portal del Banco.

—¡Ah, sí!—exclamó Casilda... La pérdida que anunció *La Correspondencia*. ¡Dios sea bendito! Ese dinero lo perdió un cajero, un hombre honrado, un padre de familia...

—Por un momento—añadió Sebastián—pensé guardármelo.

—¡Qué horror!—dijo Casilda...—¡Ahora comprendo tu enfermedad!...

—Vé... vé en seguida con tu madre á llevárselo á su dueño—añadió Sebastián—Reciban ustedes sus bendiciones... yo soy indigno de ellas. Sólo al saber que has gozado devolviendo la honra y la vida á ese infeliz, se calmará mi espíritu.

Con efecto, poco después corrían Casilda y su madre á llevar la tranquilidad al desgraciado cajero.

La escena... ¿para qué pintarla? Los lectores la adivinan.

El cajero y su esposa quisieron ver á Sebastián, y fueron á su casa con Casilda y doña Encarnación.

El pobre hombre se arrodilló á sus piés. Su mujer, llorando á lágrima viva, le abrazaba. Querían darle cuanto tenían por el hallazgo...

—No—dijo Sebastián—me han dado ustedes sin saberlo, más que lo que yo les devuelvo; me han dado ustedes la felicidad que había perdido en sueños.

Los periódicos elogiaron por la noche el acto de honradez de Sebastián.

Los condes, sus padrinos, se entusiasmaron con su conducta; sus padres al saber lo que había sucedido, le escribieron bendiciéndole.

XVI

Algunos días después se celebró la boda, y los recién casados se dirigieron al pueblo donde él iba á ejercer las funciones de médico.

Apenas instalados en su casa, dijo Sebastián á Casilda:

—Toma todo el dinero que poseo; desde hoy tú sola administrarás cuanto yo gane. Mi odio al vil metal, representa mi amor á ti.

—Yo haré que en mis manos sea también amor,
—contestó la jóven.

FIN

GENOVEVA-PAULINA

**LA NOVELA DE UNA JOVEN
CONTADA POR CUATRO TRAJES**

La primera edición de esta novela se publicó el año 1860. Después se han hecho varias en España, y dos en París para América.

PRIMERA PARTE

EL TRAJE ROSA



I

ELLA, y su amiga íntima, se paseaban á la caída de la tarde por una de las alamedas del jardín.

El cielo estaba triste.

Las hojas de los árboles recordaban al caer la famosa quintilla de Espronceda, y alfombraban el suelo gimiendo al contacto de los diminutos piés de las dos jóvenes.

Mientras las otras colegialas jugaban—porque la escena que voy á referir pasaba en un Colegio de Señoritas dirigido por religiosas—Ella y su amiga soñaban, juego también que entretiene los ocios de las niñas de quince Abriles.

Aunque el cielo estaba triste, cuando las dos amigas le miraban les parecía de color de rosa; lo que prueba que en cierta edad de la vida, por más que miran los ojos hácia fuera no ven más que hácia dentro.

Ella, había cumplido diez y seis años, y su mamá la había prometido sacarla del colegio á fines de Noviembre para presentarla en el gran mundo, y llevarla al palco del teatro Real, á los aristocráticos salones y á la Castellana en coche.

Faltaban diez ó doce días para que la promesa se convirtiera en realidad, y como su amiga acariciaba

la misma esperanza, las dos se comprendían, se amaban más que nunca y soñaban juntas.

Su imaginación rompía la cárcel en que se hallaban; las elevadas murallas del monasterio desaparecían ante su vista, y transportada en alas de sus deseos al próximo teatro de sus triunfos, ensayaban el primer acto de la comedia de su vida.

II

—¡Ah! ¡que ventura!—decía Ella con la mayor ingenuidad...—dentro de pocos días abandonaré para siempre el convento, cambiaré el uniforme por los elegantes trajes que con sus manos de hada confecciona la modista de mi mamá, y sin pensar en las lecciones, correrá mi vida entre paseos y saraos. Esa es la felicidad, querida mía, no hay otra, no puede haberla.

—Yo también gozaré como tú en medio de esas grandes fiestas que nos esperan, y en ellas seremos más amigas aún que en el Colegio.

—¡Ah! sí, no tendremos secretos, nos comunicaremos todas las impresiones que recibamos, nos ayudaremos en todo.

—Discutiremos juntas nuestros trajes.

—Elegiremos el mismo color y los mismos adornos para que nos crean hermanas.

—Y después de bailar nos reuniremos para contar-nos lo que nos digan nuestros caballeros.

—Ya verás, ya verás que dichosas vamos á ser.

—Nada podrá entibiar este inmenso cariño que nos profesamos.

—Yo seré muy amiga de tu novio.

—No, mejor es que no tengamos novio hasta tenerlo las dos.

—Eso es.

—Tú me confiarás lo que el tuyo te diga.

—¿Y tú?...

—Lo mismo.

—Pero los amaremos mucho, ¿no es verdad?

—Con toda nuestra alma.

—El mio será militar... ¡me gustan tanto los militares!... Ya ves, mi primo es artillero.

—Pues el mio ha de ser abogado, soy más modesta que tú.

—Procura que figure en política como mi papá; de ese modo él será algún día gobernador y tú gobernadora; yo haré también que el mio pida que le nombren capitán general de la misma provincia, y seremos tú gobernadora, yo generala.

—No sucederá eso.

—Pero si sucediera, ¡como nos envidiarían las amigas!

—¡Ah! sí...

—¡Y cuánto nos querrán nuestros maridos!

—¡Ah! dame un beso... y juremos amarnos eternamente—dijo Ella ébria de gozo.

La noche se echó encima, la campana resonó, y las colegialas abandonaron el jardín para dar un repaso á la aritmética.

No las agradaba mucho esta ocupación; pero se contentaban con dirigir una mirada terrible á la campana, con hacer una mueca á la Superiora, y se ponían á estudiar satisfechas porque con aquellos desahogos creían haberse vengado de sus opresoras.
¡Pobrecillas!

III

Doce días después llegó á la puerta del monasterio un lujoso landó, y una señora de cuarenta y cinco años, elegante y bien conservada, se apeó del carruaje dirigiéndose á la habitación de la Superiora.

—¡Oh, señora marquesa!—dijo la santa madre al reconocerla.—Si viera usted cuánto siento esta visita!

—Era precisa.

—Sí; pero queremos tanto á su hija de usted, está adornada de tan raras virtudes, que consideramos su marcha como una pérdida irreparable. En fin, ¡cómo ha de ser!

—Doy á usted gracias por su bondad, y sobre todo por la esmerada educación que ha recibido aquí mi hija.

—Podrá brillar en un salón, ser hoy una joven modelo y mañana una esposa inapreciable.

Poco después fué llamada la colegiala, y al saber que había llegado el momento que tanto deseaba,

asomaron á sus ojos algunas lágrimas, que la Superiora atribuyó al dolor que la causaba abandonar el monasterio.

—¡Pobrecita! —dijo la Superiora,—esta separación va á costarle una enfermedad.

Al oír ésto, Ella, que lloraba de alegría, fingió llorar de pena mientras se reía interiormente de la candidez de la Superiora.

Aquella lección póstuma, completó la educación de la jóven. Sin querer, la enseñó su maestra á disimular, que es lo esencial en toda mujer destinada á vivir en el gran mundo.

Se despidió, muy afligida al parecer, de sus maestras y de sus compañeras, prometió visitarlas, recogió los recuerdos que todas la entregaban, abrazó á su amiga que debía abandonar el claustro dos ó tres días después, y salió del convento con su mamá instalándose con ella en el carruaje.

—¿A dónde manda V. S?—preguntó el lacayo.

—A casa de Escolar.

—¿Para qué, mamá?

—Para que elijas el primer traje con que has de presentarse dentro de ocho días en la reunión que pienso dar en albricias de tu salida del colegio.

—¡Qué buena eres!

El carruaje llegó á la calle Mayor.

Hija y madre entraron en la elegante tienda, y pasaron más de una hora viendo preciosos cortes de vestidos.

—Este, mamá—dijo Ella, fijándose en un precioso corte de glasé color de rosa.

—Pero mujer .. ¿por qué no eliges un traje blanco ó azul celeste?

—No, mamá; no hay ninguno que me guste tanto como ese rosa.

—Entónces toma dos ó tres cortes.

—Como tú quieras; pero el primero que me pondré será ese.

La hermosa niña quería un color que la recordase sus ensueños. El dependiente envolvió tres cortes, y entre ellos el favorito de Ella.

Acto continuo se encaminaron hija y madre á casa de Honorina, el hada de la elegancia y del buen gusto en aquel tiempo, discutieron la hechura de los trajes, y despues se retiraron á su casa en donde las esperaba una comida á la que habían sido invitados los parientes más cercanos de la jóven.

¡Ah! se me olvidaba decir que Ella era Paulina de Vallehermoso, hija única de los marqueses del Pinar, que ocupaban una brillante posición, y formaban parte de ese todo que llaman los revisteros de los salones la *buena sociedad de Madrid*.

IV

Ocho días parecieron un siglo á Paulina, por más que en este tiempo recibió cinco cartas de su amiga anunciándola en una su salida del colegio, y en otra que había escogido un traje lila para asistir al sarao á que los marqueses del Pinar habían invitado

á su familia, pagando de este modo el tributo al cariño que las dos colegialas se profesaban.

Pero como los siglos también pasan, llegó por fin el día de la noche en que Paulina debía *exponerse*, y su alegría no tuvo límites al ver entrar con su vestido de color de rosa á una de las más lindas oficialas de Honorina.

Sin embargo como selo había ofrecido para las dos; desde esta hora hasta las tres en que llegó el suspirado traje, la impaciencia de la jóven fué inmensa.

¡Cosas de la vida!

La oficiala, portadora del traje de Paulina, había salido del obrador á las doce y media, y la joven debió recibirlo lo más tarde á la una menos quince minutos.

Pero al pasar la modista por delante del café de las Columnas, salía de él un joven de veinticinco á veintiseis años que acababa de almorzar fuerte.

La vió, la siguió, se acercó al fin á ella, regaló su oído con unas cuantas frases galantes, y ella que eligió el camino más largo, le dijo cinco ó seis veces:

—¿Sí? ¡para quién se fie de ustedes! Todos dicen ustedes lo mismo y luego si te ví no me acuerdo.

Al cabo de dos horas y media, empleadas por él en sitiar la plaza y por ella en defenderse débilmente, quedaron citados para las ocho de aquella noche.

Entonces fué cuando la oficiala llevó á Paulina el traje que había sido testigo de tan galante escena.

—¿Cómo ha tardado usted tanto?—la preguntó entre irritada y contenta.

—Calle usted señorita—respondió la oficiala con



la mayor serenidad—me ha pasado un percance... Figúrese usted que al salir del obrador á las doce, encontré á mi hermana que iba corriendo á anunciarme que se había puesto muy mala mi madre. Corrí á mi casa, llamamos al médico, y hasta dejarla algo sosegada no he podido venir.

Cuando al retirarse más tarde que de costumbre, la preguntó su madre por qué había tardado, contestó que había tenido que hacer una compostura en un traje, y que la parroquiana la había detenido en su casa más de tres horas.

A la maestra la dió otra excusa por el estilo, y procuró salir del obrador á las ocho menos cuarto para estar á las ocho en el sitio de la cita, que no era otro que el en aquella época complaciente y sufrido pasaje de Matheu.

Allí encontró á su adorador, el cual solo estuvo con ella media hora, porque según la dijo, á pesar del inmenso amor que le inspiraba su graciosa cara y su menudo pié, tenía precisamente una cita con un ministro y no podía faltar.

Quedaron, pues, en verse á la misma hora la noche siguiente, y ella se fué á su casa muy contenta porque su novio se trataba con ministros, y él se encaminó á casa de Borges, el aristocrático peluquero de la calle del Arenal.

Siguiendo á este jóven conquistador de modistas, es muy posible que volvamos á hallar á la hermosa Paulina.

En casa de Borges le peinaron, y acto continuo compró en casa de Dubost un par de guantes paja,

retirándose en seguida á su albergue para acabar de acicalarse.

—¡Qué bien la sienta á usted ese traje rosa!—decía una hora despues á una jóven que bailaba con él la primera polka.

La jóven era Paulina. Su caballero Pedro Ponce, hijo de un rico hacendado de la Almunia, estudiante de leyes y colaborador de un diario político.

V

Al día siguiente pudieron leer treinta ó cuarenta mil personas en *La Correspondencia* las siguientes líneas:

«Los marqueses del Pinar abrieron anoche sus
»espléndidos salones á la sociedad más escogida de
»Madrid.

»En esta recepción, que fué brillantísima, hizo su
»entrada en el gran mundo la jóven, bella y única
»heredera de los marqueses.

»Al lado de su bondadosa mamá, que parecía su
»hermana mayor, lucía la joven y encantadora mar-
»quesita un precioso traje color de rosa: en su cuello,
»como gotas de cristalino rocío, brillaban infinitas
»perlas.

»A cosa de la una se sirvió una espléndida cena,
»y despues se bailó el cotillón.

»Los marqueses y su encantadora hija, hicieron los
»honoros con su acostumbrada amabilidad, y es segu-

«ro que cuantos asistieron á tan magnífica fiesta, con-
servarán de ella un eterno recuerdo.»

Despues de leer ésto, unos dijeron:

—¿Y á mi qué?

Otros exclamaron, según su modo de pensar:

—¡Qué lástima de dinero empleado en esa fiesta!
Con lo que habrán gastado 'los marqueses, tendría
para vivir un año entero una familia.

—¿Conque heredera única?... ¡Quién la pescara!

—¡Vaya un gusto! ¡Vestirse de color de rosa para
entrar en el gran mundo!

—A esa señorita de quién habla el periódico, ahí
donde la ven ustedes, la hetenido yo en mis brazos...
cuando era niña.

Etcétera... porque si continuase copiando las ex-
clamaciones y comentarios de los lectores de *La Co-
rrespondencia*, tendría para rato.

Ello es que el baile se celebró, y que asistieron á
él Genoveva y Pedro Ponce.

.....
—¿Quiere usted darnos algunos informes mas de
ese caballero, que tan bien sirve para hacer el amor
á una modista, como para regalar el oido con una li-
sonja á una jóven aristócratica?

—Con mucho gusto.

—Pues entónces...

—Comprendo...

VI

Pedro Ponce tenia veinticinco años.

Haré gracia á mis bellas lectoras de sus primeros

quince... No de los suyos, sino de los de Pedro.

Durante este tiempo su vida fué como la de todos los muchachos.

Hizo muchas calaveradas, se subió á algunos parras, descalabró á algunos amigos, muchos días hizo novillos en vez de ir á la escuela, escamoteó á su padre algunos cigarros, se entusiasmó ante la idea de tener que afeitarse algún día, no durmió la vispera del destinado al estreno del primer sombrero de copa alta, y le pasaron otra porción de cosas por el estilo.

Pero á los quince años, después de haber aprendido latín con un dómine de su pueblo, fué á Zaragoza á completar la segunda enseñanza; y en honor de la verdad debo decir que más se le veía en la ribera del Ebro, en la Glorieta, en el teatro y en el café de la Constancia, que en las áulas.

A pesar de esta ocupada ociosidad, debo decir también, que al fin de cada curso sacaba con justicia la nota de sobresaliente.

En medio de su fácil comprensión, de su privilegiada inteligencia, lo único que no podía comprender eran las matemáticas.

Un hombre que no entiende las matemáticas puede ser una de estas dos cosas: ó un gran artista ó un gran vago.

Pedro no era todavía ni lo uno ni lo otro, aun cuando sus naturales disposiciones le impulsaban á lo segundo.

Terminó la Filosofía compartiendo su tiempo entre acaloradas discusiones sobre la historia contem-

poránea, expediciones campestres á los alrededores de la ciudad, francachelas en Montemolín, largas visitas á los cuartos de las actrices, partidas de billar y galanteos, que aunque en el siglo XIX, tenían mucho sabor del siglo XVII.

Al llegar á la Almunia hecho todo un bachiller, convino con su padre en hacerse abogado, y en vez de volver á Zaragoza se dirigió á Madrid, donde comenzó á cursar leyes, añadiendo á sus antigurs costumbres la de frecuentar el Paraiso del teatro Real, el tendido número 3 de la Plaza de toros y el Café de Diana.

Todos sus compañeros se maravillaban de que supiera las lecciones sin estudiar y sin preocuparse para nada de la obra de Justiniano.

En cambio estaba al corriente del movimiento literario de Europa, discutía con el mismo acierto los gorgoritos de una cantante, que los pases de muleta de un diestro, y vivía al día, como suele decirse.

Como su padre era rico y generoso, el muchacho no tenía deudas, pero gastaba de lo lindo.

No hay para que decir que su nombre era conocido y respetado en Capellanes.

Al quinto año de leyes ya le conocían todas las modistas de Madrid, y lo más notable era, que á pesar de conocerle, le hacían caso.

Esas mañanas del Retiro, en las que al mismo tiempo que los ruiseñores cantan, toman la lección las modistas á sus novios, proporcionaron horas venturosísimas á Pedro.

De pronto se le vió cambiar de conversación.

Ya no hablaba de arte ni de modistas; ya no hablaba de amores ni de toros; hablaba de política.

¿Y saben ustedes por qué?

—Si lo supiéramos no tendría usted necesidad de decírnoslo.

—Es verdad, y por eso voy á contarlo.

Un día al salir del Caté Suizo...—A Pedro le sucedían muchas cosas al salir de los cafés—se encontró á un antiguo amigo á quien había conocido en Zaragoza, y al verle exclamó:

—¡Hola, Juan!

—¿Tú por aquí, Pedro?

—Ya hace años.

—¿Qué es de tu vida?

—Colgué la carrera y me metí á periodista.

—¿Qué me cuentas? ¿Periodista?

—Lo que oyes.

—¿Con qué tú eres opinión pública?

—Eso creen las gentes.

—Pero hombre, ¿publicista y sin saber una jota de nada? Porque, francamente, aquí que nadie nos oye, puedo recordarte que eras de los más atrasados...

—Con efecto, sé poco de números, como dicen por allá los baturros; pero al menos se contar... con la huéspedada.

—¡Ah! ¿La huéspedada es?...

—La prensa.

—¿Y dónde escribes?

—En *El Rayo*.

—¿Periódico fulminante?

—Periódico de oposición

—¿Y qué haces?

—Fondos.

—¡Cómo! ¿Dinero?

—No; artículos de fondo.

—¿Y ganas mucho?

—Poco; el director me ha señalado treinta duros al mes: es verdad que sin duda por delicadeza no me ha abonado todavía ninguna mensualidad, pero á cada instante me repite: «Ya verá usted, ya verá usted cuando suban los nuestros.

—¿Y qué te harán cuando vengan los suyos?

—Primero, diputado; después, gobernador; y andando el tiempo seré subsecretario.

—¿Tan fácil es todo eso?

—¿No sabes que la prensa es una vara mágica para improvisar posiciones?

—¿De modo que sin maldita la ciencia, te vas á ver un día de estos hecho un personaje?

—Así como suena. ¿Y sabes la receta para operar esos milagros? Sigue mi ejemplo.

—Casi, casi me dá gana de hacerte caso.

—¿Quiéres ser gacetillero de *El Rayo*?

—Antes de oírte hablar me habría parecido eso una gran cosa: después de haberte oído, casi casi me parece que debo hacerme de rogar.

—Daremos cierto tinte á tu empleo: redactor del correo extranjero y encargado además de la gacetilla.

—Corriente; ¿y cuánto?

—Lo menos cien pesetas... nominales.

—Aceptado.

—Mañana hablaré al director.

—Y yo iré á verte para saber el resultado.

Cambiaron sus tarjetas, se dieron un apretón de manos, y aquella noche, en vez de tomar Pedro su entrada para el Paraiso del Teatro Real, se permitió el lujo de comprar una butaca.

VII

—Un escritor público—pensó— no puede alternar con las Evas y Adanes que hay allá arriba.

El pobre no vió que la serpiente había bajado ya á tentarle.

En *El Rayo* lució su ingenio, contrajo relaciones con mucha gente, de cuya buena educación tuvo ocasión de dudar, porque notó que todos hablaban mal unos de otros.

El á su vez habló como todos.

De la gacetilla y del correo extranjero, pasó á hacer política, lo mismo que pasa un mancebo de botica del negociado de emplastos al de píldoras; aprendió de memoria los nombres políticos en boga, frecuentó algunos salones aristocráticos en donde su buena figura daba importancia á sus escritos; y recordando de vez en cuando sus antiguas mañas, revoloteando en los salones en torno de las bellas, llegó con el corazón sano, con la conciencia incólume, por más que esto último parezca una exageración, hasta el día en

que después de almorzar en las Columnas, encontró á la oficiala de Honorina, y hasta la noche en que después de separarse de esta oficiala le encontramos en los salones de los marqueses del Pinar, asegurando á Paulina que el traje de color de rosa la sentaba á las mil maravillas.

Pedro estaba en las mejores relaciones con el padre de la joven.

Hay que advertir que el marqués del Pinar era un personaje político de alguna importancia, y que como sabía que Pedro escribía bien le distinguía con su amistad para utilizarle en su día si llegaba el caso.

Pedro, por su parte, que ya metido en la política y habiendo colgado la carrera, aspiraba á ser hombre público, á hacer el bien de su país, se mostraba muy afectuoso con el marqués, estudiaba todos sus flacos—lo cual era difícil porque era un hombre bastante gordo—y confiaba en que le ayudaría para subir en el momento oportuno.

No pasaré adelante sin revelar á mis lectores por qué razón había ido á almorzar al Café de las Columnas.

Hay cosas que aunque parecen triviales, son de gran importancia.

Por entonces ya no escribía en *El Rayo*: el periódico que redactaba se titulaba *El Iris*.

Debían hacerse unas elecciones muy pronto, y como Pedro tenía un distrito natural, nada más natural también que aspirar á representarle.

Había venido de su pueblo un ricachón bastante

bruto, que como buen aragonés, sabía hacer honor á un almuerzo.

Pedro no confiaba mucho en su padrino, y por otra parte la reputación del Café de las Columnas le estimuló á invitar allí á su paisano, amigo y protector en las elecciones.

Allí despacharon una porción de manjares, cuya cantidad parecería increíble á mis lectores, que de seguro comen para vivir y no viven para comer; y harto y algo aburrido de la conversación con su paisano, le dejó haciendo una lenta y laboriosa digestión y salió á la calle al mismo tiempo que pasaba la modista.

Lo demás ya lo saben los lectores.

Pero lo que no saben, fué la impresión que Pedro Ponce produjo en la ex-colegiala la noche en que ésta estrenó su vestido rosa.

Al día siguiente del sarao, eran las doce de la mañana, y todavía no daban señales de vida los simpáticos marqueses, que como dijo *La Correspondencia* habían hecho los honores con su proverbial amabilidad.

Sin embargo, á cosa de la una estaban en el comedor el marqués, su esposa y Paulina.

—Conque, ¿qué tal, hija mía, qué te ha parecido el gran mundo?—dijo el marqués á su pimpollo.

—Delicioso, encantador.

—¿Te gustaría volver al convento?

—¡Ah! no, papá, me gusta más bailar que aprender la lección de gramática.

—Lo que es el baile estuvo magnífico—exclamó la marquesa—todos mis amigos me felicitaron por el

buen gusto con que he adornado los salones, y no faltó tampoco quien prodigara los mayores elogios á nuestra hija.

—¿Quién mamá?

—El barón del Lirio.

—¿Aquel viejo?...—dijo Paulina perdiendo una ilusión.

—El conde del Ciprés.

—¿El jorobado?

—Mujer, es un poco torcido, aunque lo disimula. Pero quien estuvo más espresivo...

—¿A que adivino quién fué?—interrumpió el marqués.

—¿A que no?

—¿A que fué Pedro Ponce?

—Pues te equivocas de medio á medio: fué mi sobrino Enrique.

En aquel momento, sin saber por qué, sintió Paulina más simpatías hácia su padre que hácia la autora de sus días.

—¿Y quién es ese que has nombrado, papá?

—¿No te acuerdas de aquel gallardo joven que bailó contigo el primer rigodón?

—¡Ah! sí; muy elegante, muy fino....

—Y sobre todo, un chico de porvenir... todo un hombre de Estado; desconocido aún, pero que con el tiempo llegará á ser un Metternich.

—¿Es ese algún cantante, papá?

—No, mujer, un gran político.

—¡Lo que es tu amigo me dijo tantas cosas... bonitas!

—Yo le quiero... vamos, como si fuera un hijo—añadió el marqués.

—Estás obcecado: crees que todos tienen talento, excepto tu sobrino—dijo la marquesa.

—¡Qué quieres, mujer! ¡Tengo tan mala idea de los militares!

—Enrique es artillero.

—Con lo cual dicho se está que meterá ruido. Pero de todos modos, ese muchacho.... Y si no, vamos á ver; ¿qué artillero ha sido ministro de nota?

—Tu sobrino es ya capitán y tiene un gran porvenir. Precisamente me dijo el otro día que estaba acabando los estudios de un arma que ha inventado, un portento, figúrate que es un cañón revólver...

—¡Pues! Esa gente lo arregla todo á cañonazos. Yo soy más partidario de la diplomacia, y digas lo que quieras, no cambiaría á mi amigo Pedro Ponce por todos los artilleros incluso Daoiz y Velarde.

—Tienes razón, papá—se atrevió á decir Paulina, olvidando sus aspiraciones de colegiala—y lo que es yo, si algún día tuviera que casarme, no me casaría con un militar.

—¡Bravo, hija mía! No te seduce el uniforme: eres la escepción de la regla.

—Es una tontuela—dijo la marquesa, poniéndose de mal humor; porque, como habrán comprendido mis lectores, protegía á su sobrino.

—Perdóname, mamá—balbuceó Paulina recordando sus resabios de colegiala.

—¿Quieres que demos un paseo?—dijo el marqués.

—Con mucho gusto si mamá lo permite.

—Haced lo que gustéis: yo tengo hoy junta en la Asociación y no puedo acompañaros.

Una hora después subían en un lujoso carruaje el marqués del Pinar y Paulina, encaminándose á la Castellana.

VIII

Durante el paseo hablaron de muchas cosas, y la conversación, como entrambos deseaban, llegó á un punto que puede interesar á mis lectores.

—¿Conque dices que tu amigo es periodista?— preguntó Paulina.

—¡Mozo de gran talento!

—¿Y los periodistas son ricos?

—No es lo general; pero por medio de la prensa se llega á las más altas posiciones.

—A gobernador, ¿no es verdad?

—Y también á embajador, á ministro...

—¿De veras?

—Sí, mujer.

—¿Es decir que no te disgustaría que yo me casara con un periodista?

—Eso .. según y como. Pero sabes que noto que has salido del colegio con unas ideas...

—¡Tomal! ¿no es natural que me case?

—Sí; pero todavía eres muy joven.

—En ese caso aguardaré.

La resolución de Paulina estaba formada.

Pedro Ponce, elogiando su traje de color de rosa, había llegado á lo más íntimo de su corazón; y con los elogios que le había prodigado su papá la había fascinado de tal modo, que en menos de veinticuatro horas le amaba—no diré con locura—pero sí con impaciencia.

Por la noche fué Pedro á casa del marqués.

Paulina se puso muy encendida; le miró de soslayo muchas veces y se afirmó más y más en su resolución.

Pedro por su parte, la dirigió algunas miradas demasiado espresivas.

—Me ama—pensó Paulina al despedirse de él.

—Me amaré—pensó Pedro al separarse de ella.

Los dos habían conjugado un mismo verbo, y como conjugaban... *jugaban* con sus sentimientos.

A cosa de las doce se retiró Paulina, y al recostar su hermosa cabeza sobre la fina batista de la almohada, se dijo:

—No hay duda, papá consentirá en nuestra unión y voy á ser la mujer más feliz del mundo. Por supuesto que no contaré nada de lo que me pasa á Genova. Como ella no tiene novio todavía, y como nos prometimos no tenerle ninguna hasta que le tuviéramos las dos, podía acusarme de hacer trampa. Pero ¿qué importa? Amo, y el amor todo lo vence, como dice *la Pata de cabra*. Cuando pienso que á estas horas estará él en su casa apoyada la cabeza en sus manos, viéndome con el pensamiento, recreándose en mi imágen, jurándome amor eterno...

El ángel del sueño puso su dedo de color de rosa sobre su frente, y Paulina se quedó dormida.

Cuando el ángel del sueño se alejó, quedó velando á la cabecera de su lecho el ángel de la inocencia.

Pero ¡oh desencanto! Pedro no estaba en su casa.

Al salir de la de Paulina había pasado por Capellanes, había baile, y entró.

No apoyaba su cabeza en sus manos; pero precisamente sus manos oprimían el talle de la linda modista á quien halló al salir del café aquel famoso día.

Miraba á Paulina con el pensamiento; pero miraba con los ojos á su pareja.

No juraba amor eterno á la ex-colegiala; pero sí prometía una porcion de cosas á su víctima.

Y, sin embargo, Paulina continuaba soñando.

IX

Entre unas y otras cosas llegó la Primavera, presentándose en el Retiro con su precioso traje de lilas.

Hace ya mucho tiempo que deseo hacer una confesión y voy á aprovechar esta oportunidad.

Tengo una pasión loca por las lilas: no sé qué encanto, no sé qué prestigio, no sé qué belleza adorna

á esta flor, pero lo cierto es que á mis ojos es la más bella. ¿Es por que nace, vive y muere en breve espacio de tiempo? No lo sé; pero su efimera existencia representa para mí lo que la primera ilusión de la juventud.

Precursora de la estación florida, condensa en su perfume el de todas las flores, y si su vida es corta, en cambio, ¡vive tanto en tan poco tiempo!

Es la sonrisa celestial del ángel que se aparece en nuestros primeros ensueños y nos ofrece todas las dichas que embelesan al alma; y como el ángel desaparece apenas abrimos los ojos á la luz, así la flor se marchita después de haber ofrecido á nuestra alma el bálsamo de la esperanza. ¡Podría decir tanto pensando en esta flor! Pero lo más elocuente, lo más expresivo que puedo decir, es que me gustan las lilas. Y basta de floricultura.

.
Pues, como iba diciendo, llegó la Primavera, y Pedro, que había pasado los cortos días del Invierno hablando y escribiendo política, compartiendo las largas noches entre sus ocupaciones de pírate callejero y los saraos á que asistía para hacer á un mismo tiempo tiempo amor y política; Pedro, repito, que en la lucha había perdido la salud, al pensar en las flores, en los campos, sentía una viva é insaciable necesidad de respirar aire puro y dejar descansar la inteligencia para vivir algunas horas con el corazón.

Estando en Madrid no hay más que dos recursos para realizar este deseo: ó la Casa de Campo, á donde van los idólatras del agua á hablar de su ídolo, ó

el Parque de Madrid, donde al lado de las flores suelen hallarse otras flores con faldas.

En su primer paseo no pudo menos de experimentar esa emoción que desprende al hombre de los lazos materiales de la vida, y eleva su alma bañándola en una luz purísima que le hace comprender que es esclavo pudiendo ser el Rey del mundo.

—Soy un tonto—se dijo—pierdo el tiempo empeñado en una lucha que me ofrece triunfos poco envidiables por cierto. ¿De qué me sirve la ambición? En vez de pensar, calculo; en vez de sentir, finjo; soy un personaje de la comedia humana, me expongo á que me silven cuando podría ser un honrado y pacífico espectador y divertirme á costa de los demás actores. ¡Ah! ¡qué tiempos aquellos en los que no sabía lo que quería decir ser diputado, gobernador, ministro; en los que una moneda de veinte reales era para mí el *summum* de la felicidad! Si hubiera continuado por aquel camino, si no hubiera salido de mi aldea, habría hallado tal vez alguna jóven con menos Injo, con menos adornos; pero con más belleza, y sobre todo con más alma que esas que encuentro en los salones, y la habría amado con esa fé, con esa intensidad que ofrece dichas inefables, dichas que yo comprendo cuando las he perdido. Y sin embargo, ¡el amor á mi edad es tan necesario!

En esto iba de su meditación cuando acertó á pasar á su lado una jóven, en compañía de una señora de alguna edad, que era su madre; y después de mirarle atentamente, le dirigió un gracioso y modesto saludo.

—Yo conozco esa cara—pensó Pedro.

Y sin dejar de pensar en lo mismo, aunque con menos vaguedad, porque la casualidad había tomado una forma bella en su pesamiennto:

—¡Ya se vé que la conozco!—exclamó de pronto.— Como que es una amiga de Paulina, á quien me presentaron la misma noche en que ella fué presentada en el gran mundo. Sí, es Genoveva: no sé por qué la he recordado muchas veces. ¡Hay tanta dulzura en su mirada, tanto candor en su rostro, y sobre todo, ha venido á pasear al Retiro impulsada por el mismo deseo que yo! ¡Oh! no hay duda: es una mujer encantadora, y voy á seguirla desde lejos para estudiar su alma en su fisonomía.

Así diciendo, notó que Genoveva y su mamá se encaminaron hacia el Ángel Caído.

Nada más natural que ir hasta allí, acercarse á ellas y entablar conversación con cualquier pretexto.

Pedro era atrevido, lo cual no extrañará á mis lectores, sabiendo la profesión que ejercía.

Por otra parte, había sido presentado la noche del sarao á la mamá de Genoveva, y era muy natural que la saludase.

Después de los cumplidos ordinarios, hizo algunas preguntas á la jóven, que fueron contestadas con una sencillez y una poesía, que quedó encantado Pedro.

—Decididamente, esta mujer merece ser feliz—se dijo al separarse de ella.

Y no perdió ocasión de preguntar á todos cuantos la conocían, acerca del carácter y de la educación de la jóven.

Aunque educada en un colegio aristocrático, Genoveva no había perdido los encantos femeniles que la educación moderna tiende á suprimir en la mujer.

Mientras sus compañeras se dedicaban al francés, al baile y al dibujo, á las matemáticas y á la ortografía, ella aprendía con más gusto las labores propias de su sexo, y la importaba muy poco escribir *haber sin h*, lo cual dicho sea de paso, tiene á mis ojos cierto encanto.

Para comprender que fuera íntima amiga de Paulina es necesario saber física, saber que los polos opuestos se atraen.

Pedro era muy impresionable, y los informes que le daban de Genoveva la presentaban á sus ojos como uno de esos personajes de novela por los que se interesa el lector y no puede olvidar nunca.

Paulina era bella, rica, hija de una familia distinguida; su padre ocupaba un puesto elevado en la política, podía favorecerle en lo sucesivo; casarse con ella era un magnífico negocio.

Genoveva no era tan rica. Su padre era un comerciante inteligente y probo; casándose con ella, su ambición retrocedía. Pero ¡había tanta pureza en su alma! ¡Debía ser tan feliz quien conquistase su cariñol

Pedro pensó que había llegado para él el caso de meditar seriamente en el porvenir.

Mientras se decidía, continuó escribiendo artículos en su periódico y viendo de cuando en cuando á la oficiala de Honorina. Pero un acontecimiento vino á pesar en la balanza á favor de Genoveva.

Una de las casas más fuertes de la Habana, se pre-

sentó en quiebra, y esto arruinó al padre de la jóven.

Al prestigio de su belleza y al de la poesía de su alma, unió el de la pobreza.

Era natural que desde entonces la cerrasen la puerta sus amigas del colegio que ocupaban una brillante posición: lo era también que tuviese que abandonar sus trajes por otros más modestos, y esta transformación fué un incentivo para Pedro.

¿Cómo, después de conocerla y saber que era un ángel, podía abandonarla á la desgracia?

—Nada, nada—pensó—la fortuna de mi padre y mi carrera de abogado, pueden proporcionarme cuanto necesito para hacer su felicidad.

Resuelto á llevar á cabo éste noble pensamiento, salió de su casa y de manos á boca encontró á su famoso paisano el aragonés.

—Amigo mío, vengan esos cinco—le dijo—he recibido una carta del pueblo, y ya puede usted contarse como diputado.

Pedro varió de rumbo y se encaminó á casa del marqués del Pinar.

Cuando entró en el despacho del marqués, estaba Paulina en su gabinete, probándose...



PARTE SEGUNDA

El traje verde.

I

PUES sí, señor marqués—dijo Pedro á su amigo, —mi elección está asegurada y es inútil que le repita que puede usted contar conmigo para todo.

—No puede usted imaginar lo que me alegro de que haya usted venido; precisamente iba á escribir á usted una carta.

—¿Una carta? ¿Con qué objeto?

—Con el de rogarle que viniera á comer con nosotros esta noche.

—Tanto honor...

—Ya sabe usted que en esta casa todos le queremos.

—Con efecto, me distinguen ustedes.

—No hacemos más que lo que merece el jóven periodista, próximo diputado y—aquí para entre nosotros dos—futuro subsecretario, cuando yo sea ministro.

—¿Y hay esperanza de que lo sea usted pronto?

—Muchos de mis amigos dicen que estoy llamado á serlo.

—Pero usted ¿ha recibido algún aviso, tiene usted algún indicio que le haga suponer...?

—Todavía no; pero de seguro en la primera crisis entraré en turno.

—Pues en ese caso vendré á comer.

No podía expresarse con más sinceridad.

Pedro se olvidó por completo de Genoveva, y durante aquel día no pensó más que en sus futuros triunfos parlamentarios.

—¡Qué discursos he de pronunciar!—pensaba—voy á dedicarme á apuntar todas las frases célebres: el lecho de Procusto, el suplicio de Tántalo, el *nihil novum sub sole*, el *alea jacta est*, la espada de Damocles; y luego algunos cuadros históricos, Guzmán el Bueno arrojando el puñal, los de Fernán González azotando á las hijas del Cid... No, estos no: son figuras demasiado al natural para un Parlamento; pero, en fin, yo saldré del paso, y estoy seguro de que produciré efecto.

Pedro visitó varias redacciones y en todas ellas fué suplicando la inserción de un suelto concebido en estos ó parecidos términos:

«Según las cartas que se reciben de Zaragoza, parece asegurada la elección en la Almunia, del distinguido publicista D. Pedro Ponce, uno de los más entusiastas y decididos defensores de las conquistas de la libertad.»

Y lo mejor es que por la noche leyó con interés estas líneas impresas, con el mismo interés que si no las hubiera visto en su vida.

La vanidad es absurda.

II

Dieron las seis y Pedro se dirigió á casa del marqués, en donde Paulina, amaestrada por su padre, le felicitó por su próxima elección.

Comió con buen apetito, tomó el café en el gabinete de la marquesa, y á cosa de las nueve llegaron un general, antiguo amigo de la casa, y un magistrado que hacía pié en el tresillo á los marqueses.

Mientras estos cuatro personajes procuraban *darse codillo, hacían puestas y se quedaban muertos*, Paulina á su vez, se sentó al piano y llamando á Pedro le dijo:

—¿Le gusta á usted la música?

—¿Pues no me ha de gustar si la he oído hablar á usted?

—Es usted muy galante.

—Y usted encantadora.

—En ese caso tocaré el brindis de *La Traviata*.

—¿Quiere usted que la diga una cosa?

—¿Qué?

—¿Va usted á ser franca conmigo?

—Ya sabe usted que le aprecio.

—Pues dígame usted la verdad: ¿qué la gustaría á usted más tocar *La Traviata* ú oír una declaración de amor?

—Lo peor es que eso exige una respuesta... y como yo no sé lo que es amor...

—¿Quiere usted que se lo diga?

—¿Y si nos oyen?

—¡Hola! ¿quién le ha dicho á usted que voy á decirle algo que no deben oirlo los demás.

—Me lo he figurado.

—Vamos, no sea usted así; ¿para qué quiere usted que la diga lo que es amor, si ya lo sabe usted?

—De veras, no lo sé.

—¿Quiere usted que la regale el oído?

—Ya sabe usted que tengo mucho gusto en oirle.

—Gracias. Pues bien, Paulina, el amor... querría ser original; pero ya se vé, como se viene amando desde el Paraiso, ¿quién es capaz de inventar una definición nueva? Con todo, como las cosas buenas, pueden repetirse impunemente, diré á usted que el amor es un deseo, que debiendo la vida á una mirada, nace ciego. Y si no me comprende usted bien, añadiré que es una hermosa joven que se sienta al piano para hacer música, y que tiene á su lado un jóven que la declara su amorosa pasión mientras toca, y se confunde de tal manera el cariño, que el piano habla, y el jóven que está á su lado produce sonidos.

Paulina se puso muy encendida.

De *La Traviata* se pasó sin sentir á las *Visperas Sicilianas*.

—Niña que te equivocas—dijo la mamá.

—No lo crea usted, señora—contestó Pedro—es que la he suplicado que toque las *Visperas*, y con la habilidad que posee en el piano se ha apresurado á darme gusto.

Paulina agradeció á Pedro este inesperado elogio, y empleando el pedal para que no pudiera oír su mamá la continuación de su diálogo prosiguió oyendo.

—¿No la parece á usted que está bien definido el amor?—dijo Pedro.

—Esa definición es algo oscura.

—Hablaré claro. Paulina, ha de saber usted que desde hace algún tiempo, desde aquella noche en que ví á usted por vez primera, no he podido olvidarla, que mi mayor felicidad sería...

—Mire usted que vá á oírnos mi mamá—se apresuró á decir Paulina—el jueves próximo habrá otro baile en casa, y si usted quiere, entonces me dirá lo que ahora iba á decirme.

—¿Dos días más de duda? ¡Cómo ha de ser, esperaré!—Y Pedro puso á su empezada declaración un *se continuará*.

III

Al día siguiente fué Pedro al Retiro, y cuando menos se acordaba de Genoveva, la vió con su mamá; pero su vista produjo en él una emoción mayor que el primer día.

Un vestido de seda bastante usado y un manto, eran todo su adorno.

Pero su belleza resaltaba más con aquel modesto traje.

Tal vez la tristeza que la infundía su posición aumentaba sus atractivos.

—¡Qué hermosa está—pensó Pedro—¿cómo he podido olvidarla?

Y mudó de opinión, con lo cual dicho se está, que sin apercibirse de ello, desarrollaba mas y más su actitud para ejercer el cargo á que aspiraba.

—¡Qué oportuna estuvo anoche Paulina, al obligarme á suspender mi arenga! Si no, á estas horas estaría comprometido. Nada, nada, sería un loco si despreciase la felicidad que me ofrece Genoveva.

Y acercándose á la jóven y á su madre, las saludó con más afabilidad que nunca.

Las anunció que había sabido su desgracia y que aquel era un motivo para que su amistad hácia ellas fuese mayor.

Genoveva le dió á entender en una sola mirada toda la gratitud de su alma, por las palabras que acababa de pronunciar.

La pobre madre de la jóven, consuma naturalidad y obedeciendo á esa necesidad de desahogo que experimenta el alma que sufre, le contó entre otras cosas los recientes desengaños que habían sufrido tanto ella como su hija al visitar á sus antiguas amigas.

Las que las habían recibido, las habían tratado con frialdad.

La mayor parte, habían cerrado para ellas la puerta de su casa.

—Pues si ustedes me lo permiten—dijo Pedro—yo iré á hacerles un rato de compañía de cuando en cuando.

Al despedirse, otra mirada de Genoveva más expresiva que las anteriores, dejó en su alma una profunda impresión.

—Triste cosa es la vida—pensó Pedro—desde la adulación al desprecio no hay más que un paso. Esta pobre familia era ayer admitida y agasajada por otras muchas; á esa inocente niña, educada en un colegio con las principales señorita de Madrid, la llamaban su amiga, y apenas la desgracia las convierte en sus víctimas, la amistad las rechaza, y al dolor de la pobreza unen en su alma el desengaño más terrible. ¿Y hay, después de ver esto, quien aspire á los triunfos, á los honores? ¡Ah! la sociedad es un abismo: bajo ese lujoso manto, bajo esas apariencias espléndidas oculta llagas que nunca se cierran, miserias que despedazan el corazón, crueldades que irritan. Para mostrar aquellas, para presentar la desgracia con toda su grandeza, la maldad con toda su impudencia, no basta la palabra, la pluma es poco, el libro apenas sirve; pero hay un medio de conseguir este resultado; hay un espejo mágico en el cual se retrata, á pesar suyo, la humanidad, con su mismo rostro, con sus mismos trajes, y produce tal efecto, que los que se ven retratados en él se horrorizan de su rostro: el teatro.

¡Ah! ¡el teatro es la gran conquista de la inteligencia!...

¡Si yo me hiciera autor dramático!

Es cosa de pensarlo seriamente.

Lo consultaré con la almohada.

.

IV

Por supuesto que ya habrán comprendido los lectores que Paulina se guardó muy bien de referir á Genoveva, antes de despreciarla, el efecto que había producido en ella Pedro, olvidándose por completo de la promesa que la hizo en el jardín de las Salesas.

Pero eso no tiene nada de extraño, y casi casi debía haber omitido esta observación.

Tal es el mundo.

Llega una niña de catorce abriles al colegio, y llega sedienta de emociones, adivinando que ha nacido para amar, pero sin saber á quién.

Otra jóven de su edad se acerca á ella.

—Señorita—la dice—¿quiere usted que seamos amigas?

—Con mucho gusto.

—Es usted nueva, me ha inspirado usted simpatía y yo seré su compañera.

—Lo agradezco infinito.

—Yo la enteraré á usted de todo lo que pasa en el colegio; la diré á usted cuál maestra es amable y cuál adusta; la enseñaré á usted el modo de que consiga siempre merienda doble; haremos que nos sienten juntas á la mesa, que nos pongan en un mismo dormitorio.

Y la niña, que se halla desorientada, que recuerda

todavía con lágrimas á su madre, sonríe ante la imagen de la esperanza.

Al día siguiente... son ya antiguas amigas.

—Si á usted le parece nos hablaremos de tú—la dice su mentora.

—Con mucho gusto.

—Empiece usted.

—No, usted primero.

—Las dos á un tiempo.

—¡Dame un abrazo!

Las dos se abrazan y convienen en que pague una multa la que prenuencie el seco *usted*.

A partir de este instante, se establece entre ellas la intimidad.

—¿Sabes lo que es amor?

—Yo no; ¿y tú?

—Tampoco.

—¿Cómo haríamos para saberlo?

—Atemos cabos.

—Eso es; sí, sí.

—Mi prima Julia, que me lleva seis años, solía hablar con un jóven, y cuando él la decía algunas cosas al oído, se ponía muy colorada.

—¿Qué la diría?

—Una vez oí que la decía que era muy guapa y que se moría por ella.

—Pues eso debe ser el amor.

—Sí; pero ahora recuerdo que la doncella de mi mamá hablaba con un sargento de la Guardia civil, la preguntaron un día quién era, y contestó: «Mi novio.»

—Bien, ¿y qué?

—Que yo dije á mi mamá: «Mamá, la doncella tiene novio.»

—¿Y qué respondió?

—«¡Cállese usted, niña, y no piense todavía en esas cosas! ¡Tiempo la queda!»

—¿Para tener novio?

—Sin duda.

—Pues ya lo sabes: el amor es un novio.

—Y un novio, un jóven guapo.

—Rubio, con ojos azules.

—No, moreno.

—Con unos bigotes retorcidos.

—A mí me gusta más toda la barba...

Estas conversaciones varían sobre el mismo tema, y acaba por establecerse entre las dos amigas una intimidad que les parece que no concluirá nunca.

Entonces, como Paulina y Genoveva, se hacen las niñas mil promesas, se aseguran que no tendrán secretos las unas para las otras, se ofrecen adorarse, idolatrarse; y precisamente el día en que un galán las mira con buenos ojos por la primera vez, y continúa mirándolas, y las pasea la calle, y las envía con la doméstica una cartita en papel sonrosado, se olvidan de todos sus juramentos, creen que van á tener que dar parte de su felicidad á su amiga, se hacen egoistas, huyen de su trato... y adios intimidad.

Pero no sé porque me he entretenido en contar esto á las lectoras: lo saben de memoria.

Volvamos nuestros ojos á la linda y elegante heredera de los marqueses del Pinar.

V

Llegó el jueves, ó, lo que es lo mismo, el día señalado para el segundo baile.

Paulina debía estrenar en él su hermoso traje verde.

Un traje como su esperanza, es decir, como la esperanza que tenía de que Pedro continuaría su declaración.

¡Se había hecho tantas ilusiones!

—No hay duda—se había dicho después de su conversación cuando estábamos los dos al piano, después de aquellas ardientes miradas que me dirigía, es imposible dejar de creer que me ama.

Y convencida del amor del jóven:

—¡Qué ingeniosa manera de pintarme sus sentimientos!—añadía—¡Y qué impetuoso! Si no le contengo, me lo confiesa todo de una vez. ¡Qué apuro para mí! Porque, aunque estoy resuelta ó decirle que sí, no conviene ir de prisa... ¿Me ama? Pues que pene, que gane mi cariño.

Satisfecha de su soñado triunfo:

—¡Pobrecillo—pensaba—cuánto me quiere! ¡Y es guapo! No hay una sola entre todas mis amigas que no me envidie; porque ya han conocido que se muere por mí. No es muy rico, pero tiene talento, y como papá dice, hará fortuna. Por otra parte, ser con el tiempo la esposa de un ministro ó de un emba-

bajador, es algo... ¿por qué no confesarlo?

—Son las ocho, señorita—la dijo su doncella—cuando usía desee vestirse...

—Tiene usted razón; vamos á mi tocador.

—¿El traje verde?

—Sí.

—Va á sentarle á usía muy bien.

Paulina pensó que al oír la declaración se pondría muy encendida, y viéndose con su traje verde, se permitió figurarse que parecería á Pedro una rosa con hojas.

La poesía es la mujer, ¿cómo no perdonarle estas figuras poéticas?

Se vistió y se adornó con el mayor esmero.

—¿Estoy bien?—preguntó á la camarista.

—Está usía divina.

—Gracias... pero creo, en efecto, que me está el traje pintado.

—Vá á hacer usía esta noche muchas conquistas.

—¡Bah!—murmuró la joven al mismo tiempo que se decía:—con una me contento.

Abandonó su gabinete y fué al salón, en donde empezaban á presentarse los convidados.

Buscó á Pedro y no le halló.

—Estoy segura—se dijo—de que teme que le dé calabazas, y no se atreve á venir. Los hombres son así; habrá buscado el camino más largo.

Paulina se colocó en un sitio á propósito para verle antes que nadie cuando llegase.

—¡Ya está ahí!—pensaba al oír pasos en la antecala—no, no es él: ¡cuánto tarda!

Y el pobre abanico de nácar que tenía en las manos sufría las consecuencias de su ansiedad.

—Adiós, Paulina—la dijo un jóven artillero tendiéndola la mano.

—Adiós, Enrique—contestó la jóven sin hacerle caso.

—No he podido venir antes.

—Sí, ¿eh?

—Unos amigos me han entretenido.

—Aún llegas á tiempo.

—Es que por estar á tu lado hubiera abandonado una batería.

—Siempre galante.

—Si tú supieras...

—Allí tienes á la generala que te saluda... Vé á decirle algo.

—Es que...

—Ya sabes que se ofende.

—Bien, iré, pero luego... tengo que hablarte.

—¡Necio!—se dijo Paulina—¿pues no se atreve á hacerme el amor? ¡un teniente de artillería! Pero, ¿qué le habrá pasado? ¿Por qué tarda tanto?

Un lacayo pasó por delante de ella con una carta en una elegante bandeja de plata.

Se dirigió á un gabinete, donde estaba el marqués jugando al ajedrez.

—Señor.

—¿Qué quieres?

—Han traído esta carta.

—Dámela y vete. ¡Habrás visto estólido! me ha hecho perder una combinación.

Y guardando la carta en el bolsillo, continuó jugando.

Paulina comenzó á desesperarse.

La sacaron á bailar, y porque no conociesen su inquietud bailó.

Acabó el vals y se volvió á su puesto.

—¡Estás muy preocupada!—la dijeron sus amigas.

—No lo creais.

—Parece que te falta algo.

—Al contrario, estoy muy distraida, muy animada.

Y al decir ésto, rompió sin saber lo que hacía el pañuelo de encaje que lucía en su diestra.

Al volver á su punto de observación halló á su lado al artillero.

—¡Ah! gracias prima—dijo Enrique—gracias porque te has acordado de mi súplica y has venido á calmar mi ansiedad.

Paulina le dirigió una mirada que pareció una bomba al artillero.

La marquesa pasó al lado de su hija.

—Así me gusta, Paulinita—dijo á la jóven—te veo muy entrenada con tu primo. ¿Por qué no bailais?

—Tiene razón tu mamá.

—Estoy muy cansada.

—Van á tocar un rigodón.

—Aborrezco el rigodón.

—Pues antes te gustaba.

—No, mamá, lo que me gusta es la Virginia.

—Después la tocarán.

—¿Y bailaremos?

—Sí, bailaremos—contestó Paulina con un acento capaz de desconcertar al hombre más sereno.

Bailaron.

—Dieron las doce y Pedro no había llegado aún. El artillero se sentó al lado de su prima.

—Tengo que hablarte—la dijo.

—Habla.

—Es que se trata de cosas graves.

—¿Vas á hacer una declaración á alguna amiga mía y quieres que te proteja?—le preguntó Paulina saliéndole al encuentro.

—Sí... eso es...—dijo Enrique—creyendo que su prima le ayudaba.

—Pues entonces has escogido un mal momento...

—¿Qué dices?

—Que estoy de mal humor.

—¿Por mi causa?

—Tal vez.

—No te falta razón... ¡soy un mandria!... Pero yo te desenojaré.

—Dificilillo es eso.

—No tanto como crees. Estoy resuelto á abandonar el miedo que experimento cuando me hallo á tu lado... Sí, Paulina, sabe que yo...

—¿Cuándo te toca estar de guardia?

—¿En el parque? Mañana? Pues como te decía...

—¿Quién ha bordado el banderín de tu brigada?

—No lo sé... Te decía...

—Me han contado que tu amigo Cifuentes ha tenido un desafío con un actor; ¿es cierto?

—¡Vaya si es cierto! He sido yo padrino.

- ¿Y por qué fué?
- Porque Cifuentes se ha enamorado de la dama jóven de la compañía.
- ¿De una actriz?
- Muy linda.
- Todos sois unos calaveras.
- Yo no.
- Lo mismo tú que tu amigo.
- Te aseguro...
- ¡Hacer la córte á una cómica!
- Yo no.
- ¿Quién sabe?
- Te lo juro... ¿cómo quieres que me enamore de las actrices, si hace tiempo que estoy enamorado?...
- Perdóname un momento, creo que me ha llamado mi mamá.
- Paulina, que ya no sabía cómo defenderse de la declaración de su primo, le dejó plantado.
- Miró un relój y era la una.
- Algo le pasa... —pensó —por fuerza está enfermo. Y acercándose al marqués:
- Papá—le dijo.
- ¿Qué quieres, hija mía?
- No ha venido tu amigo.
- ¿Ponce?
- Sí.
- ¡Y es verdad!... ¿pues qué le habré pasado?
- Estará enfermo.
- Tal vez.
- ¿Por qué no envías un recado?
- Tienes razón.

—Yo enviaré si quieres.

—Bien, hija, bien... con eso daré jaque al conde.

Paulina buscó á un lacayo y le envió á toda prisa á casa de Pedro para saber si estaba enfermo.

No había traşcurrido un cuarto de hora, cuando llamándola el marqués la dijo:

—Soy un distraido.

—¿Pues qué pasa?

—Hace dos horas que me entregó el criado esta carta, y el sobre es de su letra.

—¿No la has abierto?

—No... ábrela tú, yo voy á acabar el juego... ¡Tengo una gran combinación!

Paulina se retiró á su gabinete y leyó la carta.

Pedro rogaba al marqués que le dispensase.

«Estoy indispueto—añadía—y me ha mandado el médico que no salga de casa.»

—¡Ya lo decía yo! No podía ser otra cosa... Si no estuviera enfermo, ¿cómo habría dejado de venir?

Volvió al salón y el artillero continuó sitiando la plaza.

—No te canses, Enrique—le dijo al fin la jóven—comprendo lo que quieres decirme y es inútil; te quiero mucho como primo; pero nada más.

—Pero... ¿porqué?

—Es un secreto.

—¿Me desprecias?

—No; pero no puedo tener relaciones contigo.

—¿Por qué?

—¿Quieres saberlo?

—A toda costa.

—Pues bien... has llegado tarde, estoy comprometida.

Enrique, para vengarse, sacó á bailar á la única rival en hermosura que tenía en el salón su prima.

Esta ni lo notó.

Deseaba saber por el lacayo cómo seguía Pedro, y le parecían siglos los minutos que tardaba el doméstico.

Al fin llegó.

—¿Cómo sigue?—le dijo.

—¿Quién? señorita.

—¡Quién, ha de ser!... el Sr. de Ponce.

—¡Ah! sigue bien... es decir, lo supongo, porque no lo he visto.

—¿Pero no te han dicho en su casa si está más aliviado?

—Lo único que me han dicho es que salió á las ocho después de comer bien, y que aún no ha vuelto.

—¡Ah! ¡Dios mio!—exclamó.—¡Me ha engañado!

Y pretextando una indisposición, se retiró á su cuarto.

—¡Cuánto ama á Poncel!—pensó el marqués muy satisfecho.

La marquesa por su parte aconsejó á su sobrino que no desesperase.

—¡Todas las niñas tienen miedo al amor!—exclamó—pero no tardan en perderselo.

El artillero se propuso emplear nuevas municiones, ya que hasta entónces había gastado la pólvora en salvas.

VI

Ocho ó diez días después recibió Pedro una carta muy expresiva del cacique del pueblo.

Después de asegurarle que sería elegido, le hablaba entre otras cosas, con una franqueza ruda, de lo que proyectaba hacer para obtener su triunfo.

«Dispondré una buena comida—decía—con vinos abundantes, porque es cosa sabida que los electores, por regla general, tratan bien á su estómago. Deje usted el presupuesto á mi cargo, que yo soy económico y vendrá usted á salir á tres ó cuatro duros por barba.»

Después de leer ésto, se dijo Pedro.

—Decididamente me hago autor dramático.

Y cogiendo un papel y una pluma, empezó á trazar el primer acto de una comedia que tituló

ALMAS SIN ALMA.

Pero, después de escrito el título y los nombres de los primeros personajes, se encontró con que le faltaba asunto para la primera escena.

Reflexionó un instante, y dándose una palmada en la frente:

—¡EUREKA!—gritó como Arquímedes, aunque no sabía griego.

Y cogiendo el sombrero, se fué á todo escape á casa del marqués.

—Los señoritos están en el jardín—le dijo un criado.

Y Pedro fué al jardín, entrando en él... como Pedro por su casa.

El marqués, que aunque dedicado á la política, tenía una afición loca á las flores, en lo cual como repetía con mucha frecuencia y sin pretensiones, se parecía á Mirabeau, estaba enseñando unas camelias y unos tulipanes á unas cuantas señoras y caballeros de su edad.

Mientras tanto sus hijas, tres ó cuatro entre todas, estaban con Paulina en un kiosko conversando de asuntos graves.

Pedro tomó una calle de árboles; es decir, se fué por ella, porque no era capaz de *tomar* nada, y al dar dos ó tres pasos oyó la voz de Paulina.

Oírla, detenerse y escucharla, todo fué uno.

¡Y luego se dirá que solo las mujeres son curiosas!

Hé aquí lo que hablaban aquellos cinco ángeles:

—Pues yo—decía Paulina,—me contento al principio con ser gobernadora; pero algún día llegaré á ser ministra; y cuando lo sea... ¡ah, que alegría! ¡Poder dar credenciales, comer en Palacio, recibir al cuerpo diplomático! Vamos, esta es la mayor de las felicidades.

—No lo creas, Paulina: lo que hay que ser es embajadora, y representar, en París por ejemplo, á la Córte de España, dar convites, saraos, reunir en sus salones lo más notable de todas las naciones: esto y tener la banda de María Luisa es lo único que deseo.

—Pues yo prefiero ser banquera—dijo otra—eso de

andar entre cupones y pagarés, deuda consolidada...

.....
Pedro no quiso oír más.

Sin saludar á los marqueses se fué á su casa á escribir la primera escena de su comedia.

Ya tenía el elemento cómico; pero necesitaba el contraste.

El contraste, que es la elocuencia del arte, el germen de su belleza.

La musa de Aristófanés le había hablado, le había ofrecido el espectáculo de tres ó cuatro niñas poéticas, de diez y seis á diez y ocho abriles, de esas que tienen labios de coral, dientes de perlas, megillas de rosa, ojos de cielo y azucenas por manos, cifrando su risueño porvenir en ser gobernadoras y ministras, generalas y banqueras.

La sátira le ofrecía su tinta para que mojara en ella la pluma.

Pero aquellas jóvenes no eran la espresión de la mujer, no eran el tipo de la amante apasionada y casta, de la tierna esposa, de la santa madre.

Necesitaba que la musa de Lamartine le brindase sus tesoros de observación, y resolvió pasar aquella noche en casa de Genoveva.

Madre é hija le recibieron en una modesta pero elegante sala.

Poco despues aparecieron á sus ojos el padre de la joven, honrado y bondadoso anciano, digno de mejor suerte.

Aquella familia no hablaba mal de nadie.

Parecía olvidarse de sus desgracias, y la más sublime resignación rebosaba en sus palabras.

Todo en aquel humilde albergue hablaba al corazón.

Genoveva confesó entre otras cosas, que estaba dedicándose al piano con mucha asiduidad para ver si llegaba á ser profesora y podía dar lecciones.

Pedro la rogó que ejecutase algo, y un nocturno de Chopín y una sonata de Schubert, fueron interpretados por Genoveva con un sentimiento que entusiasmó á su amigo.

A cosa de las once se retiró á su casa.

Se sentó á escribir, y á las cuatro ó á las cinco de la mañana se dejó caer en el lecho rendido de cansancio, despues de haber escrito estas palabras:

FIN DEL ACTO PRIMERO

VII

Los periódicos repetían en todos los tonos la candidatura de Pedro Ponce, y le consideraban como uno de los aspirantes que tenían asegurada la elección.

El marqués del Pinar leía con entusiasmo estos anuncios, y no trascurrieron muchos días sin que Pedro fuese á visitarle.

Mandó á su mayordomo á casa de Lhardy, le encargó un faisán y un *trois freres provencaux*, y escribió una carta á su amigo invitándole, á comer.

Pedro sintió en extremo esta invitación; pero recordando que en su comedia dominaba el elemento dramático, y persuadido de que la casa del marqués era una fuente perpetua de *vis cómica*, se resignó á estudiar *d'apres nature* dos ó tres escenas burlescas.

La mamá, que protegía la candidatura de Enrique, solo pudo obtener de su esposo que fuese el artillero á los postres.

Pero, como estaba impaciente, llegó antes que los convidados se sentaran á la mesa.

El jóven cayó en la comida como una bomba.

Me explicaré.

—¿A que no sabes, querida prima, á quién he visto esta tarde en la Montaña del Príncipe Pío?— dijo á Paulina.

—¿A quién—preguntó la jóven con esa indolencia de las mujeres que hablan con un hombre á quien han dado calabazas.

—Adivínalo.

—Eres poco galante: adivinar es trabajar, y ningún caballero debe permitir que trabaje una señora.

—Tienes razón, y me apresuro á complacerte.

—¿A quién has visto?

—Nada menos que á tu amiga Genoveva.

—¡Pobre muchacha!—dijo Paulina con una mezcla de piedad falsa y de indiferencia verdadera.

—No es tan pobre como usted supone señorita—se apresuró á decir el autor dramático, que acababa de llegar y oyó las últimas palabras de Paulina.

—¿Qué, la conoce usted?

—¿No me presentó usted á ella?

—Es verdad, en aquellos tiempos... Desde entonces acá han variado tanto las cosas...

—Perdone usted; Genoveva es la misma, aunque á decir verdad, ha mejorado: el pesar que ha producido en su alma la desgracia de su padre, ha aumentado la pureza de su rostro, y hoy es una de las jóvenes más bellas de Madrid.

—Eso decía el capitán de mi compañía.

—No me extraña, porque hay gustos...

—Créame usted, Paulina—dijo Pedro con bastante calor—Genoveva es un ángel, y las amigas que la han abandonado han hecho mal, porque la amistad de un ángel es muy preciosa.

Esta opinión no agradó mucho á Paulina.

—Veo, amigo mío—dijo el marqués—que quiere usted desempeñar el papel de desfacedor de agravios. En la vida social pase, se lo perdono á usted; pero en la política... ¡Pobre de usted si se dedica á hacer política sentimental!

—En todas partes, señor marqués, haré el elogio de los buenos y la censura de los malos.

—Tomaremos café en el gabinete de mamá—dijo Paulina, quien después de haber oído á Pedro, deseaba por momentos un aparte con él.

El marqués participaba de los deseos de su hija, y había encontrado el medio de que el artillero no estorbaba.

Antes de levantarse de la mesa había manifestado deseos de oír en el teatro Real á la Patti, quejándose amargamente de que no hubiera localidades.

El marqués envió á su ayuda de cámara con la

orden expresa de que comprase una butaca á cualquier precio, y cuando la tuvo en su poder dijo con aire triunfante á su sobrino:

—Tienes un tío que te idolatra: ¿no deseabas oír á la Patti?

—Sí por cierto.

—Pues toma esta butaca y echa á correr: son cerca de las nueve.

Enrique no pudo rechazar aquella ofrenda, y aunque con gran pesar de la marquesa, se aléjó.

VIII

Algunos minutos después, comenzaba la partida de tresillo y Paulina se sentaba al piano rogando á Pedro que se acercase á ella para volver las hojas del cuaderno de música.

Paulina tocó la *Traviatta*.

—¿Se acuerda usted—dijo á Pedro—de la primera vez que me oyó usted tocar esta misma pieza?

—Sí, por cierto, hará un mes.

—¿Y no recuerda usted de lo que hablamos entonces?

Pedro se puso á mirar al techo para hacer creer que recordaba.

—Me enseñó usted una teoría tan bella que no he podido olvidarla.

—¿Una teoría política?

—Puede ser que lo fuera—dijo con intención Pau-

lina—pero no me extraña que se haya usted olvidado, porque me prometió usted continuar la lección algunos días despues, en el último baile que hubo en casa, y sin embargo, no dijo usted esta boca es mía.

—Ya se vé, estoy tan preocupado... mi próxima elección... Pero si usted tiene la bondad de ayudarme...

—Hablamos de amor.

—Sí, ya recuerdo. La dije á usted que era un deseo que aunque debía su vida á una mirada, nacía ciego, y usted debe estar convencida de que lo es porque no lo ha visto. ¿No es eso lo que quería usted decirme?

—Poco entiendo del mundo—dijo Paulina con acento reconcentrado—pero me parece que ha equivocado usted su carrera.

—¿Yo?

—Sería usted mejor diplomático que diputado; y eso que para hacer defensas—añadió la jóven en un *crescendo* de indignación—no tiene usted rival. Nos ha pintado usted esta noche á Genoveva con tan vivos colores, que no me extrañaría que al volar el ángel se hubiese llevado al cielo al corazón de su panagerista.

—¿Sabe usted lo que pienso, Paulina?—exclamó de pronto Pedro.

—No.

—¿La hablo á usted con franqueza?

—Se lo suplicó.

—Pues bien, no soy presuntuoso; pero si lo fuera,

pensaría que se interesaba usted por mí más que una amiga por un amigo. Tal vez me equivoque; pero si no me equivocase, lo sentiría en extremo, porque es terrible quemarse y no ver la luz. ¿Quiere usted que seamos amigos, y nada más por ahora?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—La de que me revele usted su secreto.

—No tengo ninguno.

—En ese caso con la de que conteste usted á una pregunta que voy á hacerle.

—Es un deber de buena educación.

—Yo quiero que sea de amistad.

—Estoy á sus órdenes.

—¿Vé usted á Genoveva á menudo?

—Sí.

Paulina se inmutó.

—¿La ama usted?

—Esa ya es otra pregunta, y usted no me ha anunciado más que una.

—Sin embargo...

—No sea usted tan espléndida de curiosidad: prometo á usted satisfacer su deseo otro día.

—¿Cuándo?

—La primera vez que vuelva.

—El domingo vamos á la Alameda del duque de Osuna á pasar el día: papá invitará á usted; no deje usted de ir y hablaremos.

—¿Como dos pastores de la Arcadia?

—Es usted muy cruel—dijo Paulina levantándose y cerrando el piano.

Aquella noche no durmió.

La falta de respuesta á su segunda pregunta, equivalía á una afirmación.

Pedro amaba á Genoveva y ésto al mismo tiempo que la indignaba, aumentaba en su alma la idea de dominar al jóven.

Llegó el sábado, y cuando su doncella se retiró á las doce de la noche dejándola en su cuarto:

—¿Qué vestido quiere usía ponerse mañana?—la preguntó.

Paulina contestó con mucho laconismo:

—El TRAJE AZUL.

Era el color que mejor sentaba á la situación de su espíritu.





PARTE TERCERA.

El traje azul.

I

MMUCHO me equivoco ó nuestra hija interesa vivamente á ese jóven—dijo la madre de Genoveva á su marido, refiriéndose á Pedro.

—Pues mira, lo celebraría—contestó el comerciante—porque reúne todas las cualidades que puede apetecer un padre para el esposo de su hija. ¿Crees que Genoveva corresponde á su afecto?

—Me parece que sí.

—En ese caso, si no nos engañamos, ¿qué más felicidad podemos desear?

Precisamente la noche anterior al día en que los dos esposos conversaban de esta manera, Pedro resuelto ya á labrar la ventura de Genoveva, se atrevió á deslizar en su mano en el momento de la despedida, un papelito.

En él leyó la jóven con verdadera emoción, estas palabras:

«Usted me ha inspirado esa obra que leemos por las noches y que tanto la agrada. Voy á hacer que se ponga en escena, y si me proporciona un

triunfo, mi felicidad vá á ser tanta, que ó tengo de perder una gran parte de ella, ó ahogarla en mí.

«Si alcanzo el triunfo, ¿me permitirá usted compartirle con el ángel que me ha inspirado?»

Genoveva había adivinado los sentimientos del jóven y participaba de ellos.

Esta declaración fué para ella la primera forma bajo la cual se le presentó la felicidad.

Al día siguiente, cuando se vieron, le devolvió papel por papel.

El suyo decía:

«¡Soy tan pobre!»

Después de leer esta elocuente frase, encontró Pedro un magnífico desenlace para su obra.

Su reputación de periodista, de hombre político, le abrió las puertas del teatro.

Esto parecería una cosa anómala en otro país; pero no en España, donde un banquero, un diputado, y hasta un primer espada de la Plaza de Toros, encuentran franco el camino que aparece erizado de obstáculos á los que solo se dedican á la literatura dramática.

Pedro se fué sin recomendación de ningún género á ver á un empresario.

Hizo que le pasaran una tarjeta.

El empresario solía decir cuando le oían los críticos:

—¡Yo no leo los periódicos!

Pero la verdad era que los devoraba, porque además de ser empresario era actor, y al interés unía el amor propio.

Acababa de leer en uno de los más acreditados órganos de la opinión, la noticia de la elección de Pedro.

Al ver su tarjeta:

—Que pase—dijo al criado—y dándose un vistazo al espejo, tomó una actitud á la vez arrogante y benévola para recibir al diputado poeta.

—Caballero, tengo el honor...—dijo Pedro saludándole al hallarse en su presencia.

—Yo soy quien tiene...

—Gracias.

—Tome usted asiento.

—¿Usted no me conocerá?

—¡Qué modestia! ¿Pues no he conocido á usted?

—Es usted muy amable.

—Sé que es usted un periodista distinguido y un digno representante del país.

—Pues sabe usted más que yo.

—Acabo de leer en un periódico...

—Eso es otra cosa; si lo ha dicho un periódico... pero vamos al caso.

—Estoy completamente á sus órdenes.

—¿Usted extrañará que un hombre político haya hecho una comedia?

—No por cierto.

—Y sin embargo, la costumbre es hacer primero comedias y luego política.

—Hay quien hace política y comedias á la vez. Eso depende del color del gobierno que rige los destinos del país.

—Ello es que no le extraña á usted.

—Al contrario. Por regla general, por cada autor dramático que me trae una comedia, hay diez ó doce aspirantes á los triunfos escénicos que son boticarios ó empleados, sargentos de la mayoría, ó curas de aldea, veterinarios ó tenderos de comestibles.

—¿Sí, eh?

—¡Vaya! La patria de Calderón y Lope tiene detrás de cada esquina un poeta dramático.

—¿En los mozos de cuerda?

—No señor, no tanto... Conque volviendo á nuestro asunto, decía usted que ha escrito una comedia?...

—Sí por cierto.

—¿En un acto?

—No señor, en tres.

—¡Bravo!

—¿Empieza usted á aplaudirla?

—¿Lo siente usted?

—He oído decir que aplausos de empresario, quieren decir silva de público.

—¡Eso es una preocupación! ¿Y cómo se titula?

—*Almas sin alma.*

—¡Bonito título!

—Si usted quiere leerla...

—Con mucho gusto.

—Repito que es usted muy amable.

—Por poco que valga, la representaré. Usted es persona conocida, tendrá muchas relaciones; sobre todo muchos enemigos que desearán una ocasión de derrotarle, y habrá buenas entradas.

—Siento no haberle oído á usted antes de acabar mi comedia. Habría ganado mucho mi obra.

—¡Ah! Diga usted... ¿mi papel será bueno?

—Ya lo creo.

—Muy moral sobre todo...

—Casi un santo varón.

—¿Y el de la dama?

—Importantísimo.

—¿No será una mujer adúltera?

—No por cierto.

—Me alegro, porque ella desempeña con gusto todos los papeles, escepto los de mujer adúltera.

—Y sin embargo, cuentan...

—En el mundo ya es otra cosa... pero en el teatro...

—¿Con que quedamos en que volveré á saber?

—Déjeme usted las señas de su casa y le avisare para la lectura.

—Según eso...

—Casi me atrevo á asegurar á usted que se representará muy en breve su comedia. ¿Usted firma?

—Mil gracias.

—Hombre, si quisiera usted almorzar conmigo...

—¡Estoy asombrado!

—¿De qué?

—Me hace usted concebir del empresario una idea distinta de la que tenía. Los poetas los pintan á ustedes como unos tiranos.

—Conocemos el mundo y tratamos á cada cual como merece.

—¡Yal!

—Usted es diputado, ama las letras, honra las artes... y puede ser que algún día le moleste á usted.

—Eso nunca.

—Sí señor, hace tiempo que deseo una encomienda de Carlos III; pero ya hablaremos de eso. Soy amigo de usted.

—Gracias.

—Esta casa, mi persona y mi teatro, están á su disposición: me honrará usted...

—Pues señor, está visto—pensó Pedro al hallarse en la calle—así como en los tiempos de Alberoni se llegaba á todas partes por la cocina, hoy se llega por la política. Me dejaré querer.

Al día siguiente recibió una carta del empresario.

«He leído la comedia—le decía—y me ha entusiasmado.

»Desde luego le aseguro que será usted muy pronto Embajador ó Ministro de Hacienda.

»El hombre que ha escrito una comedia como la de usted, es capaz de mandar un ejército.

»Se están sacando los papeles, y dentro de tres días tendrá usted la bondad de asistir al primer ensayo.»

Casi al mismo tiempo que esta carta, recibió Pedro el acta de su elección.

—¡Qué coincidencia!—dijo.

Y recordó á Moliere, á Shakespeare y á Agustín de Rojas.

¿Por qué sería?

II

Llegó el domingo designado por los marqueses del Pinar para la fiesta campestre, y á cosa de las

siete de la mañana se vió Pedro sorprendido con la visita del marqués.

Iba á felicitarle por su elección.

Al mismo tiempo llevaba órden expresa de su hija de volver con él á su morada, donde aguardaban los convidados para pasar el día alegremente disfrutando las delicias del campo.

No tuvo más remedio que seguirle.

Por el camino fué el marqués indicándole lo que debía hacer para sacar partido de su nueva posición.

Pero ésto no nos interesa.

Paulina estaba encantadora con su vestido azul, que sentaba admirablemente al aire de severidad que tomó aquel día para que la derrota que presentía no lo pareciese.

Al ver á Pedro del brazo de su padre, experimentó una inmensa alegría.

—¿Te ha costado trabajo convencerle?—le preguntó.

—Al pronto, sí.

—¿Se negó á tus ruegos?

—Sí; pero en cuanto le dije que tú deseabas que nos acompañase...

—¿Accedió?

—Ya lo ves.

—¡Oh!—pensó Paulina, dando crédito á lo que el marqués la había confiado para animarla—aún tengo influencia sobre él, aún puedo dominarle.

Los convidados subieron á los coches.

La mayor parte de los caballeros iban á caballo.

—Ponce vendrá con nosotras—dijo Paulina, ofreciendo á su amigo un asiento en la carretela que ocupaba con dos señoras.

—Si usted se empeña...—contestó Pedro sonriendo.

—No me empeño—dijo Paulina amostazada—cumpló nn deber de cortesía.

—No seré yo menos cortés.

Y ocupó en la carretela el asiento que le brindó la jóven.

La comitiva se puso en marcha con dirección á la Alameda del duque de Osuna.

Los ginetes escoltaban á los coches.

—Qué miradas dirige á usted Enrique—dijo Pedro á Paulina.

—¿Quién?

—Su primo de usted.

—Como que está perdidamente enamorado de ella—dijo una de las señoras que iban en el carruaje.

Paulina agradeci6 aquella indiscreción.

—¿Qué dice usted á eso?—pregunto Pedro.

—Que bien pudiera ser...—contestó Paulina con coquetería.

—En ese caso doy á usted mi más cordial enhorabuena.

—¿Por qué?

—Porque su primo de usted es un bizarro artillero, tomará algunas plazas, rendirá al corazón de usted, llegará á general y podremos tener el gusto de llamar á usted generala los que bien la queremos.

Estas palabras desagradaron á Paulina.

—Pues sepa usted que no tendrá ese gusto.

—¿Piensa usted desahuciar á su primo?

—¡Es usted muy curioso!

—Impertinente, iba usted á decir.

—Tal vez.

—Por fortuna llegamos á la Alameda y las bellezas del campo van á inspirar á usted piedad para mis culpas.

Paulina estaba amostazada, porque Pedro hacía alarde de un buen humor que la ofendía.

Al apearse del coche la ofreció la mano.

—Gracias—dijo la jóven—bajo sola.

—Eso consiste en que habrá usted estudiado gimnasia... Hoy todas las señoritas bien educadas saben saltar...

—Enrique, dame el brazo—dijo la jóven á su primo separándose rápidamente de Pedro.

—¡Oh! Gracias, prima mía—exclamó el artillero—esto me prueba...

—Que estoy cansada... nada más.

Paulina empleó el desdén para mortificar á Pedro.

Le observó y vió con pena que su desdén ni siquiera le preocupaba.

Desesperada fué á su encuentro.

—Me debe usted una revelación—le dijo.

—¿Cuál? No recuerdo.

—¿Quiere usted contestar á la pregunta que le hice en casa la última noche que nos honró usted con su presencia?

—Tengo tan poca memoria...

—¿Quiere usted que le regale el oído?

—Siempre que me habla usted me lo regala.

—Todo lo toma usted á broma.

—¿Quiere usted que me ponga serio?

—De ningún modo.

—Pues entonces...

—Quiero que satisfaga usted mi curiosidad. ¿Ama usted á Genoveva?

—Todavía no lo sé á punto fijo—contestó Pedro pero dentro de un mes ofrezco á usted, bajo palabra de honor, contestar categóricamente por escrito á su pregunta.

—¿Por escrito?

—Sí tal; mis ocupaciones de diputado van á privarme por algún tiempo de asistir á las agradables reuniones que tantas horas de placer me han proporcionado hasta aquí.

—Quizás no tenga paciencia para esperar tanto tiempo—dijo Paulina.

Y después de dirigirle una de esas miradas abrazadoras que las mujeres emplean como arma y como anzuelo; para completar prácticamente su idea, llamó á su primo.

Mientras se acercaba á obedecer sus órdenes:

—El pobre está muerto por mí—dijo á Pedro—me ha pedido una audiencia y voy á dársela.

—No seré yo quien estorbe tan piadosa intención—murmuró Pedro alejándose.

Durante el resto del día fueron para él los labios de Paulina el puñal convertido en alfileres de que habla Alfonso Karr en el precioso libro que ha dedicado al bello sexo.

III

Mientras la comedia se ensayaba, quiso cambiar nuestro protagonista su papel de autor por el de diputado, y se encaminó al Congreso.

La casualidad le proporcionó la ocasión de pronunciar un discurso, en el que presentándose con una independencia abrumadora, dijo muchas verdades.

No contrajo un gran merito, porque esto es lo más fácil de la oratoria.

De cualquier modo, fué tal el efecto que produjo, que los periódicos, combatiéndole unos, aplaudiéndole otros, aumentaron la celebridad de que ya gozaba su nombre.

Como al terminar su discurso anunció que abandonaba la vida política; pero que al abandonarla no podía menos de agradecerle la experiencia que le había dado, puesto que en lo sucesivo pensaba dedicarse á presentar en el teatro las miserias sociales, su comedia, que ya anunciaban los carteles, inspiró un interés extraordinario.

Los ensayos avanzaban.

El empresario se prometía pingües ganancias.

Pedro iba todas las noches á visitar á Genoveva.

Cada día le encantaba más aquella mujer angelical.

Pero aun no existía entre los dos intimidad alguna.

Al despedirse de ella una noche, la entregó un papelito muy doblado.

Apenas se fué, se apresuró la joven á leerle.

«Mañana se deicide nuestra suerte—decía—si pasado mañana me vé usted llegar á su casa muy temprano y hablar á solas con sus padres, será señal de nuestro triunfo.»

Genoveva oró aquella noche más de lo regular, pidiendo á Dios que se apiadase de la comedia.

De buena gana habría puesto también una vela á los actores.

Pero no lo hizo.

IV

—Ese chico se ha vuelto loco—decía el marqués á sus contertulios.—Renunciar á una carrera tan brillante, deshacerse del cargo de diputado, una prebenda, como quien dice! ¿Y todo por qué ¡Para dedicarse á hacer comedias!

El marqués pensaba, sin saberlo, que era más fácil inspirar comedias que hacerlas.

Paulina, que había visto trascurrir un mes sin acabar de dar crédito á sus sospechas, desesperaba como su padre y aprovechaba todas las ocasiones de zaherir á Pedro.

Llegó la noche de la representación, y los marqueses con su hija ocuparon un palco en el Teatro.

En una galería, oscurecidos por la sombra, estaban Genoveva y sus padres.

Los personajes del palco y de la galería, creyeron en algunos momentos de la obra que se miraban á á un espejo.

El público, por su parte, juzgó que el autor de la comedia era un gran poeta, y al final le aclamó llamándole á la escena, saludándole con entusiastas aplausos y proporcionándole una de esas ovaciones que hacen época, no solo en la vida de un hombre, sino en la historia del arte.

Aquella noche fué de insomnio para Paulina y Genoveva.

La primera no hizo más que pensar en la segunda; la segunda fué más egoísta, no pensó más que en su felicidad.

Al día siguiente se presentó Pedro á los padres de Genoveva, les pidió la mano de la jóven, quien fué llamada en el acto para que diera su consentimiento, y fueron tan dichosos, que solo desearon la celebración de aquel enlace tan venturoso para todos.

Consultado el padre de Pedro, después de saber quién era su futura hija, envió su bendición, y nuestro autor dramático, que no había olvidado su promesa, mandó hacer las esquelas dando parte de su casamiento.

De su puño y letra puso el sobre á una de ellas dirigiéndola á los marqueses del Pinar.

—Decididamente se ha vuelto loco ese muchacho—dijo el marqués.

—Supongo que ahora aceptarás á tu sobrino—murmuró la marquesa.

—¿Cuándo le he desechado yo?—dijo su esposo.

Paulina, por su parte, sufrió un terrible desengaño.

Había llegado á persuadirse de que Pedro la amaba; ésta esperanza había despertado en su corazón el amor; pero había pospuesto sus sentimientos á sus caprichos.

El ángel había cambiado su inmaculada pureza, por la forma brillante de la mujer de mundo.

Antes que en satisfacer las aspiraciones de su alma, había soñado en satisfacer las de su imaginación; y aunque muy tarde se había convencido de que su única ventura en el mundo era el amor de Pedro.

Su desaire fué al mismo tiempo para ella una terrible humillación.

¡Posponer la hija de los marqueses del Pinar, una de las juvenes más bellas y elegantes de la sociedad de Madrid, á una jóven oscura, pobre, sin más atractivos que su modestia, su virtud, sus ojos celestiales y su rostro de arcángel... Esto era imperdonable.

Paulina leyó la esquila.

Después de leerla la estrujó entre sus alabastrinas manos.

Se encerró en su cuarto y lloró.

Después de desahogarse:

—Yo me vengaré—dijo.

Aquella noche había reunión en su casa.

—Esta noche voy á bailar como una loca,—dijo á su madre.

—Supongo que serás amable con tu primo.

—¡Pues no!.. Si le quiero más que tú.

—¿De veras, hija mía?

—Te lo aseguro.

—No puedes imaginar cuán grande es la alegría que me das.

Paulina cumplió su palabra.

Enrique, desesperado por las calabazas que le había dado su prima, se dedicó en sus ratos de ocio á la profesión de pirata callejero.

En una de sus correrías encontró á una modista que salía de casa de Honorina.

Iba de paisano y la siguió.

La jóven le miraba de reojo.

Al fin y al cabo se atrevió el artillero á abordarla.

Al terminar su declaración, oyó la estereotipada frase de: «¿Sí? ¡Para quien se fie de ustedes! Todos dicen lo mismo y luego la pegan.»

Enrique insistió.

—Mucho tiene usted que hacer para que yo le crea —añadió la modista.—Sin ir más lejos, me ha dado un desengaño un jóven, y estoy muy sobre aviso.

Era en efecto la conquista de Pedro.

Enrique la acompañó y quedaron en verse por las noches. Ebrio de gozo por este triunfo, se presentó el artillero en casa de sus tíos.

—¡Cuanto has tardado!—le dijo Paulina.

—¡Calle! ¿Has notado mi falta?

—Ya lo creo: no hay quien baile mejor que tú la polka y tengo deseo de bailar.

—¿Conmigo?

—Es claro.

—¡Oh dichal... pero no, no quiero entusiasmar-me, ingrata.

- ¿Ingrata yo?
- Sí, has despreciado mi amor, me has lanzado en los brazos de la desesperación.
- ¿A que no sabes por qué?
- Porque amas á otro.
- ¿Oh, no!
- Sí, amas á Pedro Ponce.
- ¡Qué locura!.. á Pedro Ponce que va á casarse con Genoveva, mi amiga de colegio.
- ¿Qué dices?
- Mira la esquila que nos ha enviado.
- Es verdad... y ¡qué arrugada está!
- De llevarla en el bolsillo—dijo Paulina.
- El lector sabe por qué estaba arrugada.
- ¿Conque entonces me he equivocado?
- De medio á medio.
- ¿Y por qué has despreciado mi cariño?
- Voy á ser franca contigo; porque nõ tienes ambición.
- ¿Ambición de qué?
- De gloria... de honores... Estás contento con tu suerte y aun no te he oido decir: «Cuando sea general...»
- ¿Conque es decir que tú querrías que yo fuese general?
- Es claro.
- Y si aspirase á serlo, ¿me amarías?
- ¿Lo dudas?
- No... no... pero te ofrezco no contentarme hasta tener el tercer entorchado.
- ¿Me lo juras?

—Lo juro.

—Pues entonces, te autorizo para pedir mi mano.

—¿Es esto un sueño?

—No. Papá tiene influencia y te protegerá.

—Vamos, no hablemos más... ¡seré generalísimo. Para darte una prueba de mi valor, voy á hablar ahora mismo á tu papá.

Enrique se fué en busca del marqués.

Paulina se quedó pensativa.

—¡Oh! no seré feliz con él—pensó—pero es dócil, es bueno, le dominaré fácilmente, y una vez casada tendré libertad para vengarme de Pedro.

Enrique volvió á su lado.

—¡Somos felices!—dijo.

—¿Has hablado á papá?

—Me ha otorgado tu mano.

La marquesa, con el fin de que no cambiase de propósito su marido, anunció á sus amigos el proyectado enlace de su hija.

—Ven mañana á comer—dijo la marquesa á su futuro yerno.

Enrique acudió á esta invitación, olvidándose de la pobre modista que le esperaba.

Paulina tenía prisa en casarse, para dar á entender á Pedro que su desaire no había influido en su felicidad.

Ricos los novios, en breve tiempo se preparó el *trousseau* y se depachó en la Vicaría su espediente.

Paulina aparecía á los ojos del mundo como una mujer dichosa.

En la soledad meditaba un proyecto terrible.

V

Pedro y Genoveva recibieron la bendición nupcial, y durante la ceremonia y la misa á que asistieron los desposados, hizo la casualidad que fuese espectadora una jóven que parecía una modista.

Veía lo que pasaba y no lo creía: era ni más ni menos que la oficiala de Honorina.

Como recordarán los lectores, Pedro la abandonó una noche, pretestando una entrevista con el ministro, la dió una cita para la noche siguiente, y faltó á ella; pero la jóven que había dicho á sus compañeras que la había salido un novio que se trataba con ministros, quiso ser fiel y aguardó con resignación la hora que no había sonado para ella... hasta que Enrique la hizo la córte.

Había buscado á Pedro por todas partes sin encontrarle; y no pudiendo contener su indignación al verle, se acercó á la pila del agua bendita cuando salían los recién casados, y al aproximarse Pedro á tomar el agua para ofrecerla á su esposa, se contentó con decirle:

—¡Infame, mal caballero!

—¿Que te ha dicho esa mujer?—le preguntó Genoveva.

—Creo que me ha pedido una limosna—contestó Pedro.

La modista no se suicidó... Aunque Enrique ha-

bía faltado á la cita, esperaba encontrarle, y la esperanza es un consuelo.

Pedro Ponce recibió oportunamente una esquila dándole parte del casamiento de Paulina.

Algunos días antes de la ceremonia, pidió Enrique á su futura que fuese con su madre á casa de Escolá para escoger el traje de novia.

—Un traje blanco, ¿no es verdad, hija mía?—dijo la marquesa.

—No—contestó Paulina con profunda tristeza—es de más tono un traje negro.

Todos los argumentos de su mamá y de su futuro fueron inútiles: con un lujoso traje negro, sobre el que resaltaba un magnífico aderezo de brillantes, recibió la bendición nupcial.

La modista que se lo llevó encontró á Enrique en la escalera.

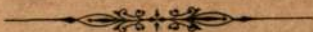
—¿Quién es ese caballero que ha salido de aquí?—preguntó á un lacayo.

—El novio de la señorita.

Paulina, que la esperaba, la hizo entrar, razón por la cual no tuvo tiempo para desmayarse.

—Yo me vengaré de él—pensó la modista.

Y desde aquel momento se consagró á tenderle un lazo.





PARTE CUARTA

El traje negro.

I

EL marqués del Pinar se lamentaba muy á menudo de la obcecación que había hecho renunciar á Pedro Ponce á la brillante carrera política que le estaba reservada.

—Si se hubiera casado con mi hija—pensaba—su influencia y la mía le habrían llevado á la categoría de los hombres necesarios.

Cuando le preguntaban por él:

—Ha sido un tonto—contestaba—se ha cortado la cabeza casándose románticamente.

Pedro y Genoveva se fueron á pasar el Verano en Hernani, una de las poblaciones más bellas de Guipúzcoa, en las orillas del trasparente y cristalino Urumea.

Paulina y Enrique traspasaron la frontera.

Después de pasar un mes en París regresaron á Bayona, alquilaron una preciosa *villa* en Biarritz y allí permanecieron hasta Octubre.

La marquesita del Pinar se distinguió durante aquel tiempo por su lujo.

En todos los periódicos de París y Madrid se hablaba de sus trajes, de sus prendidos, de sus adornos, de sus brillantes.

—Cuando lea ésto Pedro—pensaba—se morirá de envidia, fijará una mirada en su modesta esposa y sufrirá el castigo que merece. ¡Cuánto daría por leer en su alma, por saber la impresión que le causan mis triunfos!

Y después de saborear los elogios que los cronistas la tributaban, continuaba leyendo los periódicos por el deseo de que alguno la diese noticias de Pedro.

Una correspondencia fechada en las Provincias Vascongadas y publicada en un diario de Madrid, satisfizo la curiosidad de Paulina.

El autor de la carta decía entre otras cosas:

«Al pasar por Hernani he tenido un encuentro inesperado.

»Pedro Ponce, nuestro distinguido autor dramático, habita en este pintoresco pueblo una preciosa casa de campo.

»Salía yo de visitar el oasis, que no puede llamarse de otro modo el espléndido caserío del señor de Murúa, cuando en el camino que conduce desde Hernani á San Sebastián oí pronunciar mi nombre.

»Vuelvo los ojos y hallo los brazos de Pedro Ponce. Acto continuo me llevó á su casa á almorzar y he pasado á su lado un día delicioso.

»Cuando asistais el año próximo á la representación de la comedia que está escribiendo, no extrañéis que sea una obra maestra.

»Es el hombre más feliz de la tierra, y la felicidad es la única musa verdadera que en el mundo existe desde que hemos suprimido la mitología.

»¿Sabeis lo que quiere decir una casa cómoda, bella, limpia, adornada con sencillez; pero con todo lo necesario. Un jardín delicioso, un gran mirador delante del cual forman un pabellón los verdes y frondosos árboles, mirador desde el cual se descubren á un lado las montañas, al otro las torres de San Sebastián y la cinta de plata que vá á perderse en el Océano. Cualquier inglés daría por este mirador una fortuna.

»Allí nos sentamos á almorzar.

»Pero si bello era el paisaje, tenía mayor belleza á mis ojos el cuadro de felicidad conyugal que veía en torno mío.

»Una jóven modestamente vestida, amable, angelical, desviviéndose por agradar á su esposo: tal es la compañera que ha elegido el poeta.

»Creedme, cuando sus magníficas escenas os entusiasmen, no atribuyais á su talento el triunfo; atribuidlo á la ventura que ha sabido reunir en torno suyo, á la felicidad, que es su inspiración.»

—Apuesto cualquier cosa—dijo Enrique á Paulina sorprendiéndola—á que lees un folletín sentimental.

—¡Yo!...

—Sí...

—No tal...

—¿Qué significan entonces esas lágrimas?

—Que me duelen los ojos.

—Echaré el transparente.

—No... me voy á mi cuarto á descansar.

Y arrojó el periódico sobre un velador.

—Supongo que recordarás que hoy tenemos convidados.

—Lo siento.

—Ayer los invitaste.

—Bien... déjame.

—¿Estas enfadada, bien mio?

—Es necesario que seas muy pronto general.

—¿Te corre prisa?

—Sí.

—Pues arma una guerra, y te ofrezco ganar el entorchado. Así como así, vosotras os pintais solas para destruir la paz... La guerra de Tsoya fué obra de una mujer... la de...

—¡Vete! Estás insufrible...

Enrique se encogió de hombros.

—¿Qué tendrá mi mujer?—se dijo—¡ah! sí, ya sé, los nervios.

Paulina pasó un día horrible.

Por la tarde tuvo que sonreír á sus convidados.

Enrique había leído el fragmento de la carta que he copiado, y de sobremesa habló de él á sus huéspedes.

—Léalo usted, léalo usted—dijeron.

Enrique lo leyó.

—¿Y quién es ese Pedro Ponce?—preguntó una señora.

—Es un poeta.

—Es un calavera... un libertino—dijo Paulina.

—No mujer... al contrario; ¿no ves que este periódico le presenta como un modelo de maridos?

—Y ella... ¿quién es?

—Una pobre muchacha.

—¡Aquí la elogian de un modo!...

—Asegura el escritor que es un ángel.

—¡Sí, no es mal ángel! He oído decir—añadió Paulina—que tendió un lazo á su marido. Le hizo creer que podría seducirla impunemente y después le obligó á que salvara su honra. Ella es una cualquiera.

Enrique miraba con asombro á su esposa.

—¡Estos poetas son siempre lo mismo!—dijo un bolsista.

—¡Viven como gitanos!—añadió una dama.

—Paulina no pudo dormir aquella noche.

La envidia la mortificaba.

El remordimiento de haber calumniado á su pobre amiga de colegio, aumentaba su desesperación.

II

Genoveva y Pedro eran más egoistas: no pensaban en Paulina.

Hacían más, no leían periódicos.

Se amaban y estaban muy ocupados.

La Correspondencia llegó un día á su retiro, y entre la noticia de un mezo de cordel que había apostado á comerse dos carneros y había dado un estalli-

do y la de la muerte prematura de la hija única de los duques de H., colocó estos renglones:

«La bella y elegante hija de los marqueses del Pinar, que en la actualidad está llamando la atención en Biarritz, ha mandado restaurar su bello hotel de Madrid. Dícese que en el próximo Invierno abrirá sus salones, y no se habla en los altos círculos más que de las funciones que la joven esposa del simpático capitán de artillería señor de Albarosa se propone ofrecer á sus numerosos amigos.»

Genoveva no leía más periódico que *La Correspondencia*.

Después de almorzar, mientras Pedro saboreaba su habano, Genoveva leía en alta voz.

Al llegar al párrafo que he copiado, miraba de reojo á Pedro.

Este no se inmutaba.

Muellemente recostado sobre un diván, recreaba su vista en el blanco y aromático humo que lanzaba periódicamente su boca.

Al terminar la lectura:

—*Vanitas vanitatis*, que dijo San Agustín—exclamó.

—¿Qué te parece tu antigua amiga?—preguntó Genoveva.

—Me dá una gran idea de mi penetración.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no me he engañado al juzgarla.

—Mírame, Pedro.

—¿Que te mire?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para leer en tus ojos algo que necesito saber.

—¿No te basta la lectura de *La Correspondencia*?

—Todo lo echas á broma.

—¡Soy tan feliz!

Genoveva dejó el periódico, y acercándose á su marido:

—¿De veras?—le dijo con ese acento electrizador de las mujeres que aman.

—¿Lo dudas?

—No. Sufriría mucho; pero dime, ¿soy yo quien te hace feliz?

—Tú, bien mío tú.

—A ver... mírame ahora.

—¿Te empeñas?

—Sí... hace ya tiempo que deseo preguntarte una cosa. ¿No has amado á ninguna mujer antes que á mí?

—A ninguna.

—¡No me engañes, por Dios!

—¿Qué te dicen mis ojos?

—Que te crea; pero ¡qué se yo!... tú visitabas mucho á los marqueses del Pinar... Cuando te ví por la primera vez en su casa, bailaste casi toda la noche con Paulina.

—¿Y ahora te acuerdas de tener celos?

—¿Te pesa?

—Sí: te ofendes á ti misma sufriendo un solo instante por la suposición de que haya podido interesarme esa pobre rica.

—Con todo...

—Si quieres darme gusto, no hablemos de ella: compadezcámosla y nada más.

—¡Oh! Ahora te creo, y te confieso que me has quitado un enorme peso de encima. Antes no me atrevía á nombrarla en tu presencia, y la verdad es que yo la quiero. Fuimos amigas en el colegio, y si me despreció cuando mi padre perdió su fortuna, fué por obedecer á su familia. Ella tiene buen corazón.

Pedro no quiso quitarla aquella ilusión.

No la perjudicaba, porque estaba á su lado y tenía la seguridad de no encontrarse con Paulina.

Sin embargo, obró mal ocultando á su esposa los proyectos que en otro tiempo le había inspirado su antigua compañera de colegio.

Pasó el Verano y comenzó el Otoño.

Genoveva y Pedro volvieron á Madrid con dos esperanzas.

La de ver muy en breve el fruto de su amor bajo la forma de un hermoso recién nacido.

La de aumentar su gloria y su fortuna con una nueva comedia que durante el Verano había escrito Pedro.

Paulina regresó también á la Corte, consiguió de su esposo que abandonase el arma de Artillería para tener un grado más en la de Infantería, y para satisfacer su ambición le obligó á conspirar, creyendo que de este modo ascendería más pronto.

Las mujeres son muchas veces causa de que los hombres cometan faltas imperdonables.

Los marqueses, que eran ricos, habían asignado á su hija seis mil duros al año.

Enrique, con su sueldo y la renta de su patrimonio, reunía otros seis mil.

Pero esta cantidad no bastaba á sus gastos, y continuamente visitaba Paulina á su padre, para pedirle anticipos.

En medio de sus triunfos no podía olvidar á Pedro.

Humillarle, vengarse de él, turbar su felicidad era el único deseo que abrigaba.

Para tener noticias de él llamo á uno de los lacayos que estaban á su servicio y le hizo una proposición lo más original del mundo.

—Es necesario—le dijo—que entre usted en relaciones con una jóven que sirve en una casa de Madrid.

El lacayo se asombró.

—Pero señorita—balbuceó—¿eso sera una broma?

—Le hablo á usted seriamente.

—Entonces... la señorita manda.

—Mientras hable usted con esa jóven tendrá usted un sobre sueldo de una onza al mes y dos horas libres por la noche. Pero es preciso que la jóven no salga de la casa en donde está, y para que no salga necesita servir bien. Su única obligación será contar á usted lo que pase en su casa para que yo lo sepa.

El lacayo accedió: supo las señas de la casa, buscó á la maritormes, la dió palabra de casamiento, la instruyó en sus planes, y gracias á esta intriga Paulina tenía todos los días ocasión de desesperarse al saber que Genoveva y Pedro vivían en la gloria.

Estos por su parte estaban admirados del buen comportamiento de su criada.

¡Suceden unas cosas!...

III

La señora de Albarosa distribuyó las invitaciones para la inauguración de sus saraos.

En los círculos elegantes no se habla más que de aquella solemnidad.

El lujo fabuloso del decorado, la riqueza y el gusto de un gabinete oriental que había mandado hacer Paulina para tocador, los muebles de roble esculpido del gran salón del *buffet*; todos estos detalles se comentaban en los más aristocráticos círculos madrileños.

Paulina quiso que Pedro asistiera á la función.

—Convendría—dijo á su esposo—que invitáramos á algunos literatos, á algunos periodistas. Estos, con los pintores de fama y los músicos á la moda, adornan un salón.

—Es cierto y puede darse uno el tono de Mecenas.

—¿A quién convidaríamos?

—A Ponce desde luego.

—A ese no.

—¿Por qué?

—Ya sabes que papá se incomodó con él.

—Injustamente.

—Dejó una posición brillante para casarse con una mujer oscura... pero no hablemos de él.

—Pues mira, yo le aprecio: antes le odiaba porque hubo un tiempo en que creí que te hacía la corte;

pero desde que se casó le quiero, vamos le quiero, es un guapo muchacho.

—Si te empeñas... se le invitará; pero de cierto modo.

—Iré á verle.

—Eso no... si papá lo supiera.

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—El es amigo de un periodista, un tal Juan Carranza, que va todas las noches al Café Suizo. Yo le conozco. Haré que cite á Pedro, me presentaré cuando estén juntos, los invito, y á papá le decimos que ha sido un compromiso.

—Haz lo que quieras, á tu cargo lo dejo.

—Hoy mismo le veré.

Paulina no dudó de la eficacia de Enrique.

La casualidad quiso que encontrase á Carranza en la carrera de San Jerónimo.

El amigo de Pedro iba muy de prisa.

Enrique le llamó.

—¿Dónde se vá?—le dijo.

Entre paréntesis, esta es una pregunta que nos hacemos todos los españoles; pero no por eso deja de ser indiscreta. Puede decirse que somos la nación más amable del mundo, cuando no respondemos á esta pregunta:

—¿A usted qué le importa?... voy á donde me place.

Carranza no contestó así.

—Voy de prisa—le dijo—porque me espera una muchacha.

—¿Alguna aventurilla?

—Sí, señor... los solteros no tenemos otro recurso.

—¿Vá usted al Suizo?

—No... ahora voy por las noches á un Café muy modesto que hay en la calle de la Montera frente á la Red de San Luis.

—¿Conspira usted?

—Hago el amor... y la señora de mis pensamientos pretende que en ninguna parte sirven mejor café que allí, ni dan una media tostada más grande.

—Me gustaría ver ese...

—Antro, llámele usted antro; pues nada más fácil. Ayer me encontré á Ponce, mi antiguo camarada, le hablé de ese figón, y deseoso de hallar en él un par de tipos siquiera, me ofreció ir una de estas noches.

—Hace tiempo que no le veo, y si supiera cuando vá...

—Le citaré para mañana.

—Corriente, de ese modo mataré dos pájaros de un tiro.

—Usted, amigo, por lo que veo está en grande. Se anuncia un gran sarao en su casa.

—Al que queda usted invitado desde ahora.

—Gracias.

—Con que, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Enrique volvió á su hogar muy satisfecho de su encuentro, y Carranza, que tenía grandes proyectos políticos, se alegró de reanudar su amistad con Albarosa.

Por otra parte, no le disgustaba poder decir á su futura:

—Mañana vendrán á verme al Café un gran poeta y un distinguido militar, millonario por añadidura.

Su amada, que se llamaba María de la O, deseaba alternar con lo más distinguido de Madrid, y para ir al Café de la calle de la Montera se adornó con sus mejores galas.

Carranza y María de la O se daban cita en el pasaje de Murga.

Si ella tardaba, él se hacía limpiar las botas ó veía funcionar la máquina de una fábrica de chocolate.

Si era él quien tardaba, ella se entretenía en recrear sus ojos con las preciosas joyas de los escaparates de Pizzala.

Aquella noche fué Juan quien faltó.

Al verse:

—Amiga—exclamó el novio—eso es lo que se llama lujo.

—Quien puede lo gasta.

—¿Puede saberse por qué repican recio?

—¿No me has dicho que van á visitarte esta noche en el Café dos personajes?

—En efecto.

—Pues para hacerte honor he sacado del cofre los trapitos de cristianar.

—¡Coquetona!

—Bien sabes que mi unico deseo es ser una persona *distinguida*.

Los dos amantes se encaminaron al Café.

María pidió lo de siempre.

—No—exclamó Juan—hoy es preciso que renuncies á la tostada.

—¿Por qué?

—Es de muy mal tono.

—¿Comer?

—En el Café, sí.

—Si lo hubiera sabido... porque es el caso que tengo debilidad.

—Silencio... ahí están mis amigos.

Enrique y Pedro Ponce penetraron en aquel antro.

Se habían hallado en la Red de San Luis, y Enrique manifestaba á Pedro su alegría por tan feliz encuentro cuando llegaron al Café.

—Allí está Juan—exclamó Pedro.

—¡Con su futura!—añadió Enrique.

Enrique y Pedro fijaron sus ojos en María de la O. La jóven se inmutó al verlos.

Pedro y Enrique miraron instintivamente hacia la puerta.

Pero ya no podían salir.

Juan los llamó.

—Aquí amigos míos, aquí—dijo; y mostrando á María de la O—presento á ustedes—añadió—á mi futura esposa.

Los dos la saludaron, y sentándose á su lado recibieron un pisotón confidencial.

Aquel pisotón quería decir:

—¡Ingratos! ¡Pérfidos! ¡Cuidado con descubriremel

—María de la O, como han comprendido los lectores, era la jóven modista á quien habían galanteado y abandonado sucesivamente el marido de Geneveva y el de Paulina.

Temerosos los dos de que se descubrieran sus antiguos amores con María de la O, pretextaron ocupaciones urgentes para marcharse.

—No, por Dios... quédense ustedes—dijo Carranza.

—Déjelos usted irse—exclamó María con cierto retintitín—estarán esperándolos las señoras.

—No por cierto...—contestó Enrique, dominándola—además, aun cuando esperasen no hay ninguna mujer que merezca que un hombre se apresure á buscarla. Con perdón de usted, todas son....

—¡Pues y ustedes!... ¡el mejor asadito y con limón!

—Basta de literatura—exclamó Pedro—y en marcha.

—¿Conque vendrá usted á honrarnos, amigo Carranza?—dijo Enrique.

—¿Cuándo es el baile?

—El 15.

—Aun estamos á 6... Iré con mucho gusto.

Enrique y Pedro se despidieron de la pareja con el clásico:

—Dios los haga á ustedes buenos casados.

—¿Y con usted podemos contar?—dijo á Pedro el marido de Paulina al salir á la calle.

—Me es imposible.

—¡Cómo!... ¿Se niega usted?

—El 15 es el ensayo general de mi comedia.

—Anticípelo usted.

—No puede ser.

—Pues, amigo—dijo Enrique—lo siento por mi mujer.

Pedro no echó en saco roto estas palabras.

Enrique, que hubiera tomado una trinchera, no se atrevió á confiar á su mujer la negativa de Pedro.

—¿Le has visto?—le preguntó Paulina.

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que vendrá.

Una sonrisa de triunfo asomó á los labios de Paulina.

—Aún no me ha olvidado—pensó.

A pesar del vestido negro se hacía ilusiones; pero no eran de color de rosa.

En cuanto á Pedro...

IV

—¿Pero quieres esplicarme,—dijo al día siguiente á Carranza,—en dónde has conocido á esa engalanada deidad que vas á conducir al ara?

—Es toda una historia.

—Cuéntamela.

—María de la O era modista.

—Se conoce á la legua.

—Su madre tenía un protector.

—¿Algún coronel retirado?

—No... un fabricante de harinas

—¿Y el fabricante...?

—Adoraba á la hija de su protegida.

—Adelante.

—La mamá murió.

—¿Y el protector tomó á su cargo á la hija?

—No... acompañó á la madre al sepulcro cuatro meses después.

—¿De modo que la huérfana se quedó abandonada, y tú te has apiadado?

—Me explicaré: el protector dejó á la niña seis mil duros.

—¡Hola!...

—Ella dejó la aguja y puso casa...

—¡Bravo!

—En esto me dejaron á mí cesante.

—¿Y volviste al periódico?

—Pero no me dejaron hablar mal del ministerio y concebí el proyecto de fundar otro periódico.

—¡Excelente idea!

—Pero me faltaba dinero para el depósito.

—Y buscaste á esa jóven.

—La encontré... á fines del Invierno. Iba yo á una tertulia de camilla... son las que más me agradan. Una noche nos pusimos á jugar á prendas, y me sentenciaron á pedir para mi boca. María estaba allí.

—¿Qué me dá usted para mi boca?—la dije.

—Un puro—contestó.

—Esta mujer debe ser una idiota, indiqué á la señora de la casa. «¡Con seis mil duros que acaba de heredar!—me contestó.» Desde aquel momento, chico, confieso mi debilidad, me pareció un genio. Me acerque á ella y la dije cuatro flores...

—¡Pues! la esperaste al salir, la acompañaste á su casa, te la ofreció.

—Y empecé á hacer el amor en toda regla... al depósito para el periódico?

—¿Y te casas?

—Sospecho que no tardo una semana, porque María tiene formal empeño en que la lleve al baile de Albarosa, y ahora me voy volando á la Vicaría... y á escoger muestras de papel.

—¿Tienes ya título para el periódico?

—Aun no.

—Voy á darte uno.

—¿Cuál?

—*La Longanimidad.*

Pedro se despidió de Juan.

—No hay un libro que enseñe tanto como la vida —pensaba. Los hombres son lo que merecen ser.

V

Llegó el día 14 y Paulina entró en el gabinete de su esposo.

—Tengo que pedirte un favor—le dijo.

—¿Tú, bien mío?

—Sí, un sacrificio.

—Habla.

—He visto ayer en casa de Pizzala un aderezo...

—¿Y qué quieres?

—Verlo en la mía.

—Es cosa hecha.

—Piden por él ocho mil duros.

—¡Diablo!

—Pero hay veinte mujeres en Madrid que lo desean.

—¿Es de perlas?

—No, de brillantes; ¡y sentará tan bien sobre los adornos negros de mi traje!

—¿Pero no sabes que si te compro el aderezo, la función de mañana nos cuesta más de doce mil duros?

—¿Y la importancia que adquirimos?

—¿De modo que tendré que llamar al administrador para que hipoteque?...

—Dame una firma en blanco y yo le escribiré... ya sabes que tengo buena letra.

—Con tal secretario... tómala.

Y trazó su firma al final de la primera cara de un magnífico pliego Bristol.

—Mira, echa otra firma en este pliego... puedo equivocarme, y para no molestarte dos veces...

Enrique firmó.

Una hora después llegaba el administrador y recibía Pedro Ponce una carta de Albarosa concebida en estos términos:

«Supongo, amigo mío, que no faltará usted mañana á mi *soirée*.»

Pedro que conoció la letra:

«Pues supone usted mal—contestó al pié de la misma carta—porque ya le dije á usted que no contase conmigo.»

El portador de la misiva volvió con ella.

Paulina se indignó.

—No importa, conseguiré mi objeto—se dijo.

Y llamando al lacayo que estaba en relaciones con la criada de Pedro:

—¿A qué periódicos está suscrito el Sr. Ponce?— le preguntó.

—A uno solo.

—¿Cuál es?

—*La Correspondencia*... Todas las noches la lee al acostarse.

¡Vean ustedes lo que son las cosas! Después de saber ésta noticia:

—Es necesario—pensó—que haya mañana en mis salones un redactor de *La Correspondencia*. Al menos que sepa los honores que me tributan, los triunfos que conquistó en el gran mundo.

VI

El sarao se celebró.

Los salones de Paulina parecían ascuas de oro.

Su palacio, un templo consagrado al lujo.

Lo más distinguido y aristocrático de Madrid había acudido á la amable invitación de los dueños de la casa.

La Correspondencia estuvo dignamente representada en el sarao.

Paulina se mostró muy amable con su redactor.

Después de haberle atendido y obsequiado:

—¿Cómo se arreglan ustedes—le dijo—para acordarse, al hacer las reseñas de estas funciones, de los

nombres de todos y de sus trajes? Es prodigiosa la memoria de ustedes, y el talento y la...

—Gracias, pero no siempre merecemos esos elogios.

—¿Cómo que no?

—No falta al algún observador que á fuerza de mirar á una dama que le gusta, acaba por saberse de memoria su traje, y éste y otros como él nos dan apuntes... Otras veces el secretario del dueño de la casa, ó algún amigo íntimo, nos proporcionan una lista completa.

—¿Sí, eh?

—Y alguna que otra vez, cuando se trata de una amiga, ella misma nos honra...

—¿Con la descripción de su traje?

—¡Pues!

—Agradezco á usted mucho esas noticias que me prueban que es mi verdadero amigo.

—¿Cómo no serlo de la reina del sarao?

—Es usted muy amable... y voy á pagar su galantería con esta flor.

Paulina tomo una camelia de su *bouquet* y se la ofreció al periodista.

Se separaron y después le buscó.

—Voy á llevarle á usted al *buffet*—le dijo.

—¡Tanto honor!

—El talento lo merece todo.

Antes de que se bailara el cotillón:

—Amigo mío—dijo al periodista—tengo que suplicar á usted un favor.

—Que darne una órden, dirá usted.

—No; que pedirle un favor.

—Concedido.

—No vaya usted á hablar mañana de mi fiesta como de una cosa sorprendente. Una breve reseña me complacerá más.

—¿Quiere usted que corresponda á su bondad?

—Lo deseo.

—Pues bien; en el bolsillo llevo lo que pienso publicar.

—¿Cuándo lo ha escrito usted?

—Esta tarde... He dejado los huecos para los nombres y los trajes, y puede usted leerlo antes que nadie.

—Tendría gusto...

—Aquí está.

Paulina leyó, y no quedando muy satisfecha:

—Déjeme usted este papel—dijo—yo encargaré al secretario particular de mi marido que escriba los nombres.

—Esa molestia...

—A las ocho ó á las nueve tendra usted el manuscrito en la redacción.

Al terminarse el baile, la reina del sarao se transformó en redactora del periódico.

Después de la reseña y de la lista de nombres propios, añadió:

«Pero la verdadera reina del salón, la que recibía el homenaje de todos, la que brillaba por su belleza, por su lujo, por su gracia, por su buen gusto, por su elegancia, era la jóven marquesa del Pinar.

»Antes de despedirse de sus amigos los citó para

el estreno de la nueva comedia que se anuncia. Las letras y las artes tienen en ella una protectora; y como lleva en pól de sí todo lo más escogido y aristocrático de Madrid, los artistas y los poetas de talento están de enhorabuena.»

Trabajo inútil.

El número en que salió esta noticia no llegó á manos de Pedro.

Ocupado en los últimos ensayos de su obra, su comedia y su esposa eran los únicos horizontes de su vida.

Paulina aguardó con ansia la primera representación.

VII

La ovación fué mayor que la que alcanzó su primera comedia.

Al presentarse en el palco escénico, cayó de un palco al escenario una magnífica corona de laurel con siemprevivas de oro.

En las cintas leyó Pedro:

«Una admiradora.»

—¿Qué tal le ha parecido á usted la corona que le arrojó mi esposa?—le preguntó Enrique algunos días después del triunfo.

—¡Hombre! ¿Era de su esposa?

—Sí, por cierto.

—¡Qué pena me dá usted!

—¿Por qué?

—Atribuyendo el agasajo á algún amigo imprudente—porque llevar una corona para arrojarla al autor de una obra que vá á estrenarse supone un entusiasmo á prueba de bomba—atribuyéndola, repito, á un amigo imprudente ó á un enemigo hábil, al llegar á mi casa se la regalé al chico de mi portero, que adornó con ella al día siguiente á un cordero que tiene.

—Pues era de mi esposa.

—Dígala usted lo que ha pasado y manifiéstela mi sentimiento.

Enrique cumplió esta orden.

La novia de su lacayo confirmó la noticia.

Paulina acabó de desesperarse.

Un mes después del triunfo, supo que Genoveva había dado á luz un hermoso niño.

—Parece que el señorito Ponce se vuelve loco con el recién nacido— la decía el lacayo su cómplice; le coge en brazos, y le pasea, y le duerme; y como la señorita le cría, la lleva él mismo todos los días los mejores manjares. Vamos que el diablo del chicuelo los ha puesto contentos como unas Pascuas.

Genoveva era madre y ella no: ésto aumentaba la desesperación de Paulina.

Necesitaba reñir á todas horas.

Los criados no tardaron en asegurar que no se la podía sufrir.

Pero el principal blanco de su mal humor era su marido.

Consultó á un doctor afamado.

Hizo novenas.

Celebró conferencias con una curandera.

Hizo más aún, fué á dejar una onza á una doña Remedios, bruja que echaba las cartas y adivinaba el porvenir.

—El señorito Ponce—la decía el lacayo—no sale de casa, y si sale vuelve con un juguete para el niño y un regalo para la madre.

Después de recibir una noticia de este género la anunció una doncella la visita de los señores de Carranza.

—Dígales usted literalmente estas palabras—exclamó:

«La señora me ha dicho que no está para ustedes.»

La doncella obedeció la orden al pié de la letra.

Ya pueden ustedes imaginarse lo que diría María de la O.

VIII

Porque hay que advertir que Juan y la modista se casaron á toda prisa para poder asistir al baile de Paulina.

Enrique los presentó á su esposa.

Paulina, al reconocer en la señora de Carranza á lo antigua oficiala de su modista, se sorprendió.

Herida en su amor propio al ver en sus salones á una ex-modista, aprovechó un momento en que la halló á su lado para vengarse.

—Amiga mía—la dijo—desde que abandonó usted la aguja y el dedal no sale nada bueno de casa de Honorina.

María de la O se puso más encarnada que la grana. Poco antes había dicho en un aparte á Enrique: —¡Mal caballero!.. ¡Aún no he olvidado su felonía! ¡Tema usted mi venganza!

Las palabras de Paulina avivaron en la ex-modista el deseo de cumplir la promesa que había hecho á su marido.

Por de pronto, pidió á Carranza que la llevase á casa.

—Si estoy aquí más tiempo—murmuró—y vuelve á decirme algo la marquesa, la cruzo la cara como tres y dos son cinco.

Juan Carranza fundó el periódico y empleó con su cara mitad toda su influencia para que perdonara el recuerdo de Paulina.

Le convenía figurar en sus salones, y aún habló á Enrique pidiéndole que inspirase á su esposa alguna caridad hacia María de la O.

Enrique desempeñó la embajada.

—Cuando la necesite para confeccionar algún traje la llamaré—dijo Paulina.

Enrique dió sin embargo, á Juan Carranza, mil excusas en nombre de su esposa.

En vista de esta especie de satisfacción resolvieron visitarla.

El éxito de su visita incitó á María de la O á enviar á Paulina una carta llenándola de improperios.

«Ha de saber usted—la decía—que su marido de usted me hizo la córte antes de que usted le atrapara. Por consiguiente, soy tan buena y retebuena como usted.»

Paulina enseñó la carta á Enrique.

—No volveré á mirarte á la cara si no castigas á esa miserable—le dijo.

Enrique se indignó de verdad.

Era valiente y era militar: sin pérdida de tiempo buscó á Carranza.

No hallándole, le envió una carta ofensiva.

Juan pensó que un lance con un personaje como Enrique era lo que le convenía.

Buscó para padrinos á un banquero y á un general, hizo que se anunciara de cierto modo el desafío en los periódicos y aguardó el sablazo de su adversario.

Pero dió carácter político al lance, y creyó que ser objeto un día de las conversaciones bien valía un rasguño.

Los adversarios fueron al campo del honor.

Era una mañana de Primavera; pero soplaba el Guadarrama de lo lindo.

Batiéndose á sable, no tenían más remedio que quedarse en mangas de camisa.

Resonó el choque de los aceros, y después de diez minutos atravesó Enrique el brazo derecho de Juan.

Carranza cayó en tierra.

Enrique, que era bueno, acudió en su auxilio sin ponerse antes la levita.

Estaba sudando y se enfrió.

Cogió un catarro fuerte; pero en vez de ir á su casa á meterse en la cama, se fué al Casino, en donde le aguardaban sus amigos.

El catarro se transformó en pulmonía, y quince días después se quedó viuda Paulina.

IX

Bien hacen en llamar al mundo pícaro.

La jóven marquesa del Pinar sintió en extremo la muerte de su esposo; pero era jóven, bella, rica y viuda; ¿qué más podía desear?

Se refugió con sus padres en una casa de campo que tenían en Andalucía.

El verano lo pasó en San Sebaatian.

Supo por los periódicos que Pedro y Genoveva estaban en Hernani y quiso vivir cerca de ellos para saber todo lo que les pasaba.

Como la mariposa busca la luz...—no, esta figura retórica me parece muy gastada, busquemos otra—como los tramposos buscan los pagarés, Paulina buscaba su martirio.

Varias amigas, que querían distraerla, le propusieron una expedición á un caserío de Hernani.

Paulina aceptó el convite.

—Tal vez los halle allí—se dijo.

Y no se equivocó.

En efecto el dueño del caserío había tenido noticia de la visita de los forasteros y preparó un banquete para obsequiarlos.

Estimaba á Pedro y á su esposa y los invitó.

Acudieron al festín, y el dueño de la casa los presentó á sus convidados.

—Somos antiguos amigos—dijo Paulina—pero no nos veíamos, y yo celebro esta casualidad que me

permite reanudar lazos de cariño con una compañera de colegio.

Genoveva era feliz, veía á su amiga enlutada, tenía buen corazón y la tendió la mano.

Paulina exageró su dolor.

Pedro, aunque estaba en guardia, se compadeció de su antigua amiga.

—Vendré á verlos á ustedes—les dijo.

Pedro y su esposa la ofrecieron su casa.

—Me dá lástima la pobre Paulina—dijo Genoveva —¡cómo ha cambiado!

—¡Expía sus culpas!

—Yo la perdono sus desprecios.

—Vales más que yo, que aún la guardo rencor.

Paulina no se hizo esperar.

Algunos días después fué á visitar á Genoveva.

Estaba sola.

Paulina recordó su amistad del colegio.

Genoveva creyó en su cariño y la confió su inmensa felicidad.

En esto lloró el niño.

Genoveva fué á buscarle y volvió con él.

Paulina le cogió en brazos, le acarició y no pudo contener algunas lágrimas.

Su amiga creyó adivinar la causa de su emoción y confió el niño á una criada.

Paulina no quiso quedarse á comer.

Se despidió de Genoveva para París, y ofreció visitarla á su regreso.

Al quedarse sola, Genoveva reflexionó: Paulina la había dicho una frase que no podía olvidar.

—«También yo he tenido en las manos tu felicidad—la dijo—y la he dejado escapar.»

—¿Qué habrá querido indicarme con eso?—preguntó á su marido cuando volvió.

—Que ha tenido ilusiones.

Pedro tenía un remordimiento y aprovechó aquella ocasión para disiparle.

Confió á su esposa todo lo que le había pasado con Paulina.

Como su pecado era venial, fué absuelto.

—De todos modos—se dijo Genoveva—procuraré que no nos visite mucho.

Un año después decían los periódicos que en el palacio de la jóven marquesa del Pinar se estaba construyendo un elegante teatro en el que habría funciones durante el Invierno.

—¡Ya ha olvidado al difunto!—decían sus amigas.

—Pedro vendrá á mi casa—pensaba Paulina, que no había mandado construir el teatro con otro objeto.

X

Más de un año tardó la jóven viuda en conseguir su deseo. Pedro había agotado todos los pretextos para excusarse de asistir á sus recepciones.

—Me teme—se decía Paulina, halagada por su vanidad.

Esta creencia y los obstáculos que hallaban sus caprichos convirtieron su interés hacia Pedro en una verdadera pasión.

La inocente niña á quien vimos en el primer capítulo de esta novela jugando á las ilusiones en el jardín de un colegio, comprendía en aquella época de su vida hasta el crimen.

—Es necesario que me ame Pedro, ó por lo menos, que no sea feliz su esposa.

Cuando la mujer llega á este período, deja de ser mujer, se transforma en tigre.

Desgraciadamente no era Paulina el primer caso.

Resuelta á sacrificarlo todo á su pasión, eligió dos armas para la lucha.

La bondad.

El odio.

Si después de apurar los sacrificios no lograba vencer la indiferencia de Pedro, se vengaría de él.

Pedro tenía ilusiones.

Adorador del arte que profesaba, había pensado en alcanzar para él un espléndido templo del entusiasmo público.

Soñaba nada menos que con un Teatro Nacional.

Y como quería ver realizado su sueño, escribía en los periódicos artículos en pró de su idea y conferenciaba á menudo con diputados y ministros.

Paulina lo supo.

En buenas relaciones con uno de los miembros más importantes del gabinete, fué á verle.

—No le he pedido á usted hasta ahora ningún favor—le dijo.

—Harto lo siento—contestó el hombre de Estado—me hubiera usted proporcionado una ocasión que deseo.

—Supongo que no es tarde.

—Al contrario.

—No voy á pedir para mí...

—Desde luego lo adivino.

—Es para un gran poeta á quien protejo.

Le habló en favor del proyecto de Pedro, y el ministro ofreció complacerla.

Ocho días después apareció en la *Gaceta* un decreto nombrando una comisión para que estudiara y propusiera al gobierno un proyecto de Teatro Nacional.

Pedro Ponce era nombrado presidente de la misma.

Asombrado al oír durante el día en que salió el decreto mil felicitaciones, creció su asombro al ver confirmada en la *Gaceta* la noticia.

Se aumentó su sorpresa al recibir una carta de Paulina suplicándole que fuera á su casa aquella noche para hablarle del Teatro Nacional.

—¡Aquí hay algo!—pensó Pedro—vamos á despejar la incógnita.

Y sin decir nada á Genoveva, para que no sufriese, fué á ver á Paulina.

Su antigua amiga le recibió en su tocador, una habitación lindísima decorada á la oriental.

XI

Paulina y Pedro Ponce se vieron á solas.

Ya hacía más de tres años que trabajaba ella para conseguirlo.

Ebria de alegría al verle á su lado, resolvió arrojar lá máscara y confiarle todos sus sentimientos.

La conversación fué larga; pero la tomaremos desde el punto que más conviene á mi relato.

—Yo habría sido la mujer más dichosa del mundo—dijo Paulina—si hubiera logrado inspirar á usted el cariño que fingió sentir hacia mí en los primeros tiempos de nuestra amistad.

—Y yo—contestó Pedro—yo, no se ofenda usted, habría sido el hombre más desgraciado del mundo si me hubiera dejado seducir por los hechizos que ofreció usted á mis ojos cuando nos vimos por la primera vez.

Esta confesión hirió de muerte á Paulina.

Pero la pasión dominaba su alma, necesitaba á toda costa subyugar á Pedro, separarle de Genoveva, ser feliz con su amor ó robarle la felicidad que le brindaba el amor de su esposa.

En vez de irritarse al oírle, simuló una resignación sentimental.

—Le he llamado á usted—dijo después de una breve pausa—para felicitarle por su nombramiento.

—Mil gracias.

—Ha realizado usted su sueños.

—En efecto... era una de mis aspiraciones, y no sé en verdad, á quién debo esta gracia.

Pedro cogió la *Gaceta*, que estaba sobre el sofá circular que había en medio del gabinete árabe en donde le había recibido Paulina.

Esta se levantó, y mirándole frente á frente con coquetería y pasión:



—Pedro — le dijo — ¿quiere usted que seamos amigos?

—No es posible: ¿para qué hacernos ilusiones?

—Pues bien, oígame usted. Yo habría hecho por usted los mayores sacrificios, habría apurado la vida en una hora, porque poco á poco ha ido desarrollándose en mi alma una verdadera pasión: si usted se obstina en ser mi enemigo, buscaré nuestra ruina.

—Señora—dijo Pedro—yo he venido á saber si es á usted á quien debo el nombramiento.

—A mí.

—Lo presumía, y antes de renunciar, he querido confirmar mi sospecha. Por lo demás, usted se aburre en la soledad; busque usted distracciones, cásele usted de nuevo, y cuando tenga un juguete que halague su vanidad de mujer, pensará de otro modo.

—Me ha humillado usted.

—La pido mil perdones.

—Esas ofensas no se perdonan nunca. ¡Ay de usted!

—No olvidaré esta escena para una de mis próximas comedias.

Pedro se despidió.

Una idea infernal cruzó por la imaginación de Paulina.

Decíase en Madrid que Pedro Ponce protegía á una actriz. Era una jóven de muy buena familia, dotada con un alma de artista, á quien Pedro y Genoveva habían conocido. La pobre tenía que soste-

ner á su anciana madre con el producto de la costura.

Además daba carrera á un hermano menor.

No pudiendo atender á las obligaciones que el amor á su familia la había hecho contraer, quiso consagrarse al teatro. Pidió á Pedro protección, y éste y su esposa la proporcionaron ocasión de brillar.

Ganada la primera batalla, elevada por su talento á uno de los primeros puestos del teatro; como la protegía Pedro y era honrada, la maledicencia divulgó la noticia de que sus relaciones eran interesadas.

Genoveva estaba tranquila; pero Paulina podía elegirla como instrumento de su venganza.

Compró una fotografía de la jóven actriz y mandó á un pintor que convirtiese el busto en una miniatura.

La jóven se llamaba Gabriela.

Paulina encargó un medallón de oro guarnecido de brillantes, y en una de las tapas debía el artífice enlazar una G y una P, las iniciales de Pedro y de Gabriela.

En seguida se proporcionó un manuscrito de la actriz, buscó un calígrafo y le mandó copiar con el mismo carácter de letra, un borrador que ella había escrito.

Era una carta íntima en la que Gabriela hablaba á Pedro de su amor, mostrándose muy satisfecha por lo bien que los dos engañaban á Genoveva.

Al mismo tiempo le enviaba su retrato como recuerdo del aniversario de sus relaciones.

Aquellos dos objetos debían representar en el hogar de Pedro el papel de la discordia.

Una vez en su poder, acechó una ocasión de enviar el retrato y la carta cuando Pedro estuviera fuera de su casa, á fin de que llegaran á manos de Genoveva.

Así lo hizo y para completar su propósito fué á visitar á su amiga.

—Genoveva no conoce el mundo—pensó—estaré muy afligida, me confiará sus cuitas, la aconsejaré y empezaré á realizar mi venganza.

Más de una hora estuvo con Genoveva sin que esta se diese por entendida.

Al cabo de muchos rodeos la dijo:

—Tu marido te engaña.

En esto sonó la campanilla.

—¡El es!—dijo Genoveva—lo celebro infinito para que pueda oír tu acusación.

Paulina se inmutó.

Había caído en la red que había tendido á Pedro; pero en aquella situación no podía retroceder.

—Ven... ven, Pedro—exclamó Genoveva al ver entrar á su marido—llegas á tiempo. Mi buena amiga Paulina, interesada por mi tranquilidad, acaba de decirme que me engañas y va á probar su acusación.

Paulina rompió el pañuelo que tenía en la mano.

—¿Conque no es una amiga, sino un fiscal? Sea enhorabuena; veamos de qué me acusa.

—Le acuso á usted, como la opinión pública—dijo Paulina—de sostener relaciones ilícitas con una actriz.

—¿Con Gabriela, no es eso?—añadió Genoveva.

Paulina la miró asombrada, y Pedro se sonrió.

—Hay pruebas. Hoy mismo—prosiguió Paulina—

y por ese he venido, hoy mismo me han contado que ha caído en poder de Genoveva una carta de esa actriz y su retrato, que le ha enviado á usted.

Pedro soltó una carcajada.

—No te rías—dijo Genoveva—es cierto que he recibido una carta y un retrato.

—El retrato está guardado en un medallón que he visto en casa del platero.

—¿Es este?—dijo Genoveva mostrándoselo.

—El mismo—exclamó Paulina con fruición.

Pedro empezaba á ponerse serio.

—¿Qué broma es esta?—dijo.

—Paulina es una buena amiga—añadió Genoveva—y su venida lo demuestra; pero la han engañado. Mira el retrato.

—¡El tuyo!—exclamó Pedro.

—¡El suyo!—dijo Paulina arrebatándola el medallón y quedando abismada al ver que en el lugar del retrato de Gabriela estaba el de Genoveva.

—Sí—añadió esta—el mío: mañana cumple dos años mi hijo, y quería recordártelo ofreciéndote este regalo; pero para ocultarte este pecadillo, encargué á Gabriela que mandase hacer el medallón. Por eso ha creído el platero que era suyo y ha proporcionado un disgusto á nuestra buena amiga.

En esto entró el niño, y comenzó á acariciar á sus padres.

—Adiós... adiós para siempre—exclamó Paulina levantándose para partir.

—Antes, querida amiga—dijo Genoveva—como no volveremos á vernos, quiero darte un recuerdo mío.

Sacó el retrato del medallón, y dando la joya á Paulina:

—Toma—añadió—y al darla el beso de despedida—no es justo—la dijo al oído—que yo utilice una alhaja que ha debido costarte bastante cara.

Paulina partió.

Genoveva esplicó el enigma á Pedro, y el niño les hizo olvidar en seguida aquella escena.

Paulina renunció á su venganza.

Algún tiempo después, anunciaron los periódicos que un joven tenor del Teatro Real se había escapado con una viuda rica. Era Paulina.

Quiso morir, y buscó la muerte en el desórden.

FIN

INDICE

LA DICHA DE UN DESDICHADO

	Págs.
I.—Un cuadro de costumbres.	7
II.—La señora de la berlina.	10
III.—El tesoro de un pobre.	14
IV.—La soledad del alma.	19
V.—La solución de un problema por medio de dos billetes de Banco.	24
VI.—Un personaje oficioso.	30
VII.—El ama de huéspedes.	34
VIII.—Explicaciones.	42
IX.—Una conspiración femenina.	48
X.—La patrona y el huésped.	58
XI.—Un buen cicerone.	64
XII.—Curiosidad femenil.	75
XIII.—Noticias imprevistas.	86
XIV.—Armonías del alma.	95
XV.—El pícaro mundo.	105
XVI.—El hábito del monje.	114
XVII.—El desquite.	124
XVIII.—Una celebridad musical.	133
XIX.—Una confianza y una sorpresa.	147
XX.—El mundo por dentro y por fuera.	155
XXI.—Donde vuelve á aparecer el inglés.	163
XXII.—La felicidad según los hombres prácticos.	168
XXIII.—Prosa y poesía.	178
XXIV.—Receta para deshacerse de un pretendiente enojoso.	191
XXV.—Un baile bien aprovechado.	202
XXVI.—Revelaciones bienhechoras.	212
XXVII.—Un negocio en el que todos salen ganando.	223
XXVIII.—La explicación del enigma.	232
EL VIL METAL.	247

LA NOVELA DE UNA JOVEN CONTADA POR CUATRO TRAJES

El traje rosa.	295
El traje verde.	322
El traje azul.	350
El traje negro.	369

1

